

Cees Nooteboom

Noticias de Berlín

Crónicas de Alemania antes y después de la caída del Muro

El Ojo del Tiempo Siruela



Cees Nooteboom

Noticias de Berlín

Crónicas de Alemania
antes y después de la caída del Muro

Fotografías de Simone Sassen

Traducción del neerlandés de
M. C. Bartolomé Corrochano y P. J. van de Paverd

Traducción del inglés de María Condor

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

Cubierta

Portadilla

Noticias de Berlín

Parte I

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Intermezzo I

Intermezzo II

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

Parte II

Suite de Berlín

Aviones y águilas muertos por todas partes

Una aldea dentro del Muro

Rheinsberg, un intermedio

Regreso a Berlín

Parte III

Parte IV

Una visita a la canciller

Epílogo

Glosario

Apéndice de la Parte I

Notas a esta edición

Notas

Créditos

Noticias de Berlín

Para Willem Leonard Brugsma

PARTE I



Prólogo

Paso fronterizo

13 de enero de 1963. A ambos lados de la autopista los paisajes blancos prosiguen hacia otras partes de Alemania. Llevamos ya un día entero conduciendo por la autopista más irreal de Europa, una autopista a través de un país que no existe. Ni ciudades ni pueblos, solamente indicadores de gasolineras y áreas de servicio. Esto no es atravesar un país, es errar por la superficie de la tierra. Tan solo en Helmstedt el pasado y la política desembocan en sus símbolos: guardias, puestos de guardia, banderas, alambradas, letreros. Las pequeñas casas avanzan poco a poco hacia nosotros, y en el cielo arrecido ondean las banderas de Estados Unidos, Inglaterra y Francia. ¿Cómo hubiese explicado alguien este futuro a un alemán hace treinta años?

Aquí, el control es sencillo. Una vez más, para no dar pie a equívocos, se nos recuerda que abandonamos el Oeste y entramos en el Este. Los mismos uniformes alemanes pero distintos. Se nos hace bajar del coche, se nos indica que hemos de ir a un barracón. Un pensamiento pueril: de modo que esto es. Lo observamos todo con ojos ávidos, pero ¿qué hay que ver? Estoy en una pequeña cola junto a un mostrador bajo. Sentados detrás de una mesa hay un hombre y una mujer. El hombre, de uniforme, con botas, exhala nubecillas de vaho. Tiene frío. Y la verdad es que hace frío. La mujer, sentada más cerca de la estufa de cerámica, hojea mi pasaporte. Mira la foto, me mira a mí, vuelve a mirar la foto. Soy yo. ¿Cuánto dinero llevo encima? Lo apunta en un papelillo grisáceo, con una hoja de calco debajo. ¿Cámara fotográfica? ¿Radio? ¿Moneda extranjera? ¿Dinero suelto? Anotan todo y he de firmar. El pasaporte y el papelillo desaparecen a otra sección. La copia se queda en el cajón de un armario. Heme aquí archivado para la eternidad con mis 450 marcos, mis 18 florines y mis 20 francos belgas. A través de la ventana medio escarchada veo unos árboles cubiertos de nieve, una alambrada cubierta de nieve, una alta torre vigía construida con gruesos troncos. No hay nadie en ella. Me dan un formulario rosa a rellenar en otra habitación. Hay unas sillas metálicas, pero hace demasiado frío para sentarse. Luego se me devuelve el pasaporte y tengo que pagar una cantidad. Debajo de la pequeña mesa de madera veo las grandes botas negras de la mujer que rechinan contra el suelo. ¿Qué hay que ver en realidad? Nada, un control de una precisión un tanto irreal que a ellos se les hace tan largo como a nosotros, y la verdad es que es largo.

Tomo un periódico de un montoncito que está para eso. El periódico parodia el

estilo bullanguero y sensacionalista del *Bild-Zeitung* de Alemania Occidental, y de ahí que se llame *Neue* (Nuevo) *Bild-Zeitung*. La exposición agrícola de la RDA en Tamale (Ghana septentrional) es visitada a diario por numerosos africanos. Y el problema de la reunificación de las dos Alemanias debe de resolverse por medio de vías pacíficas, ha declarado el vicepresidente de Tanganica en Dar es-Salaam. En las páginas interiores, una escultura moderna junto a una escultura de Alemania del Este. Pregunta: ¿quién salvaguarda mejor la cultura nacional alemana? Observo una vez más a los uniformados y me pregunto hasta qué punto estarán ellos interesados en eso de la cultura nacional alemana. De la pared cuelgan citas de Ulbricht y de otros sobre la paz, sobre la productividad, sobre la democracia. Al otro lado de la puerta, el viento afilado. Y, como servida en bandeja, esta zona fronteriza. Abren e inspeccionan los coches, la gente muestra la documentación, un soldado ruso pasea por la nieve; aquí ondean otras banderas, banderas de un rojo más vivo; un oficial telefona desde una garita, las barreras suben y bajan continuamente. Leo los letreros: «No te dejes manipular. Di no a las provocaciones contra la RDA. La RDA ha salvado la paz en Alemania»¹. Fotografías de gran tamaño de unos trabajadores junto a unos altos hornos. Fotografías de gran tamaño de unos obreros en una fábrica de automóviles. Fotografías de gran tamaño de Ulbricht. Todo ello gris, gélido e increíblemente alemán.

Se nos permite continuar. Mostramos el pasaporte, se alza la barrera, vuelta a mostrar el pasaporte, otra barrera se alza. Y entonces, de pronto, estamos fuera. El mismo paisaje blanco –el incidente ya olvidado– se extiende hasta perderse en la niebla de la lejanía. En el bosque a nuestra derecha, alambradas y torres vigía. Y de golpe, sobre un pequeño puente, la imagen siniestra de dos hombres con trajes blancos y caperuza, hombres de nieve, con un perro negro jadeante con la lengua afuera, tirando de la correa. Llevan largos fusiles al hombro, desaparecen con el perro por el bosque, cazadores de hombres. Seguimos por la misma autopista. A veces, a lo lejos, la sombra de un pueblecillo, granjas arracimadas en torno a una iglesia. ¿Qué estarán haciendo allí ahora? Por una sola vez, una algazara de chiquillos, como un movimiento inesperado, el hallazgo de un pintor. Y a intervalos regulares, carteles: «Damos la bienvenida a los delegados del VI Congreso del SED». Sigue siendo aún la misma vieja autopista de Hitler, se nota: después de cada placa de cemento, una pequeña sacudida, un saliente de alquitrán. ¿O se trata quizá del rayado que se ve en los mapas de los libros de Historia? ¿Son acaso los finos trazos que señalan las conquistas, los ocasos, los cambios? Imperios romanos que fueron sacros, principados, repúblicas, marcas, Terceros Reich, zonas. Luchando contra las feroces arremetidas de la nevasca, avanzamos lentamente con el coche, criaturas micromaníacas, escarabajos sobre estos campos coloreados por la historia de la que nada se ve.

15 de enero de 1963. Podría imaginarse en la antigua Grecia, o en cualquier otra antigüedad, una ciudad dividida en dos por un muro. Y en torno a ella, historias y leyendas, un proverbio prácticamente en desuso, una comedia de Tirso de Molina descubierta en un olvidado rincón de la biblioteca de Salamanca, una adaptación de Moliere, y luego, por supuesto, unas cuantas horas de cinerama, una anécdota en la que los símbolos crecen como la mala hierba, patrimonio cultural. Pero la clase de antigüedades a las que nos referimos se remonta solo a un par de milenios, más o menos la edad que hemos alcanzado nosotros en la serie de civilizaciones imbricadas a la que todavía pertenecemos. Quizá sea ese el motivo por el que algo incorregiblemente antiguo se pega a nuestro comportamiento, un grato arcaísmo contra el que no podrá ningún viaje a la Luna. Basta con ponerse alguna vez junto a ese muro, y guiñar los ojos: el trasiego de lansquenets medievales que te gritan alto ahí y te cortan el paso, que bajan un puente o levantan una barrera, y entonces de repente te encuentras en el País de los Otros. Quien es capaz de recorrer millones de kilómetros en unos cuantos días, de buscar planetas en su propia casa y de escindir átomos, es igualmente capaz de construir un muro de unos dos o tres metros, infranqueable para sí, como también lo habría sido para un egipcio o un babilonio; se siente como un hombre de la Edad Media que hubiera de deponer sus armas a las puertas de la ciudad, como un ateniense que se ahoga en el Spree, como un europeo que pasa de Berlín Oeste a Berlín Este.

Berlín Oeste. Primero se coge la Kurfüstendamm, adornada con altas luces blancas, hasta la iglesia conmemorativa, la Gedächtniskirche, corroída y mutilada, y luego se sigue. Para asombro de uno, se ve que también en el Oeste hay ruinas, fabulosos monumentos vaciados, con ventanas huera sin habitaciones que les respalden, coágulos de guerra, puertas condenadas por las que padre ya nunca más saldrá riendo a pasear a Werner, el perro. El único paso para no alemanes no militares (!) está en la Friedrichstrasse, pero por equivocación vamos a parar a la Puerta de Brandeburgo. Nieve y luz de luna. En la explanada petrificada ante ella, nada, ni gente ni coches. Al final de la explanada, las negras columnas, y sobre ellas el carro triunfal. Furiosos corceles tiran de un ser alado que blande una corona de laurel hacia el Este. Debajo, hasta un cuarto de la altura de las columnas, los dientes ciegos del Muro. Un policía germano-occidental nos corta el paso y nos da a entender con señas que no podemos seguir. Nos detenemos, pues, y observamos lo que no ocurre. Dos tanques rusos encaramados a unos pedestales imponentes, recuerdo de 1945. Vemos a los dos centinelas rusos, siluetas entre el mármol.

La Friedrichstrasse no queda muy lejos de aquí. El mismo control que en Helmstedt, documentos, papeles insignificantes, contar dinero, barreras, un grabado clásico por el que nos movemos del modo más humano posible. En la calle hay dos tapias bajas construidas de tal modo que si un coche quisiera pasar a gran velocidad entre ellas tendría que efectuar dos virajes demenciales. Una vez que

están cumplidas las formalidades, se nos permite continuar, y la ciudad sigue entonces como suelen hacerlo las ciudades tras los muros: igual, pero distinta. Puede que sea cosa mía, pero a este lado huele distinto, y todo es más pardo. Nos dejamos llevar por el coche, Wilhelmstrasse, Unter den Linden, nombres con los que nunca he tenido nada que ver, pero que según el modo en que otros los pronuncien, dejan un cierto regusto melancólico o no. Y, claro está, no es de extrañar que al oír *Unter den Linden* (literalmente, ‘bajo los tilos’) siempre me haya imaginado algo verde claro. Más extraño es que concluya en seguida que no es el invierno la causa de la falta de verdor. Edificios, de vez en cuando ruinas, calles, la avenida de Carlos Marx flanqueada por altos edificios. Poco tráfico. Muchos anuncios luminosos. ¿Me resulta quizá decepcionante? ¿Hubiera deseado un decorado más dramático? Y a todo esto, ¿con qué derecho? Ante un monumento, dos soldados petrificados haciendo la guardia. Un tren de vapor pasa por un viaducto junto a la Alexanderplatz, por lo demás nada que contar: de vez en cuando carteles con consignas que tienen aspecto de poco leídas, eslóganes que se hablan a sí mismos.

Vamos a una *boîte*. Todos los grandes clubes y restaurantes de aquí tienen los nombres de las capitales del Pacto de Varsovia. Este se llama «Budapest». Está lleno. Dos hombres que no son alemanes forman la pequeña orquesta que toca animadas melodías. La gente baila el *twist*. El ambiente es provinciano y no demasiado alegre. Muchas chicas solas. Detrás nuestro, en una mesa pequeña, tres jóvenes oficiales del Ejército Popular. Están bebiendo una botella de vino tinto de Bulgaria. Uno de ellos se levanta, alza su copa y dice: «...meine Herren, zum Wohl!» (‘¡Señores, a su salud!’). Un camarero con una chaqueta color azul ejército del aire... y así sucesivamente. Verdaderamente no hay nada que contar. La gente nos mira como se nos miraría en Limoges o en Nyköping; pero uno no puede evitar seguir planteándose interrogantes. ¿Cuántos de los aquí presentes tienen familiares en el Oeste? ¿A cuántos les gustaría marcharse y cuántos querrían impedir que aquellos se fueran? Preguntas retóricas, para las que media hora después, cuando abandonamos el Este por el mismo puesto de control, hallo respuesta en un impreso de confección oriental. Se trata de un pequeño panfleto, naranja, con un título que recuerda a las clases de catequesis: «¿Qué he de saber del Muro?». Está dividido en diez apartados: «1) ¿Cuál es la verdadera ubicación de Berlín?; 2) ¿Ha caído el Muro del cielo?; 3) ¿Era necesario el Muro?; 4) ¿Qué ha impedido el Muro?; 5) ¿Estaba la paz verdaderamente amenazada?; 6) ¿Quiénes viven tras el Muro?; 7) ¿Quiénes son los que verdaderamente imposibilitan el contacto entre familiares y amigos?; 8) ¿Supone el Muro una amenaza para alguien, quienquiera que sea?; 9) ¿Quién empeora las cosas?; 10) ¿Es el Muro un aparato de gimnasia?».

La respuesta a la última pregunta no es demasiado amigable: «Se lo decimos muy

abiertamente: No. Este muro de protección constituye la frontera nacional de la RDA. La frontera nacional de un Estado soberano ha de ser respetada. Así ocurre en todo el mundo. Quien no la respete habrá de atenerse a las consecuencias».

P. D. Algunas reflexiones a posteriori. 1) ¿Hasta qué punto ve Bonn el Muro con buenos ojos? Si toda Alemania Oriental se hubiera quedado vacía –lo que en aquellos momentos no era impensable– todo este *hinterland* habría estado poblado de eslavos. Una perspectiva poco atrayente para los alemanes, que siguen soñando con la reunificación. 2) ¿Hasta qué punto ve Moscú el Muro con buenos ojos? ¿Acaso es Ulbricht un aliado más interesante para Moscú que, por ejemplo, Salazar para nosotros? 3) Lo increíblemente alemán que es ese Muro. En palabras de un taxista de Berlín Oeste: «Esto no le habría podido ocurrir a ningún otro pueblo».

17 de enero de 1963. Las tres de la tarde. Bajo el azote de la nevasca atravesamos la desierta explanada frente a la estación. En el vestíbulo de la estación, desnudo, de color cemento y que huele a Alemania Oriental, aún no hay nadie. Un par de periodistas ingleses, italianos y norteamericanos tiritan de frío en este vacío, manteniéndose en pie tan solo ante el rumor de que Nikita Serguéievich Jrushchov llegará a las tres o las cuatro, las cinco, las seis o las siete. El frío es indescriptible.

Deambulamos de acá para allá, perseguidos continuamente por las miradas curiosas, a veces esquivas y a veces agresivas, de los alemanes orientales presentes. El vestíbulo es soberbio. De largas lanzas doradas cuelgan las banderas de color sangre, rojo y oro que también desde Berlín Oeste, al otro lado del Muro, se pueden ver ondear en los altos edificios y en las fábricas: las banderas de la luna, de lo inalcanzable. Las lanzas, en posición oblicua, tienen un cierto aire medieval, como si estuvieran a la espera de un torneo de los de antaño. Un obrero adorna el podio con pequeñas macetas. Seguro que a Jrushchov le encantará. Y la verdad es que el decorado, un decorado propio de la fiesta de gala de un instituto de bachillerato, es fabuloso: las paredes tapizadas con telas de colores, las plantas erguidas en sus macetas, y en el centro una tribuna que parece de madera contrachapada, sobre la que luego alguien dirá cosas que por lo general no se oyen en la gala de un instituto.

Un hombre viejo sube ahora a la tarima, se coloca detrás de los micrófonos y grita tenso: «Eins, zwei, drei!» (‘¡Uno, dos, tres!’). Resuena por toda la sala. Detrás de mí, sobre unos andamios grises, los cámaras de la televisión germano-oriental, unos hombres grisáceos con gorros de piel, ajustan los equipos. Llevan aquí desde las seis de la mañana. Ya no hay rincón en el que no se haya colado el frío. Sobre todo a los italianos parece molestarles, y lo dejan patente. Yo sigo dando vueltas y leo las entusiastas y alentadoras consignas de bienvenida que plagan no solo la estación sino toda la ciudad. «En honor al VI Congreso del Partido, por el desarrollo de la ciencia y de la técnica»².

No hay palabras para evocar la tosca realidad que impera. Es un mundo atrasado, pueril y pasado de moda, pero un mundo que existe y no sin razón. Y es justamente esa realidad la que resulta alienante, ese pasado, en otro tiempo lleno de inspiración y ahora momificado, que pretende anunciar el porvenir. Rodeado por los jirones de un mesianismo esclerótico y por tanto peligroso, me encuentro en ese futuro como un perfecto extraño; es como si llevase aquí un mes, o un año.

A veces hay indicios de que algo va a ocurrir. Los oficiales alemanes dan órdenes alemanas a los soldados alemanes, se colocan en algún que otro orden de batalla a ambos lados de la escalera, provocando con ello pequeños torbellinos en la multitud, pero luego desaparecen por un agujero engalanado con otras consignas y nos dejan de nuevo a merced de nuestra espera. Un periodista alemán-occidental se ha enzarzado en una triste conversación con un germano-oriental. Yo les observo a un paso de distancia. Es una conversación carente de sentido. Entre esos dos compatriotas hay un muro al que nada, a lo sumo unas balas, podría atravesar. Todas las ideas y los argumentos rebotan para acabar finalmente a nuestros pies, en el suelo. Los hay a mansalva: los Globke y los muros, los Adenauer y los evasores muertos a tiros en el agua, la incesante expiación por el pasado; los extranjeros forman un corro, observan y callan. Suenan las cinco, las seis. Y de pronto el vestíbulo se llena. Los focos de la televisión se encienden, empiezan a brillar: rostros blancos sobre las cazadoras de piel alemanas. Pequeños grupos de mujeres con unos banderines extremadamente rojos. Los periodistas, para quienes no se ha reservado un sitio fijo, se dispersan y se convierten en minoría. Una larga fila de cadetes entra en fila india. Reciben una orden y comienzan a amasar a la multitud. Primero hacia un lado, luego hacia el otro. Casi me incrustan en el andamio de la televisión, y también allí un soldado me agarra y me empuja hacia otro sitio. Al final, acabo bastante lejos de la tribuna, entre hombres altos y fornidos, que, con dedos desproporcionadamente grandes, sujetan unos banderines ridículamente pequeños. De unos altavoces encaramados en lo alto sale una quejumbrosa música militar, un disco tras otro. Se levanta un cierto revuelo y el pequeño Ulbricht con su rostro irreparable pasa presuroso ante el pueblo congregado. Luego vienen los otros, búlgaros y mongoles, checos y alemanes, un grupo compacto de hombres sólidos que suben en fila por la escalera que dos viejas acaban de barrer por enésima vez. Una alfombra roja ahuyentará el frío, un seto de cadetes protegerá la vida, a mis espaldas unos alemanes gritan «Hut ab! Hut ab!» («¡Quítense los sombreros!») y, repentinamente, un silencio de se acabó la música: el pequeño hombre ruso desciende por las escaleras, rodeado por sus fieles, dirigentes de un mundo que empieza en Helmstedt y que termina en Shanghái. El pequeño hombre, con su rostro regordete y extremadamente blanco bajo los focos observantes de la televisión, saluda a la multitud que grita: «Drushba, drushba, drushba!» («¡Amistad, amistad, amistad!»). El aire vibra debido a las banderitas de papel, al

igual que lo haría bajo una enorme ola de calor; un grupo de argelinos lanza su propio grito de bienvenida, de pronto se hace de nuevo un silencio expectante, y da comienzo el saludo protocolario de los primeros secretarios de los comités centrales: los viejos y largos títulos sustituidos por otros nuevos e igualmente largos, y no se olvidan de ninguno.

Detrás de cada nombre, una estela de aplausos; me pongo de puntillas y observo a esos síndicos reunidos en su tribuna iluminada. El pequeño Ulbricht se adelanta, es besado, y, con su voz remilgada y sajona, comienza una alocución que los presentes escuchan cortésmente. A continuación, el propio Jrushchov toma la palabra. No cabe duda de que es un hombre popular entre los miembros del partido que se encuentran aquí. Y no es de extrañar, ya que es difícil resistirse a esa voz. Es profunda y arcaica, arrolla, argumenta, persuade, ridiculiza, narra, amenaza. Detrás, la voz aguda y quejumbrosa del intérprete subraya el discurso con trazos de rojo alemán. De repente pienso, al verme a mí mismo entre esta multitud de la que solo me separa la confección de mi ropa, que para el caso, yo también podría haber estado aquí gritando y entonando una canción alemana, podría haber sido miembro del partido; y me veo entonces a mí mismo como multitud, como ellos nunca se verán a sí mismos; multitud porque estoy presente y ayudo a llenar este vestíbulo, al igual que ellos, y solo con mirar y escuchar esos gritos alemanes cargados todavía del pasado me invade una sensación de ridícula soledad, de miedo por un mundo que existe en tal medida que apenas si tenemos algo en común con él. Cuando salgo todavía nieva. En la plaza desierta, sobre el blanco de la nieve, se dibuja una larga fila de oficiales. Dando un rodeo por calles oscuras y sepulcralmente silenciosas en las que ahora cuelgan unas banderas negras, llego hasta mi coche. Media hora después estoy en el Oeste. Así de fácil.

19 de enero de 1963. Camaradas, a continuación el discurso de clausura del primer secretario del Comité Central del Partido Socialista Unificado Alemán (SED), Walter Ulbricht. Los periodistas, reunidos en el lujoso centro de prensa de Berlín Oeste, se echan atrás en sus asientos para ver lo que ya han visto con tanta frecuencia esa semana: la sala inmensa con los cuatro mil quinientos delegados de los partidos comunistas de setenta países. Entre setos de cuerpos humanos, Walter Ulbricht camina a paso ligero, su cabeza pasa por delante de la cabeza blanca de mármol de Lenin. Comienza a hablar. Hay un pequeño resplandor en su frente, la luz se refleja en los cristales de sus gafas. Es un buen discurso, para lo que acostumbra. En un tono tranquilo, permitiéndose incluso de vez en cuando digresiones indiscretas y algún que otro chascarrillo, maneja los consabidos artículos de fe.

El ambiente es extremadamente cordial, incluso un tanto conmovedor. Tras Ulbricht, su amigo ruso; de las orejas le cuelga un hilillo a través del cual una voz

rusa traduce. La cámara enfoca solo de cuando en cuando a los delegados, reconozco a algunos, a la mayoría no. A los chinos no los sacan ni una sola vez, y eso que solo han transcurrido unas horas desde que todos esos cordiales señores se pusieran a gritar y a silbar cuando el delegado chino, a pesar de la amigable petición de distensión por parte de Jrushchov, lanzó un nuevo ataque contra la Unión Soviética por lo del revisionismo yugoslavo. Ulbricht no se adentra en la cuestión. Él piensa que todo saldrá bien, sí, todo saldrá bien, y además, en Occidente también hay discordia, véase si no a De Gaulle.

Ulbricht es tan jovial como patética su república. No, Alemania ya no es el país socialista más occidental del mundo, ahora lo es Cuba y eso representa una gran ventaja, porque ahora Alemania está mucho más cerca de América. Y ¿cómo es eso? ¡A través de nuestro enviado especial en La Habana! Risas. Se pone más serio al hablar sobre el programa de su partido. Una vez más queda claro que uno nunca podrá desentenderse del mundo comunista a base de renegar, como tampoco se podrá pertenecer a él simpatizando a medias. Allí, en esta sala, reina una descomunal certidumbre de tener razón. Nosotros lo vemos desde nuestros asientos, a uno o dos kilómetros de allí. Las imágenes llegan a nosotros a través del circuito de televisión: el poder del proletariado, la construcción del socialismo, la transición hacia el comunismo, los artículos de fe.

Entre todo eso y nosotros se encuentra el Muro, el documento de piedra. Pero es un documento que allí nada significa, a lo sumo viene a subrayar que tienen razón. Al igual que los periodistas occidentales, ellos también van a ver el Muro, y estrechan la mano de los turistas franceses, saludando a los presentes. Saben lo que se hacen.

No se puede evitar la comparación con una comunidad religiosa. Es una fe convertida primero en un Estado, y luego en muchos. De ahí que esa fe no pudiera seguir siendo la misma, esa sala también está dividida por cismas y escisiones, y eso nosotros también lo vemos, la práctica de la certeza absoluta, un libro de Marx, de Engels, de Lenin, que ha acabado por parecerse a Cuba, a Alemania Oriental, a Corea del Norte, a esta misma sala, en la que el pequeño hombre, a veces, cuando se inclina de cierta manera, se asemeja a un negro que, con una voz alemana parsimoniosa, cuenta historias sobre ingenieros y obreros, que se emociona ante la felicidad pura del trabajar y ante el gozo que la construcción de una fábrica lleva consigo, que no sabe cómo seguir y que dice que son los escritores los que han de describirlo: la verdadera vida, el gozo de trabajar.

Y se nos entregan nuevas historias de ese nuevo folclore, el profesor que hablaba con jóvenes agrónomos, el escritor que recibió una reprimenda por mantenerse demasiado apartado de la vida y por no haber aprendido un verdadero oficio. La sala ríe y aplaude, a veces la cámara enfoca directamente a un rostro, serio, gozoso, entusiasta, aburrido o, en cualquier caso, un rostro con una expresión distinta.

Según estoy mirando me da por pensar que ahí se encuentra el hombre procedente del país quizá más horrendo del mundo. Pero ahí está a pesar de todo, hablándole a los alemanes occidentales, invitándoles una y otra vez a que vengan al Este y que hablen con los obreros y los campesinos, pero ¿qué cree él que verá esa gente del Oeste cuando venga al Este?

Un país, dice, en el que todo es propiedad colectiva, y se extiende sobre el tema, les llega el turno a los explotadores, a los militaristas, y mientras esa voz sigue su curso y la cámara tantea a los delegados, a nosotros, en el recinto reservado a la prensa, nos invade de nuevo, como de costumbre, esa sensación de total alienación, una palabra de moda, que ahora ya para el caso podría significar tanto miedo como aversión como incompreensión total. Un tercio de la humanidad está regido por estos hombres, según una ideología que padece de anquilosamiento, que ha dejado de florecer, que a veces parece no tener la suficiente vitalidad como para seguir probándose a sí misma su valía según el manual. La única respuesta a ese peligroso anquilosamiento al otro lado del Muro es no volverse impotente por un anquilosamiento aún mayor. Asistir a un congreso como este puede ser de lo más instructivo.

Se escriben tantas cosas sobre el comunismo que seguramente muchos habrán olvidado que también existe, que es una realidad. Y el tenor de esa realidad es, en la actualidad, una gigantesca introspección con la distensión correspondiente.

En estos momentos, en el campo comunista, hay desacuerdo en torno a todas las cuestiones de importancia, el capitalismo, la guerra, la revolución, el cisma. Si Jrushchov dice que el objetivo de la clase obrera no consiste en una muerte espectacular sino en la construcción de una vida feliz, Mao contesta que una guerra desembocaría inevitablemente en la destrucción del imperialismo (nosotros) y en la victoria del socialismo (ellos).

Hasta el momento, una de las principales reacciones occidentales ha sido una indiferencia satisfecha ante este diálogo fundamental. De ahí que tantos periodistas abandonasen rápidamente ese congreso parsimonioso, carente de dramatismo, que, en cualquier caso en este terreno, resultó ser un anticlímax.

I

En otro tiempo, una vez, la primera vez. Fui a Berlín en coche con Eddy Hoornik y W. L. Brugsma. El motivo: la visita de Jrushchov, el congreso del partido comunista de Alemania Oriental. Era la primera vez que visitaba un país del bloque oriental desde Budapest en 1956, siete años atrás. Budapest había sido la divisoria de aguas en mi pensamiento político, que por aquel entonces estaba bastante influenciado por el sentimiento. Me había devuelto el olor a guerra. Me marché de allí antes de que la formación en tenaza de las tropas rusas se cerrara hacia la frontera, con la sensación de que nosotros, y por lo tanto yo también, habíamos traicionado a esa gente, de que dejaba atrás algo que se cerraría para siempre. En el ahora de 1963, iba en dirección contraria, y también entonces me acompañaba un sentimiento: el miedo. Este era el imperio prohibido, protegido por guardias, perros sabuesos, torres, alambradas y barreras. Hacía frío, era invierno. Había nevado, y en esa nieve los perros rastreros y jadeantes que podían verse desde el coche resultaban lúgubres.

En el otro ahora, el de 1989, todavía hay guardias, todavía hay perros sabuesos y todavía hay alambradas. Pero hace un tiempo primaveral, el paso fronterizo es más ancho que el de entonces, hay más tráfico y aun así, se resiste a ser normal. Ya no se trata de miedo, pero la guerra fría y el recuerdo de otro tiempo lo llevo metido en la médula de los huesos, y nada más pensar en ello se materializa: parece ser que me falta no sé qué documento, un *Genehmigung*, un 'permiso', no entiendo en seguida lo que me dice el *Vopo* y se me pone a gritar desde su caseta; tengo que salirme de la fila con el coche, aparcar a un lado e ir a pie hasta un barracón de madera en donde he de abonar cierta cantidad. Nada de qué preocuparse, pero ya me ha vuelto a ocurrir: los gritos, el alemán, el uniforme; nunca me desharé del fantasma de la guerra. Durante el trayecto por Alemania Oriental voy a cien kilómetros por hora sin quitarle ojo al velocímetro. Según me han contado unos amigos, basta que te pases dos kilómetros para que «ellos» te salgan de detrás de un puente, de un bosque o de una casa y te pongan una multa. Pero no es la multa lo que me da miedo, es la confrontación lo que no quiero. Seguramente todos piensan lo mismo; por eso circulan como lenta melaza por la amplia autopista. Llego a la puerta de mi nueva casa y vuelta a las mismas. No he hecho más que colocar el coche para descargar el equipaje y los libros para los próximos seis meses cuando se abre una ventana y un viejo empieza a gritar desde arriba algo así como que es una vergüenza, *unverschämt!* Bienvenido a casa.

Mi «casa» es uno de los apartamentos de un caserón oscuro en la Goethestrasse.

Habitaciones enormes con unas estufas de loza más altas que yo que ya no se usan, ídolos cuadrangulares. Antes de mi llegada, vivió aquí un escritor chileno que ahora ha regresado temporalmente a su lejana tierra. *Tempora mutantur*. Algunos de sus libros aún están ahí. Te comportas como los perros, dice Simone³. Comportamiento perruno, es cierto. Husmeo los libros. Snif, snif, Neruda. Snif, snif, snif, Heine, Von Kleist.

Un diccionario filosófico de corte marxista, Günter Grass en inglés, *Third World Affairs* 1987, mucho en castellano, muchos autores que no conozco, un *Diccionario del habla chilena*, y afortunadamente, mucha poesía. Los muebles me miran fijamente, y yo a ellos. Son muebles del azar, puedes mudarlos de un lado a otro, no se inmutan. Ellos no te han escogido, ni tú a ellos, son testimonio de algo que tiene que ver con la vida de los exiliados, y eso no me desagrada. Me paso la mitad de mis días en hoteles, acaba por convertirse en algo normal, el cuco eternamente alojado en el nido de otros. Una pintura-escultura con un martillo bastante aterrador que no se puede quitar, una reproducción de Dufy, dos de Hopper, una pintura sombría con presos y desaparecidos, un póster de Matisse, el cartel de una obra de teatro del escritor ausente, una pluma de ganso que parece haber sido mojada en sangre y que acaba de escribir la palabra *libertad*. Ahora viene lo de instalarse y hacerse al lugar. En el patio interior del caserón, un castaño que luego se pondrá verde.

La conquista de una ciudad. Al igual que en la guerra, esto se hace con mapas del Estado Mayor, explorando el terreno. Los amigos hacen las veces de servicio secreto. La casa es la base de operaciones, brinda una y otra vez la posibilidad de retirada estratégica. Medios de transporte: tranvías, metro, autobús, pies. La intendencia: ¿dónde está el mercado? Poco a poco, la ciudad se va haciendo tuya, fragmentos reconocibles: el camino más corto, puntos de referencia, biblioteca, centro comercial, museo, parque, Muro. Negociaciones, capitulaciones: la casa empieza a portarse como una casa, nosotros a portarnos como inquilinos. El pasillo del caserón es oscuro, la escalera tiene una cabeza de león, la acaricio todos los días, el león empieza a saludar, los otros inquilinos todavía no. El cartero ha venido a olfatearnos. Es un hombre alto, gris, en un uniforme con gorra, habla en un dialecto apenas inteligible para nosotros. El buzón ha sido recortado en la puerta del apartamento, tiene el ancho de una mano y la altura de dos centímetros, apenas cabe nada, una conexión defectuosa con el país del que procedo. Ahora leo el *Frankfurter Allgemeine*, cosa seria. Este país no se anda con frivolidades. Nada de

irreverencias. Una portada sobria, generalmente sin ilustraciones, es probable que yo ponga otra cara al leerlo.

En el metro he visto un cartel anunciando un *Gesprächskonzert*, un ‘concierto-coloquio’, con Mauricio Kagel, un compositor argentino que vive en Alemania hace ya tiempo. Su música me gusta, y a Hugo Claus y a mí se nos ha encargado traducir el texto de su oratorio *Trahison Orale* para el Holland Festival. El concierto se celebra en el auditorio de la Radio Libre de Berlín (Sender Freies Berlín). Cuando se viene de Ámsterdam, es imposible que la escala de las cosas aquí no te llame la atención constantemente, te hace sentirte pequeño, gigantescas plazas desiertas, anchas avenidas. En el metro ya he visto quiénes van al concierto, nunca falla, solo tengo que seguirles, un pequeño grupo de despistados con un japonés haciendo las veces de pez piloto. Naturalmente, también en la orquesta hay un japonés, se trata de un acuerdo tácito entre los japoneses: en cada avión, restaurante, orquesta ha de haber uno de ellos, alguien designado para la ocasión. El japonés de la orquesta es un violoncelista y toca de maravilla (lo escucho cuando interpreta el solo), en realidad todos tocan de maravilla, es una noche mágica. El compositor se ha sentado en el podio junto al director. Alto, calvicie incipiente, grandes gafas de concha. Es como si Harold Pinter estuviese sentado en el escenario mientras se representa una de sus obras. La única pieza del concierto se titula *Quodlibet*, pero no es solo el título de la obra en sí (‘Como gustes’), también es el nombre del género en cuestión. El *quodlibet* es una composición polifónica de los siglos XVI y XVII, sobre todo francesa, en la que se parodian y comentan un gran número de canciones populares. Y, desde luego, polifónico es, ya que la cantante de esta noche, Martine Viard, sabe interpretar todo tipo de voces, y de hecho las interpreta. Su aspecto es serio, vestido largo, de color azul, gafas; no obstante, sus gorgoritos y sus imitaciones de la pompa masculina restan seriedad al asunto. El director se llama Gerd Albrecht; pelo canoso, *bell'uomo*, tiene justamente el aspecto del director de orquesta de los sueños de una jovencita, y es a un tiempo extraordinariamente brillante en la deconstrucción de la pieza que interrumpe constantemente, desmonta, analiza y reagrupa. El texto ha sido reconstruido por el compositor a partir de textos del francés antiguo, una historia de amor dramática, que empieza con un alto grado de confusión de la cantante:

*Ma... ma fantazie... est...
Est tant... troublée
De quoy faictes si long séjour
Sans venir... sans venir vers moy...
De retour...
J'ay paour que ne soyez changée...*

Solo después de un par de compases el director la interrumpe, la voz de la cantante continúa delirando tenuemente por unos momentos y a continuación da comienzo el desmontaje. Deja oír cómo están compuestos los distintos estratos musicales a base de «desgajarlos». El proceso tiene algo de diabólico, me siento tonto y listo a un tiempo: tonto por lo que no había oído y listo por lo que ahora sé que oigo. Lo que era un sonido compuesto y armonioso pasa al diván del analista. La flauta contralto... «un sonido suspendido e iridiscente» (el flautista toca, el solitario sonido trepida por la sala)... y ahora se superpone la trompa... («debe sonar extremadamente sensual»)... y luego el flautín... («algo menos sensual»)... y luego el sonido «deshilachado» de los violoncelos... «y ahora lo ponemos todo junto» y como pueden oír, «un pequeño detalle», vuelve a desaparecer con la misma rapidez, igual que en Puccini, ¿está el señor Kagel de acuerdo con esto? Sí, el señor Kagel está de acuerdo: las cosas importantes han de ser breves, como en la literatura. Hubo una época en la que quiso ser escritor, cuando era joven, en Argentina. Borges era su profesor de literatura inglesa, con eso ya tiene para toda la vida.

Ahora la siguiente deconstrucción, compases binarios sobre ternarios, un pasaje sumamente corto que solo dura dos compases, los «binarios» bronce y piano, y superpuestos, los «ternarios» de las trompas, y sobre todo ello «la percusión y los clarinetes», de modo que en mi memoria queda impreso para siempre lo que no oigo de lo que oigo, y peor aún, lo que otros oyen que yo no oigo. Triste tara, pero qué se le va a hacer. Kagel habla de su experiencia en la enseñanza: de cómo obliga a sus estudiantes a describir la acción de una ópera cualquiera, aunque la encuentren absurda. «El absurdo de una ópera es algo que se debe dar por descontado, el compositor ha de ser su propio dramaturgo, eso es algo que tienen que aprender». Además, les hace alargar tres compases de Haydn hasta convertirlos en ocho, para eso les da cuatro horas, así aprenden a «inventar» distintos ritmos.

Volvemos a la música: un fragmento erótico en el que la cantante pasa de un balido lascivo a un fragmento breve y delirante de gorgoritos orgiásticos, lo «vaginal» se ve reducido a lo «virginal». Vuelven a interpretarse los mismos fragmentos, las mismas notas, pero esta vez como lo haría un niño de ocho años. Pero eso a mi parecer ya no funciona, proporciona una resonancia perversa a la repentina voz blanca, aunque solo sea porque el *molto vibrato* de los instrumentos de viento y la tuba acompaña el chillido virginal, y sobre ese telón de fondo de jadeo masculino, la inocencia resulta estridente.

¿Y cómo se siente Kagel en Alemania? Kagel se siente bien en Alemania, pero cita una carta de Max Ernst a Tristan Tzara: «Los intelectuales alemanes no son capaces de hacer caca ni pis (*faire caca et pipi*) sin una ideología». El público se ríe con discreción, también cuando dice que Adorno ha dicho que los alemanes «confunden lo profundo con lo pesado». Y ¿por qué no habrían de reírse? Se trata

siempre de los *otros* alemanes, nosotros sí que somos capaces de ir al retrete sin ideologías.

La música da comienzo una vez más, vuelve a tocarse la pieza al completo, brillante, animada, excitante, y de repente me gustaría encontrarme uno o dos siglos después, que pudiese escucharla con los oídos de ese momento, pero se trata de un pensamiento demasiado lejano, una incontable cantidad de personas habría de aparearse y parir para crear a los trompetistas que con sus bocas impensables tocarían las mismas notas en su trompeta, y además, a qué vienen esos dos siglos sin sentido si puedo escucharlo *ahora*, y no solo lo he escuchado, lo he cenado, lo he comido, porque un *quodlibet* se llamaba por aquel entonces en español *ensalada* y en francés entre otras cosas *fricassée*, metáforas culinarias que resultan apropiadas, ya que, saciado de música, me dejo llevar por esa noche invernal berlinesa hasta un plato de salchichas con tocino.

Aquí el domingo empieza ya los sábados. Todo cierra, las calles se quedan desiertas, y en el día del Señor las campanas repican como si hubieran de convocar a todos los muertos desde Carlomagno. Nadie acude, en las amplias avenidas reina un silencio sobrecogedor, las horas se alargan por leyes misteriosas, es hora de pensar en el tiempo. Hay ocasión más que de sobra para la reflexión: tres exposiciones fotográficas liban del pasado su miel negra. *Revolution und Fotografie, Berlin 1918/19* es la primera que visito. Durante la semana suelo hacer uso del transporte público, ahora, como todo está tan desierto, cojo el coche. Los otros probablemente hacen lo contrario, o bien se quedan en casa para reflexionar.

Berlín 1919, setenta años atrás; dentro de setenta años las fotos de hoy día llevarán las mismas máscaras, las de la distancia, las del tiempo pasado, las del saber histórico. Poder e impotencia a un tiempo: uno tiene poder frente a los muertos de esas fotos porque sabe lo que ocurrió. Tener impotencia sobre algo, el idioma no lo permite, y aun así, existe. Nos sentimos impotentes, aun con nuestra superioridad de conocimientos no podemos violentar esas fotos, son herméticas, la gente en ellas no puede oírte. En la cubierta del libro sobre la exposición⁴ hay un grupo de hombres, dos de ellos arrodillados junto a una ametralladora. Uno de los dos viste de civil. Lleva un sombrero, los zapatos relucientes, podría estar arrodillado junto a cualquier otra cosa, todo menos junto a una ametralladora. Pero ahí está, negro, reluciente, desfasado, amenazante. La mayoría de los otros llevan uniforme, miran y señalan hacia el fotógrafo, uno está a punto de salir corriendo en dirección a él, gritan algo. No les puedo oír, lo que oigo es la calle vacía, el desnudo invernal de los árboles, las grandes casas berlinesas, las mismas casas que veo constantemente a mi alrededor. No todo ha desaparecido. Desde luego no hay uniforme prescrito para las revoluciones, tampoco para los obreros, pero aun así resulta extraño: hombres con sombreros y corbatas, los fusiles ceñidos bajo el brazo, figuras

vulnerables en encrucijadas desiertas, recortadas sobre un fondo de luz impertérrita, el obstinado centelleo del pavimento. El aspecto del pasado depende irrevocablemente de la técnica del momento; nadie puede imaginarse la Primera Guerra Mundial en color, resulta impensable que la gente que no podemos ver en color pudiera ver colores. La alquimia de la imperfección: ese charco negro junto a ese cuerpo era rojo.

La exposición se encuentra en el edificio de la Neue Gesellschaft für Bildende Kunst (‘Nueva Sociedad para las Artes Plásticas’), los visitantes son jóvenes, silenciosos, serios, llevan los uniformes de los nuevos desheredados, el proletariado estudiantil del opulento Occidente. Lo que más me llama la atención es el silencio, porque armoniza con el silencio reinante en las fotos. Ningún color, ningún sonido, solo el tiempo pasado que, a partir del tiempo representado en esas fotos, traza una línea recta hasta sus vidas. Si hay un lugar en el mundo donde el pasado se sienta a sus anchas, ese debe ser Berlín. Lo que esos jóvenes pueden leer en esas fotos y sus leyendas es el atrevido «y si...» de los supervivientes.

¿Y si el imperio en quiebra de Guillermo II hubiese caído de manera más radical? ¿Y si no hubiesen subsistido tantas reliquias del antiguo orden económico y jerárquico? ¿Y si los socialdemócratas como Gustav Noske no hubiesen traicionado la revolución, ordenando disparar al ejército sobre su propia gente y dejando escapar a los asesinos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo? Pero el «y si...» de la historia es hermético, sellado con las fotos aquí expuestas, e inicia a un tiempo otra vida: una democracia fracasada, una dictadura, un genocidio, una nueva guerra, otra paz, hasta llegar al punto donde uno se encuentra. Y una vez que se llega ahí, a la historia se la llama de repente política, que no es otra cosa que historia futura.

En las vitrinas se hallan los testigos mudos, los informes de las autopsias, la factura de hospital de un revolucionario asesinado, las enormes y anticuadas cámaras que captaron todas esas imágenes, los aparatos con los que se revelaron las fotos, máquinas neutrales, imparciales, la artillería pesada al servicio de los periódicos de la izquierda y la derecha, y luego la misma prensa, llena de esperanza y de retórica, cargada de un increíble antisemitismo («Dos individuos no pertenecientes a nuestra raza, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, incitan al fratricidio») y de ardor revolucionario («Soldados y obreros armados levantan barricadas con bobinas de papel de periódico»).

Al haber comenzado con un levantamiento de marineros amotinados y con grandes huelgas en la Siemens y la Daimler, con gigantescas concentraciones populares y oradores sin micrófonos, esta debiera haber sido la primera revolución de una sociedad altamente industrializada. El emperador abdicó y desapareció, el poder estaba en la calle. Philipp Scheidemann (SPD) proclama la República alemana, dos horas después Karl Liebknecht hace lo mismo por la República

socialista. Al día siguiente, el 10 de noviembre, la «asamblea popular» del Consejo Berlínés de Obreros y Soldados aprueba un gobierno que reúne ambas tendencias. Friedrich Ebert (SPD) se asegura el apoyo de los viejos altos mandos del ejército, y, cuatro días después, el «capital» (así se llamaba a los empresarios por aquellos días, y la verdad es que tiene algo más mágico) reconoce a los sindicatos como interlocutores válidos. Se produce un *putsch* de los militares de derechas que fracasa por la intervención de la marina popular que se alza como guardiana de la revolución. Luego todo sale mal, el SPD, con Gustav Noske a la cabeza, gobierna a partir de ese momento en solitario, y, con la ayuda de las antiguas tropas gubernamentales y el recientemente creado cuerpo de voluntarios (*Freikorps*) ordena ocupar ciertos barrios de la ciudad y llevar a cabo razias. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo son asesinados (fotos del cuerpo de Liebknecht, de los asesinos que lo celebran en el Hotel Eden, la crónica del asesinato de Luxemburgo: «La vieja cerda nada ya en sangre»), en las elecciones del 19 de enero de 1919 sale victorioso el SPD. En el Theater des Westens representan *La viuda alegre*. El 3 de marzo estalla una gran huelga. Se pide la puesta en libertad de presos políticos y la disolución del *Freikorps*. El gobierno socialista proclama el estado de emergencia. Los enfrentamientos continúan durante cinco días. Noske decreta la ley marcial. Resultado: 1.200 muertos, de los cuales 113 son del lado gubernamental. La revolución ha terminado, Alemania emprende camino de Weimar y todo lo que viene a continuación.

Hasta llegar a nuestros días. Cuando llueve y hace sol es que están de fiesta en el infierno, solía decir mi madre. Ese tiempo hace afuera cuando salgo del pasado. El agua plomiza del Spree se desgarrá con las gruesas gotas de la lluvia, los rayos de sol falsos y cobrizos causan un extraño resplandor en los edificios hechizados. Qué tontería, nada está hechizado, me encuentro en una gran ciudad europea, me subo al coche, paso por los lugares que acabo de ver en blanco y negro y dejo que se llenen con el color y la ausencia de cadáveres. Cesa de llover, me dejo llevar por el coche que me conduce al Este, a unos barrios donde nunca he estado. Me meto por un callejón sin salida cortado por un muro. Pero no se trata del Muro, porque tiene un agujero. Aparco el coche junto a unos turcos que están lavando sus coches y me dirijo hacia el boquete. *Trompe l'oeil*, pero no de verdad, porque a través del agujero veo el río, un barco-patrulla de la Alemania del Este, la orilla opuesta con el Muro y la alambrada, dos guardias que se pasean charlando amigablemente. Barco, Muro, guardias. Por lo demás, ni rastro de vida. Me consta que detrás hay vida, porque yo he estado allí, pero ahora no se puede ver. La ciudad del silencio, vacía y mítica. Como en un cuadro de De Chirico: un espacio abierto, grandes edificios, una torre, sombras caídas de bruces, clavadas al suelo. Reina un gran silencio en esos cuadros. A veces hay un caballo grande y blanco, escapado de

algún que otro mito. O un hombre con aspecto de marioneta, sin rostro, o mejor dicho, con un rostro sin boca ni ojos que recuerda a un bolo de madera.



La ribera del Spree cerca del puente de Oberbaum, Berlín Occidental, marzo de 1989

El arte presagia la realidad, porque veré a ese hombre tres veces. Dejo mi callejón sin salida (la Brommystrasse) y sigo por la Köpenickerstrasse hacia el puente de Oberbaum. En unos carteles reza que es peligroso aproximarse a la orilla. Lo pone en alemán, pero también en turco y yugoslavo. Es peligroso por triplicado, y aun así hay gente pescando. Me dirijo hacia el puente y subo al mirador. Aquí todo está en ruinas, un mundo en descomposición. Todavía la misma orilla opuesta, pero ahora hay gente por el puente. Una anciana con un bastón cruza muy despacio, tiene el rostro de dos países. A mi lado se detiene un viejo Mercedes, de él salen un hombre con una bolsa, una mujer y otro hombre jóvenes. Hablan entre ellos, toman la acera izquierda del puente, los pierdo de vista. La mujer dice algo sobre un *Ausweis*, un 'pase', pero nadie les detiene. Unos minutos después regresan, pero sin el hombre. Vuelven a mirar atrás, no saludan, se alejan en su coche. Solo entonces me doy cuenta de que algo se mueve tras las finas rejas de la mortecina casita de enfrente, un hombre sin rostro. Mira en mi dirección, a lo que llamamos

el Oeste. No veo su cara a pesar de tenerlo enfrente mirándome, veo sus charreteras, y recuerdo que en una ocasión empecé una historia con dos charreteras que todavía no pertenecían a ningún cuerpo. Eso vino después. Aquí no, aquí veo cómo la luz de fuera cae a través de las rejas sobre las charreteras, cómo a veces se mueven ligeramente. Y entonces veo a los otros hombres en una torre más allá. Sus caras tampoco las puedo ver, están demasiado lejos. Uno de ellos está mirando con unos prismáticos. Un par de americanos negros se han puesto a mi lado. Saludan al hombre de los prismáticos, él no devuelve el saludo. Más allá aún, sobre el tejado de un alto edificio, hay dos más. Estos llevan armas. También están hablando. ¿Sobre chicas? ¿Sobre qué? ¿Qué mira el hombre de los prismáticos? ¿Se aburre? ¿Qué conclusiones debo sacar de todo esto? Ninguna, no eres quién para juzgar este mundo. La gente va sencillamente por el puente, y eso que esta semana mataron a uno de un disparo. Al día siguiente, Simone vuelve al puente con esperanzas de mejor luz para sacar fotos. Había mucha más gente por el puente, según me cuenta, y no había guardias por ningún lado, ni uno a la vista.

Una vez que hube regresado a casa vuelvo a mirar las fotos del libro de la exposición. ¿Qué llevó a Noske a aplastar el levantamiento de los que en realidad eran su propia gente? Con esto no les hizo ningún bien a los socialdemócratas en Alemania, se les utilizó para conjurar el peligro, para justificar el asesinato de aquellos que parecían los más peligrosos. ¿Peligrosos para quién? El motivo era el miedo al caos, pero ¿qué es el caos? Caos es cuando alguien ya no sabe su lugar en el orden porque otro quiere abandonar el suyo. Quien tiene el poder en esos momentos, gana. En el caso de Alemania, se trataba de un orden que se parecía tanto al orden que nadie se podía imaginar el caos que ese nuevo orden traería consigo. Las consecuencias adoptaron el aspecto de la muerte, la guerra, la derrota, la ocupación, la división, la estructura perfecta de un muro, ese factótum binario que ha de dividir el mundo visible en dos lados, el anverso y el reverso, la razón y la sinrazón. Un lado se mira desde un mirador, el otro con unos prismáticos. O al revés. Yo mismo lo pude ver con mis propios ojos. Aquellos que construyeron el Muro legitimaron su existencia con el miedo al caos. Y aquel que intentó derribar el Muro desde el otro lado, ¿a qué habrá de tenerle más miedo? A los otros, a quienes en su propio lado del Muro tienen miedo al caos, o a lo que parece caos.

18 de marzo de 1989

II

Vivir en otro lugar no es lo mismo que viajar, me doy cuenta por mi modo de mirar. No tengo por qué aguzar la vista continuamente, tengo tiempo de sobra, me quedo en Berlín hasta el verano y en el otoño vuelvo otra vez. La semana pasada, por ejemplo, advertí que se me había olvidado mirar cómo era mi casa por fuera. Alguna que otra entidad de mi persona debió de suponer que la imagen acabaría por filtrarse por sí sola. Pero cuando alguien de los Países Bajos me preguntó que cómo era la casa, me di cuenta de que con el concepto *casa* no bastaba, por la simple razón de que mi casa forma parte de otra casa, y es justamente esa otra casa a la que aquí llaman *casa*. Aquí se usa la palabra *casa* para designar a esas colmenas gigantescas, en las que las distintas capas de apartamentos se apilan en torno al cuadro del patio interior. A estas se les llamaba antiguamente *cuarteles* (*Mietskasernen*), pero viviendo en ellas no se tiene esa impresión, aunque solo sea por el hecho de que casi nunca se oye a los vecinos. No hay un portero, ni nada que se le parezca; fuera en la calle hay un tablero con nuestros curiosos nombres. La limpieza de las escaleras y pasillos de la comunidad deja bastante que desear, la barandilla tiene una fina capa de polvo que quizá sea de antes de la guerra pues por una mujer ancianísima sabemos que la casa ya existía por aquel entonces. Cada uno saca su propia basura al patio interior, allí se encuentra una silenciosa hilera de grandes contenedores de plástico: uno para botellas, otro para papel viejo y el resto para la basura. Funciona de maravilla. Por las mañanas, a las siete y media, los basureros llaman a todos los timbres a la vez, y así siempre hay alguien que abre la puerta principal.

Solo conozco a la anciana vecina del piso de abajo. Los otros, por lo general jóvenes, saludan y yo les devuelvo el saludo. En el pasillo hay un cochecito de niño; en el patio, dos bicicletas, pero no sé de quién son. Todos los pisos dan al patio. Cuando llegué, el enorme castaño del patio estaba sin hojas, ahora con cada día que pasa se pone más frondoso, parece como si quisiera alcanzar todas nuestras ventanas. Le he cogido un gran cariño, y me asombra su vida, el vigor que debe poseer en la médula de la madera. No hay modo de comunicarse con él, pero aun así de vez en cuando le digo algo. Creo que eso le parece bien. Además ya le han salido «torrecillas», así llamo yo a sus flores, esas torrecillas blancas erguidas que me alegran el día cada vez que las contemplo por la mañana.

Esta mañana llamaron al timbre a las siete menos cuarto, uno de esos gritos

fatídicos que penetra hasta la médula de los sueños, entremezclándose con ellos, hasta que un segundo latigazo de corriente le pone fin. En esa otra vida que también se tiene, uno se encuentra de repente en su propia puerta como un pasmarote frente a alguien que hace ya horas que está despierto, que no está contaminado con el sueño y los fantasmas nocturnos. *Eilbote!* El cartero baja las escaleras silbando. ¿Ha recibido usted alguna vez en su país una carta urgente a esas horas?

Ahora también para mí da comienzo el día y se me antoja que este es el momento ideal para ver la casa desde fuera. Vivo en la Goethestrasse, lo cual no me desagrada. Tilos, un abedul, a la vuelta de la esquina un paseo con muchas tiendas, la Wilmerdorferstrasse, en la otra esquina la Sesenheimerstrasse. Muy cerca, una plaza con iglesia, donde los miércoles y sábados se celebra un mercado, y eso está muy bien. Voy hacia la Wilmerdorferstrasse y desde allí contemplo la casa de las muchas casas. Para saber cuál es la mía tengo que contar desde el suelo. Lo que ahora me llama la atención es el color. Barro seco, o suelo desértico, en cualquier caso tiene algo que ver con la tierra, árida, rugosa, si se pasase la mano por la fachada, dolería. Me encuentro junto al quiosco donde por el día venden pavo fresco troceado, justo enfrente de Nana, Nanu con las flores de plástico y los animales de nailon de color azul hielo en el escaparate. También los hay amarillos, con el color de yemas podridas. No son animales reales, no se dan en la naturaleza, son el producto de la imaginación de un ciego airado. Luego está la farmacia Goethe. Está ahí ya desde 1900. Luego viene el Zum Wirtenbub, un bar tenebroso en el que no he estado nunca. Allí se juega a los dados, lo oigo cada vez que la puerta está abierta. Eso es todo. Enfrente hay la Video Galerie, tampoco he estado nunca allí. Mucho Eros y Thanatos, senos y ametralladoras. Pasión y sangre me inundan al pasar. Leo algunos de los títulos y los mezclo un poco, un *cadavre exquis*. El surrealismo nunca está lejos, y menos aquí.

¿Qué tal se está en Berlín?, preguntan los amigos por teléfono. Es una buena pregunta, pero a menudo no sé qué contestar. «Se está», me gustaría responder. Se está, estoy. Vivo en Berlín. No solamente es distinto de los Países Bajos, es distinto de todas partes. Pero esa diferencia se resiste a hacerse palabra. Eso tiene algo que ver con la gente: para mí los alemanes encarnan mucho más los *otros* que, por ejemplo, los americanos o los españoles. Sigo sin saber muy bien cómo comportarme entre ellos, no me siento muy seguro de mi dominio del alemán. Lo que más me gusta es perderme entre la gente, así no tengo que decir nada. En el metro les observo; con frecuencia se trata también de griegos, turcos, yugoslavos, colombianos y marroquíes. Eso me resulta más fácil, ellos no son tan poderosos. O simplemente están más cerca.

Berlín resulta a veces claustrofóbico. Esa sensación nunca la tuve cuando venía simplemente de visita. El Muro, la frontera, sabes que puedes cruzarla, salir. Así

pues, no será eso, y aun así. Lo noto los domingos. Entonces me apetece salir. Verde hay más que de sobra en el plano de la ciudad, hay mucho *Wald*, mucho 'bosque'. Así que uno se va allí, está a un paso. Los otros también están allí. Quien no se va a otras partes de la República Federal se queda dentro del cercado, ignoro si ellos también lo experimentan así. Desde luego, esto pequeño no es, pero para el caso...

A menudo voy a Lübars, eso parece un pueblecito de verdad. Una ilusión, como si todavía hubiera mucho campo abierto alrededor. Dos bares de pueblo, una gasolinera, una pequeña iglesia, un par de tumbas. Salgo del pueblo a pie, por un sendero que he descubierto. La primera vez fui a parar a un riachuelo. Estaba mirando el agua, turbia, rápida, la ondulación de plantas acuáticas, pensaba en peces. Y fue entonces cuando vi el letrero. Decía que la frontera entre las zonas se hallaba en medio de ese riachuelo. Bien es cierto que el Muro empezaba más allá, pero en la orilla opuesta; esa caña seca y ese par de árboles, era el país de los *otros*. A partir de ese momento miré el agua de un modo distinto. Tan solo tenía unos metros de ancho, pero el centro de ese elemento transparente en movimiento era la frontera. Mejor no dar demasiadas vueltas al asunto; aun así yo se las di. Agua oriental, agua occidental. Valiente tontería, pero la frontera es real. Y está ahí. Entonces seguí andando, me subí a un cerro. Desde allí podía ver bien el Muro. Había dos. Entre ambos, una especie de foso para tanques, arena suelta, tierra, suelo. Esa banda se extendía hasta la lejanía. Caminé hasta donde creí que me toparía con el Muro, pero allí no era de piedra, sino de un trenzado de acero transparente. A unos cien metros antes del otro Muro había una torre. Al pie de la misma había un coche pequeño. Una de las ventanas de la torre se abrió. Distinguí la silueta de dos hombres. Uno de ellos dirigió unos prismáticos hacia mí, me observaba. Intercambio desigual. Él ahora podía verme bien, pero yo a él no. ¿Qué tenía yo de interesante? ¿Por qué miraba? Seguí allí un rato, con la extraña sensación de dejarme observar. Hubiera querido saber qué estaba pensando el mirante, pero eso nunca lo sabré. No quería saber qué pensaba de mí, sino de sí mismo. Imposible de averiguar. ¿Miraba por deber, por convicción, por aburrimiento? ¿Creía él en ese mirar? Por lo que yo podía ver, era humanamente imposible que pudiera ocurrir algo entre esos dos muros, no en ese lugar, y desde luego no desde este lado. ¿Qué sentido tenía mirar entonces? ¿Eran las horas de un aburrimiento indecible? ¿De la convicción? ¿Se iba a esa torre por propia iniciativa? En realidad, ahora me apetecía entrar en la torre para charlar un rato con él, pero no cabía la más remota posibilidad.



El Muro en Lübars, Berlín Occidental, marzo de 1989

Quizás ayer le viera sin saber que era él.

Ayer era Primero de Mayo. Por la noche miré la televisión de la RDA. Lo hago a menudo, es un ejercicio en todo tipo de cosas, pero sobre todo en semántica. Cómo las mismas noticias se pueden expresar de otro modo, convirtiéndose así en noticias diferentes. Eso resultó particularmente curioso tras las elecciones rusas. Si de los cien candidatos del partido, veinte no resultan elegidos, naturalmente se puede decir y si resulta ser la primera vez en la historia, pues se dice poniendo en ello un gran énfasis. Eso sucedía en la televisión a mi lado del Muro. Al otro lado, se decía que ochenta candidatos del partido, la gran mayoría, habían resultado reelegidos. Las dos caras de una misma realidad –la cabeza de Jano de un único dato, en la que el uno silencia una cosa y el otro la enfatiza, y todo eso en la misma lengua, que se puede entender y escuchar a ambos lados del Muro– le obligan a uno a entrenar el oído. El ojo es un órgano bastante más engañoso.

Ese Primero de Mayo se podía ver de todo a ambos lados del Muro. En mi lado, las salvajadas de los ‘caóticos’, los *Chaoten*, como se les llama aquí. Quizá se pudiera llamar caótica la situación que originaban, pero ellos mismos no son caóticos. Van derechos a su objetivo, y su objetivo es la violencia. Mucha violencia, premeditada como violencia, puesta en práctica como violencia. Contra la policía, contra las tiendas, contra los coches. Oleadas de asaltos, gente enmascarada,

invisible y por lo tanto inexistente, rostros detrás de pañuelos negros. Odio. Cuero, botas, humo, fuego, heridos.

Al otro lado, había paz. Lo que vi era el resumen de un desfile que había durado más de cinco horas. Honecker en un podio durante cinco horas. A veces con un panamá puesto, a veces sin él. En torno suyo el gobierno, los militares. Ante él, niños, artistas, negros danzantes, bomberos, vietnamitas, cubanos, cohortes de obreros. ¿Veía yo ahora lo que veía? ¿Felicidad, cantos, niños aupados, padres orgullosos, un presidente radiante?

La imagen por sí misma no puede ser semántica, la semántica comienza solo en el momento en que uno dice algo, cuando se asocian las imágenes con un significado. Pero entonces justamente hay que hablar de las imágenes que no se nos muestran. ¿Qué tipo de imágenes serían esas? ¿Una reunión del Comité Central en la que se discute qué hacer ante las tendencias democratizadoras que poco a poco empiezan a acorralar a la RDA? ¿Qué actitud se ha de tomar ante las memorias del antiguo jefe del Servicio Secreto, Markus Wolf? ¿O ante algo tan inofensivo como cinco manifestantes, vela en mano, reclamando el derecho de poder viajar al Oeste?

Después, esa noche, siguieron las imágenes de otros desfiles idénticos en otras partes de la República Democrática. Podios, dignatarios, rosetas de papel, desfiles. Dentro de cinco horas ese Muro habrá desaparecido, dicen algunos a mi lado del Muro, y señalan las imágenes de los húngaros que con tenazas gigantescas cortan sus setos de hierro. ¿Pero qué ocurrirá cuando eso ocurra? Entonces, de repente, en medio de Europa habrá un país muy grande y poderoso, del que muchos habían pensado que no volvería a existir, y del que nadie sabe qué tipo de país es.

El Muro es un tópico, ya lo sé. Solo que es un tópico de piedra. Lo veo desde el cielo, cuando me fugo un par de días, una cesura en el paisaje, absurda e irreal vista desde arriba. Una cicatriz, sin duda todo el mundo ya lo ha dicho, pero es que eso es lo que parece. ¿Y cómo se manifiesta esa cesura en la gente? A un amigo alemán le pregunto si los dos países se añoran el uno al otro. ¿Qué es la reunificación: una quimera, un deseo, una posibilidad? En su opinión, una posibilidad no es, porque no hay deseos ni añoranzas. La reunificación es la quimera del resto de los europeos, que tienen miedo a una Alemania unida. Nunca la habrá. Los del Este sí que la quieren, pero los del Oeste bajo ningún concepto. Eso lo viene a demostrar la actitud hostil contra los alemanes polacos y rusos que ahora llegan en grandes cantidades al Oeste. No los quieren, no los ven como alemanes, son pobres, están atrasados, desentonan en la Alemania moderna, rica y occidental. La Alemania de la que hablas, dice, duró apenas cien años. Data de la época de Bismarck. Y eso no lo añoramos en absoluto. Y además, tampoco tenemos ganas de costearla.

Pero, interviene un húngaro que está presente durante la conversación, esa Alemania de la que hablamos existía mucho antes de convertirse en un Estado, ¿no? Existía como lengua, como comunidad, ¿no? Eso que dices implica que

vosotros, los alemanes occidentales, hacéis de los alemanes orientales los verdaderos perdedores de la guerra. O sea que es a ellos a quienes les toca seguir pagando, mientras que vosotros nadáis en la abundancia. Y además, ¿tú te puedes imaginar que de aquí a diez años siga existiendo el Muro?

Para eso ya tiene una respuesta: «Si deja de existir, doce millones de alemanes se vendrán a este lado. Suplicaremos a Honecker que lo deje en pie».

El neerlandés y el húngaro callan por un momento. A continuación, uno de los dos pregunta: ¿Y qué será entonces de la «casa común» europea? ¿Tiene que estar la RDA en medio como una habitación cerrada? Si se abren las puertas de la RDA existen grandes posibilidades para la RFA, ¿no? Podríais ayudar a los del Este a salir del paso con una ayuda tipo Marshall, ¿no? Modernizar su industria obsoleta, por ejemplo, suministrar maquinaria. Date cuenta del mercado que se abriría entonces ante vosotros...

Pero para eso también tiene una respuesta, que viene a decir que el contribuyente de Alemania Occidental no está interesado en lo más mínimo en dar ni un solo céntimo a sus hermanos separados. Si he reproducido esta conversación no ha sido porque la encontrara particularmente esclarecedora ni inteligente desde el punto de vista político. El único valor de esta conversación –y hay miles de conversaciones como estase deriva del hecho de que ocurre a la sombra del Muro. Esa construcción de piedra no es tan solo un objeto, es también una metáfora del rechazo cuya reciprocidad quizá no siempre hayamos comprendido del todo. Tras el Muro viven los otros, y esos otros son muy distintos, tan distintos que mejor que se queden donde están aunque solo sea porque poner fin a esa división es pedirle demasiado a la imaginación. ¿Berlín de nuevo una sola ciudad? ¿Una capital de lo que quiera que acabe por ser esa nueva Alemania? ¿Una singular alianza, una federación inventada, una unión soñada? ¿Cómo ha de hacerse? Y desde luego resulta imposible imaginarlo, es tan impensable como un eterno statu quo, la síntesis de una quimera, una imagen aterradora dentro y fuera del país.

Ahora cruzo al otro lado. Empleo esas palabras casi sin pensar en ellas, luego las oigo y me pongo a pensar en ellas. El otro lado. Como si el Muro fuese un río. Como si hubiese surgido por sí solo en vez de haber sido construido. Un fenómeno natural. Por lo general suele ser fácil cruzar al otro lado. Esta vez no. He cogido el S-Bahn en la estación del Zoo hacia la Friedrichstrasse, donde se encuentra el paso, fronterizo. Cúpula, transparente, hierro fundido, grandes trenes, luz tenue. Se quiera o no el decorado sigue teniendo algo de Graham Greene o de Le Carré, no tengo remedio. Desciendo por las escaleras, el ris-ras de las suelas de mis contemporáneos. Luego se llega a un vestíbulo. Ya lo conozco, sé que ahora tengo que torcer a la derecha. *Andere Staaten*, ‘otros países’. Hoy hay cinco taquillas abiertas, pasajes estrechos, se nos estruja por ellas como si fueran un

colador. No tienen nada de moderno, ni de práctico, son más bien *amateurs*, provisionales, como si se contase con que no fuesen a durar mucho. La multitud entre la que me encuentro: polacos, muchos viejos. Me llegan por debajo de los hombros, y eso que no soy muy alto. Son viejos y bajos, van cargados con enormes maletas y cajas. La procesión avanza con una lentitud infinita, hemos de doblar una esquina para entrar por la portilla. Yo estoy en la parte interior de la curva, la exterior va más rápido. También los que se cuelan, los asiduos y los occidentales, que claramente sobresalen de entre la multitud, están estancados.

Sigo sin poder ver la portilla, pero sé cómo es. El solitario funcionario sentado en su caseta de madera de color beige muy claro. El funcionario está en alto, uno tiene que levantar los papeles a la altura del cuello, los viejos tienen que estirarse para poder llegar. Él está sentado, mira tu foto, te mira a ti. Detrás, colgada de un clavo en la pared, está su gorra, un objeto curioso y redondo, decoración mural de color verde. Entregas cinco marcos para el visado de un día y te dan un papel.

Luego todo va muy de prisa. Se sale despedido de la portilla, se cambia la suma obligatoria (25 DM) y de repente se encuentra uno fuera. Se encuentra uno allí. Allí. Allí también es mundo. Tranvías, coches, Trabants. Chasquean y despiden un olor un tanto desagradable. Me dirijo a pie hacia Unter den Linden. Nada de particular. Gente, tiendas, pisadas. Poco tráfico, la jornada laboral ya ha concluido. Voy al teatro, por lo demás, nada especial. A lo lejos se dibuja la Puerta de Brandeburgo, que normalmente solo puedo ver del otro lado. La estatua que la corona está al revés, lo sé, aunque ahora no la pueda ver. Tan solo alcanzo a ver los espacios abiertos entre las columnas, y esos son los mismos, aquí y allí. Allí es ahora aquí porque estoy a este lado, eso es todo.

La obra es de Thomas Bernhard, se titula *Der Theatermacher*. La leí en otro tiempo: el «teatrero» Bruscon, al final de su viaje, acompañado por su familia a la que tiraniza y humilla, llega a un pueblo de mala muerte, un paraje que le resulta tan tremendamente humillante para su grandeza que se niega a recordar cómo se llama, Grutzbach, Utzbach o algo por el estilo. Una salita mugrienta y ruinosa de la posada del lugar, de fuera llegan los gruñidos de cerdos hambrientos. Aquí será representada su obra *La rueda de la historia*, con él como protagonista. Su tosiga mujer y sus sórdidos hijos carentes de talento son los otros personajes.

Bernhard es fatalidad, sumisión, humillación, insulto, megalomanía, servilidad rastrera, interminable porfía sobre detalles nimios, en este caso se trata del cartel luminoso que dice «salida de emergencia», que según el actor no puede estar encendido durante los últimos minutos de la obra. Todo ello en olas retóricas, una y otra vez ese aluvión de reiteraciones, hasta convertirse en jeremiadas, el tedio exasperante incrustado en la médula de los huesos, la ineludible fatalidad de la vida cotidiana atornillada al cráneo, como en Hermans⁵. Solo entonces uno se puede marchar, abatido. La posada está en llamas, la obra se suspende, pero uno ya ha

visto su obra de teatro, afuera el griterío de la gente se confunde con el de los cerdos, la estatua de Stalin, caída de la rueda de la historia, yace estúpida y envarada sobre la tarima. La familia de cómicos puede seguir su camino hacia el siguiente paraje del espanto. Nada de catarsis, de purificación en el escenario, ningún atisbo de solución, y aun así ese extraño efecto que tiene en el espectador: toda esa inmundicia que le atraviesa el cuerpo a uno actúa como un purificador.

Una obra de Bernhard es una camisa de fuerza que uno se deja poner voluntariamente, a sabiendas de que si la obra está bien interpretada, las correas irán apretando más y más, y uno las seguirá sintiendo aun habiendo concluido la obra. En esta –al menos en la versión que he leído– el autor incorpora a Austria, y como de costumbre, la abuchea, se mofa de ella, la odia como en cada una de sus otras obras. Pero para esta puesta en escena, el director ha pensado otra cosa: la crítica a Austria se convierte en la crítica al propio régimen, un desplazamiento sutil pero certero de acusaciones y alusiones al lugar en el que nos hallamos. De ahí que lo que en Bernhard resulta patético –ese odio que el escritor austríaco siente por su tierra– se convierte aquí en un cabaret político con comentarios sobre la cultura proletaria, sobre los actores funcionarios del Estado, sobre el nazismo y el sistema, y por eso no es ninguna coincidencia que sea Stalin el que termine por los suelos al final de la obra.

Yo ya había leído algo al respecto: lo excepcional que resultaba que eso se permitiera en la RDA, y claro que es así, pero cómo distinguir si una sonrisa procede de una garganta occidental u oriental. Singular dualidad: en la risa occidental hay un elemento de asombro y también una cierta alegría por la risa oriental, por el hecho de que se permita, pero justamente por ello, esa risa se carga de ambigüedad, ante la simple consciencia de la propia osadía.

El teatro en sí es una caja de bombones restaurada: estatuas, frescos, tonos crema, elegancia. ¿Quiénes son del Este y quiénes del Oeste? Para saberlo hay que mirar los zapatos, dice mi amigo húngaro, aunque eso no es del todo cierto porque los alemanes occidentales usan a veces esos horripilantes zapatos grises o amarillentos. No, tienes que fijarte en las costuras de la ropa, me explicó en cierta ocasión una germanista de Berlín Oeste, pero eso es ir demasiado lejos. Me limito a constatar que a veces lo veo y a veces no, y que a lo mejor es que ni siquiera lo quiero ver. Ese es su juego de sociedad, no el mío, ellos verán.

En la pausa se sirven fuertes cócteles en la barra, en el mío hay una dosis tan generosa de ron cubano que entro en la sala planeando. Como sé que tengo que salir del país antes de las doce, ceno en un restaurante cerca de la estación. Camareros con pajaritas blancas, con una especie de frac, velas, vino húngaro, rumano, búlgaro, nada de cerveza, una carta copiosa, y una vez más, elegancia. Fuera, la oscura cúpula de la estación, las taquillas, el uniforme, la mirada

penetrante de la foto a la cara, el S-Bahn casi vacío, esa distancia de nada que es una distancia inmensa.

También en el Oeste voy a ver una obra de teatro: *Die Zeit und das Zimmer*, ‘El tiempo y la habitación’, de Botho Strauss. Al tiempo, como de costumbre, no se le ve, en cualquier caso no de inmediato, y en la penumbra previa al comienzo de la obra el espacio tiene el aspecto de una habitación. Bastante vacía, bastante pelada, un verdadero espacio. Tres ventanas. Y ante una de las ventanas, dos sillas formando un ángulo de cuarenta y cinco grados. En esas sillas dos hombres fumando que no pueden verse a no ser que tuerzan el cuello unos noventa grados. Bajo la tenue luz, el espectador puede consultar el programa impreso en letra finústica, y como buen espectador que soy, encuentro muchas cosas que me gustan y unas cuantas que conozco. Borges sobre el tiempo, san Agustín sobre el tiempo. Así pues, el tiempo, de eso va la obra. Se recurre a Bergson, Plotino, Jung, Lewis Carroll, Ballard, Dios y a todo el mundo para que quede claro que aquí de lo que se trata es del tiempo. La minúscula de rigor en mi idioma no basta aquí. Como en el alemán, quiere ser mayúscula, designar un concepto, no algún que otro tiempo fortuito o necesario, sino el Tiempo, el elemento misterioso en el que habitan todos los tiempos, los del ayer, desgastados, enmohecidos, olvidados, y los del mañana, vacíos, nuevos e inasibles. El tiempo medido e inconmensurable, los miserables minutos y segundos de nuestra escala y los impúdicos años luz de la Vía Láctea, los *quasars* y el eterno terciopelo de fondo. Un contexto así basta para cargarse el argumento de cualquier obra. Sé que ahora alguien quiere que vea algo en la santa penumbra de sus intenciones trascendentales, pero no lo veo, tampoco me hace falta verlo. Lo que veo es ya lo suficientemente extraño, cautivador y apasionante. Escenas absurdas, arias de la locura, óperas, luchas; enigmas, desesperación. Libgart Schwarz, en el papel de Marie Steuber –la mujer sobre la que hablan los dos hombres en las sillas como si se tratara de una transeúnte casual observada desde la ventana– pasa a formar parte de sus vidas. Le sigue una comitiva de otras figuras, repentinas e igualmente casuales, que se prestan a efímeras combinaciones químicas, un pandemónium de unas relaciones primero entrelazadas y luego desliadas, escenas de ira y pasión, misterios, risa floja, las lagunas en las relaciones entre las personas, los hallazgos y las chispas de lo que en otros tiempos se conocía con el nombre de teatro de boulevard. No me cabe duda de que para Strauss el móvil aquí ha sido la idea filosófica del Tiempo. Quien se pone a pensar más de media hora acaba siempre por toparse con el tiempo, el Tiempo pues. Lo que vi en la sala durante esas dos horas (medida inevitable) era un espejo del mundo conocido y desconocido, del que a duras penas me pude librar una vez que terminó la obra. Y aquí, una vez más, unos actores que le conducen a uno al borde del delirio.

Otra vez en el otro lado, la cara de Jano del mundo, el allí y el aquí. La televisión

de este lado. Un programa sobre Schönhuber y su partido, *die Republikaner*. Todo país tiene que tener su partido de ultraderecha, ¿por qué los alemanes han de ser menos? Eso se aporta como argumento. Pero, ¿qué pensar cuando una gran parte de la policía es miembro de ese partido? «Somos un partido de policías», dice el propio líder, y de repente suena diferente. Un 78% de los policías se siente dejado en la estacada por «la política». Un 64% es de la opinión de que los jueces alemanes son demasiado clementes. En pocas palabras, la policía está enfadada, no le gustan los extranjeros, está mal pagada, insatisfecha y vota masivamente a la ultraderecha. En las imágenes de archivo se les ve avanzar contra un enemigo enmascarado, vestido de negro que les tira piedras. «Se les tiene más simpatía a los *Chaoten* que a nosotros». y luego las imágenes que le siguen, salas llenas de policías en torno a su nuevo héroe, el único que les comprende. Un sindicato de la policía preocupado, que no puede prescindir de los 20.000 republicanos de su lista de miembros. Después, todavía a este lado, Pekín, Gorbachov, Den Xiaoping que deja caer un trozo de carne de sus palillos, diez mil estudiantes que gritan por la democracia.

Y al otro lado: también Pekín, pero a nadie se le cae nada de la boca y nadie pide democracia. Discursos, himnos nacionales, palabras grandilocuentes, como aquí, en donde Honecker recibe a Mengistu. El líder etíope va acompañado de una mujer de ensueño y lleva una especie de uniforme de color azul celeste sin distintivos. Pero mientras suena su interminable himno nacional, él no cesa de mover la mandíbula, se puede ver claramente, movimientos ondulantes pequeños y tenaces bajo la piel negra. Un oficial con casco se encuentra ante él con el sable desenvainado, rinde los honores emitiendo un largo grito alemán y se aleja coceando con sus botas hacia el sol. ¿Sabía entonces Mengistu que en Etiopía se estaba desarrollando un intento de golpe de Estado a consecuencia del cual morirían los dos militares de más alto rango del país?

27 de mayo de 1989

III

Alguien hace un chiste: Berlín Occidental, un millón de personas libres en una jaula. No siempre se tiene esa impresión, pero sí curiosamente cuando se sale de allí: más allá de esa frontera no hay libertad. He de ir a Kiel para dar una conferencia y he decidido ir en coche. La carretera de Berlín-Hamburgo es una de las tres rutas de tránsito permitidas y nunca antes la había tomado. En determinados tramos de la carretera, de la que uno no se puede salir en ningún momento (curioso constatar con qué rapidez se acepta algo así), se encuentra uno tan solo a unos setenta kilómetros del Báltico, y sin saber exactamente por qué, eso me da una sensación de aventura.

Se trata aquí de dos tipos de *pathos*, el de la política y el del tiempo. La palabra *pathos* es una palabra «densa», pero hoy quiere ser dicha. El tiempo se deleita en sí mismo, se sirve a sí mismo con profusión, da la impresión de haberse arrojado en los brazos del verano con una cabriola desenfrenada. Todo transmite una sensación de plenitud, de lujo, los árboles rebosan de verdor, el espino está en flor, el viento es tibio, no cabe la menor duda, se trata de un verano ejemplar, uno de esos que luego se utiliza a la hora de explicar cómo tiene que ser un verano que se precie.

Supongo que la gente en China debe sentir también algo así. Las imágenes que veo en la televisión me recuerdan al mayo del sesenta y ocho, pero elevado a la enésima potencia. Multitudes que parecen bosques, los coches cargados de banderas, la efervescencia que te llega incluso a través de la máscara de un idioma extranjero, los ojos brillantes, la experiencia con la que se calibra la propia existencia, ocurra después lo que ocurra. Esos momentos únicos, cuando la expresión de un pensamiento sale victoriosa sobre todas las otras consideraciones, cuando la vida, de repente, se te antoja ligera como una pluma, porque todo lo demás se ha hecho demasiado pesado. Cada mañana oigo los comentarios y entrevistas del *BBC World Service* y entonces me traslado de repente a la plaza de Tian'anmen, que por un par de días se ha convertido en la plaza del mundo entero.

Siempre tendré algo de las vírgenes necias (esas pobres infelices, que, según la parábola, llegado el momento de la verdad, no les queda aceite para sus lámparas) y por eso observo los rostros de la guardia fronteriza de la otra república con la esperanza de leer su pensamiento, quiero saber si les ha llegado parte de esa efervescencia que a ellos también les concierne. Pero si es así, no se les nota.

He hecho firme propósito de no volver a escribir sobre esa frontera, en la medida que me sea posible evitarlo. Pero he de volver a hacerlo una vez más. Junto con la puerta oscura y nocturna de Macao a China, esta es la frontera más

provocadora que conozco, una frontera que formula la idea misma de frontera hasta tal punto que cuesta creer que los necios cuervos puedan sobrevolar la frontera así sin más.

Uno se da cuenta de cómo las verjas se van estrechando hasta formar el cuello de un embudo; de cómo uno es succionado. De repente te encuentras dentro, mientras que en realidad estás saliendo. Una selva de focos. Un vasto terreno desierto, pero aun así el trayecto a seguir estricta y detalladamente jalonado. No hay muchos coches. A causa del buen tiempo, todo parece inundado de una grata cordialidad; no obstante, los trámites siguen siendo rigurosos. Que si llevo niños conmigo. No, no llevo niños conmigo. Que si tengo un teléfono portátil en el coche. No, no lo tengo. Que si hago el favor de quitarme las gafas de sol y volver la cara hacia el guardia. Lo hago y, efectivamente, yo soy yo. Me dan vía libre para seguir hasta el próximo puesto de vigilancia.

Dado que para cada persona se toman un tiempo determinado, ya que a ningún vehículo se le deja pasar sin los exhaustivos controles, cubro la siguiente etapa por la llanura de cemento solo. Diversas torres de vigilancia. Aún hay esos focos altos, por la noche debe resultar un espectáculo impresionante, la velocidad prescrita es de treinta kilómetros por hora, más adelante de veinte. Uno ocasiona su propia demora, retiene a todos esos caballos invisibles de su motor. Quizás uno ni se mueva por sí mismo, quizá sea una cinta transportadora la que le haga desplazarse. A mi derecha, un largo tubo que va del primer puesto de vigilancia al segundo, por ahí va ahora mi documentación, acompañándome lenta e invisiblemente. Puedo ver la polea reluciente que acciona la cinta transportadora donde se encuentra mi pasaporte. Segundo control, todo muy cordial. Sus rostros no reflejan más que concentración en el trabajo. Y eso es lo que es, claro. Son chicos jóvenes. Son amables pero estrictos, me resultan tan ajenos como los testigos de Jehová. Todavía queda un tercer control, a veces hay hasta un cuarto. Durante todo ese rato se conduce al paso de una tortuga a la que Aquiles nunca podría dar alcance. Un cartel: «¡En la RDA cero por ciento de alcohol!». Lentamente se sale, se entra. Todavía a treinta, luego ya a cuarenta kilómetros por hora. Y entonces se encuentra uno en el otro país del mismo país. También aquí el verano sigue siendo dueño y señor, y la retama se recuesta lujuriosa contra los flancos de las colinas.

La tierra es inocente, no sabe de nada. Lupinos violetas, lejanías huidizas, reino bucólico. Más adelante granjas, pueblos, torres de iglesias. Por otras carreteras que a veces se ven a lo lejos, coches en marcha, tractores. Veo todo eso, pero no me está permitido ir allí. Eso despierta ciertos anhelos. Naturalmente ahora me gustaría torcer a la derecha, sentarme en un pueblo así a la sombra de un tilo.

Mucho tráfico no hay. Tiempo más que de sobra para pensar. También en la escasez de coches se ve la diferencia entre los dos países del mismo país. El Trabant es un artefacto curioso, resulta casi enternecedor. Los otros, en sus emblemáticos

Mercedes, Audi, BMW, seguro que se sienten superiores. Pero al menos aquí no hay ese acoso histérico y agresivo de las autopistas de Alemania Occidental. Parece como si en ellas se diera rienda suelta a todas las frustraciones nacionales. Cuando se está adelantando a alguien y por el retrovisor se ve aparecer a lo lejos a uno de esos «fitipaldís» de turno, se puede dar por seguro que dos segundos más tarde se le va a tener pegado al parachoques haciendo una señal con la luz larga, y porque no pueden, que si no, le pasarían a uno por encima. Esos asesinos al volante parecen no estar empeñados en otra cosa. Una vez que te han pasado puedes contar con que momentos después se perderán tras el horizonte, ciento ochenta, doscientos kilómetros por hora no son nada. Toda su vida han tenido que reprimir algo, y ahora se desembarazan de ello, como si este pueblo estuviera constantemente furioso.

Aquí no hay nada de eso. Cien por hora es poco, por lo que a mí respecta bien podrían ser ciento veinte, pero después de una media hora conduciendo uno se acostumbra, y al menos de este modo puedo ver al hermano halcón y a la hermana primilla, los penachos rojos de los castaños, la voluptuosa caligrafía del viento en los trigales.

Pienso en el artículo que he leído esa mañana en *Der Tagesspiegel*: «¿*Glasnost* en la RDA de los años noventa?». ¿Seguirá la RDA siempre a la zaga de la Unión Soviética, Hungría y Polonia? El argumento de la RDA es que los rusos necesitaban la *glasnost* para movilizar a la población dado que la economía padecía un atraso desesperante, un argumento que no sería válido para la RDA, porque, en ese sentido, ellos son el reflejo de los otros alemanes, los primeros de la clase.

Recientemente se celebró un seminario en la Academia de Ciencias Sociales del Comité Central del SED, el partido comunista de la RDA. En dicho seminario participaban también científicos y políticos norteamericanos, ingleses y alemanes occidentales. Todo esto había de ser una preparación para la democratización prevista para los años noventa, y se describió a *Der Tagesspiegel* como «una contribución de la RDA al debate de la *glasnost* y la *perestroika* en la Europa del Este». Algunas de las afirmaciones hechas: «el socialismo necesita de la democracia del mismo modo que se necesita el aire para respirar» y «el socialismo sin democracia o sin la “plena puesta en práctica” de los derechos humanos en el sentido amplio de la palabra no sería socialismo o sería solo un socialismo a medias». Pasará mucho tiempo, eso sí, pero habrá de haber una mayor «responsabilidad individual» y un clima «crítico y autocrítico».

Y qué va a pasar entonces con ese Muro, piensa el ciudadano neerlandés que soy, mientras viajo de verja a verja, como si por reflexionar sobre esas cuestiones todo ese metal se fuese a derretir. Las palabras por sí solas no pueden derretir nada, su verdad habrá de manifestarse en otro lugar. Quizá la idea de que no ocurra es tan

impensable como que vaya a ocurrir *instantáneamente*. Y es justamente la instantaneidad de todas esas propuestas la que, llegado el momento de su puesta en práctica, será lo más importante para los interesados. Se retirarán equis tropas rusas de la Europa del Este, y ya las veo partir en la televisión: los soldados, con medio cuerpo fuera de la ventana de un compartimento, riendo, con flores en la mano, y en los vagones plataforma, los tanques con los cañones apuntando absurdamente al cielo. ¿A dónde irán todos esos hombres? A finales de este siglo, habrá diecinueve millones de parados en la Unión Soviética. ¿Y qué se va a hacer al respecto? ¿Y qué van a hacer ellos mismos una vez que desaparezca la apariencia de actividad que un ejercito ofrece en tiempos de paz?

A las palabras hay que golpearlas como a un diapasón. ¿Suenan iguales? ¿Significan entonces lo mismo? El SED parte de una «democracia» que garantiza políticamente la propiedad socialista de los medios de producción, y todo ello, según el artículo de *Der Tagesspiegel*, ha de verse a la luz del «principio de la estabilidad» en la frontera más delicada del mundo, justamente esa que acabo de cruzar. Según ese principio, la división de Alemania es una condición para la estabilidad.

Desde esta perspectiva, el Muro es más que un símbolo, es una parte misma de esa condición. Pero varias veces al año queda patente que el Muro también puede significar la muerte. Y ¿cómo se concilian estos dos aspectos? «Quien cruza normalmente la frontera no tiene nada que temer». En 1988 hubo doce millones de viajes de la RDA a Occidente y a Berlín Occidental; en sentido contrario, seis millones. Entonces ¿por qué habría alguien de cruzar «anormalmente» la frontera? ¿Se trataría quizá de alguien que quería marcharse normalmente y que no le dejaron?

Yo puedo salir, eso es seguro, tan seguro como que si regreso volvería a poder entrar. Paso por los puestos fronterizos, zigzagueo por el cemento, repto de barrera en barrera, no llevo niños conmigo, me dejo ver la cara y vuelvo a estar con los otros otros. De repente los Mercedes vuelven a ir a la carrera, como si alguien les hubiese inyectado veneno. El primer Mercedes se come a un Audi que justo estaba engulléndose a un BMW, los trozos le cuelgan todavía de la boca. Aquí gozamos; pues, de una gran libertad, los gases atufan a los sumisos árboles, bienvenido a casa; en la estación de servicio, cinco clases de condones, diez clases de revistas sensacionalistas, doce clases de bebidas, pero afortunadamente también un único verano, impresionante. Me salgo de la autopista para ir a Lübeck. Bosques, lagos, paz. Nunca ha habido guerra, la tierra nunca ha sido contaminada. Me tumbo en un bosque bajo altas hayas y escucho a dos cucos que se cuentan historias interminables sobre huevos y nidos ajenos.

Lübeck. Esta Alemania me es desconocida. El hotel está a orillas del Wakenitz, aguas estivales lánguidas; remeros, pescadores. El ambiente es nórdico, una ciudad

hanseática, prosperidad mercantil, los *Buddenbrook*. Casas antiguas, frontispicios escalonados, escudos heráldicos, riqueza. Todo muy a la holandesa, muy agradable. Me subo a una torre, dejo que el paisaje y la ciudadela se rindan a mis pies.

La ciudad, como una extraña construcción dentada, se baña en sus propias aguas amnióticas; en el puerto los grandes transbordadores hacia Suecia y Noruega, al norte Travemünde, el Báltico, el mundo es un cuenco lleno de luz. Me doy una vuelta por las calles silenciosas, almuerzo en el Círculo Naviero: maquetas de barcos, recuerdos de marineros, armadores, puertos lejanos. La ética protestante del trabajo cómplice del comercio y del capital: ninguna secuela del pasado tan virtuosa y tranquila como esta.

El lamento de las mujeres de los pescadores ha desaparecido, lo que queda son las casas señoriales de los comerciantes, las iglesias con las veletas en forma de barco. Tras la puerta cerrada de una iglesia oigo los pesados tonos del órgano, todo suena a antaño. «Sociedad para el fomento de las obras del bien común», «Casa de Comercio». En el hospital del Espíritu Santo contemplo detenidamente los nichos diminutos en los que solían dormir los ancianos, pequeños como enanos, en sus camas enanas, casillas interminables bajo un gran techo común de madera que parece un castillo de proa invertido. Vidrieras de colores, blasones de los benefactores.

En la *Lübecker Nachrichten* ('Gaceta de Lübeck'): el capitán Harmannus Otten Wildeboer, práctico retirado, ha fallecido, la primera cigüeña blanca ha nacido en Eekholt, la venta de huevos de gaviota ha sido prohibida debido a la cantidad de veneno que se acumula en ellos, el dólar vuelve a sobrepasar al marco y en la plaza de Tian'anmen bailan los estudiantes, pero no por mucho tiempo. En una tarjeta postal que compro, la ciudad está en llamas, las casas reducidas a polvo en las calles, las campanas de las iglesias por el suelo. Eso fue entonces.

Ahora corren otros tiempos. La república que se edificó sobre esas cenizas hace ya cuarenta años que existe, y esos son también mis cuarenta años. La edición especial del *Stern* podría haberla hecho yo mismo con los ojos cerrados: para empezar, el rostro curtido de indio de Adenauer, Willy Brandt de rodillas en Varsovia, Erhardt con su puro, Uwe Barschel durmiendo eternamente en su bañera suicida, llevando puesto todavía su inútil reloj. El primer estudiante al que disparó la policía, Benno Ohnesorg, la ola de terror y contra terror que seguiría a continuación, el suicidio de Andreas Baader y Ulrike Meinhof, la construcción del Muro, los campos llenos de escombros en la ciudad en la que ahora vivo. Y entre todo esto, las nostalgias menores, los primeros coches, pequeños y patéticos, los primeros televisores de madera con su milagro grisáceo, el «emigrante un millón», que recibió en su momento una motocicleta como regalo de bienvenida.

De este modo se entrecruzan las dos historias: la que queda grabada para siempre en la memoria colectiva y que pasa de generación en generación, y la otra, la

pequeña historia, hecha de los recuerdos de los supervivientes, y que desaparecerá con ellos. Michael Jürgs escribe en un artículo que los alemanes de hoy no son mejores que los de entonces, sino que son normalmente buenos y normalmente malos, que ya no sueñan con reunificarse con la otra mitad, pero que se alegran de que haya indicios de que el Muro no fue construido para la eternidad. Como siempre, los alemanes han prestado oído a las voces procedentes del extranjero y hay muchas cosas que no les agradan. En el *Stern* del 24 de mayo de 1989 Jürgs nos ofrece un par de respuestas. No, amigos franceses y colegas del *Nouvel Observateur* y de *Le Monde*, sin duda les cogerá por sorpresa que de este pueblo militarista haya surgido una mayoría antimilitarista. Pero nosotros preferimos ponerles nerviosos con eso antes que con tanques y cañones. Y, queridos vecinos ingleses, puede que todavía no hayáis entendido que somos distintos de los teutones de vuestras series televisivas, y que la señora Thatcher, por muy enojoso que le resulte, tiene poco que decir aquí.

El tono es firme, también cuando dice que la patria es tan poco importante como el Día de la Madre. La responsabilidad por los crímenes «que en otro tiempo se cometieron en nuestro nombre» ha sido aceptada como «una parte de nuestra historia» y ya no es reprimida. Y hoy día ya no existe una patria nacional para los alemanes. Pero los otros ya no tienen motivo para hacer del juicio de ayer el prejuicio de hoy. Todo el artículo es un apoyo claro a la política de Genscher y un adiós a la guerra fría: «Celebremos el futuro de esta difícil patria».

Patria difícil, vecino difícil. Un país que no se lo pone fácil a sí mismo supone una pesada carga para los vecinos. En un arranque me decido a dar un rodeo. No tengo que estar en Kiel hasta la tarde y en el mapa, sobre Schleswig-Holstein, he visto la otra frontera, la danesa, y junto a ella el pueblo de Kruså. En mi primera novela, *Philip y los otros*, hice que allí se produjese un encuentro, un encuentro inventado, engalanado, entretejido con algo que había sucedido de verdad en 1953. Así que tanto hace que estuve por aquí. No reconozco nada, excepto el mismo verano impresionante y el idioma extranjero en torno mío. «Soldater slog til i Peking-forstad», otras palabras, las mismas. «Thatchers EF-stil kan koste hende dyrt, Alfonsin går for tiden». Tiempo⁶, *time*, *Zeit*, *tiden*, ¿qué hicieron las bocas con las palabras?

La carretera que he tomado es muy tranquila. Niños rubios en bicicleta, casas vacías, tejados de paja. Me siento como en casa y me pregunto cuál será la razón por la que los países pequeños resultan tan atractivos. Quizá sea porque no tienen ningún peso en la balanza del mundo, y tampoco se ven arrastrados por ese mismo peso hacia un destino que entraña inevitablemente el de sus habitantes, o algo así. Y como si ese peso agobiante se hiciera sentir, doy la vuelta con mi coche y vuelvo hacia el norte que ahora es mi sur.

Mi conferencia es en la biblioteca de Kiel, en un espacio luminoso y ventilado.

Hay unos setenta estudiantes y luego salimos a almorzar en Der Friesische Hof. Son cordiales, nórdicos, abiertos. ¿Por qué están estudiando neerlandés? Los holandeses siempre hacen esa pregunta, como si fuesen un tanto escépticos con respecto a los motivos de los demás. Nuestra lengua es nuestro complejo. Pero los estudiantes tienen sus razones: historia del arte, historia, la Edad de Oro, De Stijl, estudio de fuentes primarias. De repente Holanda se expande un poco; no siempre somos una sociedad secreta. Algunos de los estudiantes piensan que es una lengua hermana, mientras que otros estaban simplemente buscando una materia secundaria adecuada, y Holanda está cerca. Uno está estudiando holandés porque un amigo suyo le dijo que era injusto que hubiese muchos más holandeses aprendiendo alemán que al contrario. Y le está encantando la experiencia. Visita Groningen de vez en cuando y ahora puede hablar con sus amigos sin tener que utilizar su propia lengua; eso le gusta. ¿Y la guerra? Cuando están en Holanda, los estudiantes ven los monumentos: «Es algo que nuestro país hizo. Eso no se puede evitar».



Sopla el viento en Kiel; el viento del mar no trama nada bueno. A la mañana siguiente voy a ver una exposición maravillosa en la Kunsthalle: *Der junge Lucebert*, 110 cuadros, aguafuertes, gouaches, dibujos del poeta y artista de COBRA. Hay unas pocas cosas que no había visto antes, pero la mayoría sí, e incluso reconozco las obras que no conozco. Vuelvo a leer las palabras que están ya grabadas en mi memoria y han fijado su residencia permanente en mi lengua. Miro con nostalgia las fotografías del hombre de antes, con el pelo más oscuro, los ojos chispeantes entonces como ahora, paso por delante de los animales coloreados, las cabezas coronadas, por delante del autorretrato más temprano, de 1942, tan serio, por delante de todas esas personas andrajosas y vibrantes, el *pathos* furioso de los rostros que dibujó, sus enigmáticas lunas, seres míticos. Veo cómo un solo pintor ha tomado el mando de todas esas diferencias, caracteres, formas, técnicas, cómo algunos de los cuadros ríen o se burlan y otros están llenos de tristeza, y me siento desmoralizado y eufórico al mismo tiempo. *El peso del aire, Pensando a través de los animales, Gemelos celestiales, El poeta alimenta a la poesía, En conversación con el diablo*: el lenguaje del poeta ha rodeado con una cuerda de cada una de estas imágenes, pero también a mí. Una lenta y centelleante cuerda de imaginación que sigue rodeándome, invisible, mucho después de convertirme de nuevo en conductor, en la carretera de regreso a Berlín. Al principio del bello catálogo aparece un poema escrito a mano, «Berceuse», cuyas tres últimas estrofas nunca olvidaré:

*Dat je tiert en rond rent
met roestige kettingen dat was
van weleer dat is toch bekend*

*Het moet ons van het hart
je bent behendig in het verkeer
schoon insulair in de weer*

*Maar wat je ontkracht en verwacht
niemand te zijn en nergens
en dan nog iemand te zijn en hier^{7*}.*

10 de junio de 1989

IV

Es verano. Me despido del calor voluptuoso de Berlín, lo abandonaré por el otro verano, el mediterráneo. Y regresaré luego, en otoño. La ciudad parece haberse abandonado al placer, en los exuberantes prados tras el palacio de Charlottenburg o en el parque de Kreuzberg yacen mujeres semidesnudas como si estuviesen a la espera de una orgía. En dos ocasiones veo cómo una de esas teutonas monta sobre un pobre intelectual sumiso tendido en la hierba, le quita los anteojos y regala una profusión de caricias a su escuálida persona, un poco como lo haría un San Bernardo con la víctima de un alud. Los grandes senos blancos relucen al sol, el hombre patalea un poco pero sucumbe a esa desbordante muestra de afecto. La era del matriarcado ha dado comienzo, los que están a su alrededor ni se inmutan, fuman sus porros, empollan voluminosos libros, dejan que la cerveza les corra por la barba o hablan a su perro. La hierba reverdece, la ciudad dibuja un círculo de ruido en torno a estos enclaves, es verano y el *smog* fustiga los sentidos.

En medio de esta fiesta pagana, intento recordar mi llegada en febrero, las caras pálidas, la ropa blindada, pero me es imposible. Esta ciudad se rinde sin condiciones al verano, como si las otras estaciones ya no contaran y solo sirvieran de larga antesala a estos momentos en los que se celebra una libertad que en otros momentos resulta invisible. Las estatuas barrocas del palacio de Charlottenburg resultan igualmente voluptuosas en su grácil petrificación, tan solo tras mirar detenidamente me doy cuenta de que algunas de ellas carecen de rostro bajo los cabellos ondulados, son óvalos lisos sin ojos y sin boca, como las pinturas de Malevich y De Chirico. Representan a la Retórica, o a las Matemáticas, pero eso no justifica que hayan de ir por la vida sin ojos. Eso confiere algo moderno y por tanto incongruente y ominoso a su gracia dieciochesca, una ausencia de alma que no le va a su aire libidinoso. Las caras no han sido mutiladas por algún que otro movimiento iconoclasta, sino que han sido esculpidas así, superficies alargadas y vacías, blasones sin emblemas. Sigo sin saber la razón y me temo que la explicación habrá de esperar hasta el otoño, al igual que habrá de esperar la visita al museo egipcio que vigilan las estatuas con sus cabezas huecas.

Las familias turcas han buscado su propio rincón en el parque. Las chicas llevan pañuelo y juegan con los pequeños, las mujeres están sentadas en la tienda de sus muchos ropajes; los hombres, en cuclillas, fuman o charlan. De hecho, un *apartheid* elegido por ellos mismos. Estas familias no están tumbadas al sol, sino sentadas. Así, hay aquí dos tipos de campos elíseos, uno en el que la gente, en distintos grados de desnudez, se estira, se somete y se entrega al sol, y otro en el

que la gente, en posición horizontal o semihorizontal, sencillamente está *fuera*, al sol. Eso es otra cosa. También es más antiguo. Me es imposible leer el pensamiento del segundo grupo, y aun así, puedo imaginarlo. Un grupo es el anacronismo del otro, y a los árboles les da exactamente igual.

Había dicho que no iba a escribir de nuevo sobre la frontera, una decisión un tanto frívola, me temo. Con una línea divisoria tan provocadora siempre hay algo que contar. Esta vez se trata de los cristianos. Había leído algo de ello, pero no había integrado verdaderamente el fenómeno en mi «base de datos». Los cristianos iban camino de Berlín, procedentes de todos los puntos cardinales, incluso del Este. *Evangelischer Kirchentag* (‘Sínodo de la Iglesia Protestante’). Acudirían más de cien mil. Por todas partes había un póster de color malva, con un lema que por mucho que me empeñé fui incapaz de retener porque contenía dos conceptos indefinibles, Dios y Tiempo. Me avergüenza un poco no acordarme pero venía a decir algo así como «Nuestro tiempo en sus manos» o «Su tiempo en nuestras manos», en cualquier caso, algo que es verdad si uno lo cree y que no es verdad si no se cree. Sea como fuere, el aspecto de la ciudad se vio modificado. Mucha gente en el metro con una cruz al cuello, a veces de barro cocido, muchos chales malvas, como si hubiera brotado un breve adviento estival, y en la Gedächtniskirche, en medio de la decadencia mundana, de repente una banda de *rock* que tocaba canciones religiosas y un coro de rostros extáticos, fuera de este mundo, que a ratos me señalaba a mí (espectador, transeúnte) y a ratos al cielo. Muchas campanadas también desde ese cielo, sobre todo por la mañana temprano, también procedentes de la iglesia de la esquina cerca de mi casa de la que nunca veo entrar o salir a nadie.

Tenía planeado mi adiós estival para el domingo al mediodía, y, como de costumbre, había reservado una hora para las formalidades fronterizas, sin sospechar que sería arrastrado de la ciudad como los restos de un naufragio por una gigantesca ola de cristianos para ir a parar contra el dique de los puestos de control. Por unos momentos tuve la ridícula idea de que, por una vez, la guardia fronteriza de Alemania del Este abriría las portillas para hacer frente a la afluencia de gente. Nada de eso, claro, *business as usual*, y fue así cómo me encontré en el mayor de los atascos que he presenciado en años, denso, inabarcable, una masa viscosa que avanzaba metro a metro y que una vez que estuviese cerca de los puestos de control se dividía en diez lentos hilillos, cada hilillo en su paso correspondiente. La gente se apeaba de los coches para empujarlos, yo también, lo que en el caso de mi viejo Buick era toda una hazaña, y entretanto nos observábamos mutuamente.

Había un ambiente animado. Ignoro si era debido a esos días edificantes, pero la gente estaba muy amable. Unos jóvenes vestidos de morado habían puesto unos

altavoces en sus coches remendados, gritos y risas, una fiesta popular en marcha que avanzaba cada vez con más lentitud en dirección a los uniformados que hacían como si todo esto fuese lo más normal del mundo y que preguntaban lo mismo de siempre. ¿Niños? No. Un vistazo al coche. No, no había niños. Tampoco ese día nadie abandonaría el paraíso terrenal sin permiso.

Luego los doscientos kilómetros antes de llegar al Oeste, la ristra interminable de autobuses y coches eclesiásticos que hacen lo posible por ir justo a cien, y a la salida otra vez el mismo atasco. He perdido horas, ya me puedo ir olvidando de lo de seguir hasta los Países Bajos el mismo día. Decido hacer noche en Salzgitter, y seguir al día siguiente por el Harz.

Salzgitter, 'rejilla de sal'. Los nombres de los lugares alemanes resultan a veces engañosos: a medida que uno se acerca, se da cuenta de que esconden más de una localidad. El hostel que busco se encuentra en Salzgitter-Lebestedt. 'Rejilla de sal-Ciudad de la vida', me recuerda a Estados Unidos, uno de esos lugares que se ve cuando se hace un largo viaje por la *freeway*. Nada recuerda a un pasado. Casas bajas, gasolineras, vallas publicitarias, una pizzería. Encuentro mi hostel a tientas. Parece abandonado, su restaurante cierra los domingos, pero en un barrio nuevo detrás del hospital podré encontrar algo de comer en un bar que reconoceré por su anuncio de la cerveza Pschor.

Esta es otra Alemania, distinta de Berlín. Al entrar en el bar me convierto en el forastero de las películas del Oeste, sobre las siete cabezas presentes flota en el aire la pregunta: «¿Qué se le ha perdido a ese aquí?». Me siento en el rincón más apartado y hago lo posible por pasar desapercibido. Poco a poco se reanuda la conversación en la sala. Como no sé sus nombres, me los invento, porque a la media hora me doy cuenta de que aquí se está desarrollando la representación cotidiana de lo de siempre.

Heinz, ropa desenfadada con un lejano eco de moda italiana, cazadora suelta de sedalina, calcetines blancos en mocasines, tupé sobre un rostro que ha cogido un atajo hacia la vejez sin que el conductor se haya percatado. Hannelore, solitaria, apostada en la esquina del bar, ha descubierto el rostro de esa misma vejez hace ya tiempo en el espejo. Sigue siendo guapa, pero frágil. Maestra, secretaria de dirección, la barrera de los cuarenta franqueada sin mayor problema, el pelo dorado recogido en un moño. Lise, anclada definitivamente en los sesenta, jarra de cerveza en la mano derecha, cigarrillo humeante en la izquierda, el placer como profesión. No se mete en nada.

El borracho de Ulrich y el Antonio de cabellos plateados forman el coro. A Antonio, italiano de mundo, ya desde hace mucho aquí, se le permite formar parte del círculo. Ulrich, gordo, desaliñado, sin ninguna posibilidad de ligarse a Hannelore, se conforma con el placer ajeno del amor del tupé por el moño dorado. Pero Heinz tiene que irse a casa, la mujer le espera.

Y el perro, dice Ulrich, tienes que sacar al perro.

A la mierda con el perro, dice Heinz.

Ya desde hacía tiempo, dice el dueño.

Tómate otra entonces, dice Antonio.

Invito yo, dice Ulrich, porque si Heinz se va, vuelve a reinar el aburrimiento.

Venga, una más.

Venga una, venga dos, venga tres.

Hannelore va al servicio y al volver se topa con los brazos de Heinz. Simulacro de resistencia. Heinz intenta besarla, pero aterriza en la parte equivocada del cuello. Ulrich pide otra cerveza para Heinz. Hannelore se las arregla para soltarse y vuelve a sentarse toda casta en la esquina del bar, se arregla el moño. Le apetece Heinz, pero todo tiene su límite. El dueño desliza el vaso sobre la barra con reticencia fingida. Heinz no atina a cogerlo.

¿Te he pagado ya?

No, esta es a cuenta de Ulrich.

No tenías que haber hecho eso Ulrich, dice Antonio. Heinz tiene que irse a casa.

Tiene que sacar al perro, dice Ulrich.

Tiene que ir con su mujer, dice la mujer del dueño.

Perro de mierda, dice Heinz. ¿Te he pagado ya?

La manaza morena de Heinz planea en dirección a la intimidad de Hannelore.

Oye, oye, dice el moño dorado, pero una brújula interior le hace girarse en la dirección deseada.

Tómate otra cerveza, dice Ulrich, y así va avanzando la tarde a cámara lenta, un tejido de voces cada vez más beodas y de gestos prohibidos, mejor que la televisión. Fuera, el aire fresco de la noche. Humedad, neblina, el olor a jazmines, semáforos tristes y solitarios en un cruce desierto, un portero de noche que se sobresalta en su sueño.

A la mañana siguiente veo que después de todo no soy el único. Dos ingleses hablan sobre contratos y dinero envueltos en una nube de humo, una mujer de negocios de cemento armado rompe la cáscara de un huevo y lee las últimas noticias. En el *Frankfurter Allgemeine* veo un artículo sobre la exposición *Europa und der Orient 800-1900* que recorrí ayer antes de marcharme. Y recorrer es la palabra correcta, no puedo jactarme de haber hecho más. Los organizadores plantaron una floresta de referencias en el siempre curioso espacio del Gropius-Bau, y deambulé por ella, a veces en la penumbra, otras veces bajo la luz tenue de un harén, apelando alternativamente a mis sentidos rastreros y hedonistas, a mi predilección por una erudición demasiado rápida, a mi ansia por todo lo que tenga que ver con España, a mi exotismo, a mis recuerdos católicos, a mis deseos de identificación.

Una floresta de miles de árboles, y que conste que no exagero. Tan solo el

catálogo, que pesaba demasiado como para traerlo, cuenta con más de mil páginas descriptivas y bien sopesadas, pero la lógica de ese catálogo nada tiene que ver con el recorrido por la exposición, porque este es errante, casual, determinado por el antojo o la aglomeración de gente. Eso significa que se van entrelazando siglos, que uno se cruza consigo mismo, se encuentra consigo mismo, saltando de arriba abajo en el tiempo y ese tiempo abarca desde las primeras tablillas de barro babilónicas hasta las púdico-carnales fantasmagorías del harén de los prerrafaelitas, carentes de sentido y aun así espléndidas, y todo lo que se encuentra entre estos dos extremos. ¿Todo? Probablemente no, pero lo exhaustivo de esta exposición evoca esa palabra. Breughel figura con su torre de Babel, convirtiéndose así una vez más en una torre babilónica, Govert Flinck con su hombre con turbante tan típicamente holandés, pero también están los paramentos sacerdotales con motivos moriscos, los incunables, las primeras traducciones de Aristóteles y los comentarios de Averroes, las espadas y escudos del frenesí ornamental morisco, la sobrecogedora transparencia del cristal de roca fatimí, las reproducciones minuciosas de la egiptología francesa del siglo XIX y también las efigies sacras del mismo antiguo Egipto, europeos del siglo XVII en atuendos orientales de moda, el grifo andaluz de Pisa, la alogamia entre islamitas y carolingios, entre venecianos y levantinos, el crisol espiritual de Toledo y Córdoba donde convivieron las culturas islámica, judía y cristiana hasta que dejó de estar permitido, cruzadas, legaciones, audiencias, cartas credenciales, peregrinaciones, claustros, escritorios, colegios, todo ello inserto en un tejido de complicación inextricable que en nuestra era de la llamada comunicación global se ha visto paradójica e irremediablemente desgarrado.

Todo lo que se puede ver aquí, aunque tan solo sea por su belleza, parece encontrarse a años luz del destructor fundamentalismo de los Jomeini, pero tampoco figuran por ningún sitio nuestros propios autos de fe y otras barbaridades: esos encuentros han sido purificados de su sordidez, lo que queda es una imagen de añoranza, como si algo que en su momento nos fue muy cercano se hubiera retraído en su concha, como si se nos hubiese olvidado que fueron los mahometanos quienes salvaguardaron el legado griego de médicos, matemáticos, filósofos y metafísicos para la Europa del Renacimiento y, con ello, de la Ilustración.

El artículo del *Frankfurter Allgemeine* viene acompañado de una ilustración, no se trata del fragmento de Gilgamés ni tampoco de las tablas astronómicas de al-Kharezmi. La cabra siempre tira al monte, y el monte se encuentra naturalmente en ese Oriente que nunca ha existido, el del ensueño decimonónico sensual y falsificador. Se trata de un cuadro de Edwin R. A. Long, de 1886, y aun siendo en blanco y negro, posee una gran vivacidad: Moisés en el cestillo de juncos hallado por la hija del faraón. Flamencos, nenúfares, jeroglíficos, escalinatas de mármol, exuberantes palmeras sumamente orientales, un león esculpido con la cabeza vuelta

en un gesto melancólico, descansándola en sus garras estilizadas con cuatro dedos. Pero no se trata de eso, ni tampoco del niño en el lecho de caña trenzada que después se convertiría en legislador; se trata de las mujeres desnudas o semidesnudas que, en el ensueño del pintor y su clientela, poblaban ese reino inasible. Ahí están, sentadas en las escalinatas que se adentran hasta el agua, visibles, disponibles, sus cuerpos drapeados al gusto de la libido sobrecogedora del espectador victoriano, su castidad protegida por el barniz de la imagen, una capa transparente y aun así impenetrable del tiempo lacado que les aprisiona como una tumba de cinco mil años.

Me había propuesto visitar el Harz, tentado por el color verde en mi mapa de Michelin. El *Wald*, el ‘bosque’, le hace bien al alma y todavía ronda por mi mente el *Harzreise* (‘Viaje por el Harz’) de Goethe. Soy un necio porque ese viaje del poeta, que allá por 1777 contaba escasamente con treinta años de edad, un viaje a caballo, romántico, solitario, puede que incluso peligroso, es irreconciliable con el paisaje subyugado y turístico por el que conduzco en mi envoltorio metálico. Ya por aquel entonces gozaba de fama mundial, el escritor de *Werther*, el alto funcionario de la corte del Duque de Sajonia-Weimar-Eisenach, el miembro de las Comisiones Secretas que profesaba un gran interés por la geología y la minería. Viajó de incógnito, se hacía pasar por pintor y se llamaba a sí mismo Weber (en su primer viaje en solitario), iba de posada en posada con la cabeza llena de Charlotte von Stein, siete años mayor que él, casada, madre de seis hijos, el amor de su vida, a la que a diario escribía una o más cartas.

Curioso que la muerte acabe con el incógnito, pero es así. Las cartas, el diario, sus informes le han traicionado: ese viaje no lo volverá a hacer en solitario, cada paso está descrito, los encuentros, los altos en el camino, las sendas de los bosques que tomó y que no tomó, lo sabemos todo, y de este modo él se nos hace visible, a caballo por la nieve, a través de la oscura noche, por su mente los pensamientos sobre las formaciones rocosas, Fausto, la amada, las finanzas del ducado, un poema, la carta que escribiría, el dibujo que haría. El jinete de la noche empeñado a toda costa en escalar el Brocken, cosa que hará, que, de estos montes y bosques aún misteriosos por aquel entonces y de las leyendas que les rondaban desde tiempos inmemoriales, destilará la primera parte de su *Fausto*, la llamada «Noche de Walpurgis», y el *Harzreise im Winter* (‘Viaje por el Harz en invierno’):

*Dem Geier gleich
Der auf schweren Morgenwolken
Mit sanften Fittich ruhend
Mit Beute schaut,
Schwebe mein Lied.*

(Así como el buitre
de suaves alas planea
sobre la espesa niebla matutina,
buscando su presa,
flote mi canción en el aire).

¿Qué paralelo puede encontrarse en nuestros días con semejante genio poético? Algún que otro: Paz, Neruda, Saint-John Perse, Seferis, que fue diplomático y poeta, William Carlos Williams, que siguió siendo médico de cabecera toda su vida, Wallace Stevens, el más grande de todos, que fue vicepresidente de una compañía de seguros, pero un diplomático no es un político, y un político no es un geólogo, y un geólogo no es un poeta, y un poeta no es consejero de Estado, y un consejero de Estado no es dibujante, y el dibujante no es un dramaturgo, y el dramaturgo no es un ministro de finanzas, y el ministro no se pone a medir cráneos de elefantes ni le escribe sobre ello una carta a su amada. Y así, yo, conduciendo por el camino de herradura sepultado bajo el asfalto, tengo motivo más que suficiente para ponerme a pensar en ese jinete de otro tiempo de veintiocho años, que da vueltas en su cabeza a un poema, que se baja del caballo para tocar el granito (sobre el que después escribirá un tratado) o para dibujar una formación caliza y hablarle sobre ello en una carta a su amada. Claro está, estos eran los últimos instantes antes del total fraccionamiento de la ciencia en especializaciones, y claro está, él era el Rey Tuerto en una ciudad en donde los cerdos todavía iban sueltos por la calle, y claro está, el ducado tenía poco poder y la política era todavía más bien un pasatiempo para los caballeros, y aun así. Y ese es el «y aun así» del posterior viaje por Italia que se anuncia ya en estos tres *Harzreisen*, cuando la tensión entre el poeta y sus otras identidades ha alcanzado cotas inadmisibles, el «y aun así» de los poemas y del saneamiento de las arcas ducales, de las obras dramáticas que escribe y de las manipulaciones verdaderamente políticas en relación con la Liga de los Príncipes tras la muerte del príncipe elector Maximiliano José de Baviera.

Goethe quería el progreso, y el progreso llegó. Es inútil preguntarse si él hubiera estado dispuesto a pagar el precio, la pérdida de la poesía. La naturaleza ha cedido sus secretos en el Harz, la polémica entre neptunistas y vulcanistas (el mundo procedente del agua o el mundo procedente del fuego: Goethe se equivocó aquí) ha quedado zanjada, hoy día lo sabemos todo acerca del granito y el Brocken se puede escalar día y noche, ya no queda lugar para las brujas, los maestros de brujo, los gnomos, los espíritus, Fausto y Mefistófeles ya no deambulan por los alrededores de Schierke y Elend, ya que entre Schierke y Elend hay hoy día indicadores de carretera y mojones. Han alisado la carretera, la han provisto de líneas blancas, el misterio se ha desvanecido y con él la inquietud, la inspiración. Ya no quedan proctofantasmistas, ni señoras Muhme, ni Lilith, y ninguna bruja de pacotilla surgirá ya de entre los jirones de la neblina nocturna.

Goethe era un gerente moderno en uno de los compartimentos de su plurifacética persona, quiso desvelar los secretos del Harz, mientras que ahora yo, vástago retrógrado, intento borrar de mi mente esa carretera, esa piedra angular de su revelación, de su progreso tan anhelado, en la que ya no habría lugar para el solitario jinete-poeta que también fue. De este modo, la carretera se transforma en camino, los matorrales crecen salvajemente sobre las líneas rectas, los árboles se agolpan a ambos lados del sendero, ya no están en fila, domados, reglamentados, vuelven a ser floresta, salvaje y tenebrosa, y puede pasar de todo, estamos a 9 de diciembre de 1777, al poeta-consejero de Estado le quedan ocho kilómetros que recorrer por la nieve, por el bosque, a la luz de la luna.

Por aquel entonces, los bosques eran más tenebrosos que las palabras, ahora las palabras han asumido el secreto perdido. El pedante futuro de doscientos años después sabe exactamente qué pensaba el viajero anónimo, entonces, a caballo: «Recordaba la época de su niñez; pensó en el duque, su mejor amigo; meditó una vez más sobre la interacción entre la naturaleza y la aventura»⁸ (y en eso llevaba razón, porque donde la naturaleza desaparece o es recreada en una triste imagen de su antiguo yo, como aquí, la aventura se reduce a un paseo en un Opel).

Por la noche, como cada día, le escribe una carta a su amada, no a mí, y aun así, soy yo quien lee esas palabras. Lo sé, es normal, tenemos derecho, Goethe es propiedad pública, y aun así sigue resultando curioso que sin ningún tipo de remordimiento se haga algo que nunca se haría con los vivos. Y no puedo dejar de imaginármelo, ahora también la veo ante mí, esa carta, el objeto. A la mañana siguiente abandona la posada oculta en el zurrón de alguien, de nuevo a caballo, el mismo camino pero en sentido contrario al que el poeta recorrió con la cabeza llena de palabras. Quizá la carta vaya de zurrón en zurrón, papel garabateado, enrollada o doblada, tratada con respeto, acompañada por el ruido de los cascos, el gemido de las sillas de postas, los latigazos silbantes, el alemán de entonces, ahora ya desaparecido, vocerío, guijarros, gravilla; alguien sube las escaleras con la carta, se la da a otro en mano, y este se la entrega en mano a una mujer. Ella espera a estar a solas, deshace la cinta o abre el sobre, la lee reclinada en el diván, o de pie junto a la ventana, o a la luz de una vela, y yo, invisible en mi después, la leo junto con ella, leo lo que ella leyó pero en realidad no, se trata de *su* Goethe en persona, de veintiocho años, no del mío. Sus labios se mueven, lee las palabras: «La causa de mi desasosiego no la quiero averiguar ni tampoco quiero que otros lo hagan. Cuando me encuentro tan solo como ahora, me reconozco tal como era en mi primera juventud, cuando vagaba completamente solo por el mundo. Los hombres se me antojan iguales, solo que hoy he hecho una reflexión. Mientras vivía en esa opresión, mientras no había nadie que tuviese consideración por todo aquello que me acontecía sino más bien, como suele suceder, a causa de alguna extravagancia, me miraban de soslayo, tenía en la pureza de mi corazón muchas pretensiones

falsas y erróneas. No lo puedo decir así, habría de entrar en detalles: entonces me sentía miserable, roído, aplastado, mutilado, como queráis llamarlo. Lo que resulta ahora curioso es que especialmente en esos días de la enajenación voluntaria había mucho de dulzura y de dicha».⁹

Al día siguiente escala el Brocken, y aun a sabiendas de que en modo alguno sería lo mismo, a mí ahora también me gustaría hacerlo, pero el Brocken está al otro lado, en la RDA, y además allí tampoco se puede subir: 'zona prohibida', *Sperrgebiet*.

Ahora dejo atrás Alemania, camino del verano, de España. Aun así, Alemania todavía me persigue con esa dualidad que en Berlín se ha convertido en mi decorado cotidiano. Honecker aclamado en Berlín por la Cámara del Pueblo, la Volkskammer, Gorbachov por la multitud en Alemania Occidental. A causa de las aclamaciones parece de pronto un general que hubiera conseguido una victoria, y quizá sea así: ha cercado a Alemania Oriental como un perfecto estratega.

Victoria o derrota, eso lo sabremos más tarde, pero en el país cercado ideológicamente los rostros están serios: la Volkskammer se ha reunido para condenar a los vándalos y elementos «contrarrevolucionarios» en China, como si su posible destino entre las naciones vecinas a la deriva estuviese claramente escrito en las paredes. ¿Se trata de su destino o justamente del destino del hombre aclamado? Un mundo cruje, y en la pequeña pantalla parece una fiesta, como esa otra fiesta, más lejana, hace tan solo un par de semanas.

15 de julio de 1989

V

Después de casi cuatro meses vuelvo a estar en Berlín. La frontera, los guardias, la casa, he encontrado todo tal como lo dejé. Solo que ahora la ciudad está vestida de otoño, y eso va acorde con todo lo que está ocurriendo en ella. No a este lado, sino al otro, el lado del que uno es constantemente consciente. Está a lo sumo a dos kilómetros de donde vivo; casi a diario, de un modo u otro, uno pasa rozando el Muro, siempre se ve la alta torre de retransmisiones de la televisión de la Alemania del Este. No hace falta ir allí, la televisión proporciona las imágenes. El viernes eran las imágenes de una fiesta. Antorchas, comitivas interminables, gente vitoreante, sonriente, líderes sobre un podio, saludando y sonriendo. El ojo no puede engañarse con lo que ve. Somos viejos zorros, hemos vivido lo nuestro y sabemos lo que es una risa, sabemos cuáles son los signos de una felicidad auténtica, y eso fue lo que vi. Quizá solo se puede engañar al ojo con lo que *no* ve.

Fue una noche maravillosa. Duró horas. El hombre viejo, enflaquecido, estaba en el podio, junto a su invitado. Imposible estar más cerca. Lo que pensaban era invisible, pero ese pensar invisible, ese calcular, ese maniobrar con las posibilidades políticas no cesó ni por un momento, creo que eso sí lo pude ver. ¿Qué siente uno cuando miles y miles de personas con antorchas, saludando y gritando, pasan junto a ti, junto a ti y junto a nadie más? La mirada de Gorbachov era inexcusable; para eso está esta palabra. Agarraba la barandilla con ambas manos, manos fuertes. Cuando se impacientaba se podía observar tan solo en el tamborileo ocasional de los dedos, como si estos se hubiesen escapado del control de la autoridad central. Las mujeres en la multitud le señalaban, riendo, a veces en éxtasis, eso se repetía una y otra vez entre la oleada de gente que desfilaba ante el podio. En torno a los dos líderes se encontraban los otros, el gobierno, el Politburó. Los de la fila de atrás ya no tenían cara, eran solo contornos, las sombras de la cueva de Platón.

En la primavera, ese hombre había sido aclamado en el Oeste como ahora en el Este. Entonces, solo por un momento, de pie, saludando desde un coche, tuvo la mirada de alguien que sabe con certeza que algo le ha salido bien. En ese momento, tenía cercada a la RDA. Su propio país, Polonia, Hungría, el Oeste siempre presente, juntos habían cerrado el círculo en torno a la República Democrática Alemana de manera despiadada. Dentro, nada podía seguir siendo igual. Ahora solo era cuestión de tiempo. Ese momento había de ser sellado, y eso ocurría ahora. Con un beso. En las imágenes en movimiento eso sucedió rápidamente, el momento se perdió en los tópicos de una bienvenida. La escalerilla del avión, la guardia de honor, el hombre viejo esperando en el asfalto, beso. Tan solo cuando se

congelan las imágenes puede verse la intensidad del momento. Ahora estoy mirando dos de esas imágenes. En una de las fotos, el rostro de Gorbachov recibe la luz de frente. El instante tiene sin duda alguna un carácter íntimo. Tiene los ojos cerrados, los labios extendidos, los tiene tan sacados que la boca se convierte en una cosa extraña. Al otro hombre, el del pelo cano, se le ve de perfil. Según parece, él también tiene los ojos cerrados, así no tienen que verse durante el proceso. Su rostro está ligeramente echado hacia atrás, el cristal izquierdo de las gafas atrapa un reflejo curvo. En la otra foto se ve que tiene la mano detrás del hombro derecho del otro, y que, en efecto, sus ojos están cerrados. No se trata del beso de Judas, eso también se puede ver. Y a pesar de ello, ese beso sella la caída de ese uno, o quizá la del otro. A fin de cuentas, nada es impensable dadas las circunstancias.

El beso es ejecutado por hombres, pero lo que ahí se está besando son Estados, estrategias, filosofías políticas. El país que era inconcebible sin Rusia es besado por el país que hace concebible la desaparición de la RDA tal y como es ahora. La ortodoxia heredada de Lenin y Stalin es besada por la herejía. La filosofía que ha roto con todo besa a la filosofía que desea que todo siga igual. La casa común besa a la casa dividida. El uno representa una de las más grandes aventuras de la historia, una revolución que justamente ahora es vista por el otro como una traición a la Revolución.



Mijaíl Gorbachov y Erich Honecker: el beso © Corbis

A los otros, justamente aquellos de los que se trata, no se les ve en la foto. Mientras que en la televisión de la RDA hay una orquesta folclórica ataviada con traje típico tocando, veo a esos otros en la televisión de este lado. Conversaciones en la calle. Madres con niños, ancianos, jóvenes. Esperan un cambio sin desgracias, o tienen miedo o están furiosos, o callan, o son indiferentes. También ellos están acorralados, su movimiento dentro del círculo es seguido de cerca, a veces perseguidos con perros y porras en mano. Ellos no son los que desfilaron con las antorchas junto al podio, aunque ni siquiera eso es seguro. Brecht dijo en cierta ocasión que cuando un gobierno no está satisfecho con su pueblo va siendo hora de que se busque otro. No parece muy probable que eso vaya a ocurrir en este país cercado.

En el *Frankfurter Allgemeine* de hoy, lunes 9 de octubre, cinco titulares en primera página: «Demostraciones en numerosas ciudades de la RDA», «Prisiones repletas en Berlín Este», «Los comunistas húngaros disuelven el partido y se convierten en un partido socialista», «Aumenta la oleada de refugiados a través de

Hungría», «Si a los ruso-alemanes no se les concede la autonomía, abandonarán Rusia».

Tras ese instante congelado del beso estaban ocultos todos esos movimientos desenfrenados, esos tira y afloja de las fuerzas y los poderes, de los deseos y rencores acumulados, de los artículos de fe, de la resistencia y la esperanza, como si esos dos hombres se encontrasen en el vórtice de un huracán, allí donde nada se mueve; y esa era la impresión que uno tenía ayer, en la muerte que aquí suele caracterizar los domingos al mediodía, en la frontera con Lübars: los árboles otoñales inmóviles, las luces de los altos focos vigías como manchas naranjas en la neblina, un par de transeúntes, una chica a caballo y tras la verja de acero trenzado, en la tierra de nadie, entre esa verja y el Muro, de pie en la arena, hombres jóvenes con perros. Eran más de lo habitual. Guardias, los que han de guardar. Pero más que guardar parece que aguarden a ese algo que luego, después, un día, tendrá que ocurrir.

14 de octubre de 1989

VI

¿Cómo ve un pez el río por el que nada? No puede salir del agua para poner la cosa en perspectiva. Algo por el estilo está pasando aquí en Berlín. Todo fluye. A cada instante, nuevos acontecimientos, nuevas noticias. Cuando salgo a la calle, en cuestión de pocos minutos me convierto en parte de una multitud en ebullición, se me acosa con titulares: «Adiós a la isla», «Alemania se abraza», «El pueblo ha vencido», «Ochocientas mil personas conquistaron Berlín». Ante los bancos y cajas postales, largas filas de alemanes del Este que han venido a recoger sus cien marcos de bienvenida. Viejos con la mirada perdida que se encuentran por primera vez en treinta años a este lado de la ciudad, en busca de sus recuerdos; jóvenes que nacieron después del Muro y que quizá vivan a menos de un kilómetro se pasean por un mundo que nunca conocieron, caminan con cuidado, como si el asfalto fuera a resquebrajarse bajo sus pies.

Mientras escribo estas líneas las campanas repican en toda la ciudad, como esta semana cuando las campanas de la Gedächtniskirche esparcieron a golpe de bronce la noticia de la apertura del Muro por toda la ciudad y la gente se arrodillaba por las calles y lloraba. La historia en vivo siempre tiene algo de extático, de conmovedor, de inquietante. Nadie se escapa. Y nadie sabe qué va a pasar, esta es una ciudad que ha pasado por mucho. Las decenas de miles de personas pasan por las esclusas del Este hacia el Oeste, traen consigo sus emociones como si de algo tangible se tratara, lo que sienten se refleja en los rostros de la gente a este lado, sentimientos avivados por el ruido de sus millones de pisadas en las calles cerradas al tráfico, por las sirenas y por las campanadas de las iglesias, por las voces con sus interrogantes y rumores, las palabras nunca escritas de este escenario no ideado por nadie. Por nadie y por todos. «Nosotros somos el pueblo», corearon en Leipzig, hará cosa de solo dos semanas. Ahora están aquí, y han dejado a sus líderes en casa.



Cola para el Begrüßungsgeld ('dinero de bienvenida') Berlín Occidental, noviembre de 1989

Ayer hizo una semana que se produjo la gran manifestación en Berlín Este. Simone quería acudir a ella, pero la guardia fronteriza de la estación de la Friedrichstrasse, con su infalible control, le cortó el paso. No, no podía pasar. «¿Y por qué todos los demás sí? ¿Acaso no he esperado aquí mi hora y media como todo el mundo?». «Lo lamentamos, pero no tenemos por qué dar explicaciones. Vuelva a intentarlo mañana». Yo en esos momentos llevaba a cabo otra misión, una serie de conferencias en el lejano Occidente: Aquisgrán, Colonia, Frankfurt, Essen. Pero también allí Berlín estaba continuamente presente en todas y cada una de las conversaciones.

El lunes por la noche me tocó Essen, el sombrío corazón de la cuenca del Ruhr. Al término de la conferencia, una conversación en un oscuro bar, sopa de guisantes, fiambres variados, grandes vasos de cerveza. Un grupo de jóvenes, una joven actriz, un librero, un bioquímico, un escritor. Y todo el rato las mismas palabras: *Übersiedler*, *Aussiedler*, *Wiedervereinigung* ('migración, transmigración, reunificación'). ¿No tenemos miedo en los Países Bajos de la *Wiedervereinigung*? ¿No? Pues nosotros sí. No queremos la reunificación bajo ningún concepto. Y menos aún con esos sajones y prusianos. Ellos han tenido una educación autoritaria, no conocen otra cosa. A las seis de la mañana ya están a la puerta de las fábricas. ¿Qué se supone que tenemos que hacer al respecto? Esos son *otros* alemanes. Después, un diez por ciento de esa gente votará por los republicanos y

un sesenta por ciento por la CDU, eso ya nos consta, se han hecho encuestas. Luego Alemania volverá a convertirse en una gran nación, volveremos a inclinarnos hacia el Este, hacia los polacos y los rusos. Seguro que eso le va a hacer mucha gracia a Europa, ¿es acaso eso lo que queréis? De ese modo se rompería todo el equilibrio, tendríamos que volver a convertirnos en una gran nación.

La única respuesta que se me ocurre es que ya lo son, y que será su propio peso específico el que ponga fin a esa división artificial. Los grandes países tienen su propia fuerza de gravedad, tarde o temprano acaba por atraerlo todo, el peso busca sus propios canales, será a Alemania a quien le corresponda manejar esa fuerza.



Puerta de Brandeburgo, 4 de noviembre de 1989

Después de la conversación, me llevan al tren que va a Colonia, el último, una especie de tranvía. Un auténtico calvario. El trasto está vacío, helado, se detiene en todas partes, incluso cuando no se ve a nadie. Afuera, las siluetas sombrías de las grandes industrias, llamas infernales sobre un fondo negro. A la altura de

Düsseldorf hay un aviso de bomba, nos detenemos en medio de una invisibilidad sepulcral. En mi vagón no hay nadie, sigo la vetusta voz del revisor por el altavoz, su respiración penosa. *Bombendrohung*. Seguimos parados, la espera se hace eterna, y no sé si es porque es de noche, o porque no hay nadie más, o por la conversación de esa tarde o por mi edad, pero no puedo evitar pensar en la guerra, en la fuerza de atracción de este extraño país, que, lo quiera o no, siempre arrastra a otros países tras de sí.

Jueves por la noche. Estoy de nuevo en Berlín y me encuentro en un taxi con un fotógrafo y un amigo. Charlamos y de repente percibo algo en el tono de la voz que sale de la radio del coche, un sonido que reconozco. Tiene el tono quejumbroso, nervioso e incrédulo de los grandes acontecimientos. El chófer es una chica, le pregunto si puede poner la radio un poco más alta, pero ya no hace falta, ella misma nos explica la noticia ahora que sabe que entendemos el idioma. Está emocionada, echa su larga melena rubia hacia atrás, casi lo dice a gritos: el Muro está abierto, todo el mundo se dirige hacia la Puerta de Brandeburgo, todo Berlín va hacia allí, si queremos, nos podría llevar, ella también quiere ir a ver, si nos parece bien ir ahora detiene el taxímetro. A cada momento el tráfico se hace más denso, ya a unos cien metros después de la Columna Triunfal aquello está casi intransitable. En el humeante Trabant junto a nosotros, unos jóvenes de Alemania del Este levantan sus visados hacia nosotros, sus rostros lívidos de la excitación bajo las farolas nocturnas. Le digo a la chica que mejor será que tome la avenida de John Foster Dulles hacia el Reichstag. Dulles, Reichstag, la guerra, la guerra fría, aquí en cuanto se dice algo, no queda más remedio que hablar en pasado.

La tenebrosa nave del Reichstag se encuentra en medio de un mar de gente, todo el mundo se dirige hacia las altas columnas de la Puerta de Brandeburgo, hacia los caballos al galope que la coronan, que antes corrían para el otro lado. El estrado, desde el que se puede ver toda la avenida de Unter den Linden, se mece bajo el peso de la gente, forcejeando logramos subirnos a la plataforma, en cuanto alguien se baja, nos corremos un sitio. El semicírculo vacío ante las columnas está iluminado por una luz irreal y anaranjada, la falange de la guardia fronteriza parece una fila indefensa ante la violencia de la multitud a nuestro lado. En cuanto algún joven se sube al Muro intentan bajarle con las mangueras de agua, pero por lo general el chorro no es suficientemente fuerte y la solitaria figura sigue de pie, calada hasta los huesos, una estatua viviente en una aureola de reflejos blancos de espuma. Griterío, vitoreo, los *flashes* de cientos de cámaras fotográficas, como si la piedra del Muro se hubiera vuelto ya transparente, como si prácticamente ya no existiera. Los jóvenes bailan bajo los chorros de agua, la vulnerable fila de soldados constituye el decorado de su *ballet*. En la penumbra me resulta imposible ver sus caras, y ellos solo pueden ver a los bailarines. A los otros, la ingente masa que cada

vez es mayor, solo los pueden oír. Este es el derrumbamiento de su mundo, del único mundo que ellos han conocido. La chica tampoco quiere poner el taxímetro a la vuelta. Dice que está feliz, que nunca olvidará este momento. Los ojos le brillan. Su amigo estará ahora en alguna parte del Muro, le gustaría compartir con él este momento pero no sabe dónde está, y además, está de servicio hasta las seis de la mañana.



Manifestación del SED (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands), ¹⁰ de noviembre de 1989

La mañana siguiente, viernes. Estoy tras las ventanas del Café Adler, el último bar del Oeste, junto a Checkpoint Charlie. «You are now leaving the American Sector», y eso tampoco significa nada ya, es como si todo se desconchara vertiginosamente. La fila de «trabis» avanza penosamente por la frontera. Algunos reparten dinero entre las personas en los coches, otros flores. Los de los coches lloran, o miran desconcertados, como si no fuera verdad que están allí, que los otros les saludan y les aclaman. La guardia fronteriza del Este está al otro lado de la calle, a unos metros de sus colegas del Oeste. No se hablan, se mantienen simplemente en pie en medio del remolino de gente. Miro sus rostros y al igual que ayer en la oscuridad, sigo sin poder leer nada en ellos. Luego cruzo al otro lado, me pongo en la fila. Allí todo sigue igual: visado, cinco marcos, cambio de dinero al penoso cambio de uno por uno, mientras que el «verdadero» cambio es de uno

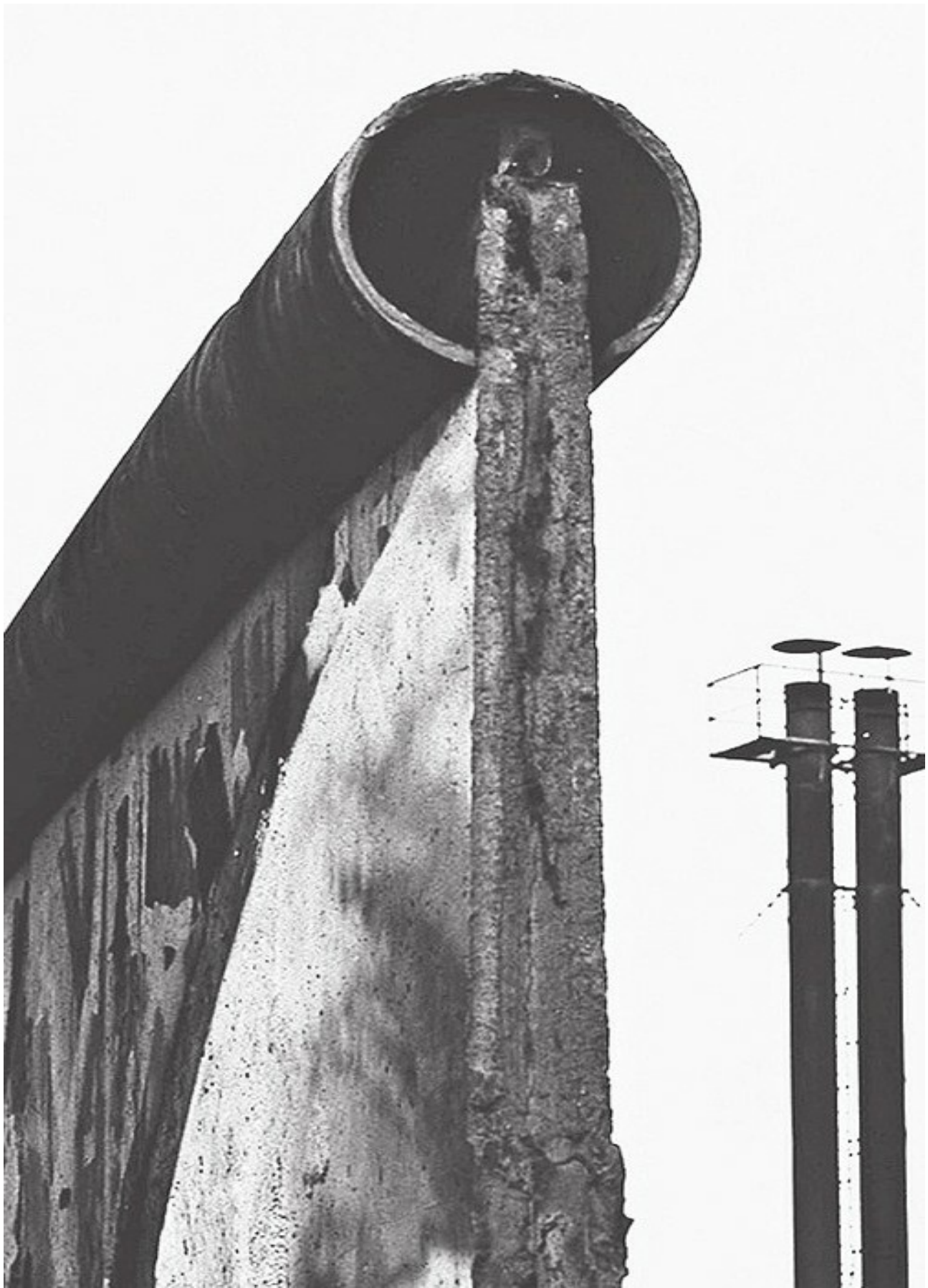
por diez. Va rápido, en cosa de un cuarto de hora he logrado pasar, pero la fila en sentido contrario se extiende en la lejanía hasta bien entrada la Friedrichstrasse. Me dirijo hacia la calle donde está Volk und Welt, la editorial que ha publicado dos de mis libros. Todo está muy tranquilo allí, pero la puerta está abierta. Me encuentro con uno de los lectores de la editorial que me asalta con una ración de humor berlinés: «¡Hombre, qué amable de su parte venir hacia aquí cuando todo el mundo va para allá!», pero no cabe duda de que también a ellos les desbordan los acontecimientos. Nadie tiene la menor idea de qué va a ser de ellos. Les digo que un amigo húngaro me ha contado que allí en Hungría después del cambio –no se me ocurre otra palabra mejor– se crearon más de doscientas nuevas editoriales, y eso ellos ya lo sabían, pero lo que más les preocuparía en ese caso sería cómo conseguir papel. Sobre la *Wiedervereinigung*, la ‘reunificación’, nadie parece poder decir algo sensato. ¿Cómo se haría factible desde el punto de vista económico? Nadie del Este puede permitirse comprar un libro del Oeste. Nuestros libros solo cuestan un par de marcos. Tenemos además una excelente colección de autores extranjeros con gente como Duras, Frisch, Queneau, Kawabata, Canetti, Cheever, Calvino, Bernlef, Sarraute, Claus, pero ¿qué ocurrirá con nuestra licencia de impresión una vez que las editoras occidentales puedan operar libremente en el Este? ¿Se nos darán todavía los derechos? De este tipo de interrogantes los hay a cientos, todo el país no es más que un gran interrogante sin respuesta, y cualquier respuesta, ya sea política o económica, es por el momento inconcebible, pero afecta a las vidas de millones de personas.

«El mundo se ha hecho de cristal», dice el lector de la editorial, y me llevo esa imagen conmigo al salir a la calle. Hace frío, pero el sol brilla sobre el carro triunfal de la Puerta de Brandeburgo. Ahora veo la ciudad en la que vivo pero desde el otro lado, todavía es posible. La multitud occidental se agolpa sobre el Muro, las cámaras de la CBS y la BBC filman el insonoro griterío y el agitar de brazos del éxtasis lejano. En la tradicional tierra de nadie entre el allí y el aquí los guardias se pasean como de costumbre ante el decorado de columnas, la luz del sol en sus charreteras.

Cristal, la palabra me persigue. Aquí, el mundo ha dejado de ser real. Voy por Unter den Linden, en el escaparate de una gran librería hay una edición de lujo de las obras completas de Erich Honecker. Los pequeños libros son en realidad miniaturas, del tamaño de un pulgar, encuadernados en piel, *Alles für das Wohl des Volkes* (‘Todo por el bien del pueblo’). Su tamaño minúsculo parece representar el destino del desaparecido líder. Valen 420 marcos. ¿Cuánto hace desde el beso de Gorbachov?

A izquierda y a derecha los edificios son altos, antiguos e imponentes. En otro tiempo este fue el verdadero centro de una ciudad cosmopolita, tan solo ahora me doy cuenta de lo grande que fue, de lo grande que será una vez que vuelva a ser

una sola ciudad. ¿La capital del Imperio? Federico II el Grande nunca se fue, sigue montando a caballo en su heroica inmovilidad, las figuras de los edificios neoclásicos bailan petrificadas bajo los últimos rayos del sol; delante del Neue Wache de Schinkel hay dos soldados perfectamente inmóviles y enfrente, en la Bebelplatz, una placa conmemorativa recuerda la quema de libros: «En esta plaza, la barbarie nazi redujo a cenizas las mejores obras de la literatura alemana y universal», y luego, un poco más allá: «LENIN trabajó en este edificio en 1898»¹⁰. ¿Se nota algo especial en la gente? No, no noto nada. Van de un lado para otro y hacen sus compras como si nada, desentendiéndose de que una mitad de la ciudad está cruzando al otro lado en ese preciso momento.



Potsdamer Platz, Berlín Occidental, 12 de noviembre de 1989



Potsdamer Platz, Berlín Occidental, 12 de noviembre de 1989

Cruzo las turbias aguas del Spree y llego al Ayuntamiento Rojo, llamado así por el color de sus ladrillos. Allí, cada lunes por la noche, se celebraron las manifestaciones que hicieron que este mundo se tambaleara. Avanzando por el césped delante del edificio me topo con las espaldas de Marx y Engels. El uno está de pie, el otro sentado, les reconozco de espaldas por el pelo ondulado y la barba en abanico del sedente, pero también su mundo parece haberse convertido en cristal, frágil, transparente, ellos todavía están ahí, pero también se han ido un poco, testadores defraudados de espaldas al palacio de cristal iluminado de sus descendientes, el Palacio de la República.



Unas horas después, hacen su aparición los últimos herederos para una contramanifestación. Ahora es de noche, potentes focos halógenos iluminan la Puerta de la Reconciliación de la catedral de Berlín. De nuevo una multitud, pero esta no exige nada, tan solo se defiende, se infunde coraje a sí misma con los lemas, las pancartas y las canciones de lucha procedentes de los grandes altavoces. Me dejo llevar por la multitud deslizándome sobre la gravilla entre las estatuas, hasta encontrarme delante del Altes Museum con sus columnas y sus águilas vigías. La prensa se sube en el disco gigantesco de mármol de Schinkel que hay delante del edificio. Desde la escalinata puedo leer bien las pancartas. «Weiter so, Egon», ‘Sigue así, Egon [Krenz]’; «Sozialismus mit Zukunft: SED», ‘Un socialismo con futuro: SED’, pero también «Für die Unumkehrbarkeit der Wende», ‘Por la irreversibilidad del cambio’ y «Kommt raus aus Wandlitz, seht uns ins Antlitz», ‘Salid de Wandlitz¹¹ y miradnos a los ojos’, y eso es lo que estoy haciendo, mirar a los ojos de los miembros del partido. Son ellos los que más tienen que perder con estos cambios. En unas elecciones libres, el SED solo obtendría un doce por ciento de los votos, la mayoría de los aquí presentes se esfumaría en la nada, en esa nada en la que ya han desaparecido unos cuantos de sus líderes. Algunos corean titubeantes las canciones amplificadas que tratan de grímpolas rojas como la sangre y la lucha final, pero los ánimos parecen inseguros, el mundo en torno suyo se ha convertido en otro mundo, saben lo ocurrido en Polonia y Hungría, han venido aquí para sentirse a salvo al cobijo de las voces, pero ahora también esas voces dicen cosas que antes nunca decían. Los miembros del partido que tienen la palabra reprochan a sus líderes que hayan actuado demasiado tarde, demasiado tarde y con demasiada lentitud, siempre a la zaga de los acontecimientos. Los miembros elegidos el pasado miércoles en el Politburó hayan vuelto a ser destituidos hoy, nadie sabe a qué atenerse, el «monopolio de la verdad» ha llegado a su fin, todo suena a herejía. Algunos de los oradores dicen que se alegran de no haber tenido que presentar una copia de su intervención ante el partido para obtener su beneplácito, como solía ser el caso. La mayoría recibe más aplausos que Krenz. Este habla de una *Revolution auf deutschem Boden*, «una revolución en suelo alemán», pero los allí presentes saben muy bien que no se trata de su revolución. También habla de elecciones libres, pero dice al mismo tiempo que no permitirán que se les arrebate el poder de las manos: «wird sind bereit uns zu ändern, aber wir werden uns niemals aus der Verantwortung stehlen», ‘estamos dispuestos a cambiar, pero nunca eludiremos nuestras responsabilidades’. «Niemals», ‘nunca’, ¿qué validez tienen semejantes palabras? Al día siguiente los líderes aparecen en la edición dominical de *Die Welt* como un grupo acorralado, gabardinas, puños en

alto, bocas abiertas entonando un himno de lucha. Entretanto, los martillos neumáticos empiezan a horadar los primeros agujeros en el Muro por toda la ciudad. Yo me voy antes de que la multitud comience a dispersarse. Tras los ventanales del Palast Hotel, una orquesta de cuerda en esmoquin ofrece un concierto para un público de búlgaros y coreanos.



«Socialismo con futuro, SED»

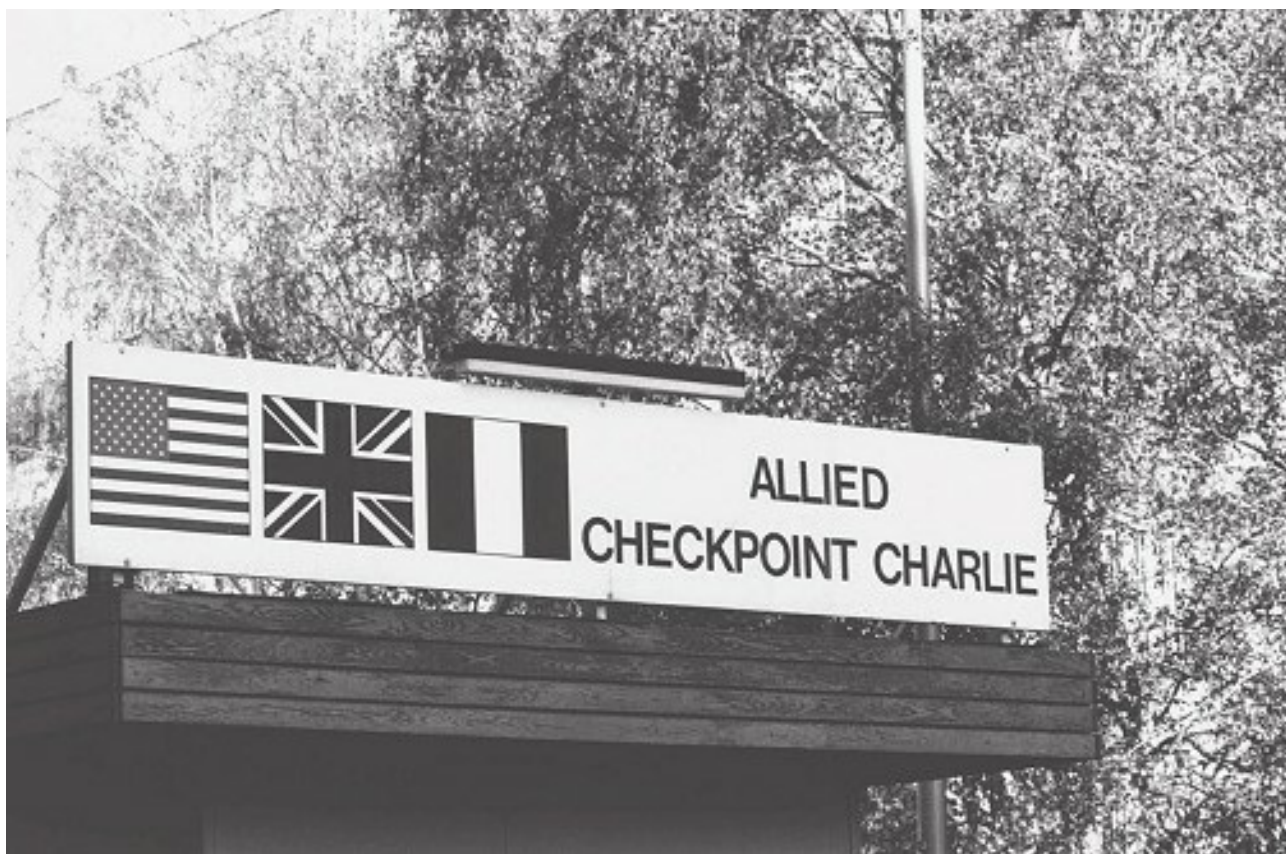


«Premio Nobel de la Paz para Gorbachov», Manifestación del SED, Berlín Oriental, 10 de noviembre de 1989

Sigue habiendo una fila en Checkpoint Charlie. Los extranjeros pueden pasar por otra salida aparte, no hace falta que esperen. Los mismos guardias que esta mañana, los rostros extenuados, descoloridos, tensos. Debo de salir con cara de berlinés del Este porque una mujer joven me ofrece chicles y un chico me extiende un panfleto sobre «unidad, justicia y libertad»,¹² y que el Muro ha de caer y que la *Wiedervereinigung* ha de llegar y que McDonald me invita a una bebida, a una *kleines Getränk*, «bono válido hasta el 12-11-89». Ahora también a mí me aclaman, con eso de que vuelvo a casa.



Schlessische Strasse/Puschkinallee, Berlin Occidental, 11 de noviembre de 1989



*Checkpoint Charlie,
Berlín Occidental, 10 de noviembre de 1989*

En la estación de metro de la Kochstrasse miles de personas aguardan la llegada de un tren, se dejan pensar mansamente hacia el interior del vagón, hacia el Oeste. Cuando por fin llego al Kurfürstendamm aquello parece una feria. Los coches ya no pueden pasar, la ciudad se ha arrojado en brazos del frenesí, la gente se ha convertido en un único torbellino, un monstruo de mil cabezas que se contorsiona penosamente por la ciudad, que ya no sabe si se mueve o si la mueven, y el remolino me absorbe, me convierto también en multitud, una imagen del noticiario, nadie.

Junto al Muro en la Bundesallee aparecen los boletines informativos electrónicos, los renglones pasan a velocidades vertiginosas, como si quisieran llevar la delantera a las noticias, pero nada puede dar alcance a esta multitud, porque es ella misma quien hace las noticias, y lo sabe, y le produce una sensación de escalofrío: ella es la causa de lo que leen en esa pantalla, «ellos son el pueblo», tras ellos vienen los políticos con su demagogia, pero de momento, esas palabras son más que nada apaciguadoras.

Nunca nadie sabrá con certeza qué es la historia, pero durante estas últimas semanas la gente aquí ha pasado una página de esa historia y no solo los Krenz,

sino también los Kohl, los Gorbachov, los Mitterrand y las Thatcher habrán de ver cómo escriben las páginas siguientes, y quién figura en ellas. Millones de europeos del Este se han adelantado a los acuerdos de Yalta, y sin ayuda alguna por nuestra parte.

Hace treinta y tres años estuve en Budapest entre otra multitud que se sintió traicionada y abandonada por nosotros. También aquello fue historia, el reflejo negro de este día del que hoy soy testigo. Vi cómo el ejército ruso rodeaba la ciudad y escribí mi primer artículo para un periódico, que terminaba con las palabras: «Fuera rusos». Hoy me río de mi propia ingenuidad, pero ¿cómo de fuerte he de reírme?

Todavía hay rusos en la RDA, como todavía hay americanos en la República Federal de Alemania. Todavía hay dos países, y todavía está el Muro, aunque tenga agujeros. Pero los de ese Otro País caminan por estas calles por primera vez en treinta años, y si miro por la ventana puedo verles.

18 de noviembre de 1989



Un Mauerspecht ('pájaro carpintero del Muro') picando para hacerse con un trozo del Muro, Potsdamer Platz, Berlín Occidental, 12 de noviembre de 1989

VII

El *Bildzeitung*, negro, amarillo, rojo y espeluznante, pero con los mejores titulares. Lo resume todo como si de una canción se tratara: «Destituidos, Prisioneros, Expulsados, Acosados», y entre esas palabras, las fotos de los líderes desaparecidos del mismo tamaño que las letras de los titulares. Y encima, con los colores de la bandera alemana: «EL PUEBLO SE LIBERA». Es un lunes por la mañana gris y nublado, todo ha saltado por los aires esta semana. Vi a Kohl en su intento de anticiparse al mundo, a Krenz antes, durante y después de su caída, a Golo Mann en el papel de Clausewitz, la simultaneidad de los testimonios gráficos y la historia, a dos escritoras, a un pueblo que se abraza, a un pueblo que refunfuña, tengo que enviarme telegramas a mí mismo para poner algo de orden en todo esto.

Domingo 26 de noviembre. Café Adler en Checkpoint Charlie. Al otro lado, un muro ciego con un gran letrero que en otros tiempos estuvo iluminado: *Neue Zeit*, ‘Nueva Era’. De eso no cabe la menor duda. Me dirigía a una reunión en el Este, pero la cola en el control de pasaportes es tan larga que me puedo ir despidiendo de llegar a tiempo. Esta ciudad sigue dividida. Me quedo a este lado y me dirijo al Martin-Gropius-Bau para ver una exposición. Llueve sobre la nieve congelada, barro gélido. Europa central. La exposición trata de las asociaciones deportivas judías después de que los judíos fuesen expulsados de los «otros» clubes deportivos. Las fotos tienen la torpeza de las fotos deportivas de hace cincuenta años, como si se pudiera adivinar que después la gente correría mucho más rápido. Lo que las hace tan corrosivas es todo lo que uno ya sabe. Leo los nombres, miro las caras. Lili Sara Henoch, campeona en varias ocasiones, deportada con su madre a Riga, desapareció sin dejar rastro. La lista de sus últimas posesiones, el águila que una vez pudo llevar en su pecho. Alfred Flatow, autor del *Handbuch für Welturner*, ‘Manual para gimnastas mundiales’, excampeón, tras cuarenta y seis años expulsado de la Liga de gimnastas. En su carta de despedida a la Asociación escribe: «Mis propios pensamientos y sentimientos permítaseme callarlos»¹³. Había nacido en 1869, pero después de esa carta su vida sería breve. Declarado *Reichsfeind* (‘enemigo del Reich’) en 1941, enviado al gueto para ancianos de Theresienstadt en 1942 y, a finales de ese año, «muerte por agotamiento». Edmund Neuendorf escribe a su *lieber Turnbruder Naumann*, a su ‘querido hermano gimnasta Naumann’ (ambos miembros de la junta directiva de la asociación) que

tiene que ser fuerte ante estas expulsiones, que se trata ante todo de Alemania: Alemania ha sufrido tan descomedidamente en las últimas décadas, el judaísmo ha degradado de tal modo la cultura alemana, la vida pública alemana, las buenas costumbres, y ha maltratado la política alemana «de manera tan atroz que a toda costa hemos de poner punto final al pasado. Lo que hemos vivido nunca se ha de repetir». Veo al corpulento gimnasta en su anticuado traje y me doy cuenta a un tiempo de un pequeño rótulo que hay detrás: «Desde esta ventana se pueden ver los cimientos del Cuartel General de la Gestapo con los restos de la cámara de tortura». Lo miro obediente: un campo, una colina, algunos matorrales negros y desnudos, huellas en la nieve, nada.



Neue Zeit, Berlín Oriental, desde el Café Adler, 1 Berlín Occidental, noviembre de 1989



Checkpoint Charlie, Berlín Occidental, 10 de noviembre de 1989

Abajo en el museo hay una exposición de otro pasado: el de AHORA. Esta contradicción tiene algo de perversa, tengo que explicarme a mí mismo por qué. Se trata de fotos y pancartas de las manifestaciones de las pasadas semanas. Tras la gran demostración se pidió a los manifestantes que entregaran sus carteles y pancartas para el Museo de Historia en Berlín Este, que ahora se las ha prestado al Oeste para esta exposición, como si de auténticos cuadros se tratara.

Miro las pancartas que cuelgan un tanto amorfas de la pared estucada, las fotos con las consabidas imágenes, los mismos lemas que la multitud portaba por encima de sus cabezas. Quizás esto sea también posmodernismo: hacer historia y saber a ciencia cierta que esa misma semana irá a parar a un museo, y luego ir uno mismo a verlo, ya que la mayoría de los comentarios en el libro de los asistentes está escrito por berlineses del Este: «¡Queremos nuestra democracia y no vuestra mierda!», «Los pequeñoburgueses de la RDA solo salieron de sus madrigueras consumistas cuando nada había que temer», «Todo excepto la *Wiedervereinigung*», «Miedo al abrazo de hermanos y hermanas». Así pues, la historia no ha terminado aún ni mucho menos, a pesar de los diez puntos de Kohl.



Potsdamer Platz, Berlín Occidental, 12 de noviembre de 1989



Polenmarkt, Berlín Occidental, diciembre de 1989

A la vuelta me paso por el Polenmarkt (‘mercado de los polacos’). Cientos de personas ateridas en el malsano barro helado, a sus pies las mercancías lastimosas que acuden a comprar los turcos y los pobres, lluvia gélida, regateos, el revés abatido de la moneda de los dos mundos.

Lunes 27 de noviembre, por la noche. En la librería Wolf, Hilde Domin lee fragmentos de su obra. Poemas, esbozos de su vida. Una vida larga, tiene casi ochenta años, con esa porfía despiadada de alguien que ha pasado por todo. Pequeña, frágil, sin gafas, una voz como el cristal. Sale huyendo en 1933, doctorada en Florencia por su investigación sobre un precursor de Maquiavelo, un rosario de exilios: Italia, vuelta a huir, Inglaterra, Santo Domingo, una vida de poemas, de pobreza, de tantas casas, una mujer indestructible. En el libro que me dedica, *Aber die Hoffnung*, ‘Pero la esperanza’, subraya tres veces la palabra *Aber*.

*Paloma,
cuando arda mi casa
cuando se me repudie otra vez*

*cuando lo haya perdido todo
llévame entonces contigo,
paloma de madera carcomida
en el suave movimiento
de tu única
ala
no quebrada.*

Miércoles 29 de noviembre. Todavía sigo dándole vueltas a las fotos del museo. Hacer algo y al mismo tiempo mirarse en el espejo, a eso se parece. Formas de metahistoria. El elemento narcisista que alberga disipa el ardor del fuego. O algo por el estilo. Por otra parte, todos los días te bombardean con imágenes en movimiento, y si se las congela se convierten en ilustraciones de un libro de historia. Pero quizá sea justamente eso, que todavía no se las debe congelar. La pasión por mirar, algo que nunca acaba. Las lúgubres mansiones de caza de los mandamases, imitación barata del peor de los gustos de la nobleza feudal, sin lustre alguno, ostentosos butacones bajo hileras de cornamentas, uno desearía ver a esos marqueses del Este explotado jarra de cerveza en mano, en los decorados de sus enemigos de clase, las envidias acumuladas del pequeñoburgués. Entretanto, Krenz lucha por su vida, esa cabeza suya excesivamente grande aparece cada noche en el icono de la televisión de la RDA, en los grandes almacenes, en los talleres, en las esquinas, implorando, argumentando. Pero los obreros y las amas de casa le devuelven la pelota, no tienen necesidad de irse al Oeste, se quedan donde están, pero ya no quieren esa chapuza que él y los suyos han hecho del país.

En la televisión de este lado, Golo Mann, que se parece irremediabilmente a su padre, reencarnación, una serie de genes barajados y redistribuidos, espléndido. Como un Clausewitz, habla del glació que es la Alemania del Este y de que Rusia no querrá pasar sin ella, y de paso imparte una lección sobre el desgaste de las palabras, sobre el viaje que palabras como *comunismo*, *socialismo* y *democracia* emprendieron a través de los posibles significados desde finales del siglo XVIII. Y en torno a todo esto anidan en mi cerebro las otras imágenes, las del Este que se derrumba: Zhivkov que, atontado, boquiabierto, como un niño retrasado, contempla cómo se derrite su estatua; Ceaucescu, argumentando de manera neurótica, el tonto del pueblo en un palacio vacío. Ahora solo es cuestión de tiempo, con el apretón de manos de Malta de Gorbachov y Bush se escribió también en la biografía de Castro. Y, sepultado bajo todos los otros acontecimientos, Dubčėk en el balcón de Praga mientras el espectro de Husak se prepara para descender al infierno de Dante, el icono de Cristo de perfil en uno de los aposentos del Vaticano en donde dos hombres mantienen una conversación en ruso sin necesidad de intérpretes. *Extra omnes!*



Polenmarkt, Berlín Occidental, diciembre de 1989

Jueves 30 de noviembre. Una joven escritora de Alemania del Este, Kerstin Hensel, lee poemas y prosa en el Buchhändlerkeller ('Sótano de los libreros') en Berlín Oeste. Pequeña, severa, ropa extremadamente sobria, el pelo de Brecht, una cabeza de monja rapada, nacida en 1961. *Hallimasch*, así se titula su libro de relatos, y *hallimasch* es el nombre de un hongo, un parásito de las coníferas, pero comestible, un medio para sobrevivir en tiempos difíciles. Su versión de *Hansel y Gretel* termina con un giro amargo: «“Volvamos a casa”, dijo el chico, y entonces la chica le miró bien por primera vez, por primera vez desde hacía años, y dijo: “¡Qué gordo te has puesto, Hans!”, y entonces Hans también lo vio y dijo: “¡Qué tonta te has vuelto, Gretel!”, y entonces echaron a andar, sin saber hacia dónde». Al día siguiente intento hacerme con sus poemas en Berlín Este pero ya no quedan. «*Vergriffen*», 'agotado'.

Viernes 1 de diciembre. Esta vez voy en coche, quiero adentrarme más en la ciudad. Justo a la altura de la frontera, el motor de mi vetusto Buick se pone a hervir. «*Ist das normal?*», pregunta el guardia fronterizo, y lo reconozco, no es normal. Nada ya es normal hoy día me gustaría añadir, pero me ayuda a echarle una botella de agua y puedo entonces continuar mi camino. Por encima de la fealdad flota un extraño esplendor. Me adentro por Karl Marx y Karl Liebknecht, sueños desvanecidos, y voy a parar a unos barrios más sórdidos. El *smog* se

entremezcla con la neblina, el aire sabe a Trabant y lignito, aquí todavía sigue siendo un poco la posguerra. El sol filtra los horrores como un viejo restaurador, altos bloques de pisos como moles, apartaderos de trenes de las afueras, me alejo más del centro, voy siguiendo el Muro, tras el cual tiene que estar el Spree, ese Muro que veo con tanta frecuencia en la otra orilla, al otro lado del agua. De modo que aquí es donde viven, pienso sin pensar demasiado, pero así es, aquí viven, la gente de las manifestaciones, la gente que por las noches ve la misma televisión que yo, que vive en cajas de cerillas sin ornamento, junto a las grandes avenidas que empequeñecen a quienes las cruzan.

De pronto me encuentro junto al parque zoológico, veo los portones y los altos árboles al otro lado, donde racimos de cuervos, esos cantores rebeldes, me invitan a entrar con sus graznidos. Ya he visto demasiada gente esta semana, ahora quiero ver animales. La entrada cuesta solo un marco, soy prácticamente el único visitante, voy con cuidado por los senderos de nieve helada, escucho los cantos breves y penetrantes de los cuervos. Campañoles, jabalíes panzudos de Vietnam con caras desabridas, serpientes, panteras negras, la paz de las formas que se repiten a lo largo de los siglos sin malignidad intencionada. Noto cómo mi mente se libera de la tiranía de la historia, saludo a izquierda y a derecha, a los flamencos encerrados en sus invernaderos empañados, a los osos siberianos que hacen como si fuera verano. Cae la tarde, y la luz crepuscular acaricia la nieve con tonos grises, los pingüinos deliberan sobre los acontecimientos humanos, en la jaula de los depredadores, los leones se han rebelado, rugen y sacan las garras, todo el edificio se estremece, y, como si todo tuviera que armonizar, veo una media hora más tarde el relevo de la guardia en el Hauptwache ('Cuartel General'), tres animales humanos que se comportan como máquinas. Sucede de noche, a la luz de las altas farolas, ellos pueden hacer todo lo que los animales normales no pueden: llevan cascos y casacas largas de color gris de campaña, graznan con las botas que lanzan hacia arriba en su *ballet* mecánico, giran en el sitio, presentan armas con la bayoneta en dirección a la luz, hacen como que no son tres sino uno solo en realidad, un autómatas trihumano que desaparece tras una puerta falsa con una respiración entrecortada, horrible. Un poco más allá, los manifestantes se apelotonan junto al Volkskammer, mañana y pasado mañana el partido debatirá sobre su propio destino. Entonces, el ejército dejará de ser el ejército del partido.



Potsdamer Platz, «Holanda saluda a Berlín», Berlín Occidental, 12 de noviembre de 1989

Sábado 2 de diciembre. Una representación en el Teatro Máximo Gorki: *Die Übergangsgesellschaft* ('La sociedad de transición') de Volker Braun, una paráfrasis de las *Tres hermanas* de Chéjov. Una terraza sórdida, una casa de antiguallas, vidas fracasadas, ilusiones quemadas, angustia y frustraciones, y, una vez más, el suspiro por Moscú, ya que la rueda de la historia ha descrito una nueva vuelta, ahora la esperanza viene justamente de Moscú, no hay nadie aquí que no sea consciente de ello. Una obra llena de contradicción interna, de escenas psicóticas, de alusiones que no siempre logro captar. La sala contiene el aliento, se ríe con todo lo que alude a la situación actual. Termina con el incendio de la vieja casa y con la muerte del ex combatiente de la guerra civil española, el único para el que la vida ha tenido algún sentido, por su lucha contra el fascismo. El resto es confusión para los vivos.

Abajo, en el vestíbulo, otra vez las fotos, el movimiento congelado, como si ya hubiera sonado la hora de la reflexión, el espejo en el que uno se ve inmóvil. Pero debe de tratarse de un espejismo, nada en estos días está quieto. En un gran cartel en ese mismo vestíbulo, el autor de la obra se pregunta si el Este se ha de dejar colonizar por el Oeste. «Aún no se ha demostrado nada. ¿Dónde viviremos entonces? Y ¿merecerá la pena eso que se nos viene encima? Un *Wiener Schnitzel*

[‘escalope vienés’] no es suficiente para saciar nuestra hambre, un pequeño capitalismo rapaz a la húngara traerá consigo a lo sumo una “sociedad de un tercio” [“*eine Eindrittelgesellschaft*”, refiriéndose a los privilegiados] y la nueva miseria social conducirá a la República Democrática hacia el Oeste, o hacia un nuevo desasosiego social; y aún está por ver si no existe algo más moderno que ese circo de partidos, algo así como una democracia de base, una democracia que quiera soluciones para todos». En cualquiera de los casos, nadie debe contar con un apéndice dócil de la República Federal.

Domingo 3 de diciembre. Las siete y media de la tarde. *Aktuelle Kamera*, el noticiario del Este, un programa que se ha hecho indispensable. Mielke, Mittag, Müller, arrestados; Schalck-Golodkowski, dado a la fuga; Krenz, destituido; el partido, decapitado; la Praga del sesenta y ocho deplorada, fin. Veo a un político presenciar su propia caída. Krenz está en la escalinata, a unos metros del micrófono, pálido bajo la luz de neón. Van pasando uno tras otro, argumentando, soltando invectivas, y eso que se trata de miembros de su propio partido, lo que en su propia lírica se llama «la base». Se emite un juicio sobre su persona, y es un juicio despiadado, lo nunca visto. Hace un último intento, toma el micrófono, pero le gritan y abuchean, toda una plaza. Sabe alzar la voz, grita sobre lo que todavía quiere hacer, sobre lo que nunca hizo, sobre lo que hubiera querido hacer, pero le silban y la mofa de los presentes le hace retirarse como un hombre apesado. Se da la vuelta y desaparece tras los cuerpos que le rodean. Luego muestran otras imágenes suyas: el hombre de hace un mes, condecorando a Mielke, el antiguo jefe de la Stasi que ahora ha sido arrestado, un tipo pequeño y enclenque con un uniforme de color crema, su pecho como un tablón de anuncios lleno de cintas de colores en el que Krenz coloca una más, y a continuación, una imagen más mortal aún, el mismo Krenz en Pekín tras el levantamiento de los estudiantes.

Y de repente Krenz es agua pasada, desaparecido, una noticia vieja, sepultado bajo una cadena de ciudadanos que se extiende a lo largo y ancho del país, sepultado por dos hombres a bordo de un barco, por uno de esos hombres en Bruselas junto a Kohl, que había de visitar a Krenz en dos semanas para otorgarle la apariencia de legitimidad de la que ahora se le ha privado. Egon Bahr recapitula al final de la noche: «Este partido se ha decapitado a sí mismo, esa es la tercera fase de una revolución. Y ya se sabe: las cabezas no vuelven a crecer».

Me he pasado horas delante de la televisión, ahora me apetece estirar las piernas. Es de noche, hace frío. Tras las ventanas de los cafés pululan algunas sombras, por lo demás todo está en calma, y se me ocurre que esta ciudad mía es un barrio cercado, que se encuentra en medio de un país que, como un gran barco, ahora va a la deriva en un mar furioso en el que él mismo va desencadenando olas. Es una

metáfora absurda, pero no se me ocurre otro modo de decirlo. Aquí hay una tempestad y todo está en calma.

9 de diciembre de 1989

VIII

A los espectadores nos vuelven locos, pero ¿qué les sucede a los protagonistas? Noche tras noche irrumpen en mi casa a través de la pequeña pantalla, cada vez con nuevas invenciones, formaciones, reacciones, órdenes, amenazas, súplicas. Cuando cada noche veo el *Aktuelle Kamera*, el noticiario de la RDA, da la impresión de que el país viviera ya desde hace meses en una asamblea permanente, gigantesca, en una promiscuidad que otorga a todas esas mesas redondas, a esas reuniones fundatrices, a esas conferencias de prensa y a esas audiencias el aspecto de una cama gigantesca en la que, quieran o no, tienen que meterse todos a hacer entre ellos Dios sabe qué mientras el pueblo, en nombre de quien todo empezó, abandona de puntillas o dando un portazo ese aposento tumultuoso. Me he hecho adicto a esas sesiones televisivas nocturnas (que a veces pueden durar varios días), sé que no es bueno para mí, que por la óptica falsificada de la cercanía uno tiende a olvidarse de que tras este país hay otro, y después otro y otro más, todos y cada uno con su pandemónium particular, pero qué se le va a hacer, me ha tocado vivir en este enclave y mi enclave resulta ser el vórtice del huracán.

En Navidad salí huyendo, me apetecía irme a mi tranquilo país, allí donde nada parece ocurrir porque ya lo hicimos todo hace unos siglos. Hacía un tiempo espantoso, y escrutando el mapa, vi cerca de Detmold la palabra *Hermannsdenkmal* ('estatua de Hermann'), y luego, en letra mucho más grande, *Teutoburger Wald* ('selva de Teutoburgo'). Ignoraba quién era el tal Hermann, pero la selva de Teutoburgo sonaba lo suficientemente wagneriana como para casar con el cielo plomizo. En cuanto uno se sale de esa absurda autopista, el mundo se reencuentra misteriosamente a sí mismo: tierra, provincia, allí donde habita la gente invisible, la sustancia coriácea que cuelga a modo de contrapeso para corregir las invenciones frívolas de la ciudad, el dominio de la *mayoría*, una región que puede que sea distinta por su acento, su dialecto y sus costumbres, pero que se reconoce en todos los países como la quintaesencia generalmente silenciosa del país. Esto es Alemania, como también lo es Celle, donde pasé la noche: lo que allí comí se llamaba «vísceras de patos ducales» y con eso queda todo dicho, desde el pato sacrofeudal en mi plato hasta el triunfalismo burgués de las viejas casas restauradas del casco antiguo. Enseñas, fachadas con vigas al descubierto e inscripciones góticas, una fortaleza, un castillo, un mercado navideño con *glühwein* ('ponche') y árboles de Navidad y Noche de paz, y una hora después, la noche más silenciosa

de Europa, donde tan solo podía oírse el tic-tac de mis pies entre las casas cerradas de los justos soñantes.

Ahora andaba buscando al tal Hermann, y todo el mundo quería ayudarme, pues todo el mundo sabía donde vivía, y todo el mundo era amable, servicial, y menos mal que era así, porque según parecía el tal Hermann no tenía intención de dejar que lo encontrara, se escondía cada vez detrás de nuevas colinas, de nuevas líneas de bosque, de nuevos jirones de lluvia, hasta que por fin en un aparcamiento infinito pero terriblemente desierto, pude aparcar el coche junto a un par de «trabis» que lastimosos y tiritando soñaban con un lujurioso Mercedes. Si ahora que después de tantos años podían abandonar su cercado, Hermann era lo primero que visitaban, ¿qué quería decir eso? Todavía no le veía, caminé por un sendero del bosque, hostigado por el viento, protegiéndome el rostro contra los latigazos de la lluvia, y fue a través de esas lágrimas que le vi, un hombre del tamaño de un faro sobre un pedestal tan alto como una torre, cortando el temporal con su espada alzada, dominando el mundo.

Su talla me dejó sin aliento; dando una vuelta a su alrededor pude contemplar las pantorrillas incoercibles, las alas de águila de envergadura sobrehumana en el casco, las placas grises arqueadas de su faldellín corroídas con un verde ominoso, y el espacio enigmático, plúmbeo, solidificado bajo ellas. A través de una estrecha escalera de caracol pude subir hasta sus poderosos pies, pero lo que en tierra no era más que un simple vendaval se convirtió allí arriba en un huracán. Hermann se mantenía en pie sin dificultad, no hay que olvidar que pesa más de cuarenta y dos toneladas, con el pedestal alcanza una altura superior a los 50 metros y no tiene por qué temer que vaya a volársele el casco o a levantársele el faldellín: 30.924 tornillos de cobre le atornillan a sí mismo. Yo lo tenía algo más difícil, me asía fuertemente con ambas manos a la barandilla, escrutaba la caótica sintaxis de ciudades y pueblos en la circular lejanía, y sobrevolaba con la mirada el bosque sombrío en el que Hermann, en el año nueve, hiciera picadillo a tres legiones romanas. No podía saber que había liberado a Alemania, porque era ignorante de su existencia; aun así, el texto de su espada reza: «Deutsche Einigkeit meine Stärke, meine Stärke Deutschlands Macht», ‘La unidad alemana es mi fuerza, mi fuerza, el poder alemán’.

La historia, esa vieja y anacrónica embustera, no pudo resistirse a hacer de las suyas. Ahora comprendo que el que fuera en otro tiempo rey de Prusia, Guillermo I, y luego el «viejo káiser», descubriera la estatua en 1875 (y ahora también comprendo por qué están aquí los «trabis»): así se forjaba la ilusión de que entre Hermann y Guillermo I existía una línea ininterrumpida, como si esta llanura que se extendía a mis pies no hubiera sido durante siglos un batiburrillo de ducados y reinos, con todas las consecuencias que ello trajo consigo. «Crónicamente desgarrada y dividida», había dicho ya Hölderlin, y las cifras le avalaban: el Tratado

de Westfalia de 1648 reconoció la soberanía de trescientos Estados alemanes, cada uno con su propia corte, grande o pequeña, su propio déspota ilustrado o sin ilustrar, y su cuerpo de funcionarios con el correspondiente culto a la obediencia, cuyas consecuencias se han hecho notar hasta nuestros días.

Naturalmente, Hermann no se llamaba Hermann, sino Arminio. Un humanista trastornado se equivocó en el siglo XVI y desde entonces se le llamó Hermann, porque, a fin de cuentas, ¿de qué le sirve a uno un héroe popular con nombre extranjero? El emperador Augusto envió al hombre equivocado a Germania, Publio Quintilio Varo, un ablandabrevas y un ventajista que poco antes había saqueado Siria. El tal Varo no siente gran aprecio por los germanos («se formó la opinión de que los habitantes eran seres que, aparte de la voz, no tenían nada de humano»)¹⁴ y el desconocimiento del enemigo es siempre el camino más corto a la perdición. Hermann se lleva al huerto a Varo y le masacra, y hubiese seguido dormitando tranquilamente en los libros de historia si su persona no hubiera atormentado las noches del escultor Ernst von Bandel. Este soñador –objeto de mofa y sumido en la pobreza como debe ser– trabajó dieciocho años en la estatua, y si bien es cierto que esta aún no era hermosa, sí era enorme, tan enorme que el mismo emperador se percató de su existencia, y decidió sacar partido del asunto.



Durante los siglos en que Francia e Inglaterra se habían convertido en entidades con un poder central, la nación alemana seguía hecha añicos a causa de una bomba de fragmentación de fabricación nacional y extranjera. Todo el mundo, e incluso los mismos alemanes, parecía estar hecho a la idea. Además, a todo el mundo le venía bien: aquel virtual imperio central podría suponer la ruptura del equilibrio; un cordón sanitario de países extranjeros controlaba todas las desembocaduras de los ríos, y Alemania, inexistente como nación, se hallaba prisionera en el continente europeo. A causa de la inviolabilidad de todos esos grandes y pequeños potentados garantizada por las fuerzas extranjeras, las ciudades, en otro tiempo tan conscientes de sí mismas, con sus libertades civiles, fueron perdiendo poder e influencia. En todas esas capitales replegadas en sí mismas dio comienzo una opereta bizantina que tenía algo de pesadilla: títulos nobiliarios, consejeros privados, obsesión por los uniformes, extravagancias heráldicas, bailes de la corte, obediencia servil, burocracia, y aunque todavía no existiese Alemania como tal, cuajó allí el tipo de persona que luego poblaría la futura Alemania. Quien no tenga que vivir en un Estado puede permitirse el lujo de mostrarse sentimental o patético sobre su país, y todo ese *pathos* se halla expresado en esa estatua por encima de mí, que, al parecer, mantendrá el brazo estirado hasta bien entrado el próximo milenio.

Ya está bien por hoy. Busco solaz en los jardines de mi patria, donde las estatuas son más pequeñas, pero los problemas también. Las otras imágenes, las móviles, también me seguirán allí: los Modrow y los Kohl, que juntos se han de transformar en un Bismarck, mientras la Europa en torno suyo, esa anciana con sus miles de recuerdos, resquemores y miedos, sigue de cerca todos sus movimientos. Lo que ella murmura en sus sueños es lo que antes se llamaba historia, y quien aguza el oído puede entender a veces lo que dice, y oye entonces *Gleichgewicht*, ‘equilibrio’, sabe que ella sueña con el Tratado de Utrecht y con el final de la guerra de Sucesión española, pero hubo tantos tratados de paz, todos ellos preñados de la siguiente guerra, y una y otra vez volvía a tratarse de un nuevo cálculo y arreglo del *Gleichgewicht*, y si no cuadraba, los ejércitos volvían a deslizarse por el mapa, porque nada es tan resbaladizo como una balanza que ha sido manipulada, ahí no hay nada que los Tratados de Rapallo, de Múnich, de Viena, de Westfalia ni de Versalles, ni el tango entre Molotov y Ribbentrop puedan hacer: uno de los bailarines siempre acaba en el patíbulo, y ahora ¿a quién le toca?

O quizá no le toque a nadie, quizá los países pasten como rumiantes tras sus ríos sellados, quizá los pastores europeos permitan que la manada alemana se entremezcle en paz. Entre todos esos aquiescentes, los disconformes apenas se notan, la reunificación parece un fenómeno de la naturaleza y un político que sabe

lo que le conviene se deja llevar por el curso de la inundación. Y hace como si fuera él quien controla el grifo.

Regreso a Berlín y parto de inmediato para Múnich. Polonia está que arde, Bulgaria está que trina, Rumanía hierve a borbotones y el Gran País detrás pone el dedo y hurga en todas esas llagas que él mismo ocasionó en su momento, y el líder de todo eso a veces se parece un poco a un escritor que no sabe cómo seguir con su obra e intenta disimularlo. ¿Y aquí? La pequeña pantalla me vuelve a hacer su prisionero, sigo la maraña de conversaciones interminables, las nuevas aperturas, relaciones, enemistades, intento imaginarme cómo todos esos gestos y actitudes han surgido de una historia más o menos reciente, y cómo estos, en su fragmentación sin fin, han de volver a constituir la nueva historia, y a un tiempo, me estremezco ante la sola idea. En el bachillerato aprendí una frase que nunca he podido olvidar: *Senatu deliberante Saguntum periit*, ‘mientras el Senado deliberaba, cayó Sagunto’. Sin duda, la cosa no será para tanto, y además, no queda otro remedio, pero ante el espectáculo cotidiano de todas las siglas de esos partidos deliberantes (SESDPLDPDBDCDUDDRSPD y todas las otras combinaciones del alfabeto que todavía no he registrado en mi mente) sigo oyendo los pasos de los desertores, como si esa mesa redonda quedase completamente sola en la llanura de Brandeburgo y como si todas esas voces se las llevara el viento.

¿Es esto justo? No, claro que no, y cuando veo todas esas caras sinceras, emocionadas, aún no corroídas por años de ejercicio de la política, yo también me doy cuenta. Puede que sea porque la televisión nos tiene mal acostumbrados, siempre esperamos que haya una conclusión, una catarsis, como ocurre en *Dinastía* o *Dallas*, pero claro, la realidad no funciona así. Mañana –cuando hayan vuelto a desertar otros dos mil o más– la serie continuará con la misma viscosidad, con el mismo desacuerdo, el mismo fraccionamiento, el tira y afloja propio del ejercicio de la política; para los implicados seguro que resultará terriblemente emocionante, pero uno se puede preguntar si será igual de emocionante para los espectadores. Visto en la pequeña pantalla, el acto de orar y copular de otros puede resultar bastante desagradable, y lo mismo suele ocurrir con las prolongadas reuniones políticas, aunque solo sea porque cuando el tiempo *real* se mete en la televisión, se transforma en un tiempo retardado. Nunca he acabado de comprender el secreto de ese capricho temporal einsteiniano, pero queda claro que quien quiera vivir muchos años tendrá que ver mucha televisión.

Dado que estoy viviendo temporalmente en Berlín, he recibido del *Senator für Inneres*¹⁵ un *Bescheinigung*, un ‘atestado’, en el que se me notifica que he sido «dado de alta en Berlín con nacionalidad neerlandesa»¹⁶, y eso significa que de ahora en adelante puedo entrar y salir en la RDA tanto como me plazca sin

necesidad de más papeles. Y eso es lo que hago en este momento, camino de Munich. Aun así, siento una cierta emoción, porque nunca antes he tomado esta ruta. Señales hacia Gotha, Leipzig, Weimar, Dresde, pero eso lo dejo para la vuelta, que tendré más tiempo. Los Trabant humean, el asfalto está destrozado, los altos en el camino tienen un aire añejo, sin ese lujo obstinado de nuestro lado del mundo. Es un paisaje marcado, único en su género, a causa de la lentitud impuesta conserva algo de ese tiempo ya definitivamente pasado y, curiosamente, no resulta desagradable. Al otro lado de la frontera se encuentra Baviera, un paisaje ondulado, bosques sombríos, nieve aquí y allá, belleza.

En mi hostel junto al Jardín Inglés, leo el libro que Gordon A. Craig ha escrito sobre este país (*The Germans*) y me sumerjo en sus esclarecedores capítulos sobre la historia alemana, pero cuando estoy en la calle, entre la gente con la ropa emblemática de caza y los palacios de color vainilla, me encuentro en medio de la historia, la de la devoción barroca y la revolución de Taler, la de los sueños atenienses de Luis I y del impetuoso canto en la Hofbräuhaus¹⁷, la de la universidad en la que los hermanos Hans y Sophie Scholl distribuyeron sus panfletos antinazis y la de las mansiones mastodónticas de los Wittelsbach.

La ciudad me conmueve y a un tiempo me sigue resultando ajena; aun así, siempre vuelvo. El sol brilla, todavía queda algo de hielo en el estanque del Jardín Inglés donde en otro tiempo no se permitió la entrada a los judíos, y ese mismo sol produce un extraño efecto en los estanques tras el palacio de Nymphenburg, haciendo como si las viejas damas que se pasean por allí flotasen sobre una superficie de nieve plateada. Naturalmente tengo que entrar en el palacio, y junto con los japoneses de turno deambulo por entre las sillas vacías, las camas solitarias, las salas enmudecidas, los espejos sin rostro, las arañas y candelabros, los atolondrados gansos del césped y los cisnes sobre el hielo; como un duque aburrido me pongo a observar a los ciudadanos con sus bolsas de plástico, y entonces doy la vuelta y me dirijo a la galería de las Bellas de Luis I: decenas de cuadros de mujeres jóvenes vestidas para un baile que me devuelven la mirada desde el reino de los muertos. Irene, condesa de Arco-Steppenbourg, la margravina Pallavicini, los galones pintados con tanto esmero en el abultado corsé azul de Helene Seldmayr, el sobrecogedor pectoral de la condesa Caroline van Holnstein que resalta peligrosamente de la escena, ¿me concede este baile? En el restaurante, unas señoras con sombreros verdes trituran los eternos cerdos, y fuera, el viento nos trae las campanadas del ángelus. Las doce del mediodía, hora fantasma.

En la Gliptoteca de la Königsplatz hay una exposición de Jim Dine. Se trata sin duda de la realización de un sueño de juventud del veterano del *pop art*: exponer solo dentro del sueño de juventud del rey de Baviera, su eco tardío colgando entre dioses y héroes, entre sabios y guerreros. Luis I se hizo construir este Partenón para albergar su colección, Von Klenze construyó un edificio magnífico, Grecia

exiliada al norte, y la guerra le dio el toque final, destruyendo todos los ornamentos, subrayando así la estructura clásica, en la que toda la atención se centra en las estatuas. ¡Y vaya estatuas! Hace cuarenta años las vi en mis libros de texto, la sonrisa enigmática del *kuros*, el efebo ático, la mirada ciega de Homero, el rostro mutilado de Afrodita que niega esa mutilación, la sabiduría replegada en sí misma de Atenea mirando hacia abajo, el sueño perturbado del sátiro sedente. En el silencio de su presencia, protegido de toda intrusión, el hombre de dos mil quinientos años después con su cuaderno de dibujo y su material mucho más perecedero. Jim Dine, recuerdo sus martillos, sus cinces, objetos solitarios sacados del anonimato para desempeñar de repente el papel de protagonista, y después los desnudos, las incesantes repeticiones de su propio rostro, el cuerpo, primero fragmentado, representado junto con los utensilios de los grabados (*thirty bones of my body*), y luego, como una unidad, y ahora, la confrontación con la perfección física de estos cuerpos clásicos y con la plusvalía mística que les ha otorgado la anterior intencionalidad religiosa y los siglos entre el entonces y el ahora.

Hay que echarle valor y él se lo echó, también porque, según él, la violación y mutilación de la mayoría de las estatuas las acerca más al arte moderno. Para él, el trabajo expuesto en la Gliptoteca era una meditación sobre la belleza y la paz interior, pero también resultaba aterrador intentar competir con ese material «cósmico», como él lo llama. Su aportación personal recuerda en ocasiones a un tipo de ensamblaje: a algunas estatuas, como la de Homero y Sócrates, las ha acercado, uniéndolas con unas pinceladas azules claras, dos fantasmas de ultratumba, espíritus santos; a otras estatuas las ha sacado de su contexto, las ha realzado, les ha otorgado un mayor dramatismo por un uso del color parco pero sumamente estratégico. Tiene derecho a estar entre ellas, sus imágenes conviven con las estatuas, que nada pierden de su misterio, que toleran esta confrontación. Pasear entre ellas es una forma de felicidad, quizá porque me recuerda a mi juventud, a lo que *conozco*, quizá también porque esa sublimidad está tan cerca, y porque por una vez lo divino se ha hecho aquí verdaderamente humano. O al revés, más hermoso aún.

El museo, con una ironía intencionada o casual, todavía me tiene reservada una sorpresa: en un rincón de la sala con estatuas romanas, hay un grupo de bustos de Sócrates bajo plástico. El plástico es transparente, brilla, y como si fuera obra misma de Dine, se podría hablar aquí de una intensificación, de una acentuación. Los bustos se revalúan en lugar de devaluarse, la luz que cae de los focos y atraviesa el plástico suaviza los rasgos, el filósofo ríe, y así me lo llevo afuera conmigo, a esa sobria plaza que quiso ser clásica en unos tiempos que poco tenían de clásicos.



Sócrates, Gliptoteca, Múnich

Los domingos se celebran unos coloquios en el Teatro de Cámara de Múnich: dos caballeros y un moderador. Son debates entre dos personalidades alemanas, y esta vez le toca a Wolfgang Harich, filósofo marxista, con, o mejor dicho contra, Christoph Stölzl, director de la fundación del polémico Museo Histórico Alemán. Harich se pasó siete años en prisión bajo Ulbricht por exteriorizar abiertamente su opinión, y si se piensa en el gobierno estalinista de por aquel entonces, se entenderá por qué, ya que en la corte de Walter Ulbricht no había lugar para alguien que abogaba por la participación en los beneficios de las empresas socialistas, por la creación de un campesinado de pequeños y medianos propietarios, por la legalización del SPD en la RDA y por unas elecciones conjuntas (¡entonces!). Además, desertó en 1944 y se unió a la resistencia (quien nació en 1923 ha tenido varias vidas en este siglo). Así pues, un héroe, estaría uno inclinado a pensar. Pero en el podio se ve a un viejo sátiro con una voz aguda y desagradable, bastante autoritario, partidario de una «dictadura ecológica», todavía fiel al comunismo, contrario a los viajes y al turismo, así como a la sociedad consumista de Occidente, y en realidad, según parece, todavía partidario de la RDA si sus gobernantes hubiesen tenido un poco más de vista. Su adversario se comporta como un

neerlandés, y con ello quiero decir como alguien que no pierde los nervios, que no participa en las elucubraciones ideológicas de su interlocutor, que se limita a decir de vez en cuando algo serenamente sobre las elecciones libres y la democracia, y a lo sumo, a acusar al otro de tener inclinaciones aristocráticas. No puedo evitarlo, al final acaba por entrarme la risa floja. He ahí a un representante de un país que le tuvo siete años en chirona y que es uno de los lugares más contaminados de Europa; un hombre que como una nueva María Antonieta, se permite exhortar al pueblo descontento a que, tras cuarenta años de haber estado encerrado, en el futuro se quede también en casa. Hay que haber olido el carbón en Weimar para poder apreciar verdaderamente semejante descaro. Y aun así. Vuelvo a observarle, un viejo frágil con los ojos desairados y la cabeza repleta de Marx y Lukács, argumentando contra el crecimiento incontrolado del capitalismo pero sin la paciencia para combatirlo a través del arduo camino de la erosión gota a gota, un soñador presuroso con quimeras, que quiere una conferencia de paz (que duraría dos años) con todos los países que fueron ocupados por Alemania, e incluso también con Israel y los países árabes. Sería un congreso maravilloso, donde se hablaría de la RDA en tiempo pasado, un pervertido reencuentro de viejos y nuevos amigos y enemigos que redactarían un catálogo de hechos consumados. ¡Dos años! ¡A saber qué aspecto tendrá el mapa de Europa para entonces!

17 de febrero de 1990

Intermezzo I

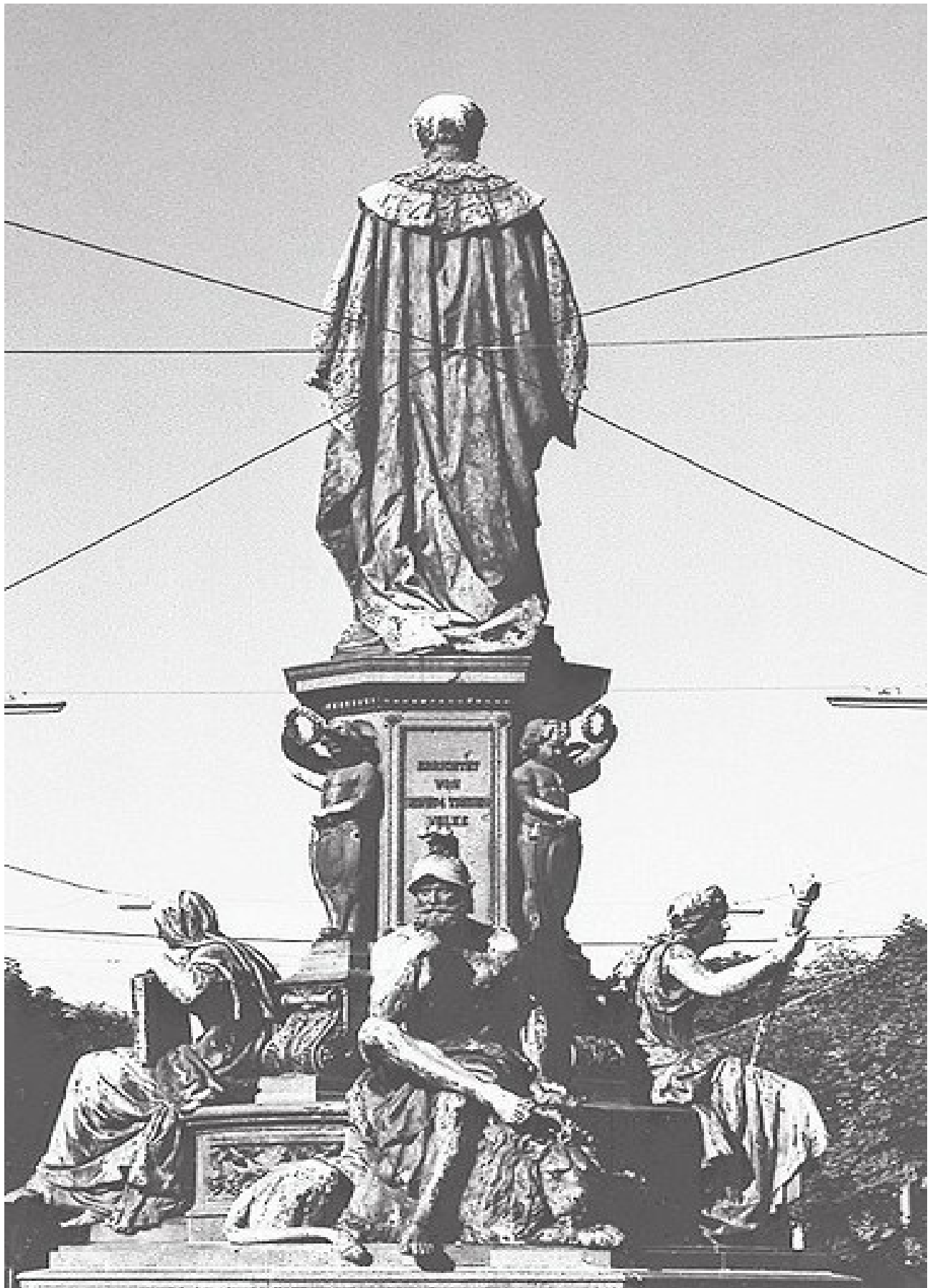
Vestigia pedes

Seguía queriendo ir a Weimar, pero aplacé el viaje por un tiempo. En cambio, doy un paso atrás en el tiempo, transformándome en una tercera persona: el viajero que una vez fui, un visitante de Múnich, un extranjero intentado reflexionar sobre la historia de la ciudad que lo rodea.

Fue un otoño. Es otoño. El viajero, alguien, yo, él, salió a la calle por la puerta de cristal de su hotel junto al Isar. No cabía duda, era de mañana. Aun así no se había duchado. Seguramente, pensó, porque todavía no quería desprenderse de la noche, provincia de los sueños. En esos sueños habían aparecido mujeres, y esas mujeres, a pesar de no tener ya rostros, le aguarían la mañana. El carácter de un pueblo y la ropa de cama: sobre eso debería hacerse una investigación a fondo. Edredones de plumas, sueños alemanes, figuras corpulentas, vueltas lascivas en la cama.

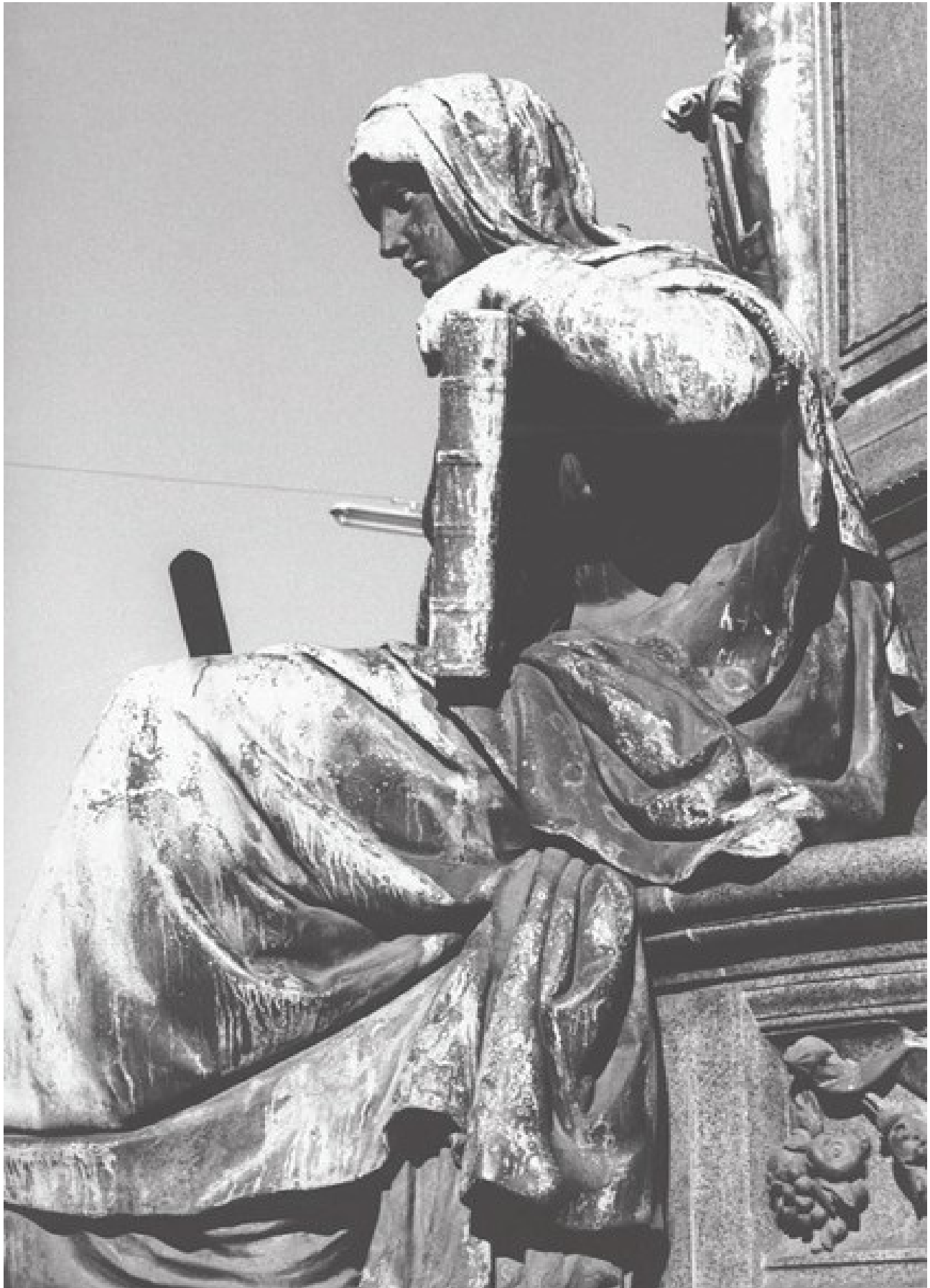
El cielo está alto, pero grisáceo. Luego no se acordará de cuál de los dos fenómenos en movimiento fue el primero en llamarle la atención, si fue el Schienenraumwagen 303, el limpiavías color naranja, o la formación triangular de gansos salvajes que, ampliamente desplegada, surcaba las alturas. Ambos representaban un elemento del movimiento, y eso, en su calidad de viajero, le tocaba la cuerda sensible. Todo lo que se movía era lo primero en llamar su atención, como les ocurría a los gatos y a los niños. El patrón euclídico en el cielo le conmovió porque gracias a él supo dónde se encontraba el sur. Si el triángulo allí arriba hubiese sido una punta de flecha, y si esta se hubiera encontrado a la altura de su pecho, le hubiese traspasado el corazón. Así pues, ahora sabía que la Maximilianstrasse ante él, por la que el limpiavías se deslizaba con un gemido lastimero, cruzaba la estela de los gansos de este a oeste. Observó el vuelo simétrico y grave de las aves que al menos tenían un fin, y se preguntó qué hubieran visto los augures de la Antigüedad en ese vuelo. A la vez sintió, como en ocasiones en sus sueños, el deseo de remontar el vuelo. Con lentas sacudidas de las alas, como un ciclista que se hubiese equivocado de marcha, pasaría tras el hotel al ras del Isar y describiría una trayectoria de la mano de su instinto, una línea ecta que le conduciría lo más rápidamente posible a su puesto en la cola de la formación. Ninguna de las otras aves se extrañaría, el susurro de sus grandes alas se perdería en el de las suyas, su cuello largo, estirado, prolongación de su pico plano, seguiría al líder solitario a la cabeza, el que sabía. ¿Ven los gansos el paisaje? ¿Las

balizas? ¿Las colinas, las sinuosidades de los ríos, las torres de las iglesias, los caminos que ya conocen? Sintió tristeza ante el estricto orden de su vuelo, esa melancolía traicionera que suscitan las formaciones militares en aquel que a un tiempo las desprecia, porque él mismo pertenece al caos. Los transeúntes son sus iguales, cada transeúnte es el transeúnte



Los transeúntes son sus iguales, cada transeúnte es el transeúnte del otro. En estos momentos, él no está particularmente interesado en sí mismo, por eso no mira a los otros. Eso se puede ver en las fotos, un grupo de gente esperando un tranvía. En una de esas fotos se encuentra él ahora, alguien o nadie que ha dado diez pasos desde la acera hasta la parada del tranvía. «Se ruega al conductor Wegner regrese a la terminal», anuncia el pequeño altavoz junto al cartel con el número de la parada, pero hay algo que ejerce una mayor atracción sobre el viajero. Siempre habrá ocasión de convertirse en «conductor Wegner». Pero primero, el monumento.

Frente a la parada en la que se encuentra hay otra parada que es el reflejo de la suya. Al final de las paradas está el monumento. Los raíles se separan describiendo un largo círculo para poder abrazarlo. Los transeúntes, los que están esperando en la parada, que le reflejan a él y a los otros que esperan, son más pequeños de lo habitual. De eso tiene la culpa el monumento, porque todas sus figuras son exageradamente grandes. Lo primero que ve es la mujer. Sea lo que fuere lo que soñó esa noche (lo que esa noche le soñó a él), se ha solidificado aquí. Emoción ante una figura femenina de bronce demasiado grande, no puede evitarlo. Se debe, cree él, al pie. Las guías turísticas son el antídoto contra los sentimientos excesivamente aberrantes, por eso todavía no la abre. Inicia un idilio con la estatua. La mujer posee un rostro que podría calificarse de griego sin necesidad de más explicaciones, y sabemos qué se quiere decir con ello: unos rasgos severos que aún no han perdido el misterio. Su toca, la impla, viene a realzar esta impresión. Los descomunales miembros reposan sobre el reborde demasiado estrecho que rodea el polígono, por eso la espalda está ligeramente inclinada hacia delante. La vestidura cae en pliegues sueltos aun siendo de bronce, y sobre el muslo implacable, allí donde, bajo esos ropajes engañosos, el muslo se acerca al vientre (su muslo, su vientre), se encuentra el libro sobre el que descansa la muñeca izquierda. Una estatua que no evoque al menos una vez la idea de que bajo ese bronce se encuentra un cuerpo, un sexo, unas entrañas, un hígado, un corazón, un cuerpo que huele y que respira silenciosamente con un aliento de bronce apenas perceptible, no es digna de ser contemplada. Naturalmente, ella también ve.



Pero volvamos al pie. Para empezar, está descalzo. El viajero habrá de pensar que quizás el pie de la mujer tenga frío, si no la estatua no existiría. Eso no tiene nada de sensiblero. Se ha puesto justo bajo el pie que es tan grande como todo su antebrazo, mano incluida. Desde donde está, no puede tocarlo, para poder hacerlo habría de subirse a uno de los escalones del monumento, pero todavía no está preparado para ello. Lo grisáceo del cielo ha desaparecido, como si así estuviera previsto. El sol ilumina el bronce. El dedo gordo reluce más que el resto del pie. Eso ya lo ha visto en anteriores ocasiones, en el Vaticano, en Santiago de Compostela. Se debe al toqueteo de tantas manos: idolatría, paganismo. Así pues, él no es el único. Los escalones del monumento han sido remendados, como se hace con los pantalones vaqueros, lo ve sin verlo. Igual que esa media luna al revés en el cielo ahora de repente azul. ¿Qué hace ahí? El viajero se sienta en la piedra gélida, carne sobre mármol, y no se deja distraer. Ella tiene los muslos cruzados con soltura, como lo hace una gigantesca figura de bronce. El pie izquierdo a la derecha del pie derecho. El que importa es el izquierdo. Está más alto que el otro. En los dos pies, el dedo gordo se aparta de los otros dedos, pero solo el dedo gordo del pie izquierdo reluce. Aparentemente para los otros se trataba también del pie izquierdo, sin duda por estar suspenso. El pie derecho reposa sobre un escalón. Ambos pies están parcialmente cubiertos por el dobladillo de la túnica. El bronce está salpicado de ronchones verdes, moho sarnoso del bronce, un verde con un gris venenoso, casi blanco, la mordedura del cobre desenterrado, oxidación. Pero no se trata de eso ahora. De lo que se trata es de lo que ocurriría si ella se levantara.



Monumento a Maximiliano II, detalle, Múnich

No, no solo eso. El suelo tendría que ser de barro suelto. Arcilla, lodo, fango. La huella de sus pies dibujaría su postura, delataría su peso, su talla. Sus huellas. *Vestigia pedes*, el rastro que se sigue en la caza. Talla, huella. Buda medía lo existente dando siete pasos en todas las direcciones del universo. Vishnú hacía lo mismo con tres pasos, uno para la tierra, otro para el mundo intermedio y otro para el cielo. O uno para el sol nascente, otro para el sol en su cenit y otro para el ocaso. A la caza de lo divino: se pueden seguir las huellas hasta el Pórtico del Sol, después se vuelven invisibles; la divinidad no tiene pies. Pero el viajero no quiere hacer ese recorrido, ese mundo no es el suyo. Él no está de caza y ella no es ninguna diosa. Su pie está aquí. Al viajero le interesa el movimiento, él se mueve por el mundo. Ese movimiento empieza y termina con un pie. No con dos. Con uno. Uno de los pies es siempre el primero, y el otro el último: así se da un paso.

Es por eso, piensa él, que de todo lo que ve de ella, elige el pie. Así empieza su idilio. El sueño que esa noche soñó, cuando todo estaba negro y ella se escondía bajo esa negrura, continúa. Ella se levanta con un enorme estrépito de bronce. Pone el libro en el suelo y suena como la campanada de la una de la madrugada. No hay lecho que él conozca lo suficientemente grande para ella; su túnica, su toca, su espada caerían sobre el mármol junto a esa cama improbable con el estruendo de

una tormenta, la gravedad neoclásica se resbalaría de su rostro, la máscara de la justicia que siempre ha de llevar encima desaparecería, pero su pasión resultaría aterradora, trituraría a su amante solo con rozarle, le destrozaría con sus caricias, cruzaría sus pies por encima de él y el izquierdo estaría más alto que el derecho, el dedo reluciente captaría la luz del sol. Nada quedaría de él a no ser un puñado de chatarra, hierro, bronce que parece ceniza, un recuerdo.

Ahora ve en todos los tejados testigos, figuras, siluetas, estatuas. Argumentan, gesticulan, se mecen, demuestran, actúan. ¿Cuándo se empezaron a esculpir estatuas sueltas por primera vez? Estas heredaron su independencia del Renacimiento, del Barroco. El contraluz le impide ver los rostros allá arriba en la cornisa; pero no están ahí por sus rostros, son expresiones huera de la ostentación, armadas con sus atributos, espadas, cayados, coronas de laurel, cornucopias, ramas de palmeras, libros, balanzas, antorchas, lanzas, un pueblo de figurantes de piedra que lo único que tiene que representar son abstracciones, virtudes, cualidades sobrehumanas, *posturas*.

Son esclavos regimentados, siervos platónicos al servicio de las ideas, cada uno a tantos metros del otro, actores clavados en su sitio. Anidan allá arriba, en donde reina lo sublime, aquello que deben anhelar los que están esperando en la parada del tranvía, aquello que han de intentar alcanzar. Esta tribu de piedra ocupa puentes, parques, tejados de palacios e iglesias. Hay decenas de miles, y ¡ay del mundo como les dé por rebelarse!, como algún día les dé por abandonar sus balcones, obeliscos, columnas, pretils, arcos de triunfo, miradores, cementerios, basílicas, parlamentos, templos, monumentos, un pueblo de convidados de piedra con sed de venganza. A eso solo le van las trompetas del Juicio Final. El ruido espeluznante de sus pasos es insoportable.

Liebestraum, sueño de amor, apocalipsis, todo va demasiado rápido. El viajero da un paso atrás y contempla la totalidad del monumento. Su guía turística, esas hojas locuaces, ya se ha preocupado en anteriores ocasiones: al contemplar los monumentos no hay que dejarse llevar por la histeria. El viajero no está de acuerdo con eso. Solo una mirada histérica capta la intención oculta, el origen, aquello que no se puede ver y que aun así está. Pero el viajero es cortés, siempre lo ha sido. Y escucha. «El monumento –dice su guía– fue construido en honor a Maximiliano II, que también hizo construir esta maravillosa y ancha avenida, así como el hermoso Maximilianeum, situado en lo alto al otro lado del río». Las cuatro estatuas sedentes, entre ellas el ensueño de bronce del viajero, representan las virtudes del monarca. La guía no especifica de qué virtudes se trata, presupone que el viajero ya las conoce. ¿Cuáles son las virtudes de un monarca? ¿Sabiduría, prudencia, justicia y entereza? Y ella, ¿qué representa entonces? La justicia, replica la guía, pero la idea no le agrada en lo más mínimo. Además, ¿por qué habría de representar nada?

Por la sola gloria del rey bávaro desaparecido hace ya tanto tiempo, allá en las alturas. ¡Y vaya alturas!

Pero primero están los cuatro angelitos desnudos, los *putti* (reza la guía, pero la verdad es que se trata de unos señores *putti*; un *putto* tiene que tener algo de cordero lechal, un ángel lechal, uno de esos que acaba de aprender a volar si es que ya puede, con esas alitas de ordinario ridículas pegadas a esos cuerpos infantiles demasiado obesos; estos *putti* parecen más bien becerros, terneros, ¿cómo se diría eso en los ángeles?), luego ese pedestal demasiado alto y, sobre él, ese rey de tamaño sobrehumano con el manto hasta los tobillos para hacerle todavía más grande. No cabe duda, estos Wittelsbach se tenían en buen aprecio. Duques, príncipes electores y monarcas se han entretendido en la historia de esta ciudad entre 1180 y 1918, la ciudad resulta impensable sin sus nombres. Según la guía. El viajero, que ahora pone rumbo al río que ya existía mucho antes de que hubiese duques, es de la misma opinión. Se acoda sobre el pretil de piedra y contempla el agua rápida y cristalina que viene de los Alpes. El viajero siempre quiere saber el entonces de su ahora, le gusta saber dónde se encuentra, y sin historia no se está en ninguna parte. Y eso concierne no solo a la lista de nombres de reyes y sus hazañas, sino también al suelo que se pisa. Triásico, Terciario, doscientos millones de años, quiere saberlo, tiene que saberlo. Si no, él no está ahí. Se necesita un método para estar en un sitio al que no se pertenece. Un millón de años, esa cifra debe de ser sin duda la medida más singular aplicada a la vacía contradicción del tiempo, pero aun así él la utiliza para saber dónde pisa. Todos esos millones de años atrás, los Alpes se levantaron y se plegaron como si de un gurrño de papel se tratara («surgieron» dice la guía, que prefiere expresarlo así); las montañas más altas son formaciones calcáreas duras. Una historia no presenciada por nadie, arenisca del Terciario, crestas glaciares, masas de derrubios, grava. Justo sobre Múnich la capa de piedra se hace más fina, el agua subterránea traspasa la superficie de gravilla, formando las ciénagas que aquí se llaman *Moose*. *Das Erdinger Moos*, ‘la ciénaga de Erding’, *das Dachauer Moos*, ‘la ciénaga de Dachau’. También la lengua, que vino mucho después, influye en la percepción del paisaje. El río, que le produce un cierto vahído con su eterno movimiento y su continuo murmullo, ha excavado, ha tallado su cuenca, lo sigue haciendo en presencia del viajero, lo puede ver, los cantos en su lecho cristalino. Cuando después, ese mismo día, en una tienda de libros antiguos, examina viejos planos de la ciudad y el plano más antiguo, le sorprende la fidelidad de los ríos, su fuerza. Todo cambia, la aldea en torno al convento (Múnich, *München*, ‘monjes’) se convierte en un pueblo que se convierte en una pequeña ciudad que se convierte en una gran ciudad, hinchada como un globo, y el río sigue excavando su cuenca en el mismo lugar donde siempre lo hizo y sigue haciendo el mismo ruido de entonces, cuando no había nadie para escucharlo. ¿Y eso usted cómo lo sabe? ¿Son los ruidos los mismos si nadie los

escucha? Ahora no le apetece adentrarse en eso. Ha cruzado al otro lado para asomarse por el otro pretil, ve una estatua moderna, corroída, un caballo que muerde a su jinete que cae en su catástrofe con las manos abiertas.

El viajero puede elegir ahora entre dos direcciones. El río es la frontera, el muro. Al encaminarse hacia el Maximilianeum es como si abandonara la ciudad, que se queda a sus espaldas refunfuñando. El verdor que bordea el agua en la otra orilla le da la sensación de estar «fuera de las murallas» y se dirige allí. Por encima de todo, un ángel dorado hace señas, pero ya en el puente la figura de una mujer vuelve a interponerse entre él y esa vista, de nuevo alguien que le obliga a detenerse: Atenea. ¿Qué hace aquí? ¿Qué intenta decirle? ¿A quién protege? «De 1906», dice la guía, pero eso solo la hace resultar aún más absurda. Alguien la ha arrastrado desde su época hasta este siglo, pero ¿qué sentido tiene tamaño anacronismo? ¿Con qué derecho se trae uno a una diosa invalidada a la ciudad? ¿Para demostrar que si ella te pertenece tú también le perteneces a ella, que formas parte de la Antigüedad imperecedera, de una nueva Atenas? También esta estatua tiene unas dimensiones colosales, una plenitud nibelunguiana, plétora, alguien que podría echarse a cantar. Fue tan solo ayer que vio una representación válida de esta diosa, en las Antikensammlungen, las ‘Colecciones de objetos de la Antigüedad clásica’. Allí su peplo estaba derecho, los pliegues caían rectos y su rostro tenía una expresión ausente, de fuera de este mundo, una sonrisa de Buda. Había dos orificios entre los senos apenas existentes («su pecho casi de muchacho»), habían servido para fijar la cabeza desaparecida de Gorgona. También la diosa del puente tiene un peplo cuyos pliegues caen verticalmente, pero aquí no son hieráticos, sino que fluyen sobre la lasciva comba de su vientre. Eso, al hacerla posible, la hace menos misteriosa. Aun así, también tenía algo que le agradaba, temía que volviese a tratarse del tamaño sobrehumano, la hipérbole de piedra. Se preguntó por qué. ¿Sería que las escalinatas interminables y los rascacielos te hacen sentir más pequeño mientras que las estatuas, por el contrario, te hacen sentir más grande, quizá porque representan la posibilidad platónica de que uno mismo pudiera ser así de grande? Su rodilla izquierda estaba ligeramente echada hacia delante, pero no había modo de tocarla. Aun así la posibilidad era concebible, probablemente este era el secreto. Decidió dejarla ahí y continuar hacia el ángel. Estaba tan alto que él/ella ya pertenecía al cielo. Vio brillar la estatua como una quemadura dorada por encima de las copas de los árboles. Por donde él iba era todo verde, aunque ya las primeras hojas comenzaban a decolorarse. Todo estaba tranquilo. Alguna que otra anciana con una pluma demasiado larga en el sombrerito verde de caza, una extraña especie de indio. También había perros, zigzagueando, husmeando con sus hocicos en los olores ocultos de otros, en busca de las trufas de la lascivia perruna.

A causa del modo en que la luz del sol cae entre los árboles, el viajero se percata,

quizá por primera vez, de que las hayas también tienen hojas a los pies del tronco, de cómo la luz se filtra entre ellas. Oye el ruido de una pala en la tierra, una agradable regularidad. Ignora dónde se está cavando exactamente, pero al oírlo es como si lo estuviera viendo en cierto modo: el borde afilado de metal que abre la tierra, un momento de silencio, y luego el golpe sordo con que cae la tierra excavada. Ese parque es una auténtica exhibición de la naturaleza, pero aun así proporciona solaz. El murmullo del agua, la cavadura que podría ser de una tumba pero que no lo es, los pasos sobre la gravilla de los escasos transeúntes, de vez en cuando un soplo de viento en la fronda, el tráfico a lo lejos, velado, ahogado. ‘Otoño’, *Herbst*, *harvest*; cosecha, en este caso de los pensamientos. El viajero, nosotros, tú, él, se ha sentado en un banco y hace recuento de lo visto: su amada de bronce, *errichtet von seinem Volke* (‘erigida por su pueblo’), las figuras enarbolando las coronas de laurel, el caballo mordiente, Atenea. Eso fue hoy, ayer fue la Gliptoteca, los propileos, las fachadas dóricas y jónicas, la ilusión de una Grecia resucitada, la añoranza y la reivindicación. Lo de la añoranza es comprensible, y lo de la reivindicación tampoco le resulta extraño, la apropiación de un pasado para que el presente se haga más llevadero; es lícito. La languidez romántica aspira a la austeridad neoclásica. Pero aquí está teñida de poder, poder y añoranza, quizá sea una variante alemana. El pasado, una vez que queda limpio de la inmundicia y la sangre de la historia, es objeto de codicia para los que ostentan el poder. Quien se da un pasado griego, quien construye edificaciones de otra época, deforma el presente. Sí, pero ¿y el Renacimiento, qué? Justamente: hay una diferencia entre «renacimiento» y «usurpación». No es otra cosa que pura decoración: los antiguos dioses están tan muertos que ya no pueden dañar al Dios de nuestros días. Erigir estatuas para dioses sin poder, ¿qué sentido puede tener? Pero el viajero se da cuenta de que no es eso lo que le molesta. A fin de cuentas, los dioses nunca mueren del todo, sus voces no se acallan, aunque solo sea por el hecho de ser visibles, transmitiéndonos así algo de su anterior ser, de sus acciones, de su origen. La claridad de sus hazañas les hace tan ejemplares que aún pueden enseñarnos cosas sobre nosotros mismos. No, lo que le molesta es esa relación peculiar que la lengua alemana reivindica tener con ese mundo pasado, que se hace patente en la pomposa reconstrucción de la Königsplatz. Pero ¿no era verdad que él mismo consideraba que ese sabor a la Antigüedad se había conservado y había renacido en el alemán de Hölderlin mejor que en ninguna otra lengua, que ningún otro de sus queridos idiomas era capaz de tal proeza? ¿Acaso no era él también víctima de esa cultura humanística del bachillerato llevada a los extremos, de los ecos germanos en la poesía de Boutens y Leopold?¹⁸ ¿De los quiasmos, de las conjugaciones crispadas, de las transcripciones puristas, como lo de escribir *Platoon* en vez de *Plato*, de modo que el título de esa película americana sobre

Vietnam le había hecho pensar en el filósofo griego en lugar de en un simple pelotón?

Sí, pero el alemán, después de todo, era la única lengua viva que él conocía que había conservado esas declinaciones que incluso los herederos italianos y españoles del latín habían desechado. No, lo verdaderamente espeluznante era la reivindicación de una nueva Atenas, porque desembocaría en la reivindicación de Heidegger: que la filosofía occidental se había encallado en el nihilismo, que esas primeras visiones un tanto vagas que los filósofos presocráticos de Grecia habían tenido sobre el secreto del ser, habían sido sepultadas bajo una tecnología totalitaria, y que su vocación –la de Heidegger– era devolver a la cultura europea ese misterio originario, y que la lengua alemana habría de desempeñar en ese «otro comienzo» un papel fundamental, dado que esta tenía un vínculo con ese «primer comienzo» desvanecido tras la niebla de los tiempos. El filósofo lo expresó del siguiente modo: «Me refiero a ese vínculo especial entre la lengua alemana y el pensamiento griego. Eso es algo que los franceses también me confirman cada día. Cuando se ponen a pensar (sobre el secreto del ser), hablan en alemán. Me aseguran que su lengua no les da para eso» (Heidegger en una entrevista).

Solo después, como si de una pieza probatoria extraviada se tratara, el viajero vería una foto del Panteón de la Gloria (el Ehrentempel) que Hitler hizo construir en la Königsplatz en memoria de los caídos durante la marcha hacia el Pabellón de los Generales. Los americanos hicieron saltar ese edificio en pedazos, y con razón. Comparado con él, el sueño helénico de Luis I no había sido más que mera añoranza. Con el panteón de Hitler la reivindicación quedaba más que clara. Esas columnas cuadradas compactas, con sus capiteles desnudos, permitían contemplar los ecos dóricos y jónicos de esa plaza como si de un espectáculo enternecedor se tratara, pero el panteón en sí era la nueva era del fascismo, reivindicando con ello el vínculo con una civilización que justamente intentaba destruir.

Una vez más, el viajero vuelve a verse asaltado por la duda. En primer lugar, al final de la réplica de sendero forestal se encuentra con el ángel dorado que le saluda desde lo alto; cree poder escuchar el viento en sus alas femeninas (este ángel resulta ser una mujer). Pero no solo la duda, también la contradicción en su interior se ha hecho más turbulenta. Puede tachar de «pomposa» la Königsplatz, pero ¿acaso no paseó él por allí a la luz de la luna, como un personaje salido de una acuarela de 1830, y se sintió arrebatado por un sentimiento propio de un médium a causa de esa sobriedad desdibujada por la noche? Fue una sensación que le hizo creer por un momento que se encontraba en otra parte, no solamente en otro lugar distinto de aquel en el que ahora se encontraba, sino en otro tiempo, una sensación que le recordó a sus años jóvenes, cuando, leyendo el *Aktaion onder de sterren* ('Acteón bajo las estrellas') y el *Verminkte Apollo* ('Apolo mutilado') de Vestdijk¹⁹, había

pensado que este poseía los poderes secretos de un médium gracias a los cuales se había podido trasladar a la antigua Grecia mientras escribía, no solamente a Grecia como lugar, sino también a la época antigua. Nunca había experimentado algo así ante el Palais Bourbon o la iglesia de la Madeleine, y desde luego tampoco ante el cristal pulido de Corneille y Racine. Pero solo ya esos versos: «Blüht Ionien? Ist es die Zeit? Kommen die Kraniche wieder...»²⁰ (‘¿Florece Jonia? ¿Es la época? ¿Vuelven acaso las grullas...?’), o comoquiera que fueran, le devolvían una y otra vez al vértigo de esos años del bachillerato de letras, que formaba parte de los grandes éxtasis. Pero por otro lado –y ahora el debate interno toma un cariz menos elevado– acaso no habían sido esos clásicos de la escuela alemana los que habían superpuesto su *k* inexorable sobre la *c* familiar a la tradición católica, por lo que ahora había idiotas que iban diciendo no solo cosas como *Kikero* –como si del croar de unas ranas afectadas se tratara–, sino también otras peor aún, como *ekke homo*. De repente los vio ante sí, los dos sacerdotes de los que había aprendido griego y latín, hacía ahora ya más de cuarenta años. El profesor de griego había desaparecido para siempre tras su mote; en su recuerdo se llamaba tan solo Papá porque siempre estaba diciendo «¡ay, hijo!». Tenía ese modo tan peculiar de tomar aliento, como si el aire que respiraba contuviera los versos esculpidos de Homero o como si Platón, de manera invisible, le diese de comer de sus diálogos como si de un extraño animal de compañía se tratara. Las clases de latín las daba Ludgerus Zeinstra, viejo, gordo, canoso, siempre con ceniza en el hábito. Latín con un acento frisón, eso sí, pero nunca esa *k* indebida de *Kaesar* y *Kikero*, por mucho que los alemanes dijese *Kaiser*. Todavía hoy seguía sin importarle quién tuviera razón. La sensualidad de las siete colinas no toleraba el *staccato* gutural de los topetazos de esas kaes, eso era todo, y la idea de que Ludgerus Zeinstra hubiera tenido que decir en el altar *Ekke Kalix sanguinis mei* era como poco un anatema, tan inconcebible como que él, el viajero, que en otro tiempo fue soprano, en compañía de otras voces semejantes, hubiese prestado su voz aguda, sinónimo de inocencia, para entonar un *Regina kaeli, laetare, alleluia*. Y con esto puso fin a estas cavilaciones o lo que fueran, ya que ahora se hallaba en el terreno del ángel, y tampoco allí, con su pasado, era libre de pensar lo que quería.

La guía empezó a susurrarle al oído. No se trataba de simple verborrea, parecía más bien una retahíla, una letanía. Esto que tenía ante sus ojos era la corona de la Prinzregentenstrasse, y cada detalle encerraba una alusión a algo, parecía como si antes del modernismo ya hubiera habido un posmodernismo. La inanidad de ese tipo de denominaciones. El viajero observaba los curiosos saltos de la historia: una

arquitectura derivada de viejos motivos, que no obstante había sido nueva a finales del siglo pasado y que todavía hoy, a pesar de todas esas citas griegas, romanas o florentinas, tiene irremediablemente un aire de fin de siglo. El ojo no se deja engañar. Del mismo modo, llegaría un día en que, a pesar de la polivalencia declarada de estilos, la arquitectura posmoderna dejaría de verse como algo nuevo, se vería como algo que, de algún modo, marcó la época que le tocó vivir. Lo experimentaba como una infección. Claro que no había nada que no fuera un «préstamo», a no ser en la época en que no había nada que tomar prestado, pero ahora que paseaba entre todas esas re-creaciones –otra vez una columna corintia, otra vez medallones, mosaicos, pilastras, jardines florentinos, todo ese *déjà vu* repetido y enmarañado, todas esas cosas que por separado consideraba «bellas»–, no podía evitar sentir una cierta irritación. Pero la verdad es que era bello, eso no había forma de negarlo, lo absurdo del caso era que cada vez sería más bello. Un siglo o dos de nieve, granizo, *foehn*, neblina del Isar y sol de los Alpes, y unos espectadores con menos conocimiento de causa, y todas estas filigranas arquitectónicas parecerían irreparables e inmortalmente antiguas, una prehistoria preñada de figuras mitológicas: Bismarck, el emperador Guillermo I, Moltke. Quizás adquirirían el mismo rango inaprehensible de esas ocho adorables cariátides que soportaban toda la columna con el ángel dorado que en realidad no era un ángel sino una Nike, una diosa olímpica de la victoria, una doble, tomada prestada del año 400 a. C., una mujer alada que había de simbolizar el final de una guerra que entonces era tan lejana en el pasado como la siguiente guerra en el futuro, tras la cual, en ese mismo futuro, vendría otra guerra que ahora para el viajero era pasado. Desconcertante.

El sol recubría el oro quebrado del mosaico con una capa insolente de oro, y ante semejante espectáculo solo podía claudicar, a fin de cuentas el oro era su color favorito. Del mismo modo que hubo de claudicar ante esa tribu de mujeres inmóviles de las cariátides porque, con que se corrieran tan solo un paso, todo el edificio, con esa columna de veintitrés metros de altura, se desplomaría, y el ángel dorado, que por supuesto era bastante más grande de lo que él había pensado, yacería hecho pedazos a sus pies, muerto, un ángel caído. Bueno, ya estaba bien, pensó para sí, y fue a sentarse a un banco del parque, entre las rosas de Rilke. El perfume le envolvía, la irresistible sensualidad de mil sonetos. Parecía como si el arcaísmo de los monumentos empezase a invadir la vida cotidiana. El trotacalles del banco de al lado, con la botella volcada en la gravilla, no era un mendigo, más bien uno de esos vagabundos de fábula. Se había quitado los zapatos rotos y se había tumbado allí con su bolsa de plástico abarrotada, con su sueño y con su pelo enmarañado. Ese contexto de acacias podadas y setos clásicos de laurel le confería un cierto aire místico, convirtiéndole en alguien que podría incorporarse y ponerse

a recitar un poema interminable sobre torneos, amores contrariados y prodigios. Ahora era el viajero quien se tumbaba, escrutando el ángel con los ojos entornados. Eso resultaba un tanto peligroso porque de ese modo se sentía absorbido hacia las alturas. Y una vez que estaba allí podía pasar de todo. A fin de cuentas, el ángel era una mujer, y eso era extraño. En principio se supone que los ángeles no tienen sexo. En cierta ocasión se puso a pensar cómo sería el esqueleto de un ángel; si, en la clase donde se muestra ese tipo de cosas, quedaría claro dónde se encontraban las articulaciones de las alas en la osamenta angelical, pero claro, los seres inmortales no tienen esqueleto. Aquello que ha de permanecer por siempre invisible no existe.

Esa mujer en las alturas capturaba de tal modo la esencia del movimiento que por segunda vez en ese día volvió a sentir la necesidad de levantar el vuelo, a pesar del peligro que ello suponía. El viento la acariciaba, se podía ver, ella saltaba el Isar, entraba corriendo en la ciudad. El viento hacía que la toga dorada se le pegara al vientre y a los senos, que se le plegara entre sus muslos dorados, una mujer bañada de sol. ¿Qué varón dorado la visitaría por las noches para aparearse con ella en el aire, como hacen los pájaros? Si cerraba los ojos casi por completo podía hacer que el oro de la estatua se transformara en largas estrías punzantes, estrellas de una ceguera casi total. Perfume de rosas, estrellas doradas, un poco más y se convertiría en un poeta ilegible de esas antologías de un marco, Richter van Engelstein (Múnich, 1876-1899).

La guía le tiró de la manga. Había más. Todavía quedaban cosas por ver. Se detuvieron unos momentos junto al pedestal de la columna. Las cariátides no se habían movido. «Paz, guerra, victoria», musitó la guía señalando. «La bendición de la cultura». Pero una vez más no le hizo caso. Como de costumbre, la atención del viajero se desvió hacia algo que justamente no significaba nada. Ornamentos vacíos, rosetas, cascos sin cabeza, corazas sin cuerpos, viseras sin ojos, el uniforme del héroe, pero sin héroe. Cosas alrededor de algo, y ese algo no era nada. Como si él, con un clic, volviese de golpe a su época. Así había de ser, y de ningún otro modo. Ahora cruzaría el puente, ignoraría las piedras que se suponía representaban a los pueblos germanos y se adentraría en la ciudad. Había también otros Múnich.

Febrero de 1989

Intermezzo II

Tiempos inmemoriales

Algunas ciudades cumplen con sus obligaciones. Proporcionan al viajero la imagen que este tiene de ellas, aunque sea una imagen falsa. Este viajero, que ha dejado atrás al Ángel de la Paz (todavía siente a sus espaldas el saludo dorado de despedida) y que ahora se pasea a lo largo de la verde tentación del Jardín Inglés hacia la Prinzregentenstrasse, es muy sensible al elemento marcial de la ciudad en la que se encuentra. El Pabellón de los Generales, el Arco de Triunfo, el Panteón de la Gloria, el Mausoleo del emperador Luis de Baviera al que su escultor clasificaba de *castrum doloris*, ‘fuerte de dolor’, por su mármol negro; lo militar nunca está lejos. Incluso en el atavío de los transeúntes se vislumbran vestigios de lo marcial, sombreros llamativos, plumas conquistadas, austríacos verdes, parece como si los que van vestidos así, quizá justamente por el hecho de constituir una minoría, se movieran por la ciudad con fines estratégicos, cada uno con su misión. No se trata de uniformes, sino de trajes típicos, según le había explicado un amigo alemán, pero aun así. Las personas con ese atuendo tienen algo de acorazado, por algo esos abrigo de loden²¹ se llaman así. Hombres de hierro en abrigo de plomo.

En torno suyo flota el recuerdo de tiempos inmemoriales. Halalí, golpes sordos en un bosque oscuro, fogatas nocturnas, canciones ininteligibles. El viajero vio en cierta ocasión una foto de Heidegger en traje típico. No quiere sacar conclusiones tópicas a ese respecto, a fin de cuentas él también posó una vez con un traje típico de Volendam, pero el efecto entonces fue más bien cómico. Heidegger en su traje, no. ¿Es posible que uno se pusiera un uniforme (porque eso era a fin de cuentas) para poder pensar mejor? Y ¿se trataba del mismo hombre que había escrito sobre el tedio, la angustia y el tiempo, y que había osado atar la nada con ristras de palabras?

Uno ve lo que quiere ver, había dicho su amigo, y de eso justamente se trataba. Uno difícilmente podía suprimirse a sí mismo, y antes de que se pudiera ver algo le venían a uno en mente los recuerdos de lo ya visto en otros tiempos, otros uniformes sobre este mismo decorado, aún tan familiar, otros desfiles, otras manifestaciones. A pesar de ello, apretó el paso cuando captó jirones de música marcial que provenían del Jardín Real. La verdad es que tenía motivos para avergonzarse: la música militar siempre le había emocionado. Cruzó un puente provisional sobre una gran arteria de tráfico y fue a parar a unas ruinas. La música había cesado; había un grupo de jóvenes soldados, inmóviles en la medida de lo

posible. La brisa llevó hasta él palabras como *muerte*, *conmemoración*. Tenía que ver con la guerra, que no se resignaba a morir, que solo desaparecería cuando el último de los que la había saboreado en su propia boca hubiera muerto. Solo entonces. Abajo vio también a unos viejos, gente que nunca había sido joven, no eran aquellos de los *Sondermeldungen*, los ‘comunicados especiales’, o de los *Kriegsjournale*, los ‘partes de guerra’, ni los soldados que de niño había visto por la calle tras un tipo de enseñas y estandartes análogos pero distintos. El águila de este estandarte era de plata, pero el signo secreto se le había caído de entre las garras, ya no existía. Sintió cómo su propia edad se confundía con la de aquellos viejos allí abajo, que formaban una especie de cuadro. Él tenía más en común con esos hombres que con los jóvenes soldados, lo cual no dejaba de ser extraño. No podía oír las palabras del discurso, pero no era necesario, sabía cuáles eran. Honor, fidelidad, luto, sacrificio, en otro tiempo, entonces. Esos hombres mimaban el entonces para poder tener un ahora, y ese entonces adoptaba la forma de flores, enseñas, condecoraciones azules y blancas. Todo ello dentro de un cercado, junto a una fosa, ante unas ruinas, el escarbo de gente tirando del tiempo. El viajero baja lentamente las escaleras y se dirige hacia el Jardín Real.

Se produce un encuentro. Una vez que llega abajo en el Jardín Real, ve a los jóvenes soldados doblar una esquina de ese modo tan característico de los soldados: en vez de trazar una curva como haría cualquiera, describen un ángulo de noventa grados. Y no, no son los mismos uniformes, y sí, el hombre portador del estandarte con el águila –la luz del sol centellea en la plata– es alto y rubio, y no, las órdenes no se gritan, casi se susurran, y no, la música no tiene un aire marcial, parece más bien que le hubieran puesto una sordina, velada, aterciopelada, y no, no se dan zapatazos, porque al cesar la música ve cómo esos zapatos enormes, los borceguíes, se cuadran sobre la gravilla a ritmo pero a pesar de ello cautelosamente, una especie de susurro rítmico. Se traslada mentalmente a su antes de hace casi cincuenta años, la entrada de unas tropas, más hombres, los uniformes de un gris más profundo, más fundamental. Los de entonces llevaban unos cascos que casi les cubrían los ojos, de modo que sus rostros desaparecían, perdiendo así su persona, a cambio de una uniformidad insoportable en la que cada uno de ellos se había convertido en el otro.

Y el viajero, que sintió cómo el tiempo en ese preciso instante teñía sus cabellos de gris, cómo le hacía hundirse, cómo envejecía sus huesos y velaba sus ojos hasta convertirlos en los de alguien que escudriña el horizonte del que él mismo debía de proceder, pensó que antes los estandartes eran más altos, que antes había cobre, que antes esas bocas habían entonado una melodía que él nunca podría olvidar. Estas cabezas no llevaban cascos, se trataba prácticamente de *pueri imberbi*, esa impresión tenía él, barbilampiños. Tenían dificultades con el paso, y sus uniformes pertenecían a algún que otro principado remoto e insignificante, eran de un gris

demasiado claro, daban ganas de ponerse a entonar cantos corales, pero nadie cantaba, solo el crujido de los pies y el desfile de tímidos rostros, y el anciano delante de él que se quitaba el sombrero y hacía una reverencia ante la enseña, enderezándose a continuación, con lo que a él, al viajero, le entró dolor de espalda al ver que esa espalda ante él ya no estaba para esos trotes; y entonces se terminó. Dio un paso atrás en medio de los ligustros podados, las flores deformes y las plantas que en esta esquina del jardín habían de representar los colores nacionales, dejó pasar a los ancianos ensimismados en sus pensamientos indefinidos, intraducibles, y se dio la vuelta. El ángelus comenzó a repicar y se sorprendió a sí mismo murmurando una frase en latín. Parecía como si en su vida el tiempo no quisiera avanzar.

Pasó por los bancos en los que la gente estaba sentada al sol otoñal como si estuvieran acumulando existencias para el invierno alpino. Tenían un aspecto sereno, sumidos en sueños o meditaciones, los ojos cerrados. Luego volverían a convertirse en transeúntes anónimos, pero ahora, por su calidad de indefensos, con sus rostros abandonados a la luz, eran unos seres vulnerables, habitantes de una metrópoli en un jardín, imitación reglamentada de la naturaleza. Justo cuando los había dejado atrás y había decidido encaminarse hacia la columnata para leer los poemas escritos en los muros, se produjo una aparición que dio otra tonalidad a esa tarde recién nacida. Una vez más no tuvo más remedio que pensar en el pasado; según parecía, la mayoría de sus referencias se encontraban allí. Pero este hombre también procedía de otro tiempo. Llevaba un sombrero de paja blanco y un traje claro, e iba acompañado de uno de esos perros que son casi todo pelo. Se saludaron como si se conocieran, o en cualquier caso, como si se entendieran sin más. «¡Vaya una idiotez!», dijo el viejo, y el viajero supo de inmediato que se estaba refiriendo a esa ceremonia militar.

De qué le conozco, pensó el viajero, y se dio cuenta a un tiempo de que no lo conocía como persona sino como idea, como especie, o como quiera que se diga. O más concretamente, como especie extinguida. Actor. Teatro de bulevar, opereta o puede que incluso una de esas obras de Schnitzler²². Alguien que lo había sobrevivido todo. Le vinieron en mente fotografías que había debido ver antes, durante la guerra. Estas fotografías tenían colores, también entonces la rosa de su traje blanco de *palmbeach* hubiese sido roja. También le vinieron nombres en mente: Hans Moser, Heinz Rühmann, la voz nasal de Moser, su curioso acento vienés.

Él no había respondido al hombre, tampoco era necesario. Recuerdos. Paul Steenbergen en una obra de Anouilh²³, los días gloriosos del teatro neerlandés, un mundo que ahora parecía haber caído en manos de talentos infantiles. El viejo sonrió, como si hubiese adivinado sus pensamientos. Su rostro era distinguido, jovial, irónico. Intercambiaron un par de frases que alguien había escrito para ellos

y que no significaban nada excepto que ambos apreciaban la apariencia de conversación que estaban representando. Entonces el otro se quitó el sombrero, lo agitó bajo el cielo azul, dijo «*sehr verehrt*», ‘ha sido un placer’, o algo por el estilo, y se dio la vuelta, justo en medio del ancho sendero, tal como se lo hubiera indicado un director de escena. No había nadie más caminando por él. El perro le siguió, el viajero les observó: cómo seguían esa línea recta sobre las sombras de los árboles y los claros iluminados entre ellas, cómo se mantenían justo en el medio entre las dos explanadas de hierba a ambos lados del sendero. Este hombre sabía la impresión que causaría visto de espaldas, sabía su *lugar*. Sabía también que estropearía el efecto de su partida si se volviera a mirar o si optara por uno de los lados del sendero. ¿Qué era lo que le conmovía al viajero hasta tal punto? ¿Esa aparición de un mundo desaparecido? Pensó en otros viejos que había conocido y de los cuales uno acaba de morir, el padre de un amigo suyo, judío, cosmopolita, nacido con el siglo, originario de este mismo país, quizás incluso de este mismo lugar, ahuyentado en los años treinta por esos otros cuyo recuerdo todavía deambulaba por aquí. Quizás el origen de su emoción fuera la *densidad* del recuerdo, todas esas nociones que se escondían en nombres, parques, estatuas, arcos de triunfo y que se habían inmiscuido también en su pasado, con lo cual parecía como si en este continente, el suyo, uno no pudiese dar un paso sin que surgieran por doquier fragmentos, alusiones, invitaciones al luto o a la meditación. El pasado como profesión, debía tratarse de una enfermedad. La gente normal se ocupaba del futuro o de ese témpano de hielo flotante al que se llamaba vida, esa estación móvil que no pertenecía a ninguna parte, que siempre estaba de camino. En ese témpano, él era el que echaba la vista atrás. Todo en Europa era viejo, pero aquí, en medio del continente, la antigüedad parecía tener otro peso específico. Caminaba por un reino desaparecido, pero eso no despertaba en él ningún sentimiento en particular, no, tan solo cuando se encaminó hacia el Este la cosa cambió: el mundo desintegrado de Musil²⁴, de la monarquía dualista, todos esos escombros, fragmentos, ese poder reducido a impotencia, el mundo cerrado de Polonia y Checoslovaquia que parecían arrancados del continente, pero también Serbia, Croacia, Eslovenia, Trieste, el magnetismo de lo ocurrido con estas regiones a lo largo de este siglo y lo que sigue ocurriendo, los mundos doblemente perdidos de Isaac Bashevis Singer y Vladímir Nabokov, de Kafka y Rilke, de Roth y Canetti, aquí se hallaba, en su opinión, la atalaya desde donde se podían otear los abismos del tiempo y desde donde se podía ver hasta qué punto esas regiones lejanas habían formado parte de este continente, lo profunda que era la herida. Había que adentrarse en una mina para reconstruir ese pasado. Esa sensación no la tenía en Francia, ni en Italia, ni en su propio país. Allí hubo pasado de sobra, pero se había transformado en presente de una manera más o menos orgánica. Aquí, la otra mitad se había quedado atrás, enganchada, encallada, coagulada, arrancada. Pero

todavía se encontraba ahí, quizás estuviera esperando. El viento que sentía sobre su rostro procedía de allí, cálido, chamuscadizo, como si también quisiera decir algo. El viejo hacía ya rato que había desaparecido. «Vaya una idiotez», había dicho, y ahora, ahora que había desaparecido en su frívolo disfraz, esas palabras seguían resonando en el aire, mucho menos inofensivas que cuando las pronunció. Lo que ocurrió aquí, en esta ciudad, ese comienzo, hace ya más de sesenta años, nunca se podrá calificar de «idiotez». A lo sumo se podría decir que fue algo sin sentido, la negación del sentido, lo cual nada tenía que ver con la locura, aunque esa fuese la palabra favorita para calificar ese periodo, por aquello de la excusa de la inimputabilidad que ello conllevaba. La ausencia de sentido, entonces, en otro tiempo. Eso había sido el final, un final que todavía perduraba y que, si había de creer a sus amigos, por fin iba a cambiar. Pero los siervos del pasado son malos viajeros en el futuro, pensó el viajero, y se encaminó hacia las torres de la iglesia de los monjes teatinos, cuyo color le recordaba a las natillas que les ponían en el internado, y que, según los alumnos, se hacían el uno de enero para el resto del año.

Internado, agustinos, natillas, comida. Un gran trasiego bajo la cúpula de cristal opalino del Restaurant Augustiner en la Neuhausstrasse. Las camareras van vestidas con trajes típicos: blusas blancas abolsadas de escote generoso. Se meten la cuenta en los corpiños, entre sus senos bávaros. Delantales bordados, fajines rojos, mangas farol, el coro de la *Princesa Zarda*. El viajero no parece tener nada en contra de las mujeres en trajes típicos. «Carpas rebozadas en pasta hecha con cerveza negra y finas hierbas con guarnición de patatas a la mantequilla. Ensalada de ruiponce con taquitos de patata, morcilla y embutido de hígado de Franconia en tripa natural. Potaje de patatas de Franconia con boletos y mejorana. Un cuarto de ganso asado de Franconia con albóndigas de patata amasadas a mano. Ensalada de lombarda o de apio. Tres tortillitas de patatas rayadas con compota de manzana o manzana rellena al horno».

Comida campesina en la gran ciudad, eso en su país ya no existe, pero claro, en su país apenas queda campo. La letanía de platos sonaba al ensalmo de la identidad nacional, ¿y por qué resultaba a un tiempo repelente y atractivo? *Volkseigen*, ‘propio del pueblo’, una palabra que hace pensar en la sarna, pero también en la tradición, en lo conservado en el sentido de preservado, no tirado, dejado un tiempo en el tiempo, el aplazamiento de la muerte de un mundo familiar. ¿Por qué ciertas formas de conservación están bien vistas (los osos pardos en España, los halcones y tejones en los Países Bajos) y otras, como los trajes típicos, los idiomas, los bailes, los platos, resultan sospechosas? En ambos casos se trataba de un obstinado desafío al paso del tiempo, los últimos intentos infructuosos. Lo sospechoso es probablemente el mal uso que se hace de ellas cuando se trata de

cuestiones humanas, o cuando entra en juego la palabra *Blut* ('sangre') seguida instantáneamente por su hermana gemela *Boden* ('suelo')²⁵. Por lo visto resultaba imposible pensar sobre esas cuestiones sin recorrer el *repertorio*. El espíritu, esa entidad pensante y sintiente, no podía funcionar sin haber accionado esa capa superficial más o menos automática en la que se encontraba el *repertorio*. En él se encontraban las *idées reçues*, lo que todo el mundo opina sobre todo, esa sarta de tópicos que había que recitar antes de pasar a la fase de pensamiento propiamente dicha.

Esa tarde no llegaría a ese estadio, lo sabía, había demasiado que ver, y el acto de ver, a raíz de la categorización superficial que suponía, formaba parte del *repertorio*. Había una punki con una cresta mohicana negra sobre su rostro inocente, una muchacha regordeta vestida de gladiador. El viajero observó que pedía compota de manzana repetidas veces, comida para bebés. La camarera era amable con ella, maternal. Categorías, limbos de lo que él llamaba pensar. Para ver, para eso estaba aquí. Un viejo en traje típico con un grueso libro y un acetre lleno de cerveza. Si continuaba mirando lo suficiente acabaría por verlos a todos, como si se tratara del reparto de «personajes» de una obra de teatro: «Unos cuantos soldados, el sacerdote, la señora, una familia distinguida». Observó al viejo que estaba inmerso por completo en el libro y que, naturalmente, le recordaba a Heidegger. Quizá los trajes típicos fuesen tan solo una forma benigna de anacronismo. Algunas personas llevaban ropa que otras de esa misma época ya no llevaban, mientras que antes todo el mundo la había llevado. Heidegger se había negado a aceptar el tiempo como una sucesión de instantes presentes y lo había visto como una conexión entre lo que había sucedido en otro tiempo, con anterioridad, entonces, y lo que luego, después, en un momento dado ocurriría. El viajero, que nunca se había sentido muy cómodo en el ahora, dado que, por su forma de ser, no podía evitar ver siempre ese ahora coloreado y determinado por el pasado, se identificaba en gran medida con esa idea. También el pasado que no pertenecía a la vida de uno exigía todo tipo de cosas a esa vida, eso era inevitable, aunque aparentemente la mayoría de la gente parecía poder vivir perfectamente sin tener que pensar en un pasado, y países enteros, si resultaba conveniente, parecían capaces de olvidarse de su pasado con una facilidad pasmosa. Sobre el futuro, el viajero nunca tenía gran cosa que decir excepto que, por muy negro que hubiera sido el pasado, no le era posible ser pesimista. Por lo que a él respectaba, la humanidad era una colección de mutantes camino de una meta invisible que quizá no existiera. El problema radicaba en que no todos avanzaban de manera sincrónica. Mientras que el uno se encontraba todavía en el medievo del fundamentalismo el otro estaba tras un ordenador o camino de Marte. Pero lo peor, lo que resultaba verdaderamente explosivo, eran las formas mixtas: los

instrumentos del uno en manos del otro, el terrorista que quiere arrastrar a sus enemigos en su suicidio porque cree que así se ganará el cielo.

Pero ¿era cierto eso de que él nunca se había sentido muy cómodo en el ahora? Eso sería romanticismo, y un tanto pueril. Era más bien que él no se sentía a gusto entre gente que solo se sentía a gusto en el ahora, que esperaba todo del presente. Si uno no era capaz de distanciarse –lo que en sí no deja de ser paradójico–, el presente resultaba insípido. El pasado había pasado por un colador, se había eliminado lo superfluo, eso no podía decirse del presente. Pensó por última vez en la fotografía de Heidegger en su curioso disfraz (y eso tan solo por el hombre con el traje típico que estaba leyendo frente a él). Nietzsche había dicho que la filosofía a menudo tiene causas físicas, y el viajero se preguntaba si el cuerpo del filósofo se sentía a gusto en ese traje típico, que al igual que la doctrina inventada (pensada) por él, señalaba con tanta insistencia al pasado. Pero quizás eso fuera ir demasiado lejos, aunque ahora él, mientras pedía un Oberberger Vulkanfelsen, un vino volcánico de Oberberg, volvía a pensar en lo de la *sangre* y el *suelo*, porque el vino era de un rojo sangre, y con ese nombre daba la impresión de que se estaba bebiendo una roca. Ver sangre en el vino, eso debía ser por sus orígenes católicos. Además, ¿por qué había elegido justamente ese vino? La lengua refleja la psique: a fin de cuentas, también había podido tomarse un Randersackerer Ewigleber cosecha del 86, o, un Rödelseer Schwanleite. La deconstrucción de los nombres de los vinos, eso habría que estudiarlo con detenimiento. Contempló los helechos, los bustos de bronce, los cestos con flores alpinas secas que colgaban del techo. Cornamentas de ciervos, tilos enanos, ornamentos de concha. Se encontraba en otro mundo. En torno suyo se escuchaba la variante bávara del alemán y por primera vez se dio cuenta de que probablemente el alemán fue la primera lengua extranjera que escuchó en su vida.

Dieciséis años atrás, en una casa de campo blanca de madera en Maine, un hombre viejo, también de cabellos canos, que guardaba un cierto parecido con el padre fallecido de su amigo y por consiguiente con el hombre que hacía rato había saludado en el parque, le había pedido que leyera a Rilke en voz alta. Ese hombre tenía en inglés el mismo acento que el padre de su amigo tenía en neerlandés. Un acento alemán, pero era más que alemán, en él se hallaba oculto todo un pasado centroeuropeo, un acento inextirpable, denso, atractivo, hasta su amigo, que llevaba tantísimos años en los Países Bajos, tenía aún vestigios del mismo. La petición, entonces, allá en Maine, le había cogido por sorpresa, también debido a la enorme admiración que le inspiraba su anfitrión por haber recibido el premio Nobel a raíz de un descubrimiento en bioquímica. Nada más saber que el viajero venía de los Países Bajos, empezó a hablar de Multatuli excluyendo así de la conversación al resto de los invitados, todos ellos americanos. No era la primera vez que alguien con más de ochenta años le empezaba a hablar de Multatuli o

Couperus²⁶; antes los Países Bajos habían existido de verdad. Pero en cuanto a Rilke, el anfitrión se había mostrado inflexible. El viajero había pretextado que su alemán no era lo suficientemente bueno, pero el viejo había hecho oídos sordos a su evasiva. *Thanksgiving*, noviembre, *Indian Summer*, todo el jardín, que llegaba hasta la bahía de Penobscot, encendido con ese abanico de colores entre el oro y el rojo. Había abierto el libro, amarillento, cayéndose a pedazos, en cada hoja vestigios de añoranza, y había comenzado a leer. Los americanos se quedaron muy callados, oía alborotar al fuego en la chimenea, pero no era para los otros para quienes leía, sino tan solo para esa cabeza blanca inclinada hacia abajo que pensaba en vaya usted a saber qué, en algo que ocurrió hace cincuenta años, antes de la persecución y de la huida, en algo *viejo*, y mientras leía, fue como si un globo con aire viejo reventara, como en la historia de Mulisch²⁷, y como si su propia voz estuviera mezclada con ese aire viejo precioso, nunca antes estrenado:

HERBSTTAG

*Herr: es ist Zeit. Der Sommer war sehr gross.
Leg deinen Schatten auf die Sonnenuhren
und auf den Fluren lass die Winde los.*

*Befiehl den letzten Früchten voll zu sein;
gieb ihnen noch zwei südlichere Tage,
dränge sie zur Vollendung hin und jage
die letzte Süsse in den schweren Wein.*

*Wer jetzt kein Haus hat, baut sich keines mehr.
Wer jetzt allein ist, wird es lange bleiben,
wird lachen, lesen, lange Briefe schreiben
und wird in den Alleen hin
und her unruhig wandern, wenn die Blätter treiben.*²⁸
DÍA DE OTOÑO

Señor: ya es hora. El verano ha sido largo.
Cierne tus sombras sobre los relojes de sol
y deja que el viento corra libre sobre los campos.

Ordena a los últimos frutos henchirse de jugo,
dales aún dos días de calor mediterráneo,
oblígalos a que maduren plenamente
y atrapa el último dulzor en el vino espeso.

Quien ahora no tenga casa, ya no se construirá ninguna.
Quien ahora esté solo, se quedará así por mucho tiempo,
velará, leerá, escribirá largas cartas
y deambulará intranquilo por las alamedas
cuando broten las hojas.

Había leído más aquella tarde, pero durante los últimos versos de este poema había visto cómo los labios de su anfitrión se movían con los suyos, y le había embargado una emoción que ahora, como si entre ese entonces y su ahora no hubiera existido brecha alguna, volvía a hacerse presa de él. El viejo había muerto ya, al igual que el padre de su amigo, al igual que otros tantos de esos hombres que la vida se empeñaba en poner en su camino, como si de una singular forma de predestinación se tratara. Todos habían traspasado la barrera de los ochenta. Un violoncelista, un restaurador de cuadros, un banquero. La supervivencia les había rodeado como un halo tembloroso, como una segunda alma, no el sobrevivir en sí, ya que ahora los cinco estaban muertos, sino aquello que habían sobrevivido, y sobre lo cual ninguno de los cinco le había dicho nunca una sola palabra.

¿Acaso no era esto Múnich? Él no estaba aquí para recordar sino para observar, pero mientras se encontraba allí tranquilamente con su copa de vino volcánico, tenía la impresión de hallarse en el vórtice del ciclón de los recuerdos. ¡Qué extraño era todo! El tiempo en sí, ese elemento carente de peso, solo podía ir en un sentido –de eso al menos parecía tenerse certeza–, por mucho que se le intentara definir o aprehender. Nadie sabía qué era el tiempo y aunque a todos los relojes del mundo se les diera forma circular, el tiempo seguía avanzando en línea recta, y, el hombre no podía evitar un vértigo mortal al pensar que esa línea pudiera tener un final. Pero ¿qué eran entonces los recuerdos? Un tiempo que se había quedado atrás y que en un momento dado le daba a uno alcance o que, en contra de la corriente del tiempo –lo imposible, pues– se podía recuperar. Y no solamente los recuerdos de uno mismo, sino también los de los otros. Así, el padre de su amigo, que había sido amigo de Toller²⁹, le había contado en cierta ocasión que él había presenciado la revolución fallida de Toller en Múnich. Había ocurrido aquí, donde el viajero se encontraba ahora, acompañada de la violencia, del griterío y de la muerte correspondientes. Después Toller se había exiliado, primero a Londres y más tarde a Nueva York. Su amigo, en cierta ocasión, le había señalado el Mayflower Hotel y le había dicho: «Ahí se suicidó Toller». Pero lo irónico del caso vendría años después de la muerte de Toller, cuando el padre de su amigo fue a ver una obra sobre Toller en Ámsterdam. El superviviente fue a ver a un actor que interpretaba a su amigo muerto, pero esa noche el teatro municipal de Ámsterdam se vio sitiado por la «Campaña Tomate»³⁰, griterío, gas lacrimógeno, representación cancelada, y el viejo había abandonado el teatro con lágrimas en los ojos, la verdadera revolución espantada por su parodia. El viajero podía ver ahora ante sí al padre de su amigo. Incluso bien entrado en los ochenta, seguía siendo un hombre hermoso, alguien que atraía las miradas, ligeramente encorvado, ojos oscuros, el rostro de un viejo indio, melena blanca. Thomas Mann le cita con frecuencia en sus diarios: «El doctor L... ha estado de visita. Hemos comido unas

espinacas deliciosas». «Sí, bueno –decía su hijo–, pero ¿de qué habéis hablado? De eso no pone nada». Si el recuerdo se ausenta, parece como si el tiempo en el que ocurrió no hubiera existido, y quizá sea así. El tiempo en sí no es nada, lo único real es lo vivido. Si el recuerdo desaparece, adopta la forma de una negación, se convierte en el símbolo de la mortalidad, eso que se pierde antes de perderlo todo. Cuando su amigo le dijo algo parecido a su padre, la respuesta fue: «Si uno tuviese que acordarse de todo, reventaría. Sencillamente no hay sitio para ello. El olvido es una medicina, y hay que tomarla a tiempo».

A tiempo. Mientras se levantaba y atravesaba la gran sala del restaurante para salir a la calle no pudo por menos que reírse de sí mismo. ¿Cómo pretendía reflexionar sobre una noción que se había infiltrado en la lengua de mil maneras y que por tanto enturbiaba cualquier imagen que de él se pudiera tener? Siempre se confundía el tiempo con los instrumentos con los que se medía. Siempre. En una de las lenguas escandinavas esa palabra se traducía por ‘todo el tiempo’, como si eso se pudiera decir de una cosa inacabada. El tiempo humano, el tiempo científico, el tiempo de Newton, que avanzaba de manera uniforme y sin guardar relación alguna con cualquier objeto externo, el tiempo de Einstein, que se dejaba hechizar por el espacio. Y luego ese tiempo de las partículas infinitamente pequeñas, de la pulverización, una reducción imposible de medir. Miró a los otros que se movían en torno suyo en la Neuhausstrasse, cuerpos sólidos, cada uno de ellos con su propio reloj interno al que el reloj de pulsera intentaba en vano imponer su orden miserable. Los relojes eran jactanciosos, afirmaban hablar en nombre de una autoridad que (hasta el momento) nadie había visto jamás. No obstante sabían a qué hora se abrían las puertas de las iglesias, y unos momentos después (después, no hay modo de escapar de ese tirano), el viajero se encontraba en el fresco recinto de la iglesia de San Miguel. La primera palabra con la que sus ojos se toparon fue por supuesto *Uhr*, ‘hora’: «El 22 de noviembre de 1944, poco después de las 13.00 horas, la iglesia de San Miguel fue bombardeada por aviones de la Fuerza Aérea estadounidense»³¹, y también ahí volvió a embestir el recuerdo: el zumbido grave de las fortalezas volantes durante la guerra y el ávido regocijo de los adultos: «Esos son los americanos, van a bombardear a esos malditos alemanes». Desde entonces, ese sonido venía irremediablemente emparejado con un regusto a muerte y a venganza, todo el cielo se había convertido en un tono grave, tocado por un músico sediento de destrucción. Pero no quería pensar en eso ahora. Los muertos, muertos estaban, la iglesia había sido reconstruida, y a través del espacio gris claro, bajo una luz tamizada, caminaba una mujer con paso seguro hacia su objetivo. Iba fabulosamente vestida. Todo lo que llevaba era negro, el pelo extremadamente rubio recogido en un moño con un lazo de terciopelo negro. Se arrodilló, el rostro hundido entre las manos. Sus zapatos de charol no tocan el suelo, suspendidos a ras del mismo. En ese momento el sol desaparece, la bóveda vaída de yeso se vuelve

mate, el viajero ve cómo tres japoneses observan a la mujer. Al fondo de la iglesia, un ángel de bronce está reclinado sobre un gran acetre, con desenvoltura, como alguien que pasa junto a un piano y se detiene unos momentos para bosquejar una melodía. Por todas partes veía a las siluetas orantes, que reafirmaban las dimensiones del edificio, enanos suplicantes vestidos de rojo, de verde bosque, un campesino con traje típico se hallaba ante la imagen de un santo musitando algo con la mano en el pecho, pero el viajero retrocedió y se colocó junto al ángel, dos feligreses fortuitos, un hombre y un ángel, uno con alas, otro sin ellas. El ángel era más grande y su bronce relucía, pero eso no venía al caso. Observó los dedos extendidos, y luego las alas. Su segundo ángel de hoy, pero este no era una mujer.



Iglesia de San Miguel, Múnich

Los ángeles en los diccionarios eran hombres, tenían nombres masculinos, Lucifer, Gabriel, Miguel, y aun así no eran hombres. Había una miríada de ellos, eso lo había aprendido, y los había de todas clases. Ángeles de las tinieblas, de la perdición, de la luz. Ángeles custodios, ángeles mensajeros. Tenían una jerarquía: querubines, serafines, potestades, tronos. Legiones celestiales. No podía acordarse de si alguna vez había creído en ellos, creía que no. Pero la idea en sí era atrayente.

Alguien que no había de ser humano, que aun así lo parecía, que no envejecía y que además volaba. Claro está, había muchas cosas que no les estaban permitidas, eso suele ocurrir cuando se está cerca de Dios. Lo que a él le agradaba era que todavía los hubiese, y no solo en las iglesias. De madera, de piedra, de bronce, en monumentos a los caídos o por la paz, en edificios mundanos, se las habían arreglado para mantenerse por todas partes. También los árabes los tenían. ¿Los veía la gente todavía? ¿O a pesar de su talla y su visibilidad sobrehumanas se habían vuelto invisibles? No creía que así fuera, pensaba que los otros, aunque no los vieran como él, que los veía a propósito, los percibirían como se perciben las cosas en los sueños, de modo que estas criaturas aladas, sin que el receptor en realidad se percatara de ello, podían abrirse camino hacia la morada secreta de los ancestros anónimos. Pero, de este modo, había ido a parar de nuevo a la idea de tiempo y la verdad es que eso era lo último que quería, se había prometido a sí mismo visitar ese mismo día una iglesia más, una iglesia que, en su opinión, pertenecía con más derecho a esta ciudad que esa Atenas reconstruida, fruto de una falsa añoranza, y hacia allí se dirigía ahora. La iglesia había de encontrarse en la Sendlingerstrasse, pero una vez más la guía pretendía llevarle a otra parte.

«¿Adónde, pues?», inquirió él, malhumorado, porque se había olvidado por completo de la guía. Seguro que se había agazapado debajo de la mesa mientras comía. ¿Sería alguien así capaz de leer también el pensamiento?

«Al Mercado de Vituallas», dijo la guía.

Los mercados, al igual que los cementerios, eran su punto débil, y se dirigió hacia allí sin rechistar. La comida era quizá lo que más lejos se encontraba del mal. Los rábanos, las zanahorias, los quesos, los panes, los champiñones, las calabazas, los huevos, evocan en medio de la ciudad la idea de la naturaleza, y por lo tanto de la paciencia, recordando a la ciudad sus orígenes como mercado en una región rural, y durante media hora deambuló entre todas esas mercancías amontonadas: las hierbas frescas, la charcutería cuya extravagante diversidad desafiaba a la imaginación, la panceta, los peces de ríos y lagos, todo aquello que hace mil años tenía exactamente el mismo aspecto, el imperio milenario de los tubérculos, las carpas y las cebollas que se ofrecían sin resistencia para ser triturados entre la piedra de los dientes humanos.

La calle en la que se encontraba la iglesia estaba muy concurrida, pero una vez que volvió a su interior el ruido desaparecía como por arte de magia. San Juan Nepomuceno, había susurrado la guía. Un santo bohemio. Al viajero le gustaba esa palabra, *bohemio*. No solo por lo bien que sonaba, sino también por los malentendidos que entrañaba. Dado que los primeros gitanos de Francia habían sido tomados por partidarios del heresiarca Hus de Bohemia, todavía hoy día se llamaba *bohemos* a algunos pintores y poetas. Una mezcla de prejuicios basados en

un malentendido, qué otra cosa se podía pedir, y además nunca sobraba eso de identificar a poetas con vagabundos y a gitanos con paganos.

«Nepomuceno», repitió la guía. En otro tiempo el santo más popular de Baviera, después de la Virgen María. Mártir, ahogado en el Moldava hacía seiscientos años. Dado que el viajero consideraba que él también era un poco de origen bohemio, decidió nombrar al desconocido Nepomuceno su santo patrón. La guía quería explicarle ahora todo acerca de la vida del santo tal como estaba tallada en el pórtico, pero el viajero sintió que se elevaba en el espacio sorprendente donde se encontraba. Luego escucharía y leería, ahora no, ahora quería dejarse arrastrar por el torbellino de lo que él antes con menoscabo hubiera llamado *perifollos*. El barroco, como la ópera, eran descubrimientos tardíos en su vida, anteriormente no comprendía en absoluto qué podía encontrar la gente en ambos, y aún hoy le costaba justificarlo ante sí mismo. No tenía por qué avergonzarse de ello, uno podía equivocarse. Pero ¿y esto? Quizá fuese la profusión, y a la vez, a modo de contraste, el sobrio marco en que todo aquello se desarrollaba. Fausto. Plenitud. Y, quizá lo más difícil de reconocer para un amante de iglesias románicas, un ambiente «acogedor». Aun estando solo, se tenía la sensación de que allí estaba pasando de todo, revoloteo de ángeles, ondeo de ropajes, un viento que levantaba la piedra, el mármol, el yeso dorado, ajetreo, agitación, una gruta de estalactitas en la que la fe y la devoción se habían quedado enganchadas en cada protuberancia. Guirnaldas, columnas retorcidas, criptas voluptuosas, líneas sinuosas, quizás aquí estuviese contemplando por primera vez el alma del pueblo bávaro. La Atenas de la Königsplatz era un cuerpo extraño, impuesto, pensado por otro; aquí, llegado el caso, uno se podía poner a cantar una canción tirolesa, ya que el mismo edificio hacía algo parecido, trinos, albórbolas, agudos delirantes. También en los retablos en torno al altar se conmemoraba al santo bohemio, una vida de gesticulación en la que los narradores evitaban ir al grano. Figuras entalladas, barnizadas, adornadas, revestidas, marasmo que no cesa de girar. Hay tanto ajetreo como en una rotonda celestial. El dios con la tiara se inclina sobre la cruz, flanqueado por dos ángeles con las alas extendidas, orejas de burro aguzadas. Como no hay nadie más en la iglesia, se aleja del altar con la cabeza hacia atrás, mirando el techo. Si se intenta mirar verticalmente hacia arriba, por encima de las pilastras, los capiteles dorados, las guirnaldas de flores y las columnillas abombadas de la balaustrada, y si entonces se ladea poco a poco la cabeza, uno se topa cada vez más con esas ridículas cabecillas de los santos inocentes. Ellos viven aquí, y si uno se mueve, ellos también lo hacen, sus rostros de yeso le observan con un gesto de éxtasis impropio, demasiado precoz. Piensa que es como si el muro allí arriba hubiese espumado, y esa espuma hubiese adoptado formas humanas. Sin motivo alguno le viene a la mente un verso de Goethe que conoce tan solo por una canción de Schubert: «Was bedeutet die Bewegung?» (‘¿Qué significa el movimiento?’). Y quizá sea esa la

respuesta: aquí el movimiento no significa otra cosa que sí mismo, este es el extremo en el que el movimiento podía traducirse en material inmóvil, movimiento y reposo, la coagulación de la exuberancia suprema.

¿Conoce ahora mejor la ciudad? No lo sabe, pero decide que ha llegado el momento de partir. ¿Hacia dónde? Hacia el sur, hacia donde iban las aves migratorias que esa mañana le hicieron señas. Hacia alguna que otra Bohemia, hacia las montañas, la divisoria de aguas de Europa, en donde las lenguas, los Estados, los ríos fluyen en todas las direcciones y donde al viajero más le gusta su continente, con ese caos de los reinos perdidos, de los territorios reconquistados, de las lenguas enfrentadas, de los sistemas extraños entre sí, de la contradicción de los valles y las montañas, el viejo y fragmentado reino del Centro. El viajero atraviesa los prados del Jardín Inglés, contempla los árboles con el último fulgor otoñal, da de comer a los cisnes, se tumba en la hierba y ve pasar las nubes hacia los Alpes. No, todavía no conoce esta ciudad, pero ahora le llaman otras ciudades, y esa invocación, inaudible para cualquier otro, la salmodia secreta de los bohemios, le resulta irresistible.

IX

Últimamente se oye decir con frecuencia: «Vivimos momentos históricos». Incluso me he atrapado a mí mismo diciéndolo, no solo usando esa expresión sino también dándole ese ligero aire de autocomplacencia que le suele acompañar, como si de repente todos fuéramos algo más importantes dado que nos es imposible seguir el ritmo de los acontecimientos. Todo el mundo sabe que la unidad está por llegar, pero aun así la velocidad con que todo parece ocurrir nos sigue asombrando día a día, como si el desarrollo de los acontecimientos hubiese adquirido una dinámica totalmente propia que se escapa a toda forma de control. Lo que hasta ayer era impensable hoy se propone y mañana se enmienda, y da igual lo que escriba ahora, para cuando se imprima serán ya noticias caducas, un fragmento desplazado en un caleidoscopio en perpetuo movimiento.

Quizá los que más callados están sean los grandes orquestadores y los hombres de negocios, que, a espaldas del parloteo político, van agenciándose la RDA sin perder de vista las campanadas de los titulares de los periódicos. Y si se disponen todos esos titulares como una mano de *bridge*, uno se asombra ante la serie obtenida. ¡Todos triunfos! Quien un día aparece en el *Süddeutsche Zeitung* como «Modrow sin tierra», abraza al día siguiente –para asombro de su propio partido– la unidad alemana a condición de mantener la neutralidad, pero ya al día siguiente sostiene que lo de la neutralidad lo había añadido solo como punto a debate. «Modrow capitula», dice *Die Tageszeitung* y al día siguiente arrasa con: «La OTAN busca espacio vital en el Este». Entretanto, los políticos de Alemania Occidental se abalanzan sobre los futuros *Länder* confederados para asegurar la posición de sus partidos. No sé si se debe a toda esa turbulencia y a la conciencia histórica que según parece está presente en todas partes, pero se tiene la impresión de que el «hoy» ya no existiera: los fugaces momentos en los que ocurren todos esos giros, negociaciones, decisiones, oposiciones, parecen formar ya parte de los libros de historia o ser engullidos por el voraz futuro que solo se ve saciado con cada vez más cambios. Thatcher y Mitterrand viven para el caso en Oceanía, incluso los vecinos del Este parecen haber desaparecido tras unos bancos de niebla, tan solo se sigue un poco la pista a Gorbachov en su aventura en solitario, porque aquí todo el mundo sabe muy bien que, según las viejas reglas del *Gleichgewicht*, allá donde él mande, reside el *otro* centro de gravedad de Europa.

En mi camino de regreso de Múnich a Berlín, hago un alto en Ratisbona.

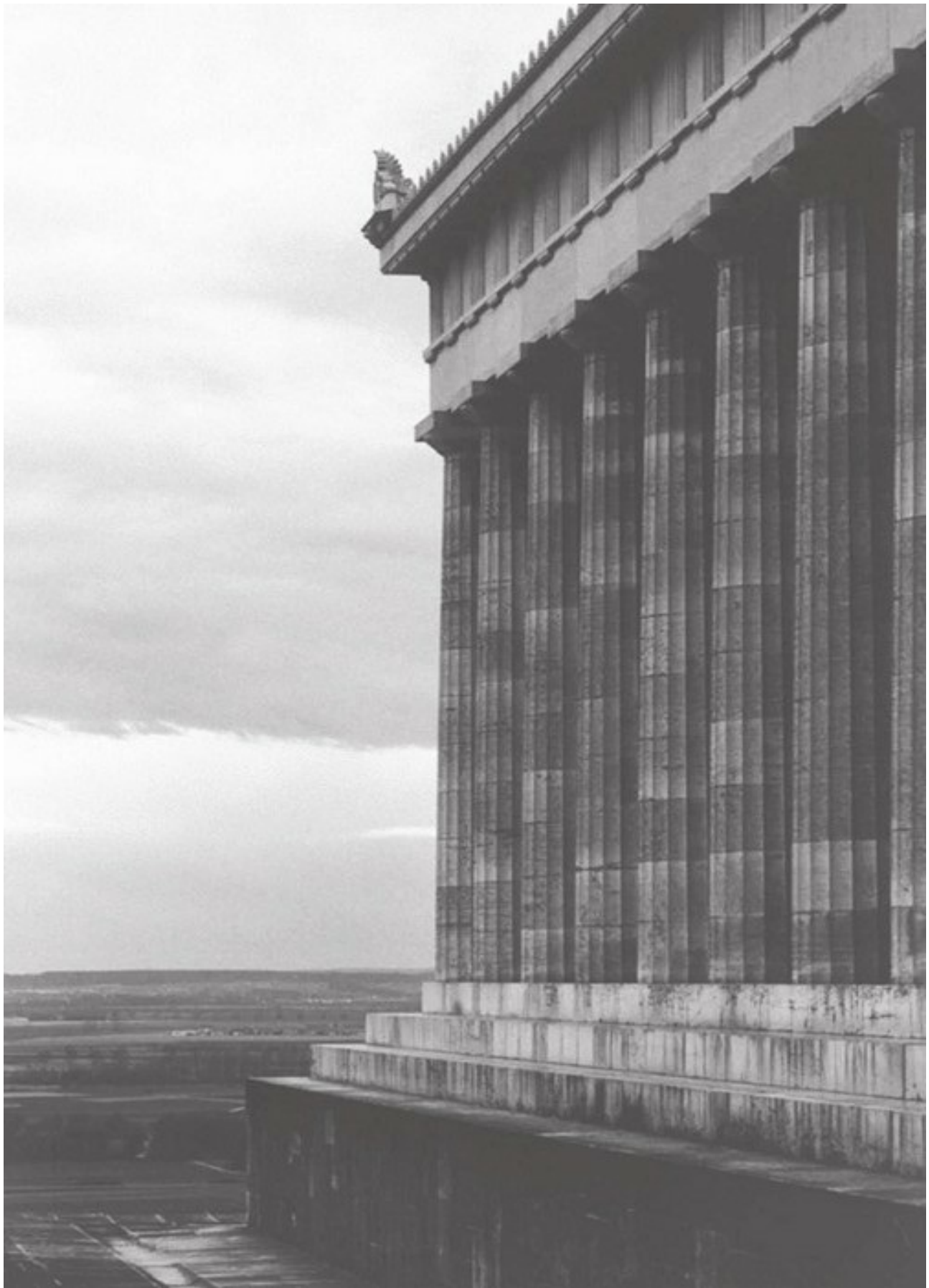
Mientras que la nueva historia sigue cociéndose –igual ha empezado a agarrarse ya– continuo buscando reliquias de la vieja historia en este país que no acabo de conocer. A fin de cuentas, este conjunto de regiones que se llamó Alemania, y que dentro de poco volverá a llamarse así, aunque con ligeras modificaciones, se inmiscuyó en mi vida hace cincuenta años, y en este peregrinaje histórico los edificios y las ciudades que quiero visitar constituyen las ilustraciones petrificadas del relato que estoy leyendo. Con lo de ligeras modificaciones me refiero por supuesto a la cuestión de las fronteras sobre las que tanto se ha hablado y silenciado. En un mapa en la primera página del *Berliner Tages Zeitung*, en el que se ha representado la Alemania unida, el excéntrico Berlín se encuentra de repente muy cerca de la frontera del Este. «Habrá que añadir un trocito de tierra por allí – dice burlonamente el que me lo enseña–; una capital tiene que estar un poco más en el centro, ¿no?». El centro del que se trataría se puede ver en otros mapas en donde los territorios reivindicados por una minoría nostálgica vienen señalados con una línea de puntos.

En estos días, como extranjero, se desempeña un extraño papel en ciertos círculos ilustrados alemanes: la gente quiere saber qué opina *el extranjero* del asunto, comparar así la propia inquietud, aversión o miedo con la del otro, del que se presiente que, de un modo u otro, por motivos históricos, tendrá una serie de prejuicios ante el «peligroso desarrollo de los acontecimientos». Es como si tuvieran miedo de sí mismos y quisieran verlo confirmado por el extranjero, y a la vez no lo quisieran. Pero resulta difícil encontrar a los *Republikaner* y a los partidarios de desplazar las fronteras más peligrosos de lo que en realidad ya se les encuentra, independientemente del acto reflejo histórico y de la náusea que ya de por sí evocan. En relación a esto, había una frase en el *Frankfurter Allgemeine* (que por cierto iba de otra cosa) que me pareció muy acertada: «La historia teme repetirse a sí misma». Pero en eso no están de acuerdo la mayoría de mis interlocutores. Debe resultar extraño eso de tener miedo de tus propios compatriotas, pero aquí no es inusual. Ese miedo va acompañado en ocasiones de una repentina veneración por la RDA, como si «a pesar de todo» allí se hubiese desarrollado una utopía donde aparte de «los problemas que desde luego había» la vida era «en cierto sentido» más sencilla, más humana, no estaba corrompida por la avaricia, el materialismo, la ostentación de la República Federal. Desde esa óptica, aquellos de la RDA que quieren entregar la RDA a una Alemania unida son naturalmente unos traidores. Solo que por lo general, aquellos que lo dicen se encontraban ya desde siempre en la República Federal y de lo que no parecen percatarse en la hipocresía de su argumentación es del precio que esos otros han tenido que pagar los últimos decenios por esa utopía violentada.

Llueve en Ratisbona. Esta ciudad conserva todavía una antigüedad agradable y

obstinada. Veo las gárgolas de la catedral, monstruos alargados que dejan que el agua de lluvia corra por sus hocicos como si fuera baba, veo las piedras de la torre de la ciudadela romana, y en un lado oculto de la catedral, como si de vísceras colgantes se tratara, los zafios vestigios de una primitiva iglesia, antiquísima, piedras desiguales y gigantescas izadas por el diablo. Y también en los platos se ven guisos de los que el resto de Europa ya se ha olvidado: siluro del Danubio, corazones asados, bofe estofado. El comer puede obedecer también a un principio ecológico: nunca he acabado de entender cómo el mismo conservador progresista, que daría la vida por la protección del águila sajona bizcorneta, se deja profanar el estómago entretanto a manos de un tal McDonald.

En una librería veo una foto de algo que se asemeja al templo griego de Segesta, un edificio colosal en una desolada costa siciliana, solo que el de aquí se encuentra entre el verdor nórdico, muy por encima del Danubio, y se llama Walhalla. Por unos momentos, me niego a dar crédito a mis ojos, al siguiente minuto quiero ir allí de inmediato, y Fred Strohmaier, el propietario de la librería Atlantis, se ofrece amablemente a llevarme en su coche.

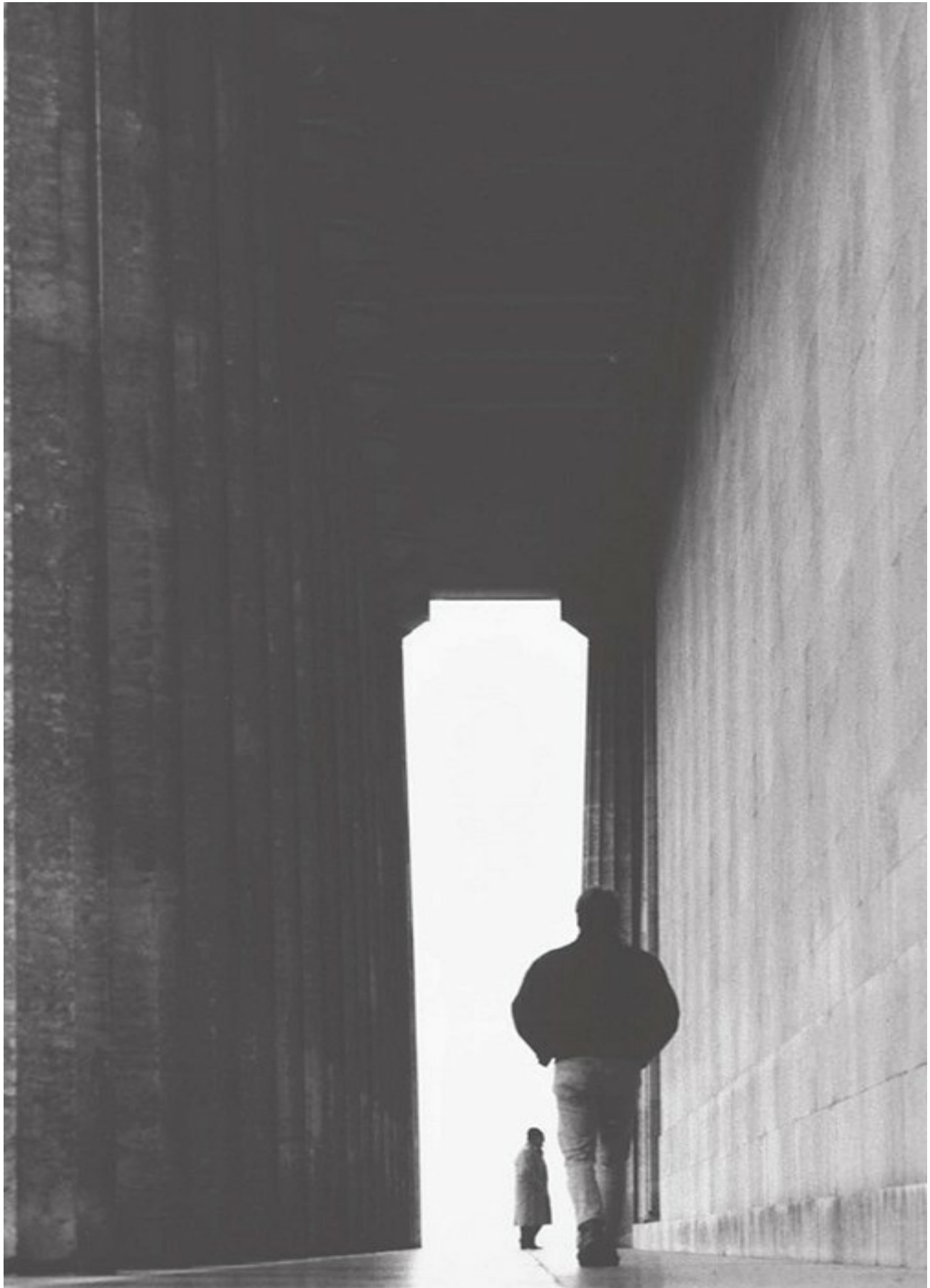


Walhalla, Atlantis, al instante cesa de llover. El último tramo ha de hacerse a pie y trepando, las alturas no se dejan conquistar así como así. En la lejanía, rendida a nuestros pies, brilla la llanura con las torres de Ratisbona, el río yace como una gran banda de acero, por entre los árboles desnudos reluce el mármol del sueño de un rey, ¡otro más! El rey y su arquitecto –algo así debió pensar Hitler cuando por las noches se inclinaba sobre la mesa de dibujo con Speer–, junto con la Gliptoteca de Múnich, este es el segundo edificio de esos dos que visito esta semana.

Era 1807, y el rey todavía no era rey³². Su padre se había puesto del lado de Napoleón, uniéndose así a la Confederación del Rin. El emperador había conquistado Prusia y había barrido Europa en un soplo: cuatro reyes y treinta soberanos habían de rendirle homenaje en Erfurt; el mismo Erfurt de la RDA en el que Willy Brandt en 1970 se encontró con Willi Stoph, situando así la primera piedra para su *Wandel durch Annäherung* ('cambio a través del acercamiento'), la *Ostpolitik*, cuyas consecuencias han alcanzado una magnitud que nadie entonces podía imaginar, y también el mismo Erfurt a donde el viejo visionario pudo volver esta semana para dirigir la palabra a su viejo-nuevo-viejo partido.

La Alemania unida también parecía vislumbrarse en los sueños del príncipe bávaro. El templo de Alemania había de ser grande, «colosal no solo en términos espaciales, su grandeza ha de residir en la arquitectura: gran sencillez revestida de suntuosidad...»³³. Y, a falta de dioses, ¿quiénes habían de habitar el Walhalla? «En el Walhalla podrán entrar quienes tengan por suya la lengua teutona... teutones ilustres y honorables»³⁴, y así, al penetrar con un escalofrío en ese santuario, me encuentro en la noble compañía de unos rostros petrificados: un demacrado Kant y un joven Goethe algo hinchado, que parece un productor de cine con su sotabarba y sus cabellos de Gorgona, bustos blancos alineados fila tras fila en el espacio elevado e iluminado de Leo von Klenze, mirando fijamente con sus ojos ciegos a los descendientes que deambulan por allí. El rey fundador ya había debido anexionar en su pensamiento los Países Bajos, ya que en compañía de Bach y Leibniz, de Mozart y Paracelso, de estrategias recordados y príncipes electores olvidados, me encuentro con Boerhaave, Guillermo de Orange, Grocio y Maarten Harpertzoon Tromp. Arriba de todo erran los héroes y santos sin rostro, su recuerdo consta exclusivamente de letras: Eginhard, Horsa, Marbod, Hengist, Teutelinde y Ulfila me resultan desconocidos, pero puedo imaginármelos acompañados por música de Bayreuth. El rey mismo está sentado con toda la naturalidad que le permite la flexibilidad del mármol, coronado de laureles, los pies calzados en sandalias, la toga ligeramente ceñida, un senador romano flanqueado por leones alados. Lola Montes y la revolución de 1848 le obligaron a abdicar, pero

ya tenía su Walhalla. En el exterior, 358 peldaños de mármol conducen abajo, y es fácil ver por qué a Hitler no le gustaba el Walhalla: en él no había lugar para muchedumbres y por lo tanto tampoco para entradas dramáticas. Este osario de mármol era apto para aquellos que ya hubiesen hecho todo, pero no para aquellos que aún tenían todo por hacer, porque allí nada se podía hacer.



Walhalla, Ratisbona



Hitler hacía las cosas de otro modo. En cierta ocasión vi las películas en blanco y negro de la Asamblea anual del partido nacionalsocialista en Núremberg, rituales atávicos chamuscados ya por el tiempo, no hace falta que los describa, han entrado para siempre en el dominio del estupor eterno. Y, claro está, ahora que me encontraba en esta parte del mundo, tenía que ir a ver aquel lugar, y, claro está, ahora que me encuentro allí me cuesta imaginarme algo, da igual qué. Esa sensación de «los otros no están». Tribunas vacías, la tribuna popular desvanecida, tan solo su imagen si uno la evoca, y el recuerdo de su voz. Esa voz que gritaba algo, que tenía un nombre, y todas esas voces anónimas que le contestaban gritando, un coro antiguo clásico al que se le había dado demasiado poco texto. Aún lo puedo oír, ese ruido salía de una radio de baquelita, los mayores la desconectaban, pero seguía sonando en otra parte, los gritos que se apagaban y que volvían a henchirse, una retórica orgiástica. No lo entendías porque eras un crío, pero había algo ominoso en ello, y también algo emocionante.

Nada queda de eso en este día lluvioso. Estoy solo, los otros están muertos o se han hecho viejos. Aquí cabía un cuarto de millón de personas, en torno a ellos se construía una catedral de luz y entonces estaban juntos, eso les hacía más felices. Banderas, anchas cohortes en filas de a doce, estandartes; un culto como conjuro de la fatalidad, puedo reguarnececer esta explanada desierta, poblar las tribunas cuarteadas, agrietadas, mugrientas, con los espectros de entonces, y junto con ellos, aguardar la llegada del otro, el momento orquestado a la perfección, la eyaculación, el orgasmo de un coloso.

Nada de ello ha subsistido, solo el lugar en sí, cuya única función es recalcar esa ausencia; el *genius loci* que aquí habita es un tanto raquítico. Trepo por una valla rota y subo por los peldaños en los que la gente se sentaba o permanecía de pie. Latas de cerveza, hojas sueltas del *Bildzeitung* empapadas como grumos de moco y sangre, la tinta de color corrida. El Walter Mitty que hay en mí, no pudiendo resistir la tentación, trepa hasta la tribuna, hasta la puerta de bronce en ruinas en la que alguien ha grabado «Nerón», y luego un par de escalones más hasta la pequeña tribuna de oradores desde la que él hablaba. Mi pueblo consiste en mi amada y en dos camioneros que andan ocupados soltando un remolque. Van de un lado para otro sobre el húmedo asfalto, y olvidan prestarme atención. Por lo demás nada, nubes parduscas, árboles desnudos, secretos bancarios del alma, invenciones.

Vuelvo al centro, a la verdadera Edad Media, me curo de la historia en una historia aún más antigua, las iglesias se hallan en medio de la ciudad como si en otro tiempo hubiesen surcado un mar que ahora ya no existe, como si estuviesen encalladas en un mundo que ya no sabe leer sus imágenes. ¿Quién recuerda aún quiénes son esas mujeres esculpidas en los pórticos de la iglesia de Nuestra Señora,

la Frauenkirche? La piedad interiorizada de esos rostros las excluye del mundo que las rodea, hace ya siglos que no oyen el vocerío de los marchantes, tienen unas caras como las nuestras pero las utilizan de otro modo, distantes e imbuidas en sí mismas, como budas femeninas, han dejado desfilar ante sí el tumulto de los tiempos.



Tribuna, campo para asambleas del partido nazi, Núremberg

Frauenkirche, Sebalduskirche, Lorenzkirche, siempre esos espacios góticos disparados hacia el cielo que elevan mi pensamiento hacia las bóvedas de crucería, las pechinas, las nervaduras, las claves de la bóveda, toda esa altura que mi cuerpo no alcanza porque tiene que quedarse abajo por orden de Newton. Y contra los pilares, bajo los arcos, sobre los ventanales, en los nichos, ese pueblo de imágenes petrificado, que vive sin prestarnos la menor atención, ni nos ve ni nos oye, evangelistas de vidrio con forma animal, obispos reposando sobre sus tumbas, el panóptico del martirio y del beso de Judas, de los animales de fábula y las cabezas coronadas, de los verdugos y los hombres alados, una lengua que soliloquia porque ya prácticamente nadie escucha.

Me pregunto a qué gliptoteca pagana irán a parar estas estatuas, y esa misma tarde las imágenes de santos y las losas sepulcrales del Museo Germánico me vienen a dar la respuesta. Allí están, indefensas, sacadas de su contexto, invalidadas, arte. Y así, vuelvo a donde comenzó mi día, ya que en el museo hay una exposición sobre la *Entartete Musik*, la ‘música degenerada’ según los nazis. Mi cabeza se niega a hacer dos veces ese viraje en un mismo día, pero la seriedad de los estudiantes en torno mío me incita a quedarme, y miro cómo miran el mal en el mundo, la cara lúgubre del error. Esto no es algo que se pueda compartir: se ve, se lee y se asimila, cada uno para sí, y esto transcurre en un gran silencio, y como yo, ellos también leen la despreciable carta de Wagner a Meyerbeer, en la que se le ofrece como esclavo, y después, cuando ya no le necesita, los comentarios antisemíticos igualmente despreciables sobre el mismo Meyerbeer y sobre Mendelssohn en *Das Judentum in der Musik* (‘El judaísmo en la música’), que para siempre seguirán oliendo a podrido junto con su nombre.

No, la cosa no tiene nada de divertida. Las fotos de Schönberg y Adorno, de Weill y Eisler, las caricaturas atroces, los preceptos paranoicos, todo el turbio universo compulsivo de ese pensamiento cerrado que creía que había de destruir para su propia supervivencia. Nada quedó de todo eso, tan solo dolor, muerte, vacío, división, y, por supuesto, como siempre, este tipo de vitrinas ante las que uno se encuentra para intentar comprender lo que nunca alcanzará a comprender. ¿Por qué es el mal mucho más difícil de entender que el bien? ¿Por qué el Strauss de los *Vier letzte Lieder* (‘Los cuatro últimos lieder’) puede estar al lado de Hitler, por qué las notas de Wagner no se volvieron venenosas y desafinadas al instante cuando escribió esos disparates obstinados? No lo sé, y la chica a mi lado delante de la vitrina tampoco, lo noto en su espalda.

Se me han quitado las ganas de ver servicios rococós, guardainfantes, armaduras y casas de muñecas, así que sigo en mi coche hasta Bamberg, duermo en un hotel junto a un río de rápida corriente, escucho todas esas campanadas de la noche, paseo por la lluvia y el silencio, veo a los Kohl y a los Modrow en la televisión, y sé que he de volver a ese hoy intransigente, por la mañana saludo al Jinete de Bamberg, un joven serio que mira intranquilo hacia el siglo XX, y me dirijo a la RDA.

De Bamberg a Weimar se puede ir directamente por una comarcal. Coburgo es la última gran urbe antes de la frontera. Me he informado de si puedo pasar por allí y según el ADAC, el club automovilista alemán, puedo, pero una vez que esté allí, los guardias fronterizos parecen tener problemas con la combinación de un pasaporte neerlandés y un permiso de residencia berlinés. No hacen más que dar vueltas al papel, me miran detenidamente y a continuación miran mi foto de criminal, no me preguntan nada, pero se enzarzan en una larga discusión entre ellos. Por un momento, parece que hubiesen vuelto los viejos tiempos, pero

entonces me dejan pasar. Luego todo se hace distinto y todo es verdad. Es la primera vez que no voy por la autopista y que atravieso verdaderamente el país, y es como si un velo de tristeza cayera sobre el coche, como si hubieran puesto otra luna en el parabrisas por la que el mundo se ve más deslucido, más deteriorado. ¿Va eso también por los árboles, gran viajero? No, eso no va por los árboles, y aun así, querido amigo, hay algo entre las carreteras y los árboles, entre las casas y los árboles, por lo que esos árboles sacrifican parte de su ser imperecedero para adaptarse al color de su entorno. ¿También en los bosques? No, en los bosques no. Nieve, agua nieve, lejanos horizontes, belleza, casas de pizarra, poco tráfico, Einfeld, Saalfeld, Rudolfstadt, Kahle, industrias, humo sucio, pintura descascarillada, cornejas en los campos, un mundo descolorido.

Es invierno, me digo a mí mismo, si se pusiese algo de sol a esto, seguramente la cosa cambiaría. Y dentro de un par de meses volverá a haber verde en los árboles. Pero aquí vive gente que ya no tiene la paciencia para esperar ese par de meses.

24 de febrero de 1990

X

9 de marzo de 1990. Ahora me encuentro allí donde todos los lugares tienen dos nombres. «Oder», le digo al agua ante mí hoy tan asombrosamente azul; «Odra», dice el soldado al otro lado del puente. Neisse/Nysa, Lérida/Lleida, Mons/Bergen, la contradicción de dos palabras para un mismo lugar, el susurro de lenguas que se entrecruzan, que quieren cosas distintas: allí se ocultan reivindicaciones e historias cruentas, añoranza y recuerdo. Doble nombre, doble sentido, siempre tiene algo de deseo o de repulsa. He salido de la ciudad por las sombrías ciudades dormitorio de Berlín Oeste, una neblina ligera disimula lo peor. La autopista en dirección a Szczecin, desvío en Finow hacia la comarcal, carreteras empedradas, naturaleza, Kerkow, Felchow, Schwedt, la frontera, el puente de hierro. Desciendo por un sendero hacia el río y contemplo el pueblo en la otra orilla: Hohenkränig/Krajnik Górny. Soy de los que les gusta cruzar al otro lado, pero esta vez no puede ser, no me está permitido ir más al este. En el pueblo polaco nada parece moverse, pero a este lado hay un hombre descargando su ira sobre otros dos que se avergüenzan un tanto del escándalo que está montando. En la literatura hay dos tipos de escritores: los «mirones» y los «auditores». Armando³⁵, quien me acompaña en este corto viaje, pertenece a la categoría de los «auditores», también con esa carga estricta y jurídica de la palabra: veo cómo por dentro va redactando un atestado de esa discusión, de la ira por los cuarenta años perdidos, de las injurias, del señalar al otro lado. Odra-Nysa. Una cucharada de brea puede arruinar un barril de miel, ha dicho Jaruzelski esta semana. Visto de lado, el puente se convierte en una alta empalizada de hierro, antes habría transbordadores para cruzar a todos esos ejércitos, el francés, el ruso, el alemán. Ríos fronterizos, puentes, en algunos lugares se hace patente el destino de los países.



Puente sobre el Oder. Frontera germano-polaca

El tiempo cambia bruscamente, a la desolación terrestre se une la oscuridad plomiza del cielo. En Stralsund, la lluvia flagela los rostros de papel de Modrow, Gysi y Kohl, las promesas de la nueva unidad. La ciudad parece abandonada, pero los hoteles están llenos, ni siquiera podemos cenar en ellos. A través del vendaval vislumbramos iglesias, casas de comerciantes, un Lübeck atrasado, una ciudad que se congeló justo después de la guerra. La fuerza de la fe: ¿cómo les ha sido posible vivir en una quiebra tan sumamente patente? En el Baltic Hotel, una amable recepcionista llama a un balneario junto al Báltico, en la isla de Rügen. Hay habitación para nosotros, pero está a casi una hora de aquí, la habitación cuesta unos trescientos florines y se tiene que pagar en marcos occidentales. Cuando digo que me parece caro, ella me contesta: «Sí, bueno, usted verá; allí solían ir los peces gordos, Honecker, Mielke, lo tenían casi exclusivamente para ellos solos»³⁶. Y es cierto. El hotel está rodeado por una corona de Mercedes y de BMW; en cada una de las puertas, el cartel amenazante «nür für Hotelgäste», ‘solo para huéspedes del hotel’, de modo que nadie que no se aloje allí pueda tomarse ni tan siquiera una copa; en el comedor se podría organizar un baile de gala para todo un congreso; allí, los precios son en marcos orientales, y así los Mercedes pueden comer como reyes por una miseria. El vendaval se ha convertido en un huracán, el mar, que me

es imposible ver, debe de estar ahí afuera. En la televisión, Kohl se me antoja como un descomunal marsupial en el que fácilmente cabe la RDA entera. Solo que el cargar con ella quizá resulte más pesado de lo que se piensa.

Al despertarme, oigo en la radio una voz femenina que en un tono desesperado inquiere: «Pero ¿qué va a pasar entonces con el aborto si nos unimos a la RFA acogiéndonos al artículo 23?». «En caso de que fuese así, el aborto tal como se practica aquí estaría prohibido por la Constitución de Alemania Occidental», replica su interlocutor, y resume todo lo que desaparecerá por el desagüe junto con el agua sucia: guarderías, todo tipo de seguridades sociales, derechos de la mujer. Ahora le ha llegado el turno al capitalismo salvaje, y a la señora no le quedará otro remedio que amoldarse. El tono sermoneante de la voz del hombre irrita a la mujer. «Sí, pero», replica ella, y en esas dos simples palabras se resume el dilema, así como esa prisa cada vez mayor con la que se pretende servir al mismo. La metáfora del tren en marcha al que ya nada ni nadie puede detener se ha utilizado con frecuencia en estas últimas semanas, pero se trata en realidad de dos trenes: está también ese tren lento que va del Este al Oeste. El gran amor del nueve de noviembre ya ha desaparecido; los del Este dicen que los del Oeste quieren comprar su país a precios irrisorios, los del Oeste dicen que el Este es un pozo sin fondo en el que se perderá el marco fuerte por el que tanto han trabajado. Lo que de verdad está ocurriendo es, claro está, impresionante: la Alemania guillermana se precipita en la Primera Guerra Mundial, es derrotada cruentamente y castigada de manera despiadada y miope, luego le llega el turno efímeramente a la clase obrera oprimida, la Weimar de las buenas intenciones, el caos, la inflación, las intrigas de los políticos y el rechazo soberbio del ejercicio de la política por muchos intelectuales, el nacimiento del fascismo, Hitler, y de nuevo otra guerra. Y todo ese tiempo –aunque solo fuese desde Bismarck– fueron un solo pueblo, la separación vino después, y luego la una se hizo rica y la otra pobre, a la una se la ayudó y a la otra se la utilizó, la una hubo de llevar la carga moral del pasado y la otra la carga material, con los rencores mutuos que ello conlleva. ¿Al son de qué música habrán de bailar estos pueblos que son uno solo sin terminar de serlo por completo? Entre el bullicioso e impetuoso vals de la nueva unidad se puede oír todavía el otro vals mucho más lento fruto de cuarenta años de una identidad diferente, de la que uno no se deshace ni con dinero ni por decreto, unos pasos de baile discordantes que rompen la armonía de los pasos del gran maestro bailarín. La historia es una sustancia que se produce a sí misma, cuando uno aparta la vista del *staccato* de los titulares de los periódicos y aguza el oído, se oye el lento e incesante chirriar de las grandes ruedas, entre las que nunca se pierde nada.

Sellin, Binz, en la costa del Báltico. Veo cómo Armando se deleita contemplando la agonía de las grandes mansiones; el Casino se halla en medio de ellas como una

vieja dama que ya no tiene dinero para comprarse maquillaje. «Queridos jubilados: no hagáis caso de los alarmistas. ¡Sí a la libertad y al bienestar!», clama la CDU en letras negras-rojas-amarillas. «Con optimismo hacia el futuro: el domingo, un cuarenta y cuatro por ciento para el SPD»³⁷. Nosotros, ajenos a este debate, vamos en pleno vendaval en busca de un lugar mítico de la pintura alemana, la Königsstuhl (‘silla del Rey’) junto a la cabaña de troncos en la que Gaspar David Friedrich pintó su *Escollera* en 1818. Tres figuras de espaldas al mundo, dos hombres, uno de pie y otro de rodillas, y una mujer sentada, contemplando la infinitud del mar entre los precipicios de tiza a izquierda y a derecha. Goethe hizo algo diabólico con ese cuadro: lo puso bocabajo, de modo que se ve una siniestra gruta de hielo en la que tres figuras se adhieren a la bóveda dentada como murciélagos, produciendo una sensación de vértigo. Así no lo quiero ver porque, contando también a Simone, nosotros somos esos tres, y de quererlo, podríamos colocarnos de esa misma manera. Ese loco curioso asomándose al precipicio soy yo, claro, unas voces alemanas reprochantes a mis espaldas me gritan que eso no se hace, que está prohibido. ¿Cómo explicarles que ese pretil de ahora entonces todavía no existía? ¿Acaso no ven la chistera a mi lado en la hierba? No, no la ven, como tampoco ven los ojos punzantes de estrategia de mi amigo el pintor, o el vestido rojo de mi mujer y esos dos pequeños barcos de vela que entonces, en otro tiempo, un día cualquiera de 1818, en esa otra Alemania, hicieron que el mar fuese mucho más inmenso.

Continuamos con nuestro *Winterreise*, nuestro ‘viaje de invierno’, voces danesas y suecas en la radio, faros, barcas de pescadores en la playa, bocabajo, embreadas, y entonces, de repente, cuando me separo de los otros dos, me encuentro al final de un pequeño camino, ante un portón de hierro con una estrella roja. No sé qué dicen las letras junto a ella, pero tampoco hace falta, ya lo he comprendido, en una pequeña garita se encuentra un soldado ruso. El cristal del ventanuco se lo ha llevado el viento, el soldado está sentado ahora tras un plástico chasqueante, expuesto a un viento gélido. Tiene puesto un gorro de cosaco con la misma estrella y me está mirando. Me da la impresión de que queremos decirnos algo, pero al final no lo hacemos, centinela y paseante, dos especies exóticas en la casa de un tercero.



Campaña electoral, Rügen, marzo de 1990



Leipzig, 13 de marzo. Un breve en el *Leipziger Volkszeitung*: «HUNGRÍA: Vuelta a casa de los soldados soviéticos. Con la repatriación el lunes de un batallón de infantería motorizada se inició la retirada de las tropas soviéticas de Hungría»³⁸.

Algunas cosas siguen repitiéndose hasta cobrar sentido. Ya lo he dicho en otra ocasión, no parezco poder quitármelo de encima: en 1956 estuve en Budapest. Aquello fue más casualidad o deseo de aventura que alguna que otra convicción bien definida: un fotógrafo me llamó, que si me iba con él, que había habido una insurrección. Unos días después ya estaba de vuelta, justo antes de la entrada de las tropas soviéticas. Había sentido el olor a guerra, y me di cuenta de que aún lo reconocía: un aire chamuscado. Velas encendidas ante las ventanas nocturnas: un velatorio. Bustos colgados de Rákosi, de Stalin. Esta imagen volvería a encontrarla más de treinta años después en *El cómplice* de György Konrád, y así la novela vino a confirmar aquella realidad: mi memoria no me engañaba. Cadáveres por las calles a los que la gente escupía. Tenían billetes de banco en la boca, agentes de la policía secreta. Luego vi una foto de su ejecución, rostros que uno no quiere describir, ese segundo en el que las manos quieren detener las balas. El mundo tras ese mundo fue recreado en la misteriosa novela de Péter Nádas, *El fin de una saga*, el universo estalinista visto a través de los ojos de un niño, traición y muerte entretejidas en una imaginación que deforma el mundo de los adultos hasta tal punto que pone al descubierto de manera despiadada la insufrible verdad.

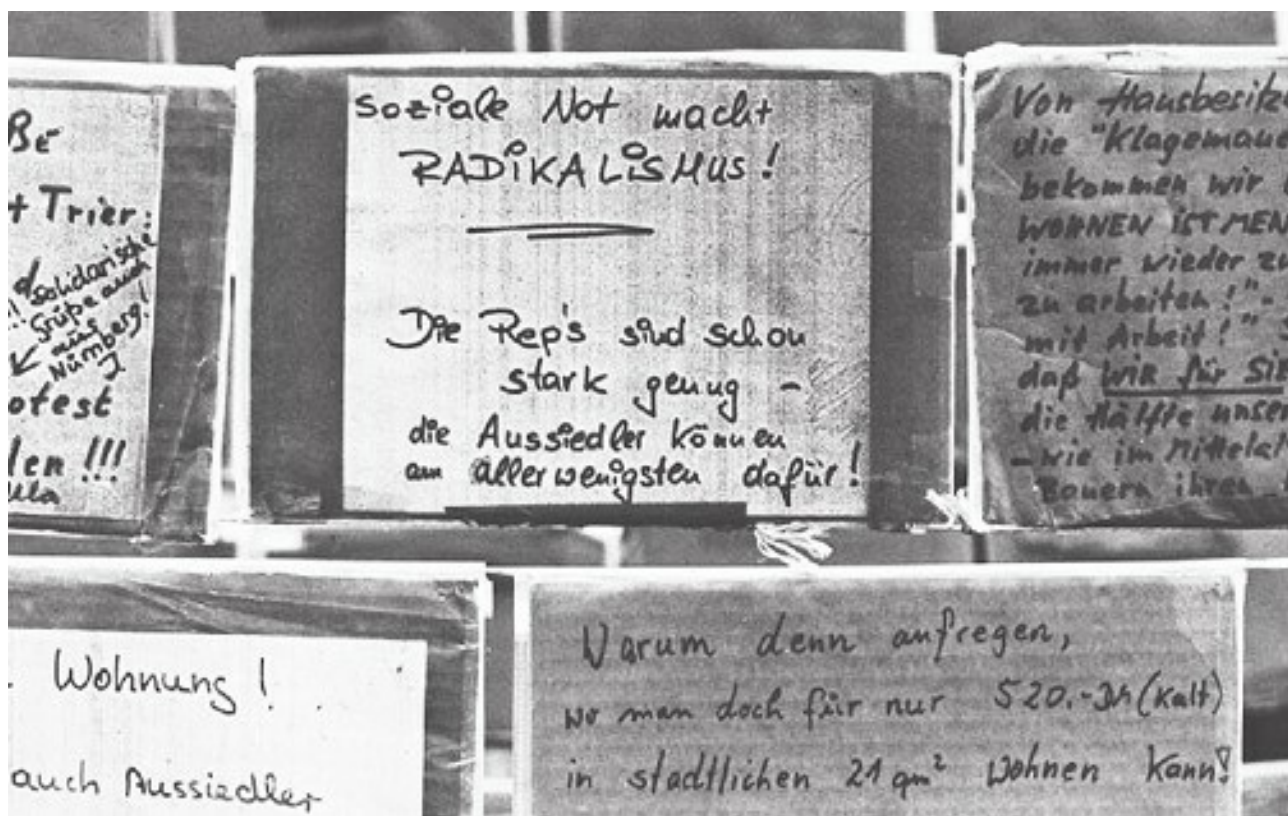
Ellos tuvieron que quedarse, yo me pude ir. La gente había preguntado que cuándo iríamos a ayudar, pero no hubo respuesta, porque fuimos incapaces de articular la única respuesta posible. No iríamos. Escribí mi primer artículo para un periódico, que seguro era malo y terminaba con la frase: «Fuera rusos». Había recibido una lección de vergüenza y violencia. Después no volví a pisar un país del bloque oriental, a excepción de Berlín Este, era incapaz. A mi regreso a los Países Bajos me encontré con un ambiente de histeria. El edificio del periódico comunista *De Waarheid* ('La Verdad') había sido atacado, y cosas por el estilo. En el PEN Club, del que acababa de hacerme miembro, se debatía dar de baja a los socios comunistas. Para mí aquello era igual que lo que acababa de ver en Hungría, solo que a escala reducida, y yo estaba en contra. Cuando aun así sucedió, me di de baja del PEN Club. En la Europa central de la que acababa de volver, comenzó la petrificación que tan solo se ha demolido en estos últimos meses. En los próximos decenios se procederá a la documentación de esa era: las humillaciones, el absurdo, la traición, la mezquindad, el miedo, la soberbia. Pero nada la perpetuará de una manera tan trágica, tan cínica, tan irónica, tan solemne, tan hilarante como las novelas de Konrád, Hein, Moníková, Kundera, Nádas y el resto. Luego vendrá el ajuste de cuentas, como después de cada guerra, se señalará con el dedo a los oportunistas y a los satélites, el flamante fundador del nuevo partido es ya el

informante de la Stasi de ayer, los que se quedan se rebelarán contra los que se han ido, y viceversa. Las imágenes televisivas del congreso de la Asociación de Escritores de Alemania del Este fueron un anticipo de esto: los antiguos privilegiados que, desorientados, ven esfumarse en el aire casas, subsidios, lugares de retiro al borde del agua, que ignoran cómo seguir adelante y que contemplan con envidia a los otros que, por su talento o coraje político, ya se han hecho con un lugar en el Oeste. Cada una de esas sociedades de la Europa del Este es lo suficientemente pequeña como para que todos lo sepan todo de los demás, pero una vez que el polvo se haya posado, existirá otro mundo junto a ese mundo de documentos, fotografías, actas y atestados, un mundo mucho más apócrifo, pero también más accesible, el de las cartas, los diarios, las memorias, los poemas, la insospechada verdad de la ficción, ese último refugio de la imaginación subversiva, la resistencia.

Hace sol en Leipzig. Me doy una vuelta por la plaza del mercado junto al antiguo ayuntamiento, leo los pomposos títulos en letras doradas del duque de Goethe, respiro los vapores penetrantes del lignito e intento pensar en el pasado, pero hay demasiado presente. ¿Concuerdan mis recuerdos con la realidad? Ya no lo sé, veo el rostro de una muchacha en Budapest que con mirada intensa me pregunta que cuándo iremos; también ella. ¿Nosotros? *Movimiento de tenaza*, recuerdo esa expresión. Las divisiones acorazadas soviéticas hicieron un movimiento de tenaza y cerraron la tenaza por la carretera principal a Viena. ¿Pero eran de verdad divisiones acorazadas? Lo que tenía que haber visto no lo vi, lo leo ahora en Konrád. El comunismo húngaro anterior a la guerra, el colaboracionismo, los húngaros en el frente oriental, la desertión para unirse a los partisanos, el horror del control recíproco en el interior de los grupos comunistas, ya en aquel entonces, en plena guerra, las torturas, las ejecuciones, el regreso de los supervivientes, el poder, el estalinismo, nuevas torturas, nuevas ejecuciones, todo eso había sucedido ya antes de ese par de días insignificantes en los que estuve por allí entre los coches reducidos a cenizas, los tiroteos, la gente a la caza de traidores. Lo que hace de la novela de Konrád un libro de excepción no es esa letanía de crueldad y torpeza humana, sino la falsa indiferencia, el *tono* que sugiere que a todo se puede sobrevivir en esta vida. La tortura y el cinismo, las posibilidades del mal aparentemente insondables están descritas de tal modo que a menudo tuve que dejar de leer, la mirada ida, mordiéndome los nudillos porque aquello no había quien lo soportara, pero al mismo tiempo, por un arte de magia maniqueísta, brilla algo así como un rayo de esperanza entre ese cuadro de horrores, como si alguien se estuviera riendo constantemente y de esa risa misma viniera la curación. Ahora sé por qué mundo deambulé a ciegas allá en 1956, de dónde venía, lo que estaba aún por venir. El fin de esa era despierta una sensación de alegría a la que yo, como espectador, no tengo derecho, pero aun así la siento.

En la plaza del mercado hay otros a mi alrededor que están ocupados con su pasado con más razón que yo. Una vez que volví a los Países Bajos fui libre de comprometerme o no: opiniones encontradas, guerra fría, gente que siguió justificando el sistema, amigos que, por el motivo que fuese, siguieron teniendo fe en el mismo, las esperanzas frustradas en Camboya y Vietnam. Estábamos libres de compromiso, más aún, éramos libres en todos los sentidos porque, pensáramos lo que pensáramos, seguiríamos siendo *libres*. Ahora, los enconados enfrentamientos de la izquierda y la derecha en el escenario neerlandés parecen muy lejanos, pero aquí, en la plaza del mercado, todavía siguen, por primera vez en voz alta. Se forman grandes corros alrededor de pequeños grupos de gente que discuten sobre las elecciones del domingo, sobre Gysi y el oro del SED, sobre Böhme, Schnur, Modrow, sobre los traidores, los explotadores, sobre la arrogancia de los intelectuales, sobre los «stasis» y los «bundis»³⁹, sobre la apisonadora de la política de la República Federal que les está pasando por encima, sobre dinero y alquileres y paro, están manifestándose entre los carteles de Kohl, Brandt y Schmidt, entre los quioscos con periódicos occidentales, se exaltan y gritan como si hubiesen de resarcirse por todos esos años de silencio, el grupo alrededor farfulla aprobación, desacuerdo.





«Muro de las lamentaciones», Leipzig, marzo de 1990

¿Quiénes eran ayer? ¿Qué tipo de novelas, libretos y diarios se encuentran a mi alrededor? En las calles de Leipzig hay un gran ajeteo, tiene incluso algo de alegre. Las casas están desconchadas, los anticuados tranvías asierran los raíles, en los andenes de la inmensa estación hay grandes grupos de viajeros que se dirigen a la Feria Anual. ¿Quiénes de ellos son los jueces, los soplones, la gente del año pasado? La pregunta se puede aplicar tanto a este país como a los otros. ¿Dónde está la «señora jueza» ante la que Václav Havel prestó su «última declaración» concluyendo con las palabras: «y por esa misma razón, confío en que no volveré a ser condenado sin motivo», tras lo cual ella le volvió a condenar a tantos meses de prisión? ¿Qué piensa ella cuando lo ve en la televisión junto a Bush o Gorbachov? ¿Dónde están los funcionarios que, entre 1979 y 1983, cuando se encontraba en prisión, decidieron repetidas veces no pasarle las cartas de su esposa («porque, según me han comunicado, te excediste del marco de la temática familiar y me transmitiste recuerdos de varias personas»)?⁴⁰ ¿Dónde están «los jóvenes en el coche estacionado delante de la casa» del último relato de Christa Wolf, aún no publicado? ¿Vieron cómo ella lo leía por la televisión? La inversión propia de los cuentos de hadas o de las comedias del siglo XVII, las ranas se convierten en príncipes, los prisioneros en reyes, los rebeldes en ministros, los jueces en acusados, los verdugos tienen miedo. Y los cuentos de hadas son crueles, es

peligroso ir a parar al lado equivocado de esas narraciones. Pero aún no ha llegado el momento del gran desenmascaramiento, y quizá la gente tampoco quiere que llegue, hay cosas más importantes que hacer.

Son pocas las novelas que consiguen condensar la realidad de tal modo que tienes la certeza de haber conocido al protagonista o de que lo podrías conocer mañana. Ese es el caso de Orten, el protagonista de *La fachada* de Libuše Moníková, un pintor que con sus amigos emprende un viaje descabellado a través de la Unión Soviética hacia un Japón que cada vez se les aleja más. Reírse ante las grandes desgracias debe de ser una cualidad checa, todo el viaje no es otra cosa que una inmensa demora, todo lo que puede salir mal sale mal, pero la imagen de las relaciones checosoviéticas, los enclaves totalmente incongruentes con científicos rusos en Siberia, la inconcebible absurdidad del sistema es de un realismo tal que no hay forma de quitártela de la cabeza; tanto es así, que me gustaría que Orten estuviera aquí para contarme lo que *verdaderamente* está sucediendo en Praga en estos días, como solo puede hacerlo un personaje novelesco de un libro ejemplar (Cervantes, *Novelas ejemplares*), un personaje que de esa apariencia de realidad que es el mundo, hace una realidad.

Los tópicos: eso que es sabido de todos pero que aun así se tiene que decir. «Es como si se acabase de terminar la guerra», dijo Armando ayer, y eso también se podría decir de Leipzig. No se trata solo de la ausencia de pintura, de los coches anticuados, de las malas carreteras, debe de ser otra cosa, como si aun siendo la hierba verde y los tejados rojos, todo siguiera fotografiado en blanco y negro, como si no acabase de querer hacerse *hoy*. Quizá sea eso a lo que Günther Grass se refiere cuando dice que aquí la gente «vive más lentamente», y justamente es eso contra lo que se rebela Monika Maron, del mismo modo que se rebela contra esos sueños que Stefan Heym intenta rescatar de la pesadilla del pasado. Yo mismo me he pillado en ese tipo de pensamientos, pero no son más que una quimera. Las verdaderas posibilidades se decidirán el domingo. «Die Stunde der Wahrheit naht», ‘Se acerca la hora de la verdad’, dice el *Sachsenspiegel*, y así es, y aunque aún es demasiado pronto, me voy al club nocturno del Hotel Astoria a tomar una taza de café. Son las diez de la mañana y helos aquí otra vez, los tiempos inmemoriales: hombres con esmóquines blancos tocando música de baile, percusión susurrante, dulces violines. Me convierto en mi difunto padre y me siento en la felpa. Butacas enormes alineadas en regimiento, rincones íntimos, mesas bajas, taburetes cuadrados tapizados de terciopelo, años cincuenta variante de la República Popular, decorados de plástico calados y abombados, lámparas de pared con cristal opalino de colores, cristal rectangular, amarillo, rojo sangre. Un reservado, un carrito con tartas y pasteles, una rubia esbelta, la vida como privilegio. Me pongo a leer en *Die Geschichte ist offen* (‘La historia abierta’) de la colección «Rororo Aktuell»: Volker

Braun, Günter de Bruyn, Sarah Kirsch, Monika Maron, Günter Kunert. Un contrapunto de voces, me quedo enganchado en la fabulosa pieza autobiográfica de Maron que con una lucidez y conmiseración que no se puede comparar a nada de lo que he leído últimamente, da una imagen de lo ocurrido a la gente en Alemania en este siglo: abuelo judío, abuela católica, comunistas, deportación, vecinos que se ponen del lado equivocado pero que aun así ayudan, una madre que a pesar de todo se sigue aferrando a la fe comunista de antaño, la ruptura, los que se van al Oeste y los que se quedan en el Este, el abuelo que nunca regresa, la reconciliación, el reencuentro con los parientes perdidos, el destino, la historia que encuentra explicación en sí misma.

Afuera, el sol niega el pasado. Paseo por la ciudad en dirección a la iglesia de Santo Tomás. Bach está enterrado allí, Mozart y Schumann tocaron allí, Mendelssohn interpretó allí por primera vez desde la muerte de Bach la *Pasión según San Mateo*. Una fotografía de Wilhelm Pieck, Walter Ulbricht y Dimitri Shostakóvich junto a la tumba de Bach. Y también eso evoca un recuerdo: Ulbricht con Jrushchov en 1963, en el congreso del SED. Nieve en la frontera, hombres con perros, nevasca en las plazas en las que el año pasado presencié la insurrección. Junto al edificio del Congreso, unas viejas arrodilladas limpiando las alfombras rojas, como si quisieran lamerlas. La voz sajona fina y aguda, los centenares de presentes, su aplauso. Esa iglesia se ha disuelto, pero esta permanece. La iglesia que promete acoger no solo a los vivos sino también a los muertos, tiene una vida más larga. El recinto es alto y fresco, observo los rostros austeros y clericales de los *superintendenten*⁴¹ dieciochescos, hombres ataviados de negro sacro, sus cabezas servidas en gargueras. Alguien toca el órgano, una forma de eternidad. Luego otro dice algo, la eternidad se desmigaja. Camino de la Feria del libro, la *Buchmesse*, en la que las editoriales occidentales andan acotando sus terrenos, paso junto a unos pósters de mujeres y «verdes». En el descansillo de una escalera, fotografías de Christa Wolf, Christoph Hein, Helga Königsdorf, Stefan Heym, Walter Janka, y me viene a la memoria el proceso de Janka, la traición de Johannes Becher y Anna Seghers, los siete años de prisión y el libro sobre ello, *Schwierigkeiten mit der Wahrheit* ('Problemas con la verdad'), y luego, como suele ocurrir en esos casos, recuerdo el alegato de Hein para rellenar las lagunas de los años pasados con la verdad de esos años. «Los escritores como pioneros y acompañantes hacia el despertar revolucionario»⁴², reza en grandes letras junto a las fotografías. ¿Será eso cierto? O fue justamente lo que escribieron en casa, a solas, sin la multitud, lo que después, en un momento dado, aclararía por qué los componentes igualmente aislados de esa multitud, esa abstracción que recibe el nombre de pueblo, se echaron a las calles de esta ciudad para escribir la historia *ellos mismos*.

Berlín, Alexanderplatz, 16 de marzo. Habla Gysi. Le vi llegar por entre la multitud cercado por un remolino de fotógrafos. Es mucho más bajo de lo que pensaba, la gorra no le es de ayuda en ese sentido. ¿Qué le hace tan carismático? Seguramente será su coraje, ¿qué ser sensato cargaría voluntariamente con un país en estas condiciones? La multitud que le aguarda crece por minutos. Es gente joven, porta banderas, llena todo el ancho de la plaza hasta la lejanía. El pequeño hombre es subido a un camión, veo el resplandor de sus ojos color guinda tras las diminutas gafas. «Y sin embargo, este avisado judío no llegará muy lejos»⁴³, oí decir a alguien en Berlín Oeste. Eso fue al principio, pero ya entonces me caía bien. Lástima lo de su partido, eso sí. Por otro lado, ¿dónde se encuentra hoy día un político que te ponga de buen humor? Así pues, tú estás de acuerdo con él, me preguntó alguien. No, no es eso, pero el hombre tiene su aquel, dije yo, y el comentario cayó mal. «Ha recibido todo tipo de fabulosas ofertas de los grandes bufetes de abogados del Oeste», suelo decir en esos casos y eso siempre funciona. Alguien que rechaza dinero por principio siempre tiene algo de santo. Es alguien que va en serio.

La multitud es paciente, sigue aumentando. Esto promete más votos que ese cinco por ciento del «núcleo duro» del partido. Un orador tras otro, Janka, que ni siquiera en la cárcel perdió su fe en el comunismo, es el penúltimo. Luego le llega el turno a Gysi. Se ha hecho de noche, los altos edificios pierden su incontenible fealdad, forman un círculo de luz en torno nuestro. Habla sobre los errores cometidos, sobre la renovación del partido que no está terminada ni mucho menos, sobre lo que, a pesar de todo, se ha conseguido en los últimos cuarenta años, sobre los pagos de reparación que el Este hubo de pagar y el Oeste no, sobre la propiedad y la protección de los alquileres, sobre las distintas formas de seguridad que desaparecerán. Observo los rostros a mi alrededor. Escuchan con la mayor seriedad. Gysi no grita, apenas argumenta, hace escaso uso de elementos efectistas, tampoco dice cómo hay que resolver los problemas. He aquí a alguien que habla contra la corriente de su tiempo, pero eso no quiere decir que no represente nada.

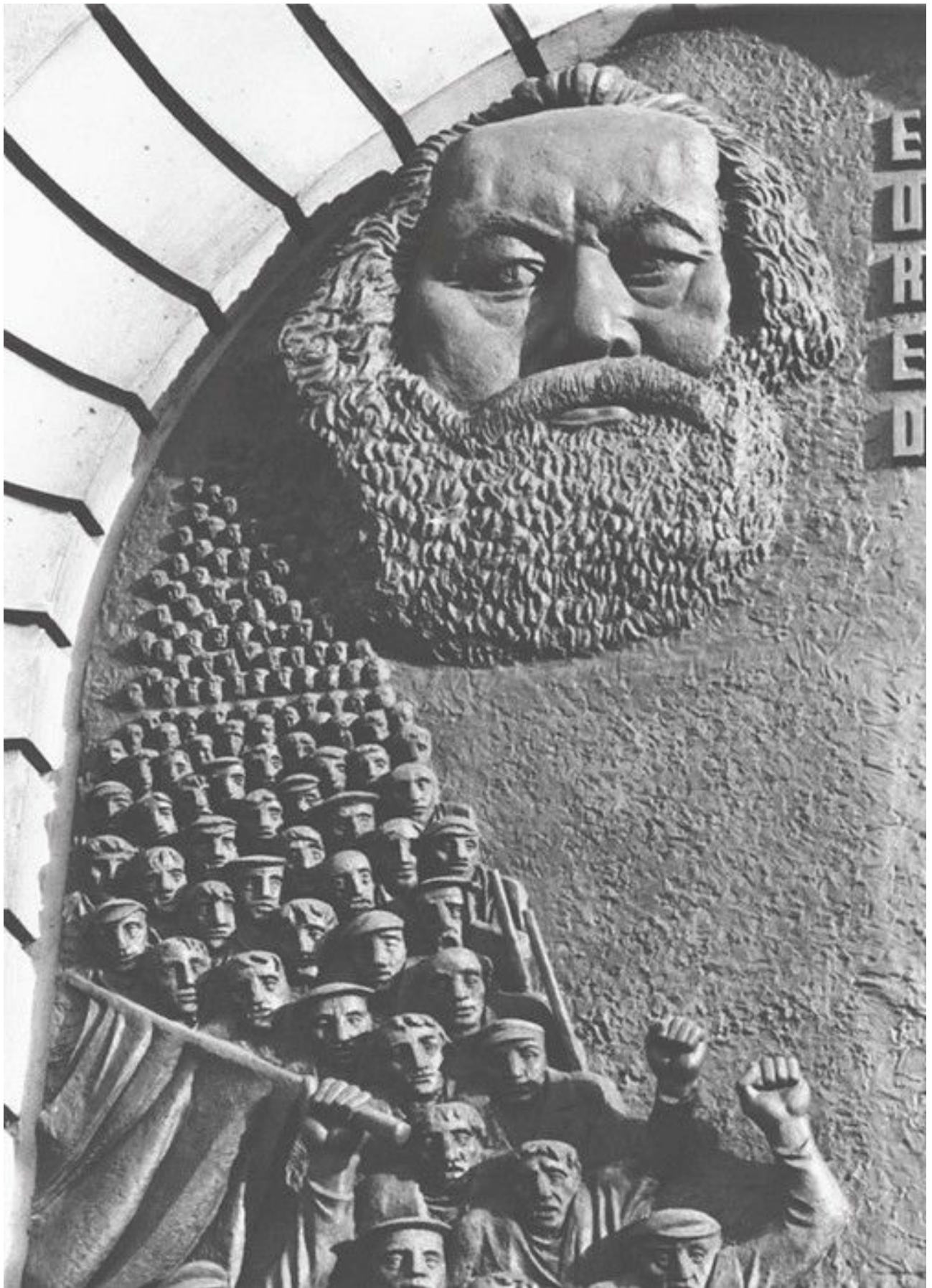
Dos días después vuelvo a verle. Para entonces, las cartas han sido barajadas de nuevo. La CDU ha arrasado por todo el país, los socialistas de Ibrahim Böhme han obtenido tan solo la mitad de ese cuarenta y cuatro por ciento previsto, sus ojos denotan tristeza. A eso de la medianoche vuelvo a ir al Este. Todo está tranquilo en Checkpoint Charlie. No sé exactamente qué es lo que esperaba encontrar, pero sea lo que fuere, no está. En el antiguo edificio del Comité Central hay una especie de fiesta; fuera, en las grandes plazas, la gente va en pequeños grupos, junto al Palacio de la República las televisiones occidentales empiezan a recoger sus artilugios. Paso junto a un muro con cuatro noes, «NEIN NEIN NEIN NEIN», y luego junto a

una placa de bronce con una cabeza enorme de Marx bajo la que desfila toda una cohorte de obreros. «Pastor, deja marchar a tus ovejas», pienso automáticamente, pero será porque es tarde. Ahora quiero volver por la Friedrichstrasse, de una casa todavía sale ruido. Abro la puerta y me encuentro junto a los héroes de la primera hora, los pequeños partidos de las grandes manifestaciones, los pioneros que los electores han abandonado. Un gran corro rodea a alguien a quien no alcanzo a ver, subiéndome a una silla veo que se trata de Gysi. «¿Dónde estabas el año pasado?», le grita alguien, borracho y agresivo. Antes de que él pueda contestar, ya hay otro en el podio que dice que Gysi le defendió hace cuatro años, y luego un estudiante que quiere defenderle porque él ha presenciado cómo Gysi ya hacía años decía cosas que nadie entonces se atrevía a decir. Me pregunto por qué seguirá aquí, por qué no se irá a la cama. ¿Qué le puede decir aún a este puñado de gente después de esta noche de elecciones? Pero entonces, a través de la máscara pardusca del agotamiento, vuelvo a captar el brillo sonriente de sus ojos de color cereza y sé que ese hombre, junto con la tosca gravedad de Modrow, aún puede procurar una oposición considerable, y no solamente en *esta* Alemania. El debate ante mí sigue, máquinas a las que no se puede parar. Paso por Checkpoint Charlie solo. Todas esas lámparas de neón, todos esos guardias, galerías, puertas, todo ese circuito laberíntico lo tengo para mí solo. «Neue Zeit», ‘Nueva Era’, reza todavía en el muro sobre mí en letras ya caducas, y también esa inscripción, en cosa de un año, ya no estará.



Elecciones, estación Alexanderplatz del tren de cercanías, Berlín Oriental, marzo de 1990

24 de marzo de 1990



Marx, relieve mural, Berlín Oriental

XI

En 1810, Madame de Staël se lamentaba de la ausencia de edificios góticos en Berlín, encontraba que la ciudad no era lo suficientemente antigua: «on n'y voit rien qui retrace les temps antérieurs». Eso ya no se puede decir hoy día, los últimos doscientos años, y sobre todo los últimos cincuenta, se ha producido aquí tal cantidad de historia, que el aire parece estar saturado; y no me estoy refiriendo a lo que se ha construido, sino a lo que ha desaparecido, el poder de los lugares vacíos, la fuerza de atracción de todo lo perdido: las plazas, los ministerios, los búnkers del *Führer*, las cámaras subterráneas de tortura, la tierra de nadie alrededor del Muro, el mortal banco de arena entre los dos muros al que se le llamaba el *Todesstreifen*, el 'corredor de la muerte', todos esos lugares en los que la gente y los recuerdos han sido engullidos. Berlín es la ciudad del «no hay», de lo que ha sido aniquilado por las bombas, de lo cercado, de lo misteriosamente prohibido. El símbolo de ello son los impactos de bala que aún se ven tan a menudo, las pequeñas oquedades, lugares donde tendría que haber piedra pero donde ya no la hay, ausencia, igual que la ausencia de gente en las estaciones de metro que han sido cerradas. Uno atraviesa la ciudad en metro y se encuentra de repente en una tierra fantasma, un mundo abandonado por sus habitantes o devastado por la peste. Los andenes están vacíos, la iluminación es fantasmal, desde el tren se puede ver el silencio sobrecogedor que allí reina, uno tiene la certeza de que si se bajase se convertiría en un hombre viejo, alguien con un periódico de 1943 en el bolsillo. Edificios «viejos», como el Reichstag o el Pergamon Museum, resultan extraños, naves encalladas aquí en alguna que otra prehistoria, que apenas pueden acordarse de su pasado o misión.

Esto lo pienso en el Palacio de Bellevue, en espera del momento en que Richard von Weizsäcker presente a su invitado Wolfgang Hildesheimer, que esa noche leerá en público. Me he situado en la parte de atrás de la sala para poder ver mejor al público. Como no es mi país, apenas conozco a nadie, para mí no es más que una asamblea considerable de damas y caballeros mayormente abstractos, que por alguna extraña razón pegan con la anonimidad renovada de la sala. Un hombre con un par de anillos esculpidos de un tamaño absurdo, ahí se acababa toda la extravagancia, y Stefan Heym como una vieja garza maligna en la primera fila, que hace poco se refería a Alemania Occidental como el «Estado de filibusteros» y que aun así se hallaba aquí, conversando con el canoso presidente. En *Die Zeit* de esta semana, la condesa Marion Dönhoff escribe sobre Von Weizsäcker, sobre su dignidad, su autoridad. Mientras Hildesheimer lee, tengo tiempo de colocar una

peluca plateada en la cabeza del presidente, de ponerle el uniforme de un chambelán secreto de la corte de Sans-Souci. Su distinción permanece indemne, es la aristocracia de la antigua Alemania, algo de la época en que se desarrolla la historia de Hildesheimer, la biografía fingida de un aristócrata inglés que visita a Goethe en Weimar. Escucho los diálogos inventados que después de Eckermann han adquirido la apariencia de una autenticidad absoluta, y al mismo tiempo medito sobre la tenacidad del cuerpo humano. El del presidente tiene un aspecto sólido y frágil a la vez, me cuesta imaginar que este sea el mismo cuerpo que albergaba ya su alma cuando los dos se encontraban ante Leningrado en 1943. No es que yo sepa exactamente qué es su alma, pero debe de ser eso que irradia a través de sus ojos fríos y luminosos, y que tengo ocasión de percibir después cuando me encuentro junto a él. Tenacidad, no se me ocurre otra palabra más adecuada; me refiero al cuerpo como portador de la memoria, de la experiencia, a ese cuerpo que, con el recuerdo de la guerra, de su regimiento, del que fueron ejecutados diecinueve oficiales tras el atentado contra Hitler y del que la mayoría de los soldados perecieron, ha continuado viviendo en una línea ininterrumpida hasta ahora, hasta estar en esta sala, entonces destruida, sonriendo, con una copa de champán en la mano, charlando, escuchando. Escuchando.

Solo después me doy cuenta de que esta velada también tenía otro propósito, de que algunas de las caras que me parecía reconocer pertenecían a políticos de la RDA, con quienes se llevaron a cabo charlas informales antes de dar comienzo la representación. Solo a la salida veo también a Modrow, prácticamente oculto en una cohorte de guardaespaldas a la carrera. Es como si un escalofrío glacial recorriera la sala, no por el hombre en sí, sino por el modo en que todo ello sucede. En esos momentos todavía es primer ministro, y como en una secuencia filmica, veo a los doce hombres que le envuelven por completo, el loco galope a que le parecen someter, su mirada extraviada, como si a él también le pareciera que tiene que ir demasiado deprisa, el paso que tengo que retroceder para dejarles vía libre hacia la escalinata, las tres limusinas de un negro reluciente que le esperan un poco más allá, el portazo al cerrar las pesadas puertas; las luces difuminándose en la lejanía, la irrealidad, el silencio en el que todo ello transcurre. Este hombre seguirá llevando el timón de la RDA tan solo una semana más, después le aguardará probablemente el mismo destino que a Suárez en España, solo que aquí no hay rey que le vaya a hacer duque. *Exit* Modrow, pero sin el esplendor isabelino de un verdadero drama real, presente y ausente a un tiempo, al igual que su bizantino gabinete de curiosidades políticas de todas las tendencias y sus ocho ministros sin cartera. Y no, no se trató de una farsa, esa extraña corte con su mesa redonda rectangular practicó durante cinco meses la cuadratura del círculo y todo ese tiempo deambuló por el cieno de la historia llevando en sus brazos a un país de verdad para finalmente depositarlo a petición del pueblo a los pies de la República

Federal, con la hucha de los ahorros al lado. Von Weizsäcker, Modrow, dos vidas alemanas paralelas que apenas tienen algo en común a no ser ese instante singular en que sus caminos se entrecruzan. Ambos recorrieron el largo camino por las instituciones de sus Estados gemelos extraños entre sí, pero ahora el guionista ha dejado a Modrow fuera del siguiente capítulo, y la obra continuará sin él.

Detrás de mí, en el vestíbulo, cuando ya los coches han desaparecido en la lejanía, oigo una voz que pregunta: «¿Eran todos esos tipos de la Stasi?», y otra que le contesta: «No, había seis de los nuestros. ¡Hoy día esos trabajan juntos!».

Conversaciones, palabras atrapadas al vuelo que –como cuando se oye un par de notas y se sabe de inmediato a qué melodía pertenecen– uno puede situar al instante en un contexto más amplio porque se trata de palabras clave: *Stasi*, uno por uno, Polonia, *hüben*, ‘este lado’, *drüben*, ‘el otro lado’. Un viejo en un bar del Este: «Van listos si se creen que van a poder jodernos con su uno por dos; de ser así, correrá sangre... ya lo verás, correrá sangre. Nos han estado timando durante años, pero eso no va a volver a pasar, lo de Honecker no ha sido nada comparado con lo que les ocurriría al Maizière ese y a los suyos. Nos echaremos a la calle, pero esta vez nada de velitas, eso te lo aseguro».

En Berlín Oeste, en la Kantstrasse:

–Ya podían largarse esos polacos de mierda, no se puede pasar por ningún sitio, compran todo por menos dinero que nosotros, con eso de no tener que pagar IVA. Fíjate qué cantidad de aparatos, vídeos, radios, televisores enteritos, luego van y los venden a precio de oro en su país, y mientras, meándose aquí en los portales.

–Pero para los tenderos es todo un negocio.

–Puede ser que sí, pero entre tanto no hay quien pase por ningún lado. Pero si es que me cago en la leche, me pego una hora en la cola del supermercado, esa gente compra para todo un pueblo, no hay más que ver cómo van de cargados.

Delante del edificio de la Stasi, en la Normannenstrasse. Lo observo desde la acera de enfrente. Todo está tranquilo, es la mañana de Pascua; el edificio, ancho y siniestro, está bañado de sol. Un transeúnte grita riéndose desde la acera de enfrente: «Qué, ¿también le tienen fichado?». No, a mí no me tienen fichado. Como en la calle todo está en silencio, me puedo imaginar la traición como sonido: las voces deformadas por el teléfono, las denuncias, el cuchicheo sobre el vecino, el médico, el cura, el zumbido del télex, las suaves ametralladoras de las máquinas de escribir, el ronroneo de los ordenadores, las palabras de un informador que quedan suspendidas en la habitación. La Stasi tenía más gente a su servicio que el ejército, su red llegaba hasta al más recóndito de los parajes, todos podían ser los espías de todos, cada palabra podía ponerse en boca de otro y llegar hasta aquí, a este edificio, y convertirse en un expediente, en un informe, en un arma que, incluso después de que todo hubiese cambiado, seguiría cargada, un arma que ahora

también se podía usar contra ti, porque habías sido utilizado o te habías dejado utilizar. ¿Qué dijo tu padre? ¿Qué dijo el profesor? ¿Qué dijo el alumno? ¿Qué dijo el compañero de departamento? Palabras, afirmaciones, frases, verdaderas o inventadas, que enrollan su hilo alrededor de la gente, arrastrándola lentamente hacia este edificio, y entonces viene la suma de significados, la determinación de posiciones. Y ¿dónde fue entonces? ¿Y cuánto solía quedarse ahí? ¿A quién iba a ver? Había cientos de miles de personas implicadas; si todas esas voces pudieran oírse a la vez, harían el ruido de un huracán, pero he ahí el quid de la cuestión, la traición no suena así, la traición suena a silencio, un silencio elevado a la enésima potencia, un cuchicheo de nombres y fechas enrarecido y escalofriante que se congelaba en unos archivos que crecían sin parar.



Esta semana las pude ver, las caras de Böhme, de Schnur, de Hirsch, caras de no culpables, quizá culpables, culpables, caras de manipulación, de venganza, de «quizá haya otros expedientes sobre mí», mentiras, el fino polvo de la duda, que todo lo penetra, la traición, o la doble traición. La fotografía de Schnur era la peor: la figura gigantesca de Kohl en un balcón en Dresde o en Leipzig, abajo debe de estar el pueblo gritando: «¡Helmut, Helmut!», pero al pueblo no se le ve en la foto, la masa del cuerpo de Kohl se perfila implacable sobre el cielo. A unos metros detrás de él está Schnur, también tomado de espaldas. Guarda la distancia que guardaría un criado, y en realidad eso es lo que es en ese momento, el criado sorprendido in fraganti, tiene las manos a la espalda y aprieta los puños de una manera horrible, sabe que Kohl lo sabe y que luego todo el mundo lo sabrá, el fin, la ignominia. Y ¿qué hay de Hirsch y de Böhme? ¿Puede uno hacer algo sin saber que lo ha hecho? ¿Puede haber un expediente en el que seas otra persona de la que crees que eres? ¿O se puede encontrar algo que tú nunca hubieras imaginado que se podía encontrar? ¿O se trata tan solo de sembrar la duda para hacerte daño, para destruirte? El rostro autocomplaciente del hombre del *Bildzeitung* que le dice a Hirsch: «sí, pero todavía pueden salir a la luz otros expedientes, ¿no?». Esas son las conversaciones de un mundo falsificado, la herencia de cuarenta años de un modo de pensar podrido anida en la lengua, en el comportamiento, en el recuerdo, en los expedientes, en un pasado que invade el presente, que se quiere abrir camino hacia el futuro, el cadáver en el armario que come, fuma, bebe, vota, y que se sienta al lado de uno en un bar o en la Volkskammer.

Yo soy el extranjero, intento comprenderlo, asisto a un concilio con millones de obispos, escucho los debates, leo las actas, la teología monetaria, la casuística política, la escolástica del artículo 23 contra la del 146. ¿Quién es el ortodoxo, quién el hereje? ¿Qué castigo para qué pecado? ¿Cuál es el cambio de moneda canónico? Dos por uno equivale a un pueblo descontento y un pueblo descontento es un pueblo peligroso. Uno por uno equivale al paro y el paro es descontento. Pero el descontento de algunos es mejor que el descontento general. ¿O no, o sí? Este pueblo quiere la unidad, ¿es eso acaso pecado? Todavía me acuerdo de que hace un año era impensable, de que la gente con la que hablabas en Berlín Oeste te decía que no quería unirse con los de allí. A veces son los mismos que ahora abogan por una confederación, y entonces, por enésima vez en la historia, se frenaría o se frustraría una aspiración que no se puede rechazar o ignorar impunemente, una corriente natural que fluye por el pasado alemán, el anhelo de una unidad política como la que Francia o Inglaterra disfrutaban ya desde la Edad

Media, pero que para Alemania no se hizo factible hasta 1871 y que nunca llegó a ser aceptada por Francia; a un tiempo, por una serie de procesos internos, la democracia no funcionó aquí plenamente hasta 1918 e incluso después de 1918 el poder continuó de hecho en manos de una minoría de militares e industriales, pocos pero poderosos, que, tras la humillación de Versalles, buscaban la revancha y la recuperación de su posición y que desde luego no tenían intención alguna de otorgar al pueblo la democracia y la unidad que este quería, a pesar de que había sido él quien había elegido a sus líderes, y aunque hubiese una mayoría socialdemócrata en el Parlamento.

Sobre la atroz confusión de espíritu de aquellos días, hay material de estudio más que de sobra: los sueños metafísicos de Spengler, Jünger y Hitler, disfrazados como ideas seculares, el cínico cálculo de los Von Papen, de los Hugenberg y de los Thyssen y su impía alianza con los nacionalsocialistas, que dio comienzo en 1929 y que culminó en 1933, con la subida al poder de Hitler, después de que, o mejor dicho, debido *justamente* a que este, en las últimas elecciones, hubiese *perdido* dos millones de votos que habían ido a parar a la izquierda. Barraclough (*The Origins of modern Germany*) llama a esto una conjura contra el pueblo alemán, y para aquellos que siempre dicen (también como argumento contra la democracia) que fueron los alemanes quienes eligieron a Hitler, no viene mal repasar las cifras una vez más. En 1924, los votantes del nacionalsocialismo apenas alcanzaban el millón; en 1928 eran aún menos; en 1930, después del *crack* de Wall Street y el hundimiento de la industria alemana, eran 6,4 millones; en julio de 1932, 13,7 millones (por aquel entonces había más de seis millones de parados), pero en noviembre de 1932 esa cifra había descendido a 11,7 millones. Durante todo ese tiempo, el número de votos comunistas y de la socialdemocracia se mantuvo prácticamente a la par, y en línea ascendente: de 10,5 millones en 1924 a 13,1 millones en 1932. El Partido Católico de Centro mantuvo sus cifras, algo más de cuatro millones, de manera casi continuada. Únicamente los otros partidos de la clase media perdieron y pasaron de 13,2 a 4,2 millones, pero todo esto viene a indicar que en las últimas elecciones libres de 1932 más de veintidós millones de alemanes no votaron a Hitler.

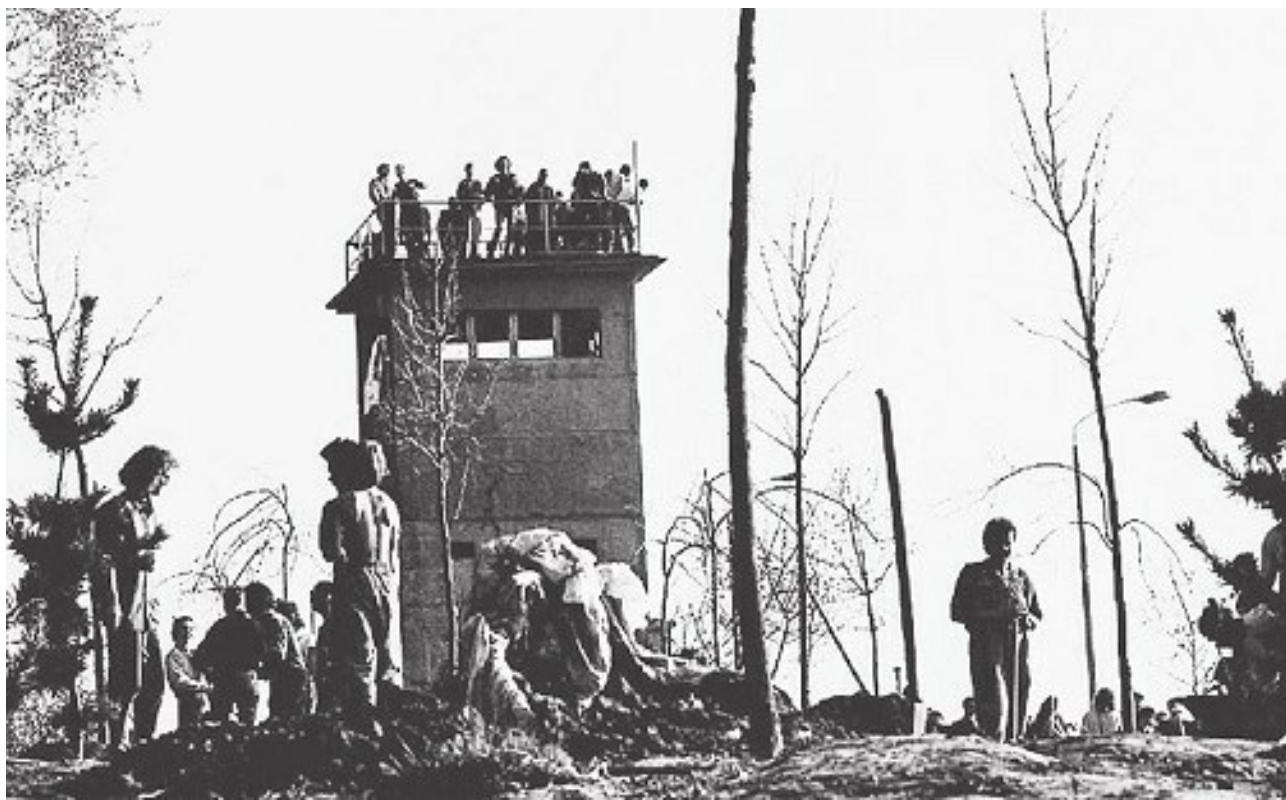
Lo que vino después es conocido por todos, y las consecuencias para el país al que todavía llamamos la RDA también son conocidas; el problema radica en que, por lo visto, ese conocimiento puede usarse en ambas posturas del debate, a favor y en contra. No deja de resultar curioso que el argumento económico se siga considerando como algo inmoral o vergonzoso, como si se tratara de algo que pudiera aislarse del resto de las consideraciones. En este sentido, las aspiraciones de Alemania Occidental se limitarían exclusivamente a la obtención de una nueva colonia, mientras que las de los alemanes del Este se asemejarían más bien a un embarazo en su última fase pero al revés: *entrar* lo antes posible, de ser necesario a

base de una cesárea, empalme inmediato con los sagrados beneficios de la placenta y del líquido amniótico del gran cuerpo. Un punto a favor de esta última versión es su carácter natural, pero quizá la naturalidad no sea una categoría aplicable cuando se trata de un pueblo, porque, llegado el momento, los pensadores no se fían del pueblo, o le tienen miedo, eso también puede ser. Así, quienes están a favor de una adhesión inmediata (artículo 23) son acusados de un «nacionalismo del marco alemán», mientras que los miembros de la cautelosa minoría que se acoge al artículo 146 («Esta ley fundamental perderá su validez el día en que entre en vigor una Constitución aprobada por el pueblo alemán mediante elecciones libres»)⁴⁴ son tachados de patriotas constitucionalistas. O sea, los otros no tienen nada de patriotas, y a veces, en estas controversias conciliares, incluso se tiene la impresión de que optando por el artículo 23, por ser la vía más corta, se estuviesen invocando todos los fantasmas del pasado. Incluso la palabra *Auschwitz* se deja caer con regularidad, y aunque sea con la mejor intención del mundo, a causa del carácter intocable de ese pasado y de la indemostrabilidad de lo que se quiere decir con ello, no deja de ser, en mi opinión, una blasfemia.

Bueno, quizá fuera más *hermoso* hacerlo como querían Grass y Habermas: dejar pronunciarse a todos los alemanes sobre la alternativa entre un Estado único o una federación de las dos repúblicas. La RDA sigue siendo por el momento económicamente inválida y dependiente, socialmente diferente, históricamente cargada con una pesada herencia y, con una población de dieciséis millones, constituiría una minoría en el parlamento conjunto. Es decir: demasiados pocos representantes como para preservar a los ciudadanos de la antigua RDA de toda una serie de cosas desagradables. Si aun así se optase por esta vía, ocurriría al menos con los ojos abiertos, la minoría tendría la oportunidad de justificar su posición, y el documento de esa justificación seguiría por siempre encima de la mesa: lo véis, así también hubiera sido posible. Pero el pueblo canta más rápido que sus pensadores y con su canto ha despachado a sus anteriores líderes a un olvido ignominioso, y parece haberle cogido gustillo a esa canción. ¿Quién conoce lo suficiente a los cantores como para afirmar que esta no es su canción?

Llueve, brilla el sol, otra vez lo de la feria en el infierno. Me encuentro, pues, en el lugar prescrito, una luz solar engañosa y cobriza brilla en las ventanas ciegas y reflectantes del edificio de la Stasi. Desde luego hay que estar tonto, pero me acabo de dar cuenta: este edificio no tiene puertas en la fachada principal, todo el muro repleto de garabatos iracundos está alicatado hasta una altura de unos dos metros con una piedra amanchonada, de color caca, justo por encima empiezan los cuatro pisos con las ventanas sin rostro, como si el arquitecto hubiese disfrutado perversamente intentando expresar en su diseño, en la medida de lo posible, la función de este edificio: la deshumanización, la fatalidad, el calvario. Uno ni

siquiera puede imaginarse que alguien en este edificio haya bebido alguna vez un vaso de agua, y aun así, bebían agua, del mismo modo que bajaban del tranvía en la calle de Jacques Duclos, que luego sigue para la avenida de Lenin y la calle de Ho Chi Minh, que pasaban junto al quiosco de periódicos con los patrones de bordado «para la mujer de la RDA», junto a los escaparates morados de la tienda de electrodomésticos, junto a la licorería Reni, junto a la tienda de animales con sus periquitos vivos en el escaparate, y oían el bullicio del estadio de fútbol Hans Zoschke, y luego, por alguna entrada lateral, entraban a trabajar, tranquilamente, como todo el mundo. Miraban por la ventana hacia afuera, a sabiendas de que el que pasaba no les podía ver, sacaban y archivaban carpetas, hacían anotaciones en los expedientes, escuchaban cintas, bebían café, y al terminar el día se iban a sus casas, y sacaban a pasear a Wolfgang, el perro, y les tomaban la lección a sus hijos. «El amor y la verdad han de triunfar sobre la mentira y la violencia»⁴⁵ (Václav Havel), reza una pintada en el muro, pero eso entonces no lo ponía.



Falkplatz, Berlín Oriental, abril de 1990

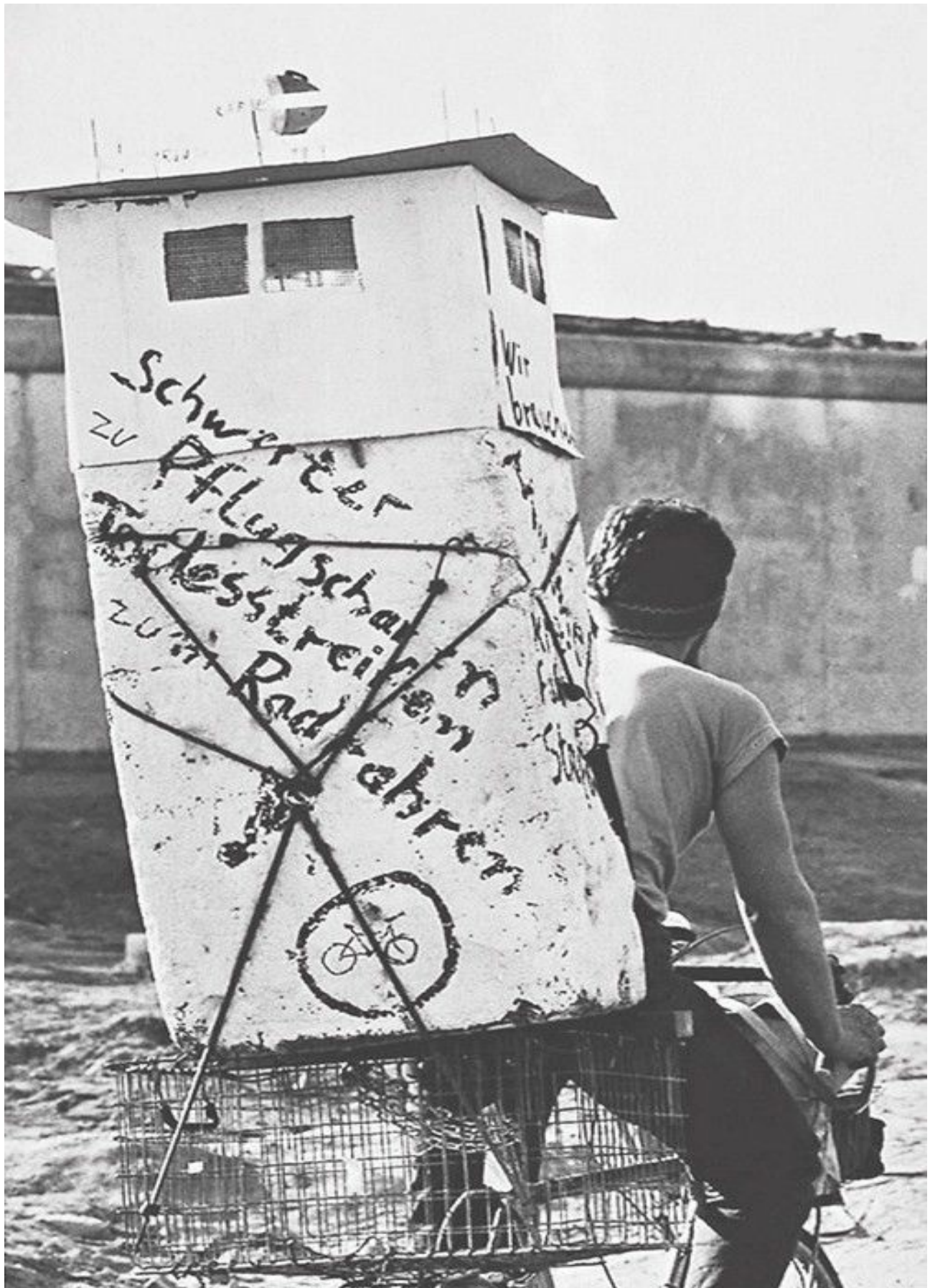
Hace dos semanas estuve en la Falkplatz, una plaza que el otro día fue desalojada por fuerzas fronterizas de la RDA. En este, el más triste de todos los barrios, se plantarían árboles; todo el que quisiera podía traer sus propias plantas, no obstante el servicio de jardinería del barrio del Prenzlauer Berg y otros servicios más

traerían en cualquier caso cien árboles. Al mismo tiempo, habría una manifestación en bicicleta desde la Alexanderplatz hasta esta plaza, pudiendo cruzar ‘a modo de atracción especial’ («*Besonderes Bonbon*») por el antiguo corredor de la muerte, el espacio vacío entre el doble Muro, un espacio vacío en el que los guardias fronterizos antes podían hacer blanco fácilmente si se intentaba pasar corriendo. El sol brillaba, había mucha gente, todo el mundo estaba cavando en el suelo, hasta los *Vopos* cargaban con jóvenes árboles cuyas raíces estaban todavía ocultas en las redes de yute con la tierra; reinaba un clima de benevolencia, alguien tocaba la flauta, el morado era el color predominante, algunos de los ciclistas tenían por sí solos más pelo que treinta soldados, un chico con un pantalón de peto intentaba quitar con una pala un cartel del PDS⁴⁶ de una de las torres de vigilancia, sin duda demasiado joven como para saber que un día, tarde o temprano, todo desaparece por sí solo. Desde los balcones, los habitantes de las casas ruinosas alrededor de la plaza contemplaban el espectáculo desabridos o apáticos y veían cómo esos idiotas de abajo se partían el lomo para hacer de ese desierto pelado un parque. No es que tenga muchos conocimientos botánicos, pero me pareció que todos esos árboles de distintas especies se estaban plantando demasiado juntos, pero la tierra olía a fresco y las niñas hacían hoyitos con las manos para unas plantitas con flores amarillas, un chico pasó en una bicicleta con una torre de vigilancia de cartón a cuestas, la gente se reía, cantaba, y sobre ese telón de fondo con el Muro que todo lo devora, con las torres de vigilancia abandonadas y la arena en otro tiempo mortal a su alrededor, tuve una intensa sensación de bienestar, o quizá se tratara simplemente de felicidad, ahora me encontraba a su lado del Muro y podía contemplar mi mundo desde allí. Intenté imaginarme cómo esos dos barrios de la ciudad acabarían por engarzarse, pero me fue imposible, era demasiado difícil, porque entonces esas torres y esos muros y esa arena tendrían que desaparecer, y en su lugar habría cosas que aún no puedo imaginar, y sé que ese espacio acabará por rellenarse pero no se me ocurre cómo, no soy un planificador urbano, mi tarea es la verificación, y por eso he vuelto a venir ahora, otro ahora, dos semanas después; me he bajado en la Schönhäuser Allee, y he venido andando hasta aquí por la Kopenhagener Strasse por un barrio que con lluvia es infinitamente más triste, y siguiendo el Muro voy a dar nuevamente a la plaza: ni gente, ni flautas, ni voces, el cartel del PDS sigue en la torre, desafiando a la lluvia, y los jóvenes árboles también siguen allí, desnudos, tiesos, a disgusto, tilos y abetos, pinos y castaños, y pienso que dentro de cincuenta o cien años me gustaría cobijarme bajo las copas imponentes de este bosque de la esperanza, y quiero que los que lo plantaron no se vean decepcionados.



La franja de la muerte, Falkplatz, Berlín Oriental, abril de 1990

21 de abril de 1990



Falkplatz, Berlín Oriental, abril de 1990

XII

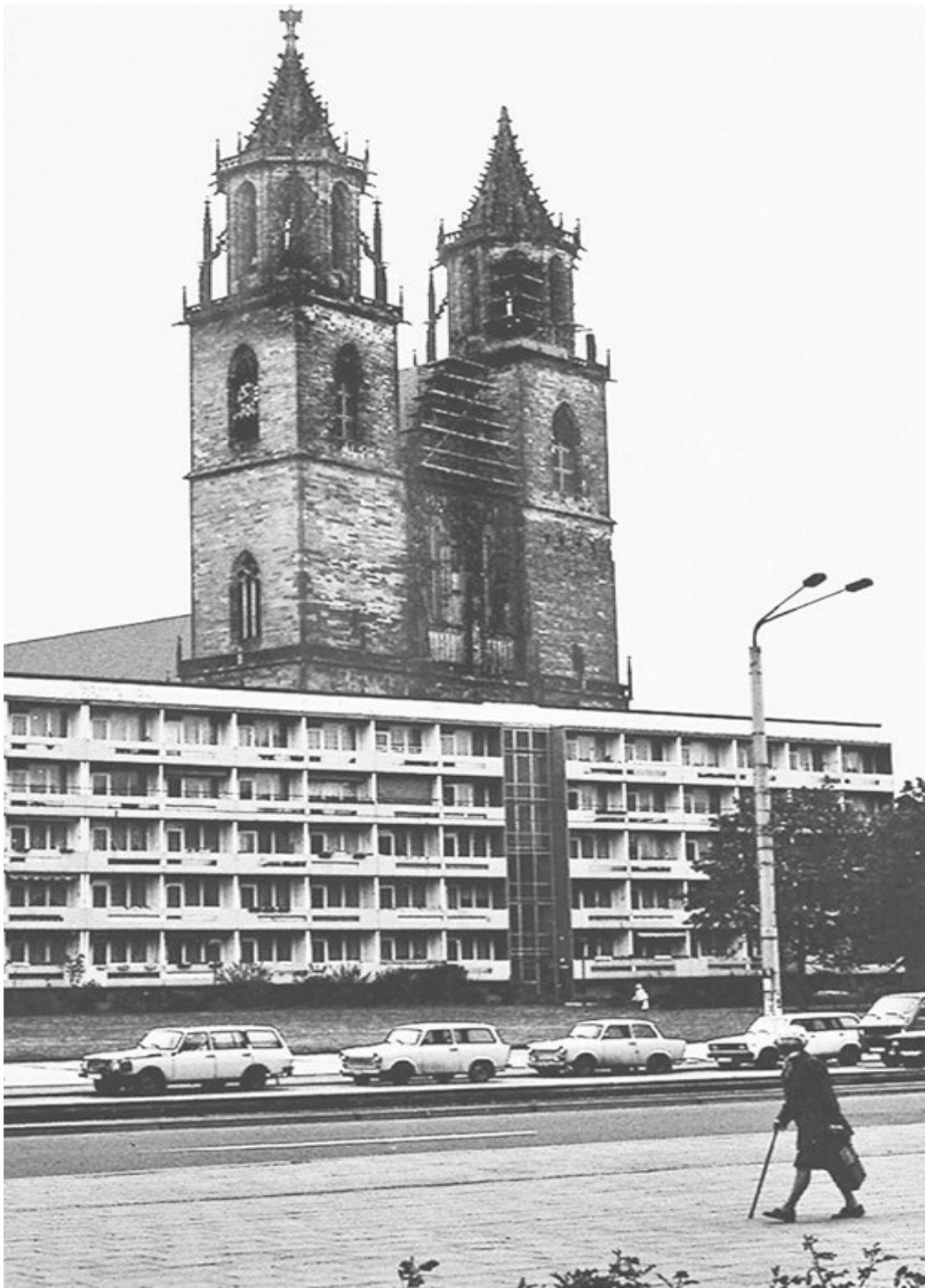
Ciencia ficción política, eso hubiera sido si hace cosa de un año hubiese aparecido una novela en la que un primer ministro democristiano de la RDA con nombre francés hubiese volado a Moscú para hablar con Gorbachov de una eventual adhesión a la OTAN de la Alemania unida. Uno se lo quiere imaginar, aunque solo sea por una vez: el Honecker de hace un año con un periódico de hoy en sus manos, presa de un ataque por «cortocircuito», pone la televisión y ve a De Maizière en Moscú descendiendo por la escalerilla del avión. ¿Qué tipo de realidad es esa, que es absurda y real a un tiempo? Vivo en una ciudad, cojo el autobús y me voy al Reichstag. La Puerta de Brandeburgo ha sido despojada de sus caballos y su carro triunfal y le han puesto andamios, un edificio emasculado. A su alrededor, una vasta explanada; por la noche se desmantela el Muro. La gente atraviesa ese terreno abierto, soldados del Este con botas, un niño, figuras luchando contra el viento con el Hospital de la Caridad como telón de fondo. Voy al otro lado, me dejan pasar sin más formalidades, en una barraca de madera cambio marcos del Oeste por marcos del Este, uno por tres. También podría hacerlo en el mercado negro, por todas partes hay gente mugrienta con fajos de billetes en las manos dispuesta a cambiarte. Te dan mucho más, pero tiene algo de despreciable, ya nos aprovechamos bastante con el tres por uno. Te encuentras a diez minutos de tu casa, hace el mismo tiempo, en torno tuyo oyes hablar el mismo idioma, pero de repente, como por arte de magia, el dinero en tus bolsillos se ha multiplicado, porque no solo es que uno de los tuyos es tres de los suyos, es que una taza de sopa vale 1,50 marcos, un *gulasch* 3,95, una cerveza 1,20, y todas esas cantidades las puedes dividir aún por tres, y sales a la calle con una extraña sensación, y luego vas a una librería y compras una fantástica antología poética bilingüe de René Char por tan solo seis, es decir, dos marcos. Aquí hay algo que no encaja, pero así es la realidad. Solo en los grandes hoteles hay que pagar en marcos del Oeste y a veces – en la mayoría de los casos no– cuando echas gasolina tienes que mostrar el recibo de que has cambiado el dinero oficialmente. Aquí se trapichea, se especula y se calcula de lo lindo; dinero, dinero, dinero, todo huele, sabe y suena a dinero, es el murmullo en cada conversación y sus tentáculos llegan hasta los dominios del miedo, de la incertidumbre: ¿qué va a pasar luego, después del 2 de julio⁴⁷, y qué va a suponer para la vida de cada uno en particular?

Un viaje a través de la RDA. Tomo la autopista por la que ya he ido tantas veces

en dirección hacia los Países Bajos, pero ahora puedo salirme de ella, puedo adentrarme en el país. Magdeburgo, Halberstadt, una catedral, otra, claustros, nobles yacientes sobre sus tumbas, un mundo que se había preservado en hielo y que ahora se descongela, pero eso es una imagen falsa, ¿no? Aun así, ¿por qué se tiene esa impresión? Una guerra, bombardeos, restauración y, claro está, durante todo ese tiempo, esas iglesias han estado ahí y todos esos siglos la mujer inglesa de uno de los Otones ha yacido aquí, oculta tras su sonrisa enigmática, como si escuchase algo en la lejanía, pero ¿qué? Logro descifrar su nombre, el escultor hizo su epitafio en forma de jeroglífico, entrelazó las letras de sus títulos y virtudes, pero todavía los puedo leer, como también puedo leer la escritura de los capiteles y de las representaciones talladas en madera de la sillería del coro, que relatan en todas partes las mismas historias, haciendo así que esa Europa eternamente dividida adquiera una unidad aparente en estas iglesias. Como este país estaba cerrado, uno tenía la impresión de que estas iglesias ya no existían, y todavía ahora parece como si hubiesen estado ausentes por mucho tiempo, como si acabasen de volver para hacerse sitio entre esas extrañas colmenas de la arquitectura socialista, aves migratorias entre las torres de pisos endebles y destartalladas, formas paradójicas, cuerpos extraños que en realidad pertenecen a aquí.

Contemplo los rostros medievales, las figuras de Holbein adosadas a las altas losas sepulcrales, los ángeles cubiertos de hollín, corroídos, las paredes rocosas ennegrecidas de los altos edificios, me uno a un grupo de niños que va con su profesor; este hace las veces de guía y oigo las frases tranquilas y elocuentes que les dirige, historias sobre el antiguo Imperio, parece como si quisiera devolverles no solo esas historias ancestrales, sino también el alemán propio de ellas, como si no lo hubiesen oído en mucho tiempo. Ese alemán no estaba disponible, era otra variante la que estaba a la orden del día, una variante en la que eran otras las palabras en boga, en la que las formas disidentes de la historia se habían escondido, ausentes sin haberse marchado nunca en realidad. Quizá sea justamente eso lo que tenemos aquí ante nosotros: bajo esa superficie de copulación y voracidad materialista existe una Alemania sumergida, *aplazada*, que se restituye a sí misma, y en estos momentos nadie sabe exactamente qué uso hacer de esa restitución. Pero lo que haya de ocurrir ocurrirá en la lengua, y no será en esa lengua que solo sirve «para encargar calcetines a Taiwan» (Peter Sloterdijk) ni tampoco en la de los artículos de primera plana del *Neues Deutschland*⁴⁸ de hace dos años, ni en esa variante conjunta anterior, que estuvo en vigor entre 1933 y 1945, en la que se mintió tanto que hay ciertas palabras que nunca se sobrepondrán a ello. Donde faltan las palabras, se titubea al hablar, surgen formas de taciturnidad, de encubrimiento, de silencio. Las palabras alemanas *sprechen* y *versprechen* son un doblete que no se encuentra en el neerlandés: ‘hablar’ y ‘prometer’ son dos cosas muy distintas. Los neerlandeses pueden ‘equivocarse al hablar’ (*zich verspreken*) y los alemanes

también (*sich versprechen*), pero solo para estos últimos *versprechen* significa también ‘prometer’, y a eso hace referencia Peter Sloterdijk cuando dice que el ser alemán implica la incertidumbre sobre lo que uno puede prometerse a sí mismo y al mundo: «Quien quiera prometer algo en alemán, en el futuro tendrá que reflexionar sobre el qué y el cómo de sus palabras más a fondo que cualquier otra persona en cualquier otro lugar»⁴⁹.



Mientras, sigo caminando tras los niños (ahora están junto a san Mauricio y el profesor les dice: «¿Habéis visto? Un santo negro»), mis pensamientos se pierden por lugares tan recónditos que me es imposible seguirlos: una lengua es lo que se escribe y lo que se habla, pero ¿es también aquello que *potencialmente* se puede decir con ella? Y, de ser así, ¿qué quiere decir esto? ¿Son algunas lenguas menos capaces que otras a la hora de expresar el mal? ¿Hay lenguas en las que es más fácil mentir? Y, si eso fuese así, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que una lengua se curase de sus mentiras? O, en el caso de que la lengua misma sea inocente, y por tanto víctima, o mejor dicho también víctima, igual que aquel a quien se miente con ella, ¿cómo se la puede curar? ¿Y quién tiene que hacerlo?

Los niños se ríen de algo, las estridentes carcajadas saltan hasta la bóveda y, asustados, ellos mismos empiezan a hacer ¡chsss! y aun así, como ellos están aquí, y yo estoy aquí, y ellos con sus risas forman ya parte de mi pensamiento, parecen decir: «Seremos nosotros quien la cure»; y al mismo tiempo, me doy cuenta (de ese modo en el que de repente se es capaz de expresar lo que se sabe ya desde hace tiempo) de lo curioso que es que nazcamos *dentro* de una lengua, como si por un momento, esa duración fortuita de tu vida, fuésemos sumergidos en la corriente de un río. Pero esa corriente se modifica constantemente, uno mismo también contribuye a ese cambio, y después nunca vuelve a ser la misma. Para mí esa corriente han sido los místicos medievales Ruusbroec y Hadewych, las palabras pronunciadas por el juez contra Oldenbarneveldt⁵⁰, el poeta Vondel, pero también Max Blokzijl⁵¹, y debajo detrás de todas esas palabras escritas y articuladas, el murmullo interminable de las generaciones sucesivas, el constante raudal de palabras y frases en el que nos desenvolvemos. Para estos muchachos, que ahora acarician los demonios y figuras animales de la sillería del coro, esa corriente son las palabras que Lutero tradujo del griego en el castillo de Wartburg, pero también los ecos germanos del *Cantar de los Nibelungos*, el oleaje retórico de Hölderlin y las palabras olvidadas que Handke les devuelve al describir los paisajes de su juventud en *Die Wiederholung* ('La repetición'); es el clamor de la guerra de los Treinta Años, pero también los informes protocolarios de Himmler o los berridos de Goebbels, o la respuesta de Gottfried Benn a Klaus Mann, y su posterior pesar por escrito: una interpenetración de palabras habladas y escritas, incesante, viva, la conversación del pueblo consigo mismo, una lengua que, quién sabe, quizá se purifica a sí misma cuando desaparece la presión de los sistemas que abusan de ella, al igual que los pulmones vuelven a limpiarse a lo largo de los años cuando se deja de fumar.

Voy camino del Harz. Unos amigos berlineses se rieron con un cierto recelo cuando les leí los puntos de destino de mi viaje: el Hexentanzplatz, la Rosstrappe⁵², el monte Brocken, la Barbarossahöhle ('la cueva de Barbarroja'), el castillo de Wartburg, la Alemania de los solitarios viajes en busca del Santo Grial, de la sangre de dragón, del griterío de brujas, de la leyenda, del recuerdo nostálgico. ¿Por qué las brujas de *Macbeth*, el antiguo crepúsculo de los druidas y los héroes irlandeses no provocan en mí el mismo escalofrío irónico que las mujerucas vocingleras del *Fausto* de Goethe o el *Weia Weiala Walla* de Wagner? La respuesta debe de ser, pues, que en Inglaterra ese mundo murió una muerte dulce junto con el anémico prerrafaelismo, mientras que en Alemania ese mundo conoció un *come-back* y se fue a mezclar con símbolos de muerte y destrucción. Kniébolo (el nombre en clave increíblemente pueril que Jünger pensó para Hitler, como si con ello pudiera hacerle inofensivo y transformarle en una especie de Pinocho) fue a fin de cuentas un ferviente adepto al *Nie-wiederErwachens wahnlos holdbewusster Wunsch* ('deseo, justificadamente consciente de su encanto, de no volver a despertar'); la lengua como anestesia del pensamiento, la evasión del mundo racional.

O bien mi imaginación se ve recompensada o al escenógrafo le caigo bien: apenas he llegado a los alrededores de Thale, donde he de encontrar el Hexentanzplatz, cuando mi coche se ve envuelto por una blanca neblina. Veo un cartel indicando un teleférico, y aunque esa ruta aérea parece acorde con el ambiente embrujado, prefiero subir el último tramo a pie, un poco de miedo nunca está de más. Lo que en primera instancia tomo por neblina resultan ser simples nubes, a veces están y a veces no, los árboles gotean, no se ve un alma. Pero el negocio ha acabado con la leyenda: una vez que llego arriba del todo me encuentro con un aparcamiento para autobuses, un restaurante con una bruja cómicamente pintada sobre la entrada y un chiringuito con salchichas a la plancha, todo vacío, desierto. Me doy una vuelta por esa leyenda echada a perder, y aun así, al final del terreno encuentro el lugar exacto donde se celebraba el baile en la noche de Walpurgis, trepo por unas rocas resbaladizas aferrándome a un herrumbroso pretil que para las brujas hubiese sido un auténtico engorro a la hora de aterrizar. Algo del genio del lugar sigue flotando en el aire; ante mí, un abismo profundo, abetos deshilachados crecen contra los pelados despeñaderos, jirones de niebla, misterio, y ahora que tengo a mis espaldas el montaje turístico, esto hasta resulta bonito.

El viento sisea ligeramente entre los árboles, pero por lo demás reina un silencio compacto, propicio para dar rienda suelta a la imaginación. Pero antes de que pueda evocar una imagen que me provoque escalofríos, se impone la tiranía del recuerdo: un actor en un curioso pijama verde bailando en un pequeño escenario. Fue hace un par de meses, había leído que en cierto lugar de Berlín Este se iba a representar *Fausto*, las dos partes, en un *one-manshow* en un pequeño teatro que

con toda la razón del mundo se llamaba *Bajo el Tejado*. Lo de las dos partes no podía ser, claro, la representación hubiera durado diez horas, pero aun así. Éramos unas veinte personas, seguramente yo era el mayor de los allí presentes, el resto eran jóvenes serios, deseosos de sumergirse toda una noche en Goethe.

El actor había pasado los cuarenta años y llevaba puesta la ya mencionada indumentaria, claramente de fabricación casera, que le daba la libertad de movimiento que necesitaba, ya que con eso de tener que interpretar varios papeles se pasaba el rato saltando de un lado para otro. Naturalmente también había de ulular el viento, había que hacer coros, las brujas habían de gritar malignamente, y para eso tenía un casete disimulado tras una cortina, pero tenía que ponerlo con frecuencia e intentar a un tiempo disimular con nuevos pasos ese movimiento idéntico (a fin de cuentas el trasto ese no podía moverse de su sitio). Aquello era atroz y maravilloso a un tiempo. Dominaba su texto a la perfección y se pasaba horas sin equivocarse, pero en ocasiones intentaba gritar sincrónicamente con su propia voz en el casete y entonces la cosa fallaba, un gemelo fallido de voces naturales y mecánicas, *horror*. En la pausa yo ya estaba saciado y quería irme de ese ático, pero un espíritu diabólico había cerrado el guardarropa y menos mal que fue así porque de nuevo el pijama verde logró arrastrarme con sus ringorrangos histriónicos hasta ese mundo faustiano de la oscuridad y la búsqueda de la luz, de la lubricidad y el afán de conocimiento; él era su propio demonio y su propio doctor, su propia Margarita y sus propias brujas, él y solo él logró hechizarme, y ahora, aquí, en este paraje lóbrego del bosque, tuve que pensar en él, alguien que se había hecho a sí mismo de Goethe y que había tejido en torno mío un capullo de versos y me había enviado a casa en esas condiciones después de que los serios muchachos y yo le hubiésemos hecho salir tres veces al escenario con nuestros aplausos atronadores. Regresé lentamente, me pasé por el *Knödelbuffet*, el ‘tenderete de albóndigas’, y por el *Selbstbedienungsgaststätte*, el ‘restaurante autoservicio’. Brujas, albóndigas, Goethe: sin algo de ironía no hay quien sobrelleve esta vida. No es el escritor, es el mundo el que es posmoderno.

Al fondo del valle había visto un hotel, y quería ir allí. Las nubes se transformaron en simple lluvia, luego la carretera volvió a empinarse, y al final fui a parar a la misma altura, pero esta vez al otro lado del abismo. En la nube que envolvía el hotel distinguí dos coches occidentales y dos «trabis»: tenía que haber sitio. Al joven tras el mostrador se le antojó que pagara en marcos occidentales, aquí un acento te cuesta dinero. La habitación tenía un balcón que daba al valle, pero no se podía abrir. Delante de la ventana colgaba un pingajo naranja a modo de cortina, no había ducha, ni cuarto de baño, y si había algún tipo de queja, había que presentarla ante el colectivo. La lámpara de la mesilla de noche no funcionaba, ¡colectivo! La ducha estaba mugrienta, el resto del cuarto de baño común estaba

lleno de pegotes de pintura: esos pegotes no eran importantes en sí, eran lo que denotaban. El grifo, el espejo, la cortina, el pasillo, todo expresaba lo mismo: que te den morcilla, nosotros nos hemos ido, y, para el caso, cuando estábamos tampoco estábamos en realidad.

La ‘Huella del caballo’ (*Rosstrappe*), ocurrió aquí, en otro tiempo: Brunilda huía del caballero Bodo, su caballo cogió impulso para un inmenso salto y voló sobre el abismo, la huella del casco todavía puede verse, es tan grande que puedo poner los pies en ella. He subido hasta aquí trepando por un sendero fangoso, por el camino me cruzo con otro de los huéspedes del hotel que dice que aquel lugar tiene algo de «místico». Los cristales de sus gafas relucen en la lluvia, yo también le encuentro a él un tanto «místico», pero cuando me encuentro en el punto en el que Bodo se despeñó, todo el romanticismo alemán se hace presa de mí, el paisaje virgen a mis pies suelta un grito lánguido o doloroso, un pájaro nunca visto con una máscara blanca se encarama en la infranqueable peña ante mí y se pone a cantar sin pedir nada a cambio y, en un diente de dragón, un alpinista inimaginable ha clavado una cruz en torno a la cual la niebla ondea como un echarpe. Veo un sendero que zigzaguea hacia el río que desde aquí puedo oír pero no ver. Colinas chinas, árboles japoneses, el paisaje alemán es un dibujo oriental a la aguada. A medida que desciendo, el canto de los pájaros se hace más intenso, se arrojan al vacío y luego planean, escriben una letra en el aire y van a posarse a unas rocas más allá, donde continúan con su discurso. Intento entender lo que dicen, pero el uno parece un chino hablando de lo rica que está la comida mientras que el otro parece Anna Bijns⁵³ traducida al lenguaje de los pájaros, no hay quien los entienda, y mientras cae la noche, yo subo, de vuelta al hotel y al comedor con el ficus y la sansevieria, con los ciudadanos engullendo cerdo; aire de montaña, felicidad.

Antes de ir a la cama vuelvo a mirar hacia afuera pero ya no hay nada que ver, vivo en una nube, en el reino de la niebla, *Niflheim*⁵⁴, la ropa de camuflaje de la mitología germánica, o, en palabras de Gottfried Benn: «Esas ristras de vapor y jirones de niebla sempiternos y la necesidad de llevar pieles de osos de los *antiguos y maravillosos germanos*, como se les llama en las emisiones radiofónicas⁵⁵. Desde un paraje como este, Taine seguramente hubiera postulado una teoría geofísica para explicar que a nuestra nación, hasta en lo más profundo de su ser, le son extrañas la claridad y la forma, o si se prefiere, la honestidad». Para centrarme de nuevo intento leer algo en el *Harzreise* de Heine, pero solo llego hasta la escena en que el poeta se sienta a los pies del Brocken con un «joven y lozano pastor de ovejas» para comer algo de pan y queso, mientras que las ovejas se relamen con las migas de pan, y las blancas vaquillas, con sus grandes ojos, «saltan a nuestro derredor». Pastores de esos ya no hay y además el sueño zumba a mi alrededor, pero, para bien o para mal, me pongo el *walkman*, y sintonizo una emisora de la RDA y la

voz de un hombre viejo que le habla a un «joven amigo» en tono persuasivo; no cabe duda, la cosa va de escritores, uno reconoce de inmediato a los de su especie. El interpelado no está presente, la voz se queda sola, un sonido inteligente, solitario, desilusionado, triste. Por lo visto, el joven ha escrito algo sobre la traición de Walter Janka por Anna Seghers, ha insinuado ciertas cosas y ha nombrado a Christa Wolf y Stefan Heym, la voz se pregunta si el joven sabe lo suficiente del asunto, si está enterado de las conversaciones de Seghers con Ulbricht, si es consciente del dolor y de los conflictos de conciencia. Se trata, pues, una vez más del desgarramiento entre la fe y la conciencia, y aquel a quien pertenece la voz sabe lo que dice, porque él también se ha pasado varios años en prisión bajo el régimen («tantos años robados a mi vida»), condenado por personas que se habían pasado otros tantos años de su vida en prisión bajo *otro* régimen, y ahora estaba ese «joven amigo» que había atacado a Anna Seghers pero que precisamente abogaba también por la publicación en la RDA después de tanto tiempo «de antisemitas como Céline y Pound, de Gottfried Benn, con sus fantasías sobre la eugenesia, de un belicista como Ernst Jünger, que todavía conserva sobre su escritorio el casco con el agujero de bala del soldado inglés al que mató durante la Primera Guerra Mundial».

¿Qué hacer –pienso en la neblina de mi semiadormecimiento– con los creyentes del antiguo dogma que sufrieron tanto bajo la práctica del mismo, que incluso llegaron a ser tachados de herejes pero aun así no perdieron su fe? La semana pasada leí un pequeño y hermoso libro de Stefan Hermlin, *Abendlicht* ('Luz crepuscular'), en el que este habla de su infancia y de su padre, del entorno de la familia rica judía de la que procede (lo que los franceses llaman la *haute juiverie*, una expresión de la que uno nunca sabe si se están refiriendo a una *rara avis*): un entorno liberal, melómano y ante todo *alemán*, gente con caballos y obras de arte (luego volvería a ver los Munch y los Redon que antes colgaban de las paredes de su casa, en las paredes de un museo en Oslo).

En cierta ocasión, siendo aún estudiante de bachillerato, en el verano de 1931, camino de casa, se detuvo junto a un grupo de parados que leía el periódico expuesto en el escaparate de una tienda dado que no tenían dinero para comprarlo. Escucha sus conversaciones y regresa regularmente al mismo lugar, hasta que un día, de repente, uno de los obreros le dirige la palabra en un tono un poco burlón a causa de su aspecto de bachiller de buena familia, y le propone que se afilie a las Juventudes Comunistas de Alemania. El hombre le tiende una hoja con unas letras pálidas, apenas legibles, una copia de un formulario de inscripción que él firma. La frase que viene después recuerda al san Pablo camino de Damasco: «Die Strasse drehte sich langsam und unaufhörlich um mich» ('La calle giraba lenta e incesantemente a mi alrededor'). Ese instante determinaría su vida: en la época nazi se fuga a Suiza, su padre se queda y muere en Sachsenhausen. Al finalizar la guerra

opta por la RDA y aun hoy sigue siendo comunista, al igual que el hombre cuya voz sigo oyendo sin saber quién es. Me encuentro en ese momento desesperado entre el sueño y la vigilia, en el que todo parece estar muy lejos, pero a la vez sigue siendo muy grande, la voz se ha instalado ahora dentro de mi cabeza y es como si el desdoblamiento de estos hombres, sus nobles ideales y el moho estalinista que les ha corroído de manera tan perniciosa también quisiera anidar en mi cerebro, como si quisiera penetrar a través de esas dos esponjillas de mi *walkman* cada vez más aletargantes. Cuando el hombre finalmente acaba, me entero de su nombre, Günther Rücker. Luego, de vuelta en Berlín, me informo sobre su persona: se trata de un director de cine con casi setenta años que ha hecho cosas maravillosas y que en 1984 escribió su primer libro, también fabuloso, titulado *Herr von Oe* ('El señor Von Oe'). Sigo sin saber quién era el «joven amigo».

Por la mañana, de nuevo niebla. Oigo cómo los trinos de los pájaros se desplazan, por lo visto vuelan en piloto automático. El diario de la mañana canta «dos por uno, uno por uno», el arte no se subvencionará más; mientras desayunan, unos cuantos señores del Este y del Oeste andan ocupados despedazando una empresa de extracción de arena, o justamente estableciéndola. Los del Oeste llevan ropa de cuero, los del Este, los trajes de chaqueta de Nikita Jrushchov, esos también desaparecerán dentro de poco. Desciendo otra vez por el mismo sendero de la montaña de ayer, pero hoy llego hasta el río y cruzo el Puente del Diablo, ¡cómo no! Abajo, los bancos de niebla han desaparecido, me asomo al agua borboteante y veo cómo un mirlo acuático desaparece en la cúpula redondeada de su nido pegado a la pared rocosa y cómo aparece de nuevo, volando a ras del agua como una pequeña hélice sin fuselaje. El sendero sube y baja; según se esté a mayor o menor altura, las hojas de los castaños están cerradas o abiertas. Hay doce kilómetros andando hasta el pueblo más cercano, por el camino no me cruzo con nadie. En un recodo del camino, alguien ha esculpido a Goethe en su propio granito, Goethe insoslayable: «El espíritu que nos impulsa a actuar / es de lo más sublime. Con motivo del bicentenario de su nacimiento, Asociación cultural de Thale»⁵⁶. Son las doce del mediodía cuando llego a Treseburg, lleno de barro y calado hasta los huesos. Después de comer pregunto si hay un autobús que vaya de vuelta para Thale, pero el próximo no sale hasta avanzada la tarde y un taxi cuesta cuarenta y tres marcos, es decir, quince. Cuando opto por este último, el dueño decide llevarme él mismo. En el camino de vuelta, se me imparte una lección de socialismo para propietarios de empresas: la sanción por ganar de más, el constante incordio de los funcionarios del Estado, el montón de formularios para poder pintar un alféizar, la multa por poner más empeño del debido, todo eso que en teoría luego no ocurrirá, «pero señor, yo tengo que verlo para creerlo, porque arriba todavía siguen estando los mismos».

Este estribillo volverá a oírse los próximos días en cada conversación que se tenga, propietarios o empleados, profesores o estudiantes, camareros o clientes en la larga cola de un restaurante. El rencor es enorme, la gente no sabe qué les aguarda, si su empresa cerrará o no, si sus hijos estudiarán o no, si se les convalidarán sus exámenes en el Oeste, o cuánto valdrán los ahorros de la abuela, o si podrán seguir en su puesto o si el jefe de la empresa estatal nombrado entonces por el partido no será el propietario del mañana. Los políticos del Este y del Oeste reman a contracorriente de esta niebla de incertidumbres, con palabras y rostros llenos de confianza; hablan de un periodo de tres años, a lo sumo cinco, y sobre el dorado futuro que les espera. Pero entretanto siguen pasándose a la otra Alemania cuatro mil personas a la semana.

5 de mayo de 1990

XIII

Quedlinburg, Stolberg, la Alemania de las tarjetas postales. Basta con que les den una buena mano de pintura para que empiecen a llegar los autobuses, algunos lugares fueron contruidos para los turistas ya hace siglos: vigas al descubierto en las fachadas, escudos heráldicos en los muros, cajas registradoras voraces. Quien vive en esos lugares acaba irremediabilmente algo tocado del ala, forma parte del decorado y se convierte en un figurante, su alma vendida deambula por las miles de fotografías anónimas de los álbumes en Tokio, San Luis, Düsseldorf; la población vive de la nostalgia de los otros: así es cómo la gente se imagina la historia, así es cómo se ha de comportar. Atravieso el pueblo en coche y salgo, conmovido y malhumorado a la vez: lo pintoresco de los otros, seres vivos tratados como piezas de museo, es insoportable.

La naturaleza no se inmuta ante esto. Por aquí hay poca industria, los árboles frutales están en flor, el paisaje se extiende y despliega por sí solo. Resulta agradable, pero lo «idílico» no es lo mío, en cualquier caso no si dura demasiado, prefiero lo desértico o una metrópoli corroída, nunca me he imaginado el paraíso con un césped bien cuidado. Muchas de las carreteras todavía están adoquinadas, con lo cual se evita al menos el cuneo; al otro lado del Harz, cruzando la frontera, los paisajes ya han sido domados para siempre, parece como si allí todos los habitantes fueran jubilados, y a esto le aguarda el mismo destino, unificación igual a uniformación. Nubes de hierro, de vez en cuando un chaparrón, claros que avivan el verdor, el tiempo marca la tónica de mi punto de destino, las Kyffhäuser, un paisaje montañoso en el que, según la leyenda, en alguna de las grutas, el inquieto espíritu del emperador Barbarroja aguarda la unidad alemana. Que esa leyenda no se tejiera originariamente en torno a él, sino en torno a su nieto Federico II (*stupor mundi*) carece de importancia después de tanto tiempo. Y claro, a los nacionalistas de principios de siglo que aspiraban a la unidad, Barbarroja les venía bastante mejor; a fin de cuentas, la última vez que el Imperio había parecido ser algo había sido bajo su reinado. Bien es cierto que en 1177 había ido a Venecia a besarle los pies al papa Alejandro III (los pueblos tienen buena memoria, este beso todavía le traería quebraderos de cabeza a Roma durante la Reforma; no solo en el mundo material, también en la historia nada se destruye, cada átomo de afrenta y de ultraje se acumula en algún rincón), pero había logrado subyugar a las repúblicas italianas y, a un tiempo, desde sus territorios suabos y borgoñones, había ligado a su corona a los soberanos alemanes gracias a un hábil juego de tira y afloja.

Harry Mulisch (en *De toekomst van gisteren*, ‘El futuro del ayer’)⁵⁷ considera a ese Hohenstaufen como un eslabón más en la cadena Arminio-Barbarroja-Bismarck-Hitler, pero así se inyecta el siglo XIX en el XII. También se podría razonar a la inversa. Si este káiser de la dinastía de los Hohenstaufen hubiese conseguido verdaderamente la unificación permanente del Imperio, como sus contemporáneos franceses e ingleses, los Capetos y los Plantagenet, la historia de Alemania, y con ella la europea, hubiera sido muy distinta. *Si, hubiera*, como de costumbre esas palabras cretinas no demuestran nada, y aun así. A la muerte de Barbarroja, su herencia se echó a perder, y desde esa época, la historia de Alemania oculta una bomba de fragmentación (para volver neurótico a cualquier país). Tampoco bajo Bismarck se podía conseguir una unidad sana, orgánica, ya que la guerra de los Treinta Años había institucionalizado definitivamente esa fragmentación sin sentido (y de los veinte millones de alemanes solo quedaron seis millones); además, los margraves, los príncipes electores, los duques y los reyes infantes se habían modelado a imagen y semejanza del Rey Sol, la burguesía ya no tenía nada que decir, la revolución se limitó a ser simplemente una noticia del extranjero, y con un poco de insolencia podría decirse que la constipación de todos esos siglos quizá no haya concluido hasta nuestros días. De ahí que esa unidad de ahora pueda estar exenta de fanatismos y fantasías dinásticas: este es el momento propicio, y el Hohenstaufen prisionero en su gruta comprenderá eso mejor que nadie, a fin de cuentas él fue un político realista de primer orden. Carlyle, como es natural, lo dice de un modo mucho más bonito en ese inglés que se queda en nada si se intenta traducir a este siglo: «No king so furnished out with apparatus and arena, with personal faculty to rule and scene to do it in, has appeared elsewhere».

Voy a visitar al gran emperador en su gruta. En la segunda mitad del siglo pasado se encontró por casualidad una sorprendente red de grutas bajo esta montaña, que solo contribuyó a dar aún mayor esplendor a la leyenda. Así pues, tendría que estar allí entre sus caballos soñantes y sus centinelas durmientes, con su barba aún roja, tan larga que da nueve vueltas a la mesa. Un cuervo le despierta cada cien años, según unos, cada mil según otros, para decirle si ya se ha consumado la unidad alemana; otra variante de la leyenda hace que allí viva también un enano al que envía a la superficie cada cien años para ver si los horribles cuervos de la división todavía sobrevuelan Alemania. El folleto que me entregan en la taquilla (¡una leyenda con taquilla!, en fin, qué se le va a hacer) está aún anclado despreocupadamente en tiempos dialécticos e insiste machaconamente en que la clase explotadora dominante usó la leyenda para alcanzar sus propios fines, y que el imperialismo y militarismo alemán, y la alta burguesía y todos esos individuos despreciables no son dignos de ninguna leyenda, pero de repente se desata el pánico, pues el anterior grupo de visitantes ya se ha adentrado bastante en la gruta, y si todavía quiero visitarla hoy, esta es mi última oportunidad. La señorita de la

taquilla cierra decidida la caja registradora, me toma de la mano y nos adentramos en el túnel infinito. Su colega tiene que andar todavía cerca, le podemos dar alcance, no le cabe duda, pero el túnel se hace cada vez más largo y, mientras corro en la penumbra tras ella y nuestras absurdas sombras, se me ocurre que estos son los momentos de la vida de uno que deberían ser filmados, a grandes profundidades bajo la superficie, corriendo tras una mujer desconocida en busca de su colega y del espectro de un emperador milenario.

Pararse, llamar, eco, eco, ninguna respuesta. El túnel da a una gruta del tamaño de una catedral, huele a azufre, a derecha e izquierda veo charcas de agua inmóvil, espejeante.

–Espere aquí; voy a llamar por teléfono –dice enigmáticamente mi Virgilio femenino.

Entonces me quedo allí, totalmente solo, sus pisadas se pierden en la oscuridad, si Barbarroja ha de manifestarse alguna vez, que sea ahora. Blancanieves también vale. Las esculturas de caliza caprichosas y malignas apuntan hacia mí desde la bóveda, la caliza está llena de manchas extrañas, y aunque puedo ver el fondo, el agua no delata la profundidad de la charca. Digo algo bajito y la catedral me contesta con un murmullo. Luego vuelve Virgilio con su lámpara y me conduce hasta un grupo de condenados que escuchan la voz aguda y clara de una joven que gorjea y susurra secretos sobre Barbarroja y su perro y su mesa y la primera revolución burguesa, también su salmodia tiene un regusto a dogma. Veo que los otros también lo oyen y que todos nosotros, al mismo tiempo, oímos que ella misma no lo oye, y veo que la perdonamos porque es tan joven y porque nos encontramos a una gran profundidad bajo tierra en donde uno en principio no debe encontrarse a no ser que ya no se esté con vida.

A tan solo un par de kilómetros se encuentra el monumento que los nacionalistas (no los inofensivos liberales de principios del siglo pasado, sino los prusianos hambrientos de después) erigieron en honor a Federico I Barbarroja y, claro está, el engendro se encuentra en el punto más alto, allá donde antiguamente se hallaba la fortaleza, y, claro está, justo encima del viejo emperador, sentado en su trono con un gesto hosco y meditabundo, han puesto una estatua ecuestre de Guillermo I, flanqueada por el dios de la guerra y por una mujer de senos voluptuosos de bronce, pero la simbología de las aves en torno a todo ello está tomada de las pirámides aztecas y en realidad uno desearía que se almacenara todo ese batiborrillo con la tribu de estatuas derribadas que deambula triste por la Europa del Este en busca de un último refugio. Tan solo Barbarroja podría quedarse, desprovisto del monumento por encima de él dentro del cual unas escaleras a lo Esscher permiten el acceso a la cúpula, para desde allí poder contemplar el paisaje como un cuervo. Barbarroja seguiría tan hosco como siempre, a merced del viento, solo, meditando sobre la aritmética alquimista que hace de cuatro más dos uno, sin

el superego guillermino con el casco prusiano, que se habría perdido con su caballo en la oscuridad del mundo póstumo.



Mi peregrinación aún no ha llegado a su fin. Erfurt, la catedral con su pintura del unicornio dorado que posa las patas de chivo en el regazo de la Virgen, y con esas otras vírgenes necias danzantes de afuera, esculpidas en la piedra con su peligrosa sonrisa, el castillo de Wartburg donde se reunieron las Burschenschaften⁵⁸ en 1817 para soñar sobre la restauración en esos lugares restaurados con nostalgia. Aquí la afluencia de gente es desmedida; entre malévolos vigilantes de museo soy conducido a lo largo del mal gusto empalagoso y de los restos de esplendor, de frescos de Von Schwind, cuya débil añoranza de tiempos pasados no puede rivalizar con un solo *Minnekästchen*⁵⁹ medieval, a lo largo de los cranach y los dureros, de los manuscritos y las ediciones originales, y del gabinete de Lutero en donde tradujo la Biblia del griego y arrojó su tintero al diablo. Cada vez que me rezago del grupo, siento el odio de los vigilantes, hacen sonar sus miserables llaves, nadie podrá interponerse a los vigilantes de museos de este mundo en su mayor aspiración: cerrar el quiosco veinte minutos antes de la hora de cierre, y no hay Estado de Obreros y Campesinos que vaya a cambiar eso.

Weimar, ya estuve aquí este invierno. Debería asociarla con Goethe, pero me temo que la asocio con el lignito. Lo cual no deja de ser una tontería, claro, porque el uno permanecerá y lo otro desaparecerá, y aun así el olor a ese carbón es inolvidable. Al final resultará que cada vez que huelo lignito, pensaré en Goethe. Ese olor se lo encuentra uno en toda la RDA, algunos días el viento lo lleva de Berlín Este a mi casa en el Oeste, pero en ningún otro lugar ese olor fue tan fuerte como el de esos días en Weimar. Quizá se debiera a unas condiciones climatológicas especiales de esos días de invierno, no lo sé, pero todavía recuerdo que me desperté en el hotel en medio de la noche con la sensación de estar asfixiándome, como si alguien se hubiese dejado el gas abierto. Abrí la ventana, pero entonces fue peor aún, hasta mi saliva sabía a lignito: tenía gas en la boca. Al día siguiente vi por todos lados enormes montones de carbón en la calle, volcados así sin más, como el lechero deja las botellas de leche delante de la puerta. Me alojaba en el Elephant de Goethe, un hotel que lo único que tenía de antiguo era el nombre, el resto había sido renovado por completo, tenía un aspecto anémico, las habitaciones eran demasiado caras, el restaurante era una especie de vivero para peces gordos, un intento fallido de grandeza. La ciudad tenía un aspecto triste, como si se hubiese retirado de este mundo temporalmente, como si estuviese viviendo de sus reservas y recuerdos, nobleza venida a menos. Había unos cuantos turistas por la calle que, al igual que yo, andaban buscando un bar, pero para entrar allí tenías que ponerte en la cola, y una vez que llegué dentro, resultó que cerraban a las siete de la tarde.

¿A qué iba a Weimar? Iba a sumergirme en Goethe, claro, eso era inevitable, la única salida de emergencia es la desgana, la negación, y eso me resulta imposible. En el año que llevo viviendo aquí se han representado obras suyas por todas partes, me lo encuentro en el Harz, en citas y alusiones, en las vidas de sus contemporáneos, él entretejió su casi un siglo de vida por entre las de Schiller, Herder, Von Kleist; en la Biblioteca Estatal me topo con su obra completa como si de una mole de granito se tratara. «Goethe es un Apolo de yeso», no puedo quitarme de la cabeza esa frase disparatada de Roland Holst⁶⁰, aunque solo sea porque, debido a su inimitable voz aristocrática, sonaba como si el poeta alemán en alguna ocasión hubiese perdido injustamente un partido de *cricket*. Pero aun así, lo del «Apolo de yeso» no deja de ser un disparate.

Ahora que es primavera Weimar parece otra cosa, la casa en la Frauenplan está al sol, desde sus ventanas veo cómo unos niños juegan junto a la fuente. Biblioteca, estatuas antiguas, gabinete, lecho de muerte, recuerdos, cartas, manuscritos, como la vez anterior, vuelvo a sentirme cautivado por todo ello. Quizá lo más asombroso de su vida sea que todo le saliese *tan bien*, como si también ella hubiese sido una obra de arte, y lo que es más, una obra que todavía dura. Lo quieras o no, cuando paseas por esa casa solo, lees sus textos, sabes quién ocupó en otros tiempos esas habitaciones, todo ello te cautiva, Goethe sigue estando presente.

En el último momento, antes de emprender este viaje, arramplé con un par de ensayos de Ortega y Gasset sobre Goethe y Kant que ahora estoy leyendo como castigo en mi «elefante gaseado»; el español se rebela entre el empapelado alemán y además es que lo he empezado a leer por el lado equivocado, aquel en el que Ortega se queja de haber pasado diez años en la prisión de Kant, pero dice que esa prisión fue a un tiempo su casa porque a fin de cuentas los «secretos decisivos» del mundo moderno han sido revelados en la filosofía de Kant. Así pues, esos diez años no fueron un castigo después de todo, pero cuando, una vez que estuvo liberado de Kant, vuelve a interesarse en él, se siente como alguien «que en un día de fiesta se va al zoológico para ver la jirafa». Intento imaginármelo: Kant como jirafa, pero si Kant es una jirafa, ¿qué es Goethe entonces? Ortega le llama el más ambiguo de todos los clásicos, un clásico «en segunda potencia»⁶¹, porque el Goethe clásico había leído a todos los clásicos, convirtiéndose así en el prototipo del heredero, alguien que vive de las rentas del pasado, el administrador de riquezas recibidas. Es un juicio bastante más duro que lo de Apolo de yeso, pero lo de Roland Holst se quedó en ese conjuro, mientras que Ortega atraviesa lentamente por toda esa mole de piedra, sopesa los pros y los contras, y al final del recorrido llega a la conclusión de que el maestro de Weimar es ineludible, pero eso ya lo sabían sus contemporáneos y fue aquí, en esta ciudad que a raíz de los acontecimientos de este pasado año se ha vuelto a incorporar a Alemania, donde su

magnetismo les hechizó. Resulta imposible pasear por su casa y no sentir esa fuerza de atracción.

Herder, Schiller, que pasaron al menos una parte de su vida aquí al mismo tiempo que él, hubieron de arreglárselas tanto con su poderosa sombra como con su luz radiante. Si Kant era una jirafa, Goethe tuvo que ser por lo menos un mamut, pero entonces uno que aún no se había extinguido, lo imposible. La jirafa, bien es cierto, vivía muy lejos, en el Königsberg que ahora se llama Kaliningrado, pero sus escritos calaron profundamente en los espíritus weimarianos. Allí también quedaron patentes las diferencias, y con ellas el debate continuo que se desarrolló: mientras que Herder se rebela contra Kant y Schiller se sumerge por completo en él («Ciertamente ningún mortal pronunció jamás palabra más grande que esta kantiana, que expresa a la vez el contenido de toda su filosofía: ¡Determinate a partir de ti mismo!»)⁶², el cuerpo celeste de Goethe toma de Kant solo aquello que le es útil. Atracción, repulsión, los caballeros no lo tenían fácil, de la correspondencia de Schiller queda claro que Goethe era unas veces su luz y otras su sombra. El 9 de marzo de 1789 escribe a Körner: «Es que este hombre, este Goethe, se encuentra en mi camino y me recuerda a menudo que el destino me ha tratado duramente. ¡Con qué facilidad su genio fue llevado por su destino!»⁶³. Por lo visto la cercanía era difícil de soportar («Estar en compañía de Goethe más a menudo me haría sentirme infeliz»)⁶⁴, se criticaban mutuamente el trabajo y luego, de pronto, rebosaban de nuevo admiración mutua, debió de ser una relación emocionante, apasionante, más aún si se considera cómo era la Weimar de aquella época. Seis mil habitantes, eso era todo, la totalidad del ducado tenía ciento treinta mil, el palacio en el que gobernaba Carlos Augusto, el amigo ilustrado de Goethe, se encontraba en medio de una ciudad que contaba con calles apenas empedradas, cada noche los cerdos eran conducidos dentro del recinto amurallado. Este era el centro de su mundo, desde aquí se tejían los hilos hacia el resto de Alemania, sus estatuas se quedaron a vivir aquí. El duque y Herder están solos, Goethe y Schiller están juntos ante el teatro en el que se representaron tantas de sus obras. Están muy juntos, la mano del viejo sobre el hombro del joven poeta, con la mano que les queda libre comparten una corona de laurel. Poeta y ministro, poeta y naturalista, poeta y poeta, los dos directores de una central nuclear del espíritu todavía en funcionamiento.

Luego, también uno junto al otro, vuelvo a encontrarlos en la cripta de la familia Sachsen-Weimar-Eisenach, solo que los poetas han desbancado al duque. Ambos yacen en el centro en sus féretros de bronce; al tiempo que yo, hay allí también dos chicas con una botellita de champán y ahora, vaso de plástico en mano, brindan a la salud de los dos muertos, vivir para ver. La nobleza reposa a lo largo del muro, literalmente echados a un lado. Los ulbricht, como es natural, no tenían intención de deshacerse del duque, para algo fue un ilustrado, pero sí que había que relegarlo

a un segundo plano. ¿Qué hubiera pensado Goethe de esto? Mulisch dice que «así quedan más claras las verdaderas proporciones» y bien está que eso sea cierto, solo que yo creo que el sentido de la jerarquía del ministro y consejero de Estado que Goethe también fue, consideraría poco propicio lo de poner al duque a un lado en su propio mausoleo. Y además, habían sido amigos durante toda la vida, de jóvenes habían realizado intrépidos viajes a caballo, habían envejecido juntos; por intercesión de Goethe, el duque había ayudado a Schiller del mismo modo que había ayudado a Herder, y había dejado también que Goethe se marchara a Italia cuando el conflicto interior entre el poeta y el ministro que habitaban el mismo cuerpo se hizo insoportable.



Las dos chicas se han situado junto a los ataúdes de bronce y ahora leen poemas en voz alta, esto está tomando un cariz excesivamente íntimo, como no se anden con cuidado los caballeros acabarán por salir de sus tumbas. Además, muertos no están, porque hace un par de meses, cuando el éxodo de la Alemania Oriental comenzó a cobrar proporciones aterradoras, los habitantes de Weimar se encontraron por la mañana con que las estatuas de sus poetas frente al teatro sostenían un gran cartel entre las manos que rezaba: ‘¡Nosotros nos quedamos aquí!’, *Wir bleiben hier!*

Es domingo y seis de mayo. He ido en coche a Petzow con un par de amigos, a un parque cerca de Potsdam. Estamos tumbados en la hierba junto al lago, alguien lee Fontane en voz alta, en la residencia del antiguo castellano se ha instalado una oficina electoral, es el día de las elecciones municipales. Fontane describe el parque en el que nos hallamos, mis amigos disfrutan de este mundo recuperado, Berlín ha ganado cientos de nuevos paisajes, la jaula ha sido abierta para siempre, de aquí a diez años ya nadie podrá imaginarse la cárcel de entonces. Un ciudadano de la RDA que ha comprendido de qué van los nuevos tiempos vende tartas hechas por él mismo y trucha ahumada; me separo del resto y doy una vuelta por el parque, los prados junto al agua llenos de írides y verónicas. En un momento dado me topo con una pequeña losa; allí, en 1943, el propietario del castillo asesinó a un antifascista. Más no pone. Intento imaginármelo pero no lo consigo. Los arces, los frondosos castaños, la desmesurada primavera, las barquillas sobre el agua quieta, los cuerpos extendidos sobre la hierba quieren creer que el mal ha sido ahuyentado, hoy esa losa habla solo para sí.

Luego, esa noche, veo a los ministros de las cuatro potencias ocupantes entablar su lento proceso de paz, y de un modo u otro, esto parece no querer hacerse realidad, como si estuvieran representando un *ballet* al que no ha acudido nadie, una ceremonia de fintas que remeda a la realidad, una pantomima reconocible tan solo porque ya ha ocurrido de verdad.

12 de mayo de 1990

XIV

En el reino animal también deben de ocurrir cosas semejantes: los últimos supervivientes de una especie en vías de extinción que no se diferencian en nada de sus predecesores, que no pueden comportarse de manera distinta; la danza nupcial de estos últimos especímenes será la misma que cuando eran miles.

Voy por Unter den Linden, camino del Museo de Historia. En una bocacalle se oye música militar. A lo lejos veo a una multitud de gente apelotonada junto al Neue Wache. Ya en otra ocasión vi el relevo de la guardia, pero entonces no había música de acompañamiento. «Eso solo lo hay una vez por semana, el miércoles al mediodía», dice el policía que ha de mantener la calzada despejada, «y quizá sea esta la última vez, porque se va a suprimir». Esta misma semana, en un libro sobre Prusia de Sebastian Haffner, vi una reproducción de una pintura de 1813 que representaba la misma ceremonia. En esta los soldados llevan gorras altas con escarapelas, guerreras cortas de color azul, pantalones blancos, el público luce sombreros de copa, miriñaques y sombrillas. Solo los edificios, el Zeughaus y el Neue Wache, no han cambiado, y cuando veo cómo los abanderados salen de la bocacalle y se dirigen hacia mí como un ciempiés me vienen a la memoria las frases escritas en la contracubierta del libro de Haffner: «La historia de Prusia es una historia interesante, aún hoy y precisamente hoy, puesto que conocemos el final. Se pone en marcha lentamente, con un largo devenir, y acaba también lentamente, con una larga agonía. Pero entre lo uno y lo otro hay un gran drama; si se quiere, una gran tragedia: la tragedia de la Razón Pura del Estado»⁶⁵.



Neue Wache, Unter den Linden, Berlín Oriental, 23 de mayo de 1990

La tragedia radicaba naturalmente en la decadencia ulterior, cuando la gente, con su debilidad y su vanidad, corrompió la pureza de la razón, esa partida de ajedrez de alto nivel, enturbiando así la claridad del diseño. Todo había empezado tan bien, casi se diría que era obra de un ordenador, después de la guerra de los Treinta Años, un Hohenzoller tras otro se sentó a la mesa de ese tablero de ajedrez y realizó su jugada, y parecía como si todas esas jugadas hubiesen sido sincronizadas previamente, un juego maestro para las generaciones sucesivas. Se ha convertido en una costumbre identificar lo prusiano con lo alemán y el tachar el aspecto militar de peligroso y ridículo a un tiempo –y preferiblemente ambas cosas a la vez–, pero eso no es de gran utilidad si se intenta profundizar en las raíces de la Alemania moderna. ¿Por qué tras la Paz de Münster fue Prusia la que pudo establecer su supremacía sobre el resto de los Estados alemanes? ¿Qué tenía ella que los otros no tuviesen? Todos esos Estados tenían un gobierno absolutista, en casi todos ellos se estrangulaba cualquier atisbo de comercio o iniciativa en un entramado de fronteras, impuestos, peajes y disposiciones locales, en todos ellos gobernaban los soberanos con una casta de militares y funcionarios, y el dinero para poner en marcha esa maquinaria había que sacarlo de los campesinos, que vivían sin ningún tipo de derechos en las tierras de la nobleza; y esta petrificación hubiese durado

aún mucho más si el equilibrio europeo no se hubiera desplazado. En este sentido, se trató de una perfecta predicción de los tiempos que vivimos: sin Gorbachov y lo que trajo consigo, la RDA de Honecker hubiera podido seguir hirviendo a fuego lento hasta verse reducida a carbonilla albanesa.

¿Qué hizo que Prusia fuera una excepción? Un par de hombres excepcionales que procedieron de manera distinta del resto de los soberanos alemanes, que, por ejemplo, por lo que al ejército se refiere, no quisieron seguir dependiendo de mercenarios: en el ejército de Federico Guillermo I había más gente del lugar que en ningún otro ejército europeo de esa época; además, estaba financiado por las arcas del Estado y no por las potencias extranjeras. Esto iba emparejado con un fanático espíritu ahorrador y esa disciplina que luego se haría ejemplar, admirada por algunos y despreciada por otros, cada uno según su modo de ver las cosas. «Yo soy el ministro de Finanzas del rey de Prusia», dijo Federico Guillermo I, que era el rey de Prusia. El rey al servicio del Estado es un concepto prusiano, y como la gente no es tonta, podía apreciar la diferencia con la arbitrariedad y el derroche de dinero de los otros monarcas alemanes. Pero claro, aquello solo podía ir bien en tanto el servidor fuera un servidor excepcional: a la muerte de Federico el Grande, su máquina perfecta fue a parar a manos de dioses menores. La herencia personal conoció una larga vida: cuando el poder de los dioses menores se convirtió en el poder de malhechores, estos dispusieron aún durante bastante tiempo de un capital heredado de austeridad, disciplina y servicio al Estado, pero cuando una parte de esa casta se percató de que se la había engañado, o mejor dicho, que se había engañado a sí misma, era ya demasiado tarde, ya no había Stauffenberg que pudiera arreglarlo. Y una vez más, otro régimen volvió a heredar esa maquinaria, entretanto obsoleta, que ahora veo desfilar ante mí. Ya la he descrito en otra ocasión, no hace falta hacerlo de nuevo, aunque esta vez haya acompañamiento musical y aunque pueda esta ser la última vez. El objetivo era naturalmente la deshumanización, la abolición temporal de la persona. Y eso se consiguió, porque lo que tengo ante mí es un objeto, aunque esté compuesto de personas, y como siempre, me toca la cuerda sensible, y como siempre me desprecio a mí mismo por ello, mientras que más me valdría intentar averiguar de dónde me viene ese escalofrío en realidad, porque eso es lo que es. No tengo ningún vínculo con lo militar, ¿a qué se debe entonces? Miro a la gente a mi alrededor, hace un momento se estaban riendo, alguien dijo «*Alfes Scheisse*» ('todo es una mierda') y los otros le secundaron, y ahora todo el mundo está callado, mirando esos rostros que a nosotros no nos miran. Quizá se deba a esa *reducción*, a que es posible despersonalizar a la gente hasta el punto de convertirla en piezas de una entidad mecánica. En la acera de enfrente hay un grupo de soldados americanos negros en uniforme. Primero estaban filmando, pero ahora la realidad vence a la posibilidad futura de volver a

ver esa realidad en imágenes, bajan las cámaras, el objetivo apuntando hacia el suelo, me doy cuenta de que ellos en realidad ven algo distinto que yo. ¿Pero qué?

La tropa se encuentra ahora justo enfrente del Neue Wache, queda claro que vienen a hacer el relevo, a recoger a esos dos soldados que aguardan allí inmóviles haciendo la guardia. Y he ahí el misterio: los dos que todavía están allí se perderán luego entre los otros, los dos que les van a reemplazar son por el momento indiscernibles. Seducción, una danza, eso parece. Música, agudos silbidos que recuerdan a pájaros tropicales. Luego las voces, no tanto bramidos y gritos como palabras pasadas por un rallador, desgarradas en el aire cálido del mediodía. Una orden y de repente los que están junto a las columnas se mueven, un extraño paso arrastrado, un descenso, un escalón, otro, se encuentran entonces junto a los otros dos, giran entre sí, un momento de intimidad estúpida, una especie de apareamiento, y entonces los unos se han convertido en los otros, una cosa se ha cambiado por otra, no hay quien note la diferencia. Y a continuación vuelven a empezar los horribles pasos, y ni una sola de las botas alzadas parece sospechar que esta pueda ser la última vez, el ritual se celebra a sí mismo, no solo ha sido desligado de esos hombres, sino también de su propio sentido y de su propia historia, ya ha cumplido su cometido. En otro tiempo sirvió para representar a un Estado, contribuyendo así a su consolidación, ahora ha llegado a su fin, sellando así, una vez más, el destino de esta nación y a un tiempo de esa otra república tardía que adoptó el ritual para ocultar su vacío interior, esto además en el sentido literal de la palabra: un Estado sin pueblo está vacío, la lección del rey de Sans-Souci no la entendieron ni los Pieck, ni los Ulbricht, ni los Honecker.

Su herencia yace a cien metros de distancia, un patrimonio patético: el museo destinado a asentar su gloria se utiliza ahora para mofarse de ellos. Esto sucede con una exposición especial, *Tschüs, SED* (Adiós, SED), en la que cuelgan las pancartas de las grandes manifestaciones, drapeadas sobre lo que antes se exponía ahí. La verdad es que resulta un tanto ridículo: maniqués destinados a la representación de los distintos cuerpos del ejército sostienen ahora las pancartas revolucionarias, fabulosas estadísticas agrícolas están medio ocultas tras lemas irónicos o desesperados, y mientras paseas entre esas conocidas frases, haciendo escala así en tu reciente pasado, oyes todavía las voces de los comienzos, una historia que a causa de su velocidad vertiginosa se ha dado alcance a sí misma, de modo que se tiene la impresión de que en vez de seis meses hubiese transcurrido mucho más tiempo, como si casi fuera imposible que tú lo hubieras presenciado. Es curioso el efecto del tiempo: en el vídeo de la exposición veo las imágenes que vi hace seis meses cuando eran nuevas, pero la multitud que está ahí escuchando en la Alexanderplatz es una multitud «vieja», tiene un aspecto histórico, no porque la hayamos visto muy a menudo, sino por las muchas veces que la veremos en el futuro. En esos rostros se puede leer que aún no saben que esta semana se firmará

el Acuerdo de Estado, que el hombre de la barba será el ministro de Asuntos Exteriores, que ignoran la puesta en práctica de sus ideas y su revolución. Cuando esas mismas pancartas colgaban en el museo en Berlín Oeste hace medio año se me antojaron como una falsificación: el libro de la historia no puede escribirse al mismo tiempo que esa historia se está haciendo, tiene que haber al menos algo de aire entre medias, si no se convierte en coquetería. Pero aquí, en el irónico contexto del realismo social y de la fanfarronada nacionalista y la propaganda, la verdad es que funciona, pero más letal aún resulta la sala contigua, en la que nada ha cambiado, en la que la única forma de ironía es justamente la ausencia de todo comentario.



Neue Wache, Unter den Linden, Berlín Oriental, 23 de mayo de 1990

En las distintas salas se muestra la historia del Estado de Obreros y Campesinos entre 1946 y 1961, y nadie ha movido ni un martillo ni un compás de su sitio. Recuerdo que estuve aquí en diciembre, y que alguien había escrito en el libro de los visitantes que esta exposición había de preservarse para siempre, como museo dentro de un museo, *camera in camera*. Al parecer siguieron el consejo, seguimos viendo lo que el antiguo régimen quería que viéramos, su definición del enemigo,

sus logros sin parangón, el culto a sus personalidades, su liderazgo heroico, y eso adopta la forma de las gafas, las llaves y la cartera de Otto Grotewohl, del martillo, la regla y las tenazas de Wilhelm Pieck, objetos sagrados que habían de demostrar su noble procedencia obrera, la reconocible genealogía de las *cosas* insignificantes que a través del cristal de la vitrina obtienen una singular plusvalía, como si hubiesen sido desenterradas de unas tumbas prehistóricas. Lo único que falta es el esqueleto anónimo junto a ellas. Estos obreros no querían formar parte de los anónimos de la historia, querían ser preservados, y si nadie lo hacía por ellos, ellos mismos lo harían: «El Gobierno de la RDA, en sumo reconocimiento a *mis* excelentes méritos políticos, culturales y económicos en la construcción del socialismo, *me* ha pedido que sea yo el primero en portar la orden de Carlos Marx. Tras examinar la recomendación del Gobierno de la RDA, he decidido aceptar la orden de Carlos Marx en el 135 aniversario de su nacimiento. 5 de mayo de 1953. Wilhelm Pieck»⁶⁶.

Hay mucho más que aprender aquí, por ejemplo lo mala que era la otra Alemania, la Occidental. En el primer Bundestag había 60 directores de bancos y fábricas, 132 altos funcionarios, 35 grandes hacendados, 5 terratenientes, 19 mayoristas, 12 hacendados medianos, 18 obreros, 62 asalariados, 4 artesanos, 30 intelectuales, 20 amas de casa y 5 «otros». Un contrabajo con medias de mujer (es decir un instrumento musical expuesto con la caja de resonancia llena de medias de nailon) da fe de la desaprensión de los «especuladores»; «la tierra de los terratenientes ha de pasar a manos del campesinado», y en una gran foto Ernest Bevin da muestras de gran regocijo a raíz de la decisión inspirada por los Estados Unidos de fundar un «Estado Aparte» germano-occidental.

«Por el pueblo, con el pueblo, para el pueblo», solo que el pueblo ya no quería; el día en que 1.846 personas huyeron a través de Hungría hacia la República Federal de Alemania aparecieron veintiocho fotos de Erich Honecker en un solo número del *Neues Deutschland*. Difícilmente se puede imaginar un final más miserable para los grandes sueños, y quien se deleite en ello no ha logrado comprender la dimensión de la desgracia. Pero, por otro lado, quien afirma que hay sobrados motivos para lamentar la desaparición de esta república debe de sentir un gran desprecio por los seres humanos. La eventual reunificación de Alemania parece emocionar mucho más a ciertos intelectuales de Alemania Occidental que la idea de que millones de sus compatriotas hayan sido liberados de un sistema totalitario. Esa invocación de posibles fantasmas del pasado resulta un tanto patológica, al igual que esas insinuaciones sobre los recién liberados porque resulta que encuentran más sabrosas las bananas capitalistas y porque tienden también a apreciar esas cosas que para nosotros son de lo más normales desde hace ya muchos años. No, según estos puristas estridentes, que nada tienen que ofrecer salvo su estridencia, los ciudadanos de la RDA han de lanzarse de inmediato a la

persecución de una nueva utopía, como si no hubieran quedado lo suficientemente estragados de la anterior. ¿Y por quién habrían de hacerlo? ¿Por aquellos que en esta Alemania siempre se mantienen al margen, diciendo que el mundo apesta, mientras que se niegan a oler el hedor que todavía se desprende de ese paraíso en descomposición? No es agradable ver una utopía traicionada, deshilachada, podrida, el engaño emerge por todas partes, es un moho que se seguirá extendiendo los próximos años, habrá para rato. Cuarenta años después, Europa todavía no ha terminado con el fascismo, y lo mismo ocurrirá aquí, donde no son uno, sino *dos* los pasados a descontar, el que va de 1933 a 1945, y el de 1945 hasta ahora. Para algunos, el Acuerdo de Estado ha sido un tanto precipitado, consideran esa prisa malsana. Yo no creo que sea así. Una ralentización del proceso no hubiese resuelto nada, tan solo hubiera agudizado las disonancias y los conflictos. Los problemas que hay no van a desaparecer así como así, e independientemente del ensañamiento con que se combatan, es mejor hacerlo dentro de un marco que sea aceptable para la mayoría, para que al menos haya algún tipo de armazón. Si se tiene en cuenta la turbiedad, el resentimiento, la ira y el miedo que hubiera provocado una política titubeante, no se puede por menos que estar de acuerdo con la rapidez con que este Gobierno ha procedido. Nadie niega que también haya habido de por medio motivos electorales, son los mismos motivos por los que la oposición quería que el proceso se retrasase, y eso, en mi opinión, hubiera resultado más peligroso aún. El «ya os lo advertí» que Lafontaine lleva escrito en la frente no forma parte del talento previsor propio de un hombre de Estado, sino que es más bien la calderilla de la política partidista que todavía puede que venga bien si el rencor en el Oeste y el miedo en el Este siguen aumentando: rencor por el dinero que va a costar en un principio y miedo por la desaparición de las distintas formas de seguridad y de puestos de trabajo.

No, las multitudes que el año pasado se echaron a la calle en Dresde y Leipzig no pensaron en todo eso, lo que ellos expresaron fue un vendaval, y ahora que ese vendaval ha amainado, la multitud tiene el aspecto de aquello en lo que se ha transformado por sí sola: votantes en una oficina electoral, cada uno con sus propios anhelos y aspiraciones, y aquellos a los que han elegido tienen el aspecto de políticos que firman acuerdos de Estado. Y así los vemos, el hombre grande y fuerte que ya conocemos y que según *Der Spiegel* vive «en la embriaguez de la prisa», y el otro, más pequeño, del que hasta hace unos meses nunca habíamos oído hablar, ese del aire circunspecto y de la sonrisa retraída. Sería demasiado fácil decir que su aspecto físico refleja algo de la nueva Alemania, y aun así: la CDU del Este no es la del Oeste, en cualquier caso, no está tan identificada con la propiedad y el conservadurismo, donde no hay tanto que poseer, o al menos no por el momento, hay poco que conservar. Numéricamente, la CDU del Este representará naturalmente una minoría dentro del futuro partido unificado, y lo mismo les

ocurrirá a los socialistas del Este. Aun así, esos dos grandes partidos nacionales saldrán transformados, porque por muy grande que sea la preponderancia financiera y política del Oeste, el movimiento que va del Este hacia el Oeste sigue siendo de momento una entidad desconocida, y ésa es una razón más para no retrasar el proceso de reunificación por consideraciones partidistas. No solo los alemanes, también el resto de los europeos quiere saber a qué atenerse: todavía hay casi 400.000 rusos en la RDA, y no están ahí por nada. El glacis del que hablaba hace unos meses Gola Mann sigue estando intacto, como un recuerdo de las viejas leyes del *Gleichgewicht*, igual que las oleadas sucesivas de atracción y repulsión entre Alemania y el Este, que en el pasado determinaron los ánimos tan a menudo. ¿Por qué habría de pensarse que eso ya no existe?

Detrás de la casa de Brecht en la Chausseestrasse hay un pequeño cementerio francés. Creo que Brecht está enterrado allí; entro por una verja de hierro en el muro de piedra. *Frondosidad*, esa es la palabra adecuada, un cementerio de pueblo en Île-de-France, árboles viejos, bancos de madera destartalados, tumbas medio deshechas, sombras en las que el sol se columpia, paz. Doy una vuelta, el resto del mundo ha desaparecido, veo el musgo en las tumbas, los nombres musicales de los hugonotes muertos hace ya mucho tiempo, las azucenas, las hortensias. En la proximidad de la muerte, el verano siempre se hace más denso, más pronunciado, como si allí se sintiera más a gusto que en el mundo de los vivos. Pero Brecht no está enterrado aquí, está al otro lado del muro, junto a Fichte y Hegel y dos condesas neerlandesas de la familia Schimmelpenninck que nunca cumplieron los treinta. También allí sombra y sol, y un silencio inconmensurable que nada quiere saber de la ciudad que lo rodea. Hay un mapa que indica dónde están las tumbas de las celebridades; Brecht ocupa la primera, junto con Helen Weigel. En la lápida hay una estrella de David, y palabras injuriosas, las mismas de siempre, no hace falta que me escandalice, ya las había visto esa mañana en el periódico. Luego le pregunto al guarda que por qué no las han borrado y me dice que porque el sábado va a haber una manifestación junto a la tumba. Esta también la veré luego por la televisión: rostros entristecidos de artistas, ningún representante del Gobierno. Esas palabras y esos signos garabateados en negro resultan odiosos, un mensaje desde el reino del mal, anónimo, una prueba de que la fuente de los horrores jamás se seca, ni aquí ni en ninguna parte. Y más allá se encuentran las tumbas de Fichte y Hegel con sus señoras, *quiet graves, unquiet thoughts*.

No importa qué les preguntase a los arbustos y a los sillares, no habría respuesta. Todo estaba dicho, y cada uno hizo con ello lo que quiso, las ideas y las opiniones de esos dos hombres se habían infiltrado en espíritus puros o rastreros, los discursos apasionados de Fichte sobre el Estado nacional, el «espíritu universal» de Hegel eternamente inquieto que arrastra a la humanidad anónima por un océano de conflictos camino de la reconciliación de todas las antítesis, el instante divino del

conocimiento absoluto, todo el horror indecible finalmente legitimado por ese objetivo sagrado y, como en todas las religiones, invisible. «Las épocas felices son las páginas en blanco de la historia del mundo», la persona efímera con su destino insignificante atrapada en la maquinaria enigmática de ese espíritu universal inasible, el individuo que entrega su nombre y su alma al Estado y el Estado que solo tiene razón de ser si es lo suficientemente fuerte como para mantenerse. Así, el horrible encuentro de Cortés con Moctezuma no es ninguna coincidencia absurda, es más bien algo *lógico*; en un sistema así, todo encaja, claro, representa a la vez una forma de menosprecio al hombre y un consuelo, sobre todo para quien lo ideó. Junto a este insoportable optimismo, el pesimismo de Schopenhauer es un alivio, aunque solo sea porque en él, el mal carece de sentido, desenmascarado tal como realmente es, y no disfrazado como el paso necesario hacia algo superior. Auschwitz es imposible de asimilar a través de Hegel, como tampoco desde la cristiandad. En cambio, en Schopenhauer puede seguir siendo lo que es: la manifestación del mal en el mundo, ejercido por el hombre, surgido del abismo del hombre y dirigido contra el hombre. Cualquier alusión a una eventual utilidad de ese sufrimiento es una blasfemia.

El sillar no contesta. ¿Hubiera sido mejor que no hubiera escrito y pensado tanto?, pienso yo, pero como lo de pensar no es mi fuerte y además oigo cómo alguien rastrilla el sendero del jardín, percatándome de que suena a una música diáfana, metálica, pero aun así no carente de encanto, salta una tecla de mi archivo mental y me presenta otra imagen: Schopenhauer en Frankfurt, quien, antes de engullir su doble comida en el famoso restaurante Frankfurter Hof, interpreta una hora de Rossini en la flauta, seguramente mal. El mundo es malo, las páginas de la mañana ya han sido escritas, el caniche duerme, el soltero toca en su aposento solitario las melodías del compositor italiano al que le gustaba el solomillo con *foie-gras*, la historia del azar y la necesidad se escribe a sí misma y es descrita.

Cuando, desde la tumba de Hegel, me doy la vuelta y miro en dirección a Brecht, veo allí a alguien escribiendo, mi reflejo. En las tumbas no hay nada, eso lo sabemos, pero si eso fuera verdad no habría razón alguna para estar allí, luego debe de haber algo, ¿pero qué? ¿Su obra, eso que garabatearon en el mundo hasta lograr que este fuera diferente? De repente, tengo la impresión de que todas esas palabras yacieran literalmente bajo mis pies, una construcción gigantesca de estructuras entrelazadas, galerías de una mina llenas de canciones y párrafos, las palabras mucho más accesibles del uno danzando alrededor del sistema de granito del otro, un doble reino que continúa extendiéndose bajo las otras tumbas y en el que Surabaya Johnny reina conjuntamente con el espíritu universal, en el que Macky Messer baila con la fenomenología en sus brazos en Bill's Tanzhaus (sala de baile, famosa canción de Brecht) en Bilbao y en el que un barco de ocho velas rapta a la

dialéctica y zarpa hacia una costa en la que los soldados hacen el relevo de la guardia por última vez al compás del Estado.

2 de junio de 1990

XV

Periódicos, voces; noticias, los tres se han apoderado de mi casa. La estancia berlinesa llega a su fin, ha durado año y medio, la casa es desmantelada, a la hora de irme debería bajar las escaleras hacia atrás por algún que otro deseo de simetría, para compensar el momento de la llegada, su inocencia. Alguien obtiene una beca para Berlín, alguien quiere escribir un libro, alguien se ve alcanzado por los acontecimientos y se encuentra de repente en medio de un torbellino. Así es, así ha sido, mis libros y recortes de prensa desaparecen en cajas, las voces de la radio y la televisión me siguen hablando, continúo leyendo los periódicos, pero la separación es irrevocable, me marchó con la sensación de que en realidad la despedida es imposible, que los acontecimientos se han entretelado de tal modo en torno mío que ya no puedo soltarme, que habré de seguir observando y escribiendo. Lo que le ocurra a esta ciudad en los próximos años me seguirá interesando, pero quien se marcha es excluido, queda fuera de la discusión permanente, de las opciones, de las posibilidades que continuamente se están barajando, de los recuerdos, de las esperanzas. Ahora soy parte interesada mientras que fui y sigo siendo un espectador, nunca he podido olvidarme de que este no es mi país, y aun así he compartido cada momento con él.

La historia se hace visible en momentos de gran efervescencia, y de esos ha habido más que de sobra. Mis viajes y lecturas en esta parte de Alemania me han convencido más que nunca de la idea de la historia como continuo, tejido, ramificación, un entresijo de causas, azar e intención imposible de desenmarañar. Por eso el adiós tiene algo de irresoluto, sé que este país jamás me dejará. Las opciones y proyecciones se extienden no solo hasta el presente inmediato o el futuro invisible, la inseguridad quiere también anidar en el pasado: en *Die Zeit* de esta semana del 15 de junio, Rolf Steiniger enumera y especula sobre las anteriores posibilidades de unidad que ha habido desde la guerra hasta ahora, las propuestas de Stalin, las ideas de Churchill, las negativas de Adenauer, y en todos esos movimientos contradictorios el miedo desempeñaba, al igual que ahora, un importante papel: ¿qué clase de país es Alemania, qué va a hacer, qué quiere, con quién se aliará, qué atraerá hacia sí? El miedo que los alemanes inspiran a los alemanes, ¿fue ese uno de los motivos por los que Adenauer decidió abandonar a su suerte a la otra mitad de la nación en 1955? En ese mismo año, Bulganin y Jrushchov hicieron saber a Eden en Ginebra que la unificación alemana se podía discutir, y en noviembre de ese mismo año los ingleses volvieron a presentar una propuesta (después de una primera tentativa de Churchill en 1952) para reanudar

las conversaciones con Rusia. Condición: elecciones libres para la *totalidad* de Alemania, libertad de acción en política interior e internacional para la Alemania unida. Pero Adenauer tampoco quiso esa vez, como tampoco quiso aceptar la propuesta de Stalin de 1952: una Alemania con su propio ejército, unida, pero neutral militarmente. ¿Por qué no quería? La respuesta a eso se encontraba en un mensaje secreto al Foreign Office: no confiaba en el pueblo alemán y temía que una vez que él ya no estuviera el nuevo gobierno alemán cerrase un acuerdo con los rusos que fuese contrario a los intereses de Alemania. De ahí que la integración de la Alemania del Oeste a la comunidad occidental fuese más importante que la reunificación.

Está expresado con la sencillez de las palabras propia de los periódicos, como si la otra alternativa estuviese clara: otra Alemania, otra historia, que a un tiempo resulta impensable porque sencillamente no fue así. Pero ¿cómo me sentiría yo como alemán del Este al leer algo así? Eso dependería por supuesto del tipo de alemán oriental que fuera, porque los hay para todos los gustos. La idea de que esos cuarenta años de sistema cerrado quizá no hubiesen sido necesarios me llenaría de melancolía, creo yo, o de amargura o de rencor, según el caso. O haría caso omiso, considerándola como una de las muchas especulaciones inútiles de la prensa occidental con las que ahora se me acribillaba y que no me ayudaban en lo más mínimo a resolver mis verdaderos problemas: dinero, trabajo, futuro, el cambio de mentalidad y la resistencia que ello suscitaba, la coacción de otra sociedad que se inmiscuía cada día más en mi vida. Pero quizá justamente a causa de esto último –la fuerza con la que el nuevo mundo se me venía encima–, la idea de traición y engaño anidaría en mí en algún rincón, y luego, en un momento aún impredecible, saldría a la luz; se uniría a la idea de que mi parte de Alemania era menospreciada por la otra parte, a la visión de la pobreza y el abandono patente, a la conciencia de que esa parte, que es la mía, después de la guerra jamás conoció la libertad y que hubo de pagar con reparaciones financieras y con una ocupación permanente por la otra Alemania que ahora, todopoderosa y próspera, irrumpía en esta parte como si de una colonia se tratara, protestando a la vez por el dinero que les iba a costar en los años venideros, como si todos estos años nosotros no hubiésemos contribuido también a saldar su deuda, mientras que seguían pensando «culpa vuestra», si es que no lo decían ya en voz alta.



Palacio de Sanssouci, Potsdam

Luego ya no habrá Muro, luego será un solo país. Pero aunque el Muro desaparezca, seguirá allí; el lento entrelazamiento de las dos Alemanias será en su inercia mucho menos visible que los signos externos de unidad: los mismos billetes de banco, los mismos anuncios, las mismas señales de tráfico, los mismos letreros, los mismos uniformes. Lo invisible está en el pensamiento, en esa protección desaparecida que era una de las consecuencias del aislamiento. La negativa del Oeste es tan real como la aversión del Este, quien de aquí a un año tome la autopista hacia Berlín y pase por Magdeburgo, se verá enfrentado a una sensación indecible, la ausencia de una frontera, un suspiro de pensamientos de otro tiempo, se adentrará en un país desaparecido y aun así presente, un Estado invisible con habitantes visibles, un modo de pensar que no se suprimirá por decreto sino por desgaste.

Hace un par de semanas estuve en la Universidad de Leipzig. La idea era que diese una conferencia de una hora más o menos para unos cuantos estudiantes de neerlandés. El profesor ya me había avisado: no espere demasiada discusión al final, preguntas seguro que habrá muchas, pero no se atreverán a hacerlas, la gente aquí

no está acostumbrada a expresarse individualmente en público. Era cierto. La gente era bastante amable, en su mayoría eran mujeres jóvenes que aparentemente se habían preparado bien. Por sus reacciones me pude dar cuenta de que escuchaban, pero de preguntas nada, y de repente tuve la sensación de ser un cuerpo extraño, lo que los japoneses llaman un *gajin*, una ‘persona de fuera’. Era como si les recubriera una capa de rocío, y si se hubiera de precisar más, solo se podría describir como inocencia, sabiendo que otro lo llamaría ingenuidad. Todos ellos habían crecido en un mundo, yo en otro. Luego, por la noche; una vez que llegaron al bar, se soltaron a hablar: la pertenencia a las FDJ las juventudes comunistas de la Alemania del Este, las interminables lecciones de marxismo-leninismo, los cursos de verano en los Países Bajos o en Flandes a los que ni ellos ni sus profesores habían podido asistir, sin haber recibido ninguna explicación, pero todavía seguían allí como bajo una campana de cristal, las preguntas inarticuladas suspendidas sobre sus cabezas, ancladas en un mundo cuyas palabras clave no eran vigentes para mí, y me di cuenta que también eso excluiría a los otros, a los del Oeste: estas mujeres, que todavía parecían tan niñas, habían crecido en un jardín cerrado, y quien no hablaba la lengua de ese jardín era un extraño.

¿Qué planes tenían para el futuro? No lo sabían, o preferían no saberlo porque a lo mejor no podía ser, porque todo era tan inseguro, porque nadie sabía lo que iba a ocurrir, ni ellos ni sus padres lo sabían, sus profesores tampoco. Ahora sí que se podía viajar al extranjero, pero para eso había que tener dinero, y ¿cómo se conseguía dinero si no había trabajo? Una de esas mujeres a las que yo había llamado niñas tenía ya dos hijos. Quería doctorarse en la literatura de la emigración alemana en los Países Bajos, pero para eso seguramente tendría que pasar al menos un tiempo allí, ¿pero eso cómo se hacía? Hacía poco había estado por primera vez en Berlín. ¿Qué sentiste entonces? Rabia. Se había quedado de pie junto al Muro, en uno de los lugares que ya por entonces, en noviembre, estaba abierto, y de repente, «como en un relámpago», había comprendido que la prisión no había estado hecha de piedras, sino de personas. Quien quiera entender su mundo tiene que leer los primeros capítulos de *Begleitumstände* (‘Circunstancias concomitantes’), las *Frankfurter Vorlesungen* (‘Conferencias de Frankfurt’) de Uwe Johnson. Comprender este país siempre será un retorno de la mano de cordones de palabras escritas: estas te conducen al pasado para que entiendas el presente. La doble función de la literatura, la de la «subversión» durante y el «testimonio» después. La lucidez del rebelde evidencia el obtuso refinamiento del sistema. Refinamiento obtuso, ¿existe eso? Sí, existe cuando un sistema deja que su torpeza intelectual penetre con un gran refinamiento político en todos los rincones del Estado, y sobre todo allí donde están los que no participan. El Estado se resiente con eso, la opinión contraria es un vacío que no soporta, el pensamiento subversivo

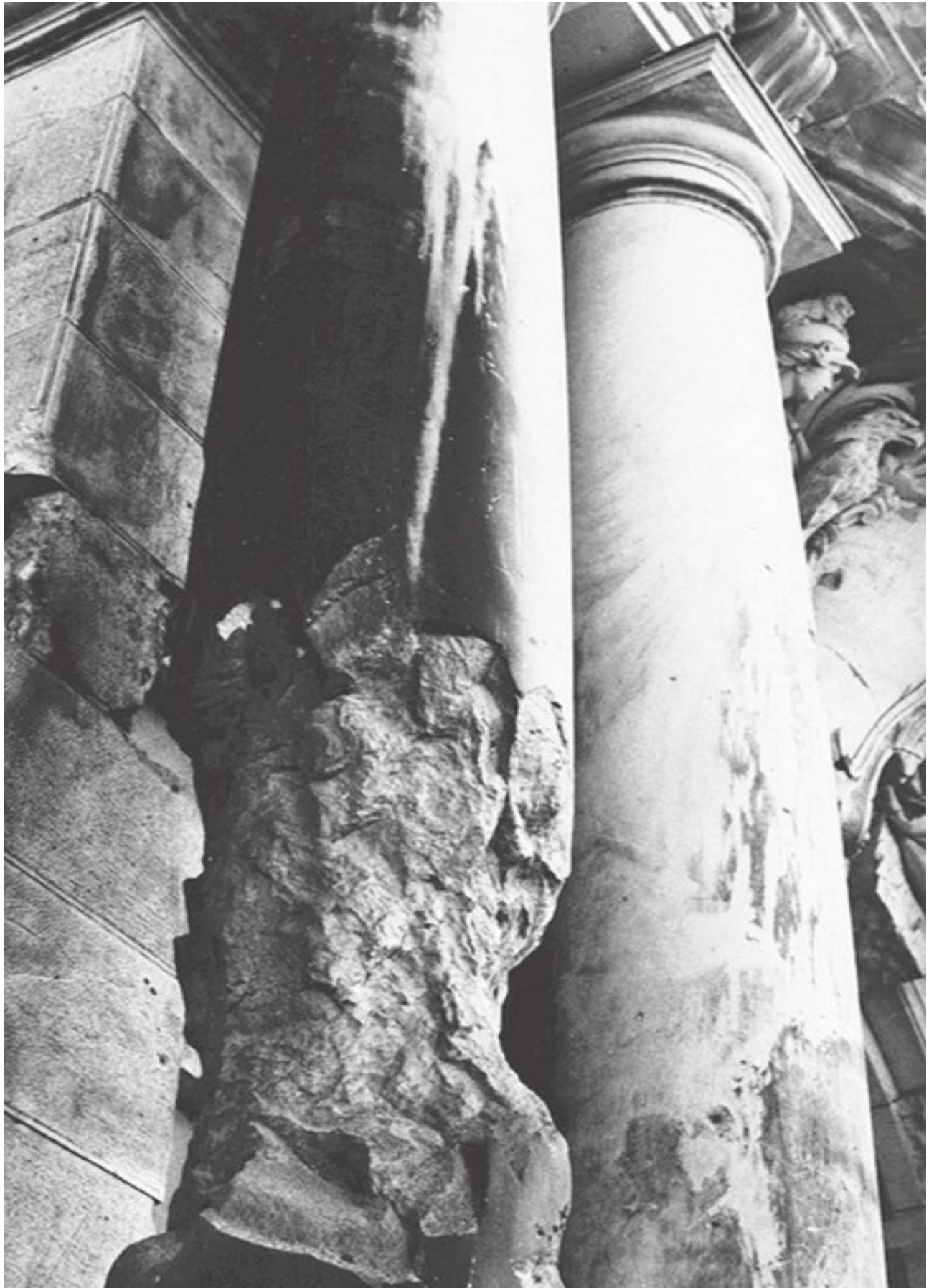
es lo que le falta a su perfección, un agujero que ha de rellenarse con su poder, porque allá donde hay un boquete, el Estado es vulnerable.

Ahora se entremezclan nuevas imágenes con las viejas: en la televisión veo cómo una alta grúa levanta en el aire el barracón de Checkpoint Charlie junto al que pasé en tantas ocasiones. Una levitación, una sesión espiritista, y por un momento es como si fuera asunta a los cielos. Una casa suspendida en el aire produce un efecto curioso, de repente uno se da cuenta de lo ridículo que esa construcción siempre había sido. Los allí presentes contemplan el espacio vacío creado como los niños contemplan un truco de prestidigitación, ahora se ve, ahora ya no. En estos días se está practicando mucha magia por aquí; toda la ciudad está llena de magos, muros y torres que desaparecen, que se esfuman en el aire, el pasado se convierte en un espejismo, la gente atraviesa el Muro como si fuera de aire, lo que está no está.

Sé que he de despedirme de este país en fusión, pero aún no soy capaz, demasiadas cosas por hacer, demasiadas imágenes y frases enganchadas en mi mente. Johann Georg Hamann veía en la historia «cifras, signos ocultos, jeroglíficos de Dios». Ignoro si serán de Dios, pero después de todos esos meses me siento atrapado en esos signos; son, como en Dresde y Potsdam, cicatrices de un organismo viviente. Alemania está inacabada: aunque se remonta a los tiempos más antiguos, sigue en construcción, esa ambigüedad la hace fascinante. Herder habla de las naciones «que presentan las características de una persona» y según eso se podría decir que las personas de Francia o Inglaterra ya están terminadas, son adultas, las conocemos. ¿Pero conocemos Alemania? ¿Se conoce a sí misma? ¿Sabe qué quiere ser cuando sea mayor? Gombrowicz habla en una de sus obras sobre «otro objetivo del hombre, sin duda mucho más recóndito, y en cierto sentido hasta ilegal: su necesidad por lo inconcluso..., por lo imperfecto...», y ahora, en esta última semana de mi estancia aquí, ese pensamiento me persigue de continuo. Después de todos esos siglos, sigue sin haber una definición de Alemania, continúa siendo un enigma. Ernst Jünger, en su último libro, *Die Schere* ('Las tijeras'), también medita sobre esa palabra. Es la palabra común de los griegos y los romanos para designar lo misterioso, lo secreto, lo insondable, es el «en sí» kantiano, el ser que no se puede conocer, es, en boca de Lutero, *la palabra oscura*. Alemania como la palabra oscura, como el enigma intelectual tras el telón de poder y el éxito material, como país al que se intenta leer, un país antiquísimo, y a la vez el más joven de los Estados europeos.

Recuerdo una imagen de Dresde, un hombre delante de una estatua, la mirada fija en ella, como si hubiera de descifrarla. Era un día grisáceo, lluvioso, con esos extraños rayos de sol fatídicos que lo falsean todo. La estatua era una cabeza de héroe sobre un frontón que, arrancado también de su contexto, se encontraba sin más en el suelo cerca del palacio. Inacabado, ya lo he dicho antes: frontones por el

suelo, *checkpoints* en el aire, muros derruidos, todo fluye. El hombre estaba de espaldas a mí con las manos cruzadas, se notaba que estaba pensando. Su sombra yacía pequeña junto a él, como un animal de compañía, y juntos tenían mucho sobre lo que pensar, igual que yo. Yo acababa de ver las ruinas de la iglesia de Nuestra Señora y entre ellas se hallaba una estatua renegrida de Lutero con un libro abierto que no podía ser otra cosa que su propia traducción de la Biblia. Estaba ante una especie de barraca de construcción, joven, más delgado que de costumbre, como si a causa de esa guerra aún visible hubiese perdido algunos kilos de piedra. A sus pies yacía una corona de flores chamuscada, al fondo, un ángel dorado bailaba sobre una pierna en una cúpula que parecía una fruta tropical pelada. Por una asociación de ideas absolutamente gratuita, pensé en la relación entre ese hombre y las ruinas, en su antisemitismo, en cómo él, con su poderosa traducción de la Biblia, había fundido los dialectos alemanes en una sola lengua, dando así el primer paso hacia Alemania como nación; pensé también en la indemostrabilidad de mis pensamientos divagantes, inconclusos, la frivolidad de todo ello, ya que en la historia todo tiene que ver con todo y la antigua oscuridad a menudo tiene que cargar con la culpa ulterior. Pero las ruinas no tenían nada de frívolo, a causa de la capa negruzca de contaminación parecía como si todos esos muros, esas columnas, esas pechinas, esos capiteles, esas rocas y esos arcos, rotos y agrietados; estuviesen recubiertos de lava, como si el mal no hubiese venido desde arriba, de un enemigo destructor y vengativo, sino de abajo, de un averno incandescente.



No hay nada como las ruinas para observar claramente los detalles arquitectónicos; la ornamentación concebida en un principio para un conjunto se expresa ahora tan solo a sí misma, la atrocidad de una ruina viene determinada por la belleza de las partes fuera de su contexto. Y quizá sean esos los jeroglíficos divinos de los que hablaba Hamann: arquitraves y arquivoltas, molduras y arcos rampantes privados de su función, sobresaliendo ridículos o espléndidos por entre los escombros, y como de costumbre, ese mismo día, la suerte quiso que encontrase una rima a mis pensamientos: en una tienda de libros antiguos encontré un libro sobre la Primera Guerra Mundial, *Das Antlitz des Weltkrieges* ('El semblante de la Guerra Mundial') editado por Ernst Jünger en 1930. Lutero, Jünger, Hamann, Herder, nada que ver entre sí, todo que ver entre sí, figuras alemanas de una interminable hilera de espíritus que uno puede evocar por las noches al pensar en Alemania. «En la propia guerra, lo último no es la guerra»⁶⁷, reza al principio del libro de Jünger, pero no fue él quien escribió este oráculo, sino Schiller (en *Die Piccolomini*). Pero entonces el tono ya está marcado, el velo místico que caracteriza una gran parte de la obra del chamán-samurai que es Jünger y que enturbia la lucidez de la misma. El hombre que escribe con tanta lucidez sobre los enigmas es él mismo un enigma. La profundidad délfica, la arquitectura de los élitros, creador de una imagen del hombre en la que la libertad y la obediencia serían idénticas, un siniestro Fausto que labra en papel su arquetipo, un prototipo utópico del ser humano, mientras que en torno suyo ya había gente de carne y hueso para quien ya desde hacía tiempo la libertad consistía en obediencia, gran escritor y amigo de colaboradores, eremita y símbolo de la contradicción, nunca he sabido qué pensar de él. Cuando en una noche berlinesa, en un círculo de filósofos y jóvenes universitarios dejó caer su nombre, uno de los jóvenes me mira fijamente a los ojos y levanta su mano en un gesto exorcizante, diciendo: «*Vade retro, Satanas*», pero al final de la velada ese mismo exorcista se marcha con la nueva biografía de Jünger bajo el brazo. El libro que compré está impreso en letra gótica, y para alguien que no es alemán eso también tiene un valor afectivo que a los alemanes les cuesta entender, sobre todo cuando, tal como ocurre en este libro, los títulos de cada capítulo están en mayúsculas y es como si se estuvieran descifrando unas runas: «Fahrt zur Front» ('Rumbo al frente'), «Der Letzte Akt» ('El último acto'), «Trommelfeuer» ('Fuego nutrido'), «Stosstruppen» ('Fuerzas de choque'), pero en las fotos que acompañan al texto no veo ni a los «príncipes de la trinchera con sus rostros impávidos y decididos» ni al «puro e intrépido espíritu de guerrero»⁶⁸ forjado al fuego. Como siempre, no veo más que las fotos de atrocidades, acentuadas más aún por la anticuada técnica fotográfica que hace que

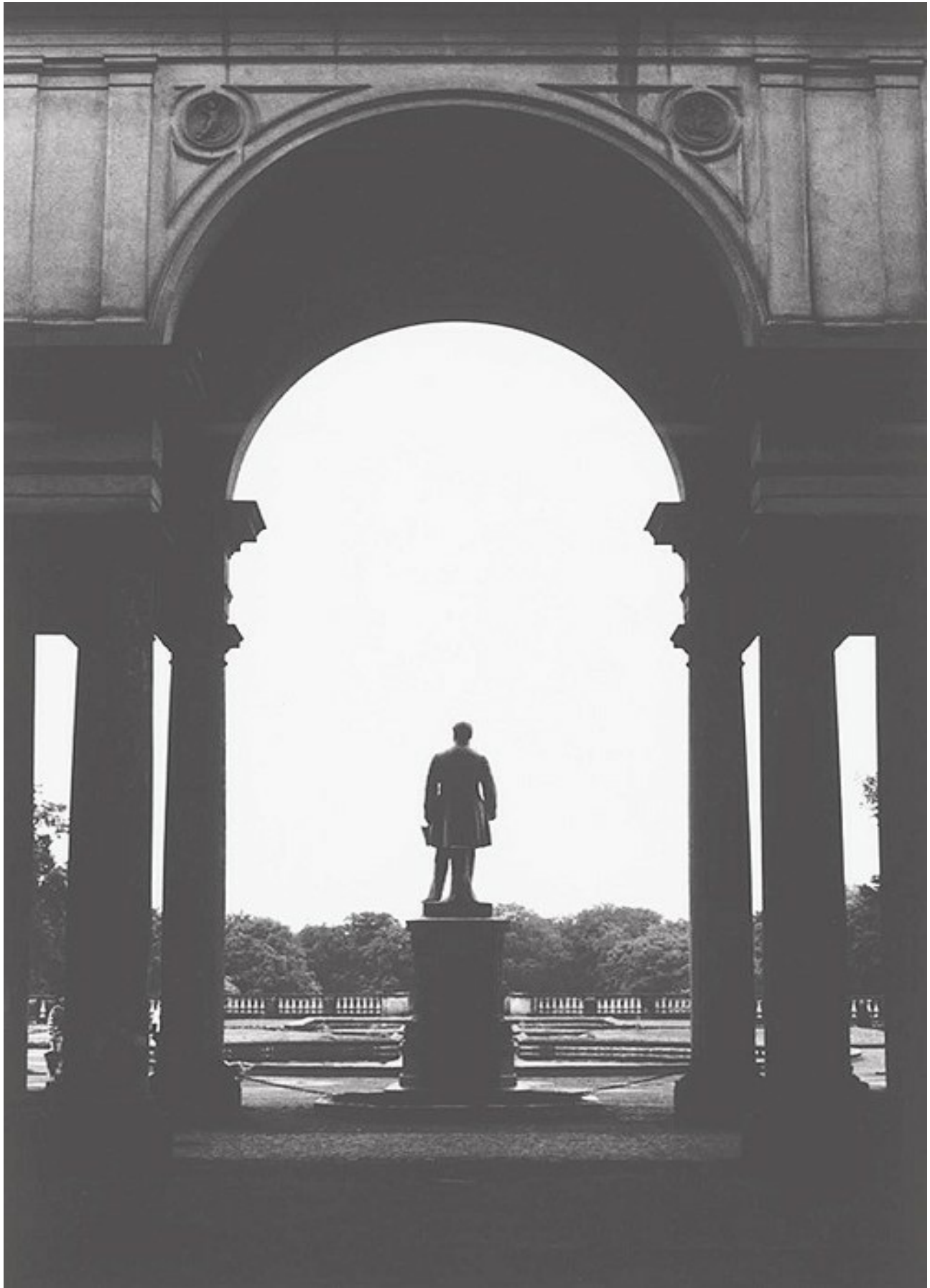
el horror parezca más absurdo (a fin de cuentas todos están muertos) y que reduce los tanques de museo despedazados, los caballos muertos, los hombres en el barro, los seres vivos en las ruinas, las bayonetas en la nieve y las columnas anónimas en el paisaje estupefacto a una categoría estética de la que ha desaparecido el padecimiento, la humillación; y en la que los héroes se han convertido en víctimas a las que se les ha robado hasta su propia muerte.



Dresde, mayo de 1990

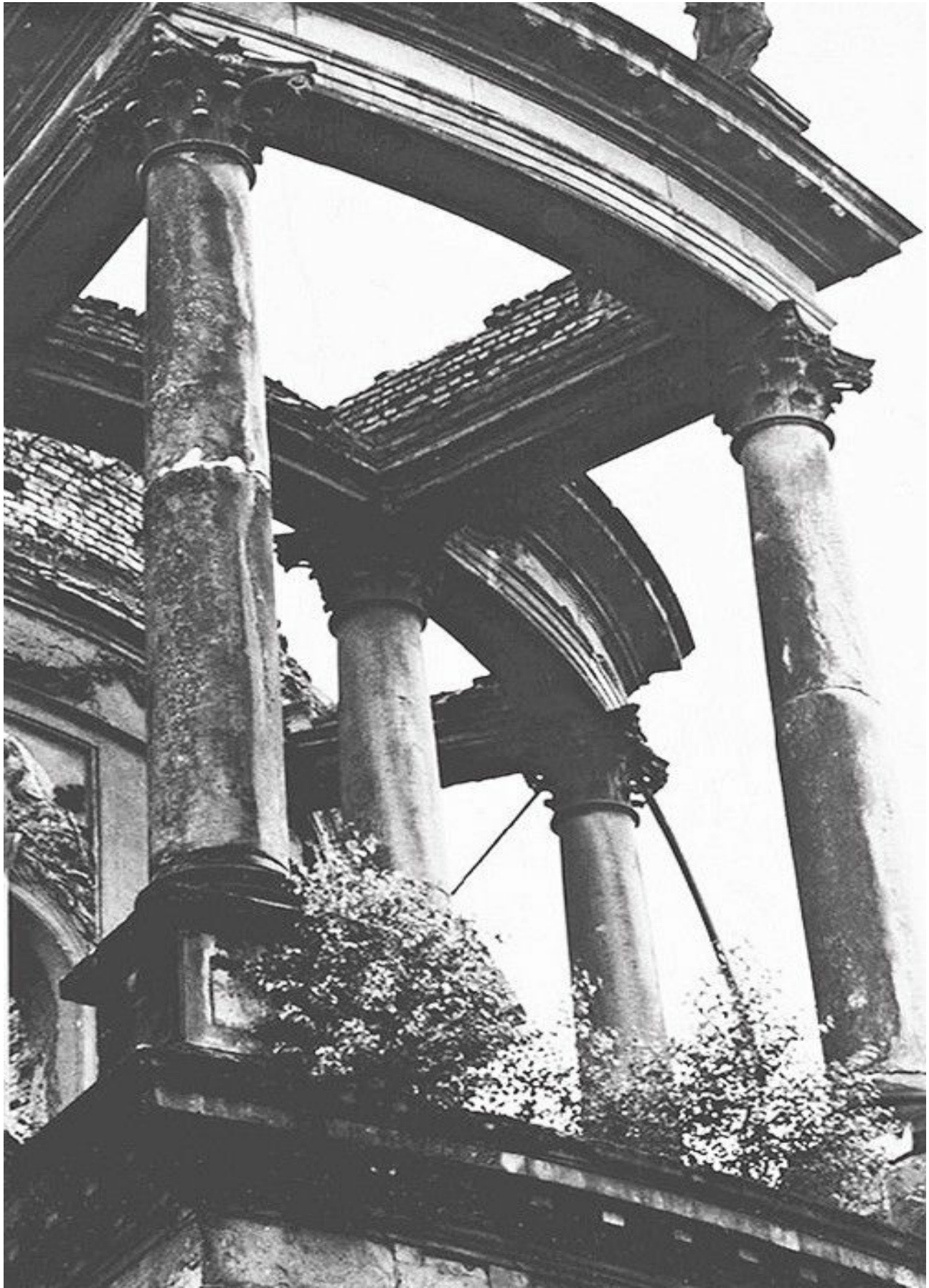
Quizá solo alguien como Jünger, que seguía inmerso en el Medievo y en los ideales caballerescos, o su eco decimonónico, y que a un tiempo poseía una visión glacial y moderna de nuestra naturaleza de mutantes bajo el totalitarismo de la técnica, podía encarnar y describir así las contradicciones de esa época, pero justamente por la eficacia de sus escritos no puedo deshacerme de la imagen del jinete de una apocalipsis congelada, montado por supuesto en un caballo blanco, galopando a través de un interminable campo de batalla de cadáveres anónimos dibujados por Francis Bacon, indiferente a su propia suerte o a la de los otros, un vidente ciego, y además literalmente, porque de no ser así, veo tan solo a un señor

algo viejo vestido de calle en el París de los años de la ocupación, que lee el salmo 90 después del desayuno y que husmea en las tiendas de antigüedades, que estudia las alas de las mariposas y que en su diario, en una misma página, pasa de la estética de un bombardeo al cuarto acto de *Don Juan*, que medita sobre las tijeras como símbolo de la unidad de contrarios, que compra un sombrero para una modista del «tipo mediterráneo», que se abisma en la contemplación de la flor de la maravilla en su escritorio, pensando sobre el poder que puede tronchar las flores y sobre otras paradojas del muro del tiempo, y que luego va a visitar a damas de alcurnia o a escritores a quien nosotros quizá llamaríamos traidores a la patria porque bajo Pétain optaron por el lado enemigo mientras que sus compatriotas judíos eran deportados por la policía de Vichy a Alemania, sobre la cual ese señor viejo, quizás un tanto excéntrico –en un armario de su casa guarda un uniforme de ese país pero en ese momento deja que sus manos acaricien con gozo estético veinte volúmenes de Saint-Simon– dice al final de su libro: «Porque el poderío de la Alemania oculta es grande, y después de la Gran Guerra, el mundo, preocupado, lo ha reconocido mucho antes que los propios alemanes»⁶⁹. Y eso todavía es así y eso ya no es así.



Para mí, en cualquier caso, se acabaron por ahora las marañas, los interrogantes y las paradojas. El dinero del Este se funde con el del Oeste, la frontera se esfuma, el himno nacional del uno se disuelve en el del otro, las embajadas de Berlín Este se apergaminan, de aquí a medio año elecciones, repliegue de los términos *Este* y *Oeste* a sus significados originarios, reedición del mapa del país, ahora en un solo color, matrimonio químico de un ciudadano de Colonia con una ciudadana de Weimar, unión platónica de ellos dos, convirtiéndose así en ciudadanos de la única Alemania que queda, el largo mecer de esos ciudadanos en los brazos de Europa, de los que ningún país puede escaparse sin hacerse daño a sí mismo.

Voy a celebrar mi despedida en los melancólicos jardines de Sanssouci; para llegar allí cruzo el Glieneckebrücke, el puente de Smiley. Hace tiempo de espías, ráfagas de lluvia y, a ratos, rayos de sol de color vainilla. Por el camino me encuentro con una caravana de rusos, una larga hilera de hombres a pie con azadas. Parece que llevarán días caminando, pero no es posible ya que no llevan equipaje. He de pararme para dejarles cruzar, les puedo ver bien porque van despacio, esa multitud en marcha tiene algo extraordinariamente antiguo, rostros de todas las regiones, de Kirguizistán, Uzbekistán, Rusia, las grandes masas del Este. ¿En qué piensan? Las gorras demasiado grandes caídas hacia atrás, a veces echan una mirada al interior del coche sonriendo, pero no puedo ver lo que piensan. Parte de las tropas rusas se ha retirado ya de Hungría y Checoslovaquia, aquí seguirán por algún tiempo, en su país no hay casas para ellos, no hay trabajo, aquí los cambios son ya visibles, es un mundo que se aleja del suyo por momentos. ¿Qué clase de recuerdos y juicios se llevarán luego consigo a casa? Esos recuerdos y juicios volverán a nosotros deformados, como un reto mucho mayor que la unidad alemana, pero ¿cómo?



Aparco el coche y me dirijo a los jardines de Federico el Grande. La lluvia redobla en mi paraguas, las distancias entre los edificios son enormes, me hacen sentir pequeño, un homúnculo entre la orgía de rododendros, una figurilla dibujada bajo los arcos clásicos que se cobija en el bosque simétrico de columnas. Tiempo sombrío, tarde clarividente, la nitidez con que todo se ve, la ramita verde que sale de la corteza del tilo, el capitel corintio roído, el ángel decapitado en las escalinatas, la inútil escalera de caracol del mirador que va a parar al cielo, el ratón de campo muerto que todavía intenta aseverar algo en el barro. Calzado con las zapatillas de rigor valso sobre el suelo encerado de la sala de baile del Nuevo Palacio, pero me es imposible seguir el ritmo del rococó, me deslizo a lo largo de la Jagdkammer, el ‘salón de caza’, y la *unteres Damenschlafzimmer*, el ‘dormitorio inferior de las damas’, y pienso en el joven príncipe que es llevado por la nacional I –aún hoy en uso– a Kürstin (Kostrzyn) bajo estricta vigilancia para presenciar allí, por orden de su padre, la ejecución de su amigo Hans von Katte, que le había querido ayudar en su fallido intento de fuga. Afuera sigue lloviendo; un moro contempla la contrahecha y rasurada naturaleza sosteniendo un candelabro de tres brazos sobre el telón de fondo de un cielo plomizo; junto a él, una mujer desmantelada, desnuda, también decapitada, manos de alambres herrumbrosos, actitud de sumisión, el monte de Venus cubierto con el hollín de la suciedad invisible del aire, el gran rey no reconocería su palacio. Me dirijo al invernadero, el pabellón dorado, pasando a lo largo de los árboles que él conoció cuando eran aún pequeños, plantas endebles, entre la hierba florecen las mayas como si de un moho se tratara, a lo lejos el sonido de los trenes y las cornejas, mi año alemán llega a su fin, me despediré de mis amigos y me iré sin irme por los recuerdos que llevo conmigo y que dejo atrás, y cuando vuelva, todo será diferente y aun así idéntico, y habrá cambiado para siempre.

30 de junio de 1990

PARTE II



Suite de Berlín

La última fotografía de la Parte I de este libro muestra el Belvedere de los jardines de Sanssouci, en Potsdam, y la última frase termina con las palabras «y cuando vuelva todo será diferente y, aun así, idéntico, y habrá cambiado para siempre». No era en sí misma una predicción difícil de hacer. Aunque el muro hubiera desaparecido, los familiares edificios continuaban allí, y las dos partes de la ciudad, creía yo, avanzarían lentamente la una hacia la otra, junto con la gente que vivía en ellas. Desaparecerían antiguos periódicos y ocuparían su lugar otros nuevos. En el Berlín Occidental habría cada vez más ajetreo y el Oriental se vería gradualmente invadido por los signos del capitalismo. Recientemente volví a visitar el Belvedere. Ya no era la ruina abierta y herida que era desde la guerra, desmantelada, violada, hierbas entre las columnas. Su deterioro estaba empaquetado como uno de los edificios de Christo, la profanación era invisible. Las señales de la guerra desaparecerán de este edificio; ya no servirá de recordatorio. Al contrario: si alguna vez sale de debajo de esos trapos negros, brillará: un modelo de arquitectura clásica, un objeto de exhibición. Sin embargo, parecerá un poco muerto, como una actriz que se ha hecho un *lifting*.

¿A qué clase de ciudad volví? Todavía no lo sé. En realidad fue un regreso doble: el primero, en febrero; el segundo, en abril. Entre uno y otro, la duda se había intensificado; resultaba cada vez más difícil decir algo acerca de la situación. Yo seguía siendo más o menos el mismo, aunque nadie se baña dos veces en el mismo río. El decorado era también el mismo: la misma ciudad, la misma casa, el mismo león de madera en el pasamanos del oscuro zaguán, el mismo olor a tabaco y a comida alemana en la escalera. Mi amigo chileno se había llevado algunos de sus libros y cuadros al otro lado del mundo, pero allí seguía habiendo bastante español como para tener ocupado a un lector durante un año, y el extraño mobiliario del exilio seguía allí también. En mi primer regreso nevaba y el nogal del patio aún llegaba cerca de mi ventana, y yo veía el frío que tenía el árbol. Los vecinos con niños del piso de enfrente habían desaparecido y los nuevos eran invisibles. La anciana de abajo, que era la residente de más edad y conocía la casa desde antes de la guerra («no puede usted ni imaginarse lo que eran los bombardeos»), había sufrido un creciente desconcierto durante aquellos últimos meses y había muerto. Me pregunté si había alguien en el mundo que pensara en ella alguna vez. Las grandes ciudades permiten que la gente desaparezca sin dejar rastro, pero para mí es como si estuviera viendo sus zapatones, su andar rígido, su expresión poco comunicativa. Pero nadie la mencionó jamás. Una empresa que incluía la palabra

Europa en su nombre se había mudado a su planta. Las personas que a veces veía salir de allí tenían el aspecto de actores de un anuncio.

Continué haciendo expediciones de búsqueda en la nieve. Recuerdo que una vez encontré una sección superviviente del muro con barras de metal que sobresalían, un pasadizo muerto, cubierto de nieve, las barras como amenazantes tentáculos negros, pero no ocurrió nada. Me detuve en aquel estrecho trozo de tierra que pronto sería corriente, parte de un trozo de tierra mucho más grande, sin nada más que unas huellas en el suelo, marcas de los dos muros desaparecidos, y me di cuenta de que no había nada que decir. Cualquier pensamiento sobre aquel recuerdo de hormigón había sido condenado a desaparecer; como el propio muro, habían hallado su fin. La sensación era mucho más extraña en los lugares donde el Muro ya no estaba, en Checkpoint Charlie, por ejemplo. Pero uno tampoco podía decir ya «en Checkpoint Charlie» porque ahora solamente existía en las fotografías. Describir un lugar en función de lo que ya no está puede resultar difícil. El Muro que ya no está existe por duplicado, porque uno tiene que imaginarlo en el lugar en el que antaño estuvo realmente. O puede que no, pero ocurre de manera automática. Uno no puede pasar por una herida y salir indemne, y esa herida está en todas partes. Como las cicatrices. Muchos de los edificios de los puestos de control siguen en pie, vacíos, inútiles. Tienen que desaparecer o alguien tiene que encontrarles un uso. La casa de cambio de Invalidenstrasse se ha convertido en un *sex shop* de Beate Ushe, que seguro que tendrá buena acogida. Poco a poco empezará la gran limpieza, pero será fuera, en la ciudad. La limpieza interior tendrá que esperar a unas personas que no han nacido todavía, a los nuevos habitantes, o a los que no piensan en ello, pero de estos hay pocos. Parece como si todos tuvieran el muro en la mente; más tarde o más temprano aparece en todas las conversaciones. ¿Se está acostumbrando la gente? En realidad no. Ahora se puede tomar el tren de cercanías al Este sin tener que bajar en la estación de Friedrichstrasse; se llega directo hasta allí. Las ventanillas del tren te hacen un boceto de la ciudad: el vacío donde se alzaba el muro, la monotonía, la arquitectura estalinista, el otro. No; uno no puede acostumbrarse a eso, y tampoco puede volarlo; va a permanecer intacto. Pronto, los alquileres de las casas sin pintar subirán y un número creciente de desempleados vivirán en esos edificios incoloros. Y eso también es una especie de muro.

¿Y qué pasa con el Oeste, donde viven los privilegiados? Son desdichados, a veces incluso maliciosos; volveré sobre ellos después. Y no les gusta mucho relacionarse con otros. De hecho da la impresión de que, tras la euforia inicial, el muro ha vuelto. Si uno no tiene nada que hacer en la otra parte, Este u Oeste, se queda en casa. Demasiado caro para aquel, demasiado desvencijado para este. «Los del Este tienen mentalidad de sargento mayor. No se puede hablar con ellos». «Los

del Oeste son unos arrogantes y quieren colonizarnos». «Aguantaron ese sistema cuarenta años. ¿Qué dice eso de ellos? Una de cada seis personas pertenecía a la Stasi. ¿Te puedes imaginar esa mentalidad? ¡Lo que nos faltaba!». «Dinero, dinero, dinero, eso es lo único en lo que piensan esos *Wessis* ⁷⁰. Se creen que somos todos unos mendigos. Ellos tuvieron suerte y ya está. Que vengan por aquí a darse un agradable paseíto en sus Mercedazos, a ver si pueden encontrar una vieja casa suya aún en pie...».

«¿No crees que ha cambiado todo?», me preguntan mis amigos. Uno no quiere decirlo, pero piensa que quizá sean ellos los que han cambiado; le asombra su amargura. No paran de hablar del aumento de los índices de delincuencia, pero yo vengo de una ciudad que tiene sus propios problemas, de modo que no me impresiona. Las largas colas de polacos a la puerta de los supermercados baratos y las tiendas de electrónica de la Kantstrasse, aquellas colas de las que tanto se quejaban el año pasado, ya no se ven, a pesar de la nueva libertad de visado. La mayoría de los Trabants se han quedado en sus madrigueras o sus propietarios se han comprado coches occidentales. El petróleo es de mejor calidad, así que el hedor ha desaparecido. La parte occidental de la ciudad ha recobrado su antigua personalidad, que se parece a un parque. Los precios de las casas aumentan cada día, y en todos los aspectos es la metrópoli más tranquila que conozco; incluso los disturbios del Primero de Mayo fueron este año menos violentos de lo que dicta la tradición. ¿Algo más? Simplemente, gente que vive y espera. Espera calles mejores y una decisión sobre si Berlín será la capital; espera un presupuesto equilibrado y nuevos edificios en la Postdamer Platz, el juicio de Mielke y nuevos inmigrantes, trabajo y revelaciones, inversiones y quiebras. Toda la ciudad está sentada en la sala de espera de la historia y, aunque todo lo que sucede aquí es muy real, sigue habiendo una sensación de irrealidad en las calles y plazas, como si este mundo pudiera no ser real, como si todavía pudiera suceder algo completamente distinto y nadie supiera qué, pero, sea lo que sea, tendrá algo que ver con la idea de historia. Esta ciudad no puede escapar a la historia y tal vez esa es aquí la cuestión, o una de las cuestiones.

La historia debería ser algo que ya ha ocurrido, no algo que está ocurriendo ahora. Nadie que crea estar haciendo historia puede tener la mente centrada en la realidad, y aún menos una ciudad que está saturada de signos del pasado, con estatuas proyectadas y fortuitos agujeros de bala, con columnas dañadas junto a otras intactas, una ciudad que se lee como una extensa remembranza en piedra, una ciudad a la que todos los días se le recuerda su papel anterior y aun antes de eso no es libre para avanzar hasta el presente. La historia es invisible porque sucede muy despacio; solo muy raras veces se permite apresurarse. Uno de esos momentos fue noviembre de 1989, pero las consecuencias de ese día marchan con la lenta deliberación de una jugada de ajedrez, y los habitantes de la ciudad son las

personas que tendrán que hacer la siguiente jugada, y también tendrán que esperar los resultados, y se les ve más esperar que hacer. Matan el tiempo en la sala de espera charlando, quejándose, discutiendo, culpando, investigando, recordando, condenando, preguntando. Las páginas de este libro de historia son tan pesadas como el plomo de los libros de Kiefer: solamente se puede pasar una página al año, como mucho.

Pero ¿de verdad crees tú, un forastero peculiar, que a los berlineses que ves sentados al tibio sol primaveral en un banco, a la espalda del palacio de Charlottenburg, o los lejanos compatriotas suyos que contemplan con una mezcla de bochorno y perplejidad las pálidas y granujientas caras de los del hare krishna dando brincos por Alexanderplatz, al Este, les preocupa la idea de historia?

«*Jein* ('sí y no')», tendría yo que contestar, como un auténtico berlinés: *ja* y *nein*, porque ¿cómo se puede no pensar en la historia en una época como esta? *Histórico*: la palabra sale con regularidad de la boca de los políticos («si perdemos esta oportunidad histórica...») y se difunde por los editoriales de los periódicos y los comentarios de la televisión. Los monumentos siguen atestiguando la historia: los días de nuestra propia vida pueden convertirse en piedra y asumir forma de ruina, un muro medio demolido, una fachada llena de agujeros de bala o la estatua colosal de una acongojada madre con un hijo caído en los brazos. Y hay otra manera en la que casi todo el mundo se ve afectado aquí por la historia: hasta los ciudadanos más jóvenes de la RDA fueron miembros de la FDJ (Juventud Alemana Libre). Si retrocedemos en el tiempo, encontramos toda clase de combinaciones diferentes: gentes que, con Hitler, estuvieron en el lado equivocado y después de él no fueron nada, gentes que estuvieron dos veces en el lado equivocado, gentes que fueron héroes durante la época nazi y luego entraron en la Stasi, y todos los matices intermedios, desde el fanatismo hasta la indiferencia. Uno los conoce y no sabe quiénes fueron; llevan consigo su invisible pasado a este presente transitorio. Esto es igualmente cierto: dos veces en la vida de algunas de estas personas, una en la de casi todas, algo terminó, llegó a su fin, la historia dio un giro, un paso, o hizo un amago con el que pareció como si pudieran empezar de nuevo, como si todo hubiera concluido, lo cual por supuesto nunca es verdad. Pero al menos eso fue lo que pareció. El nacionalsocialismo alemán fue destruido en 1945; el comunismo germanooriental quebró en 1989. Las democracias están organizadas de otra manera. Puede que tengan un principio, pero, si todo va bien, no tienen un fin, y esto explica en parte esa extraña sensación de temporalidad e irrealidad que se cierne sobre Berlín y sobre Alemania Oriental. En cierto modo han aterrizado en la utopía, porque esa fue su razón para salir a la calle: libertad, democracia, derecho a expresar su opinión, todo lo que no tenían. Pero ahora que lo tienen no parece una utopía, excepto por el hecho de que, como en todas las utopías, no hay un fin a la vista. Si todo va bien, esta historia no va a «acabar» mientras ellos vivan, no llegará

a su conclusión, y eso la lleva a entrar en conflicto con nuestras dimensiones humanas. El sitio de las utopías es el paraíso, donde, como sabemos, es imposible vivir. Ahora que la utopía tiene que suceder aquí, lo cierto es que está resultando un tanto decepcionante.

Escucho conversaciones y tomo notas. En los siguientes comentarios no hay nada inventado:

El profesor polaco: «Lo que no han entendido aquí, en Alemania Occidental, es que el capitalismo no ha vencido al socialismo, sino que el capitalismo será socializado desde el Este. Hay un movimiento más lento que va de Este a Oeste y es mucho más difícil de ver. A propósito, ¿os habéis dado cuenta de que Kohl, a pesar de su reciente derrota, en realidad sigue en el poder gracias a los *Länder* (‘estados’) de la antigua RDA?».

La conocida feminista: «No me importan los impuestos siempre y cuando reconstruyan el muro. Allí hay una gente distinta; no tienen nada que ver con nosotros. Se criaron de otra manera. Esto no va a funcionar nunca, no lo verán mis ojos».

El periodista: «Tenéis que fijaros bien, a ver cuántos pantalones verdes veis en Berlín Oriental. Podrán llevar chaquetas italianas, pero las llevan con pantalones verdes. Material militar. No pueden llevar las guerreras, pero los pantalones no los quieren tirar. Y si notáis que parece que andan de una manera un poco rara con sus Adidas, es lo mismo: llevan toda la vida con botas militares».

El propietario: «No esperábamos que ocurriera esto. Nuestra familia seguía siendo dueña de un inmueble en Erfurt. Era parte de una herencia mía y de mi hermana. Estaba todo muy bien administrado. Tuvimos que pagar una factura de 1.028 marcos, pero era nuestro. El impuesto de sucesiones ya se había pagado. Se calcula en casi un millón. Viven allí unas cincuenta personas. Yo debería hacer que se pusieran todas en fila y someterlas a inspección. No, no es verdad. Lo decía en broma».

La feminista: «Si por lo menos se hubieran liberado ellos mismos, como hicimos las feministas... Pero no, hasta eso tuvo que venir de Rusia».

El estudiante del Este: «El hermano de mi padre se fue al otro lado al principio, cuando aún se podía. Mi padre no lo hizo; quiso quedarse. Teníamos un pequeño negocio familiar y él trató de mantenerlo en marcha. Una vez al año, mi tío venía a visitarnos en su gran Opel. Y siempre se reía de nosotros por todas las cosas que no teníamos. Yo aborrecía sus visitas».

El librero del Este: «No hace falta que os diga todas las cosas que no estaban permitidas. Pero había también montones de cosas que sí estaban permitidas. Mirad las listas de títulos publicados por Volk und Welt, o por Reclam. Y ahora todo está permitido pero nada es posible, porque mi tienda la ha comprado una cadena comercial. Todo lo que sé, todo lo que he aprendido, se ha vuelto inútil. No

hace falta leer a Updike o a Goethe para vender libros sobre sexo o guías de viaje. Y la única alternativa es la puerta».

El estudiante de neerlandés de Leipzig: «Antes no me permitían ir a Holanda, y ahora no puedo ir a Holanda porque es demasiado caro. Por supuesto, estoy muy contento de que se produjese el *Wende* ('cambio'), pero aún duele oír a la gente decir por ahí que no tenemos iniciativa. Tenemos mucha iniciativa, pero ¿adónde lo lleva eso a uno? A mi padre lo han despedido; nunca tendrá otro empleo. Y en todas partes pasa lo mismo. La gente está atemorizada».

El traductor del Oeste: «Lo único que saben hacer es quejarse. Tiene que ser ahora mismo, tiene que ser hoy. Tampoco nos ponían las cosas en bandeja después de la guerra. No podíamos largarnos a Mallorca y ya está. Actúan como si hubiéramos hecho esa guerra nosotros solos. Como si no tuviera nada que ver con ellos. Los fascistas vivían todos en el Oeste. Y tendríais que oír lo que dicen de los polacos y los vietnamitas. Están dando mala fama a toda Alemania».

El escritor húngaro: «Mi hija de siete años fue a una excursión del colegio con niños de Berlín Este y Oeste. Le pregunté qué tal había ido. "Horrible", me dijo. "Estaban allí todos esos *ScheissOssis*. ¿*Scheiss-Ossis*? Oh, es que parecían unos idiotas". "¿Idiotas? ¿Y eso por qué?". "Estaban de pena, con esa ropa tan rara". "¿Y qué decían vuestros profesores?". "Oh, nuestros profesores nunca hablan con sus profesores"».

El fotógrafo de Haití: «Hay racismo allá donde vaya, pero yo he vivido bien aquí, en Berlín, durante treinta y tres años. Ahora eso se acabó, amigo mío. Ya no me atrevo a ir al Este, ni siquiera de día, pero desde luego menos de noche. Hay gente a la que han apuñalado y han tirado del tren. Muertos, quiero decir. Vivían aquí muchos mozambiqueños y angoleños; ya sabes, la solidaridad entre las naciones y todos esos rollos. Siempre los invitaban a desfilas ante la tribuna con todo el mundo el Primero de Mayo. Pero los trataban como esclavos incluso antes, y ahora tienen que irse. No hay trabajo. Todos formaban parte del antiguo régimen, por supuesto. No era culpa suya, pero así es como lo ve ahora la gente. *Ausländer raus* ('extranjeros fuera'), hasta nunca».

En el *Tageszeitung* (edición del Oeste) leí algo acerca del Museum der bedingungslosen Kapitulation, el Museo de la Rendición Incondicional. Nunca había oído hablar de él, pero parece prometedor. Pregunto a unos cuantos amigos, pero no, nunca han ido. ¿Dónde está? En la Fritz-Schmenkel-Strasse. Oh, en el Este. Decido hacer una visita al museo, cruzar la frontera visiblemente invisible, hacer trasbordo en Alexanderplatz. Quiero dejar de repetir una y otra vez que es diferente, pero sí, es diferente. La misma ciudad, solo a diez minutos de distancia, y totalmente distinta. Alguien mira tu impermeable, te clasifica. Eres de *drüben*, del 'otro lado'. Hasta ahí es algo establecido. Y ¿qué se ve uno haciendo?

Proyectando la encuesta más reciente, con su temor y sus expectativas negativas, sobre la multitud que aguarda, pensando que conoce al menos alguno de los pensamientos que hay en esas cabezas. Compras un periódico que cuesta la mitad que otros periódicos y tomas el tren de cercanías a Erkner.

Esta es una ciudad llena de trenes. Ves el gran expreso MoscúFrankfurt y te gustaría cambiar, pero yendo en sentido contrario. *El profesor polaco*: «Iba con el tiempo justo y tuve que cruzar todo el coche cama ruso para llegar a mi asiento en la sección alemana. ¡No os podéis imaginar cómo apestaba! Todos se llevan comida porque no tienen suficiente dinero para comprarla. Y el pasillo está lleno de equipaje amontonado, cajas de cartón. Francamente, era como el Tercer Mundo. Casi no se podía pasar».

Me bajé en Karlshorst, que antes era una zona residencial exclusiva. La Casa de la Cultura se ha convertido en el Restaurant Centre Ville, y hay grandes letras cirílicas en el Spielbank de la esquina. La Fritz-Schmenkel-Strasse es una calle tranquila. Chalets, árboles, el discreto encanto de la burguesía. Hay algo extraño en ella, sin embargo, y antes de que pueda decirme que es por todos los rusos que andan vagando por allí, se me ocurre otra cosa: «es como un gueto». O algo por el estilo, pero de todos modos un curioso tipo de inversión, porque las personas que hay dentro de este gueto son oficiales rusos que van solos o en pareja, gente cuya vestimenta los diferencia del resto del mundo, como los judíos jasídicos en Amberes y Nueva York con sus tirabuzones y sus largos gabanes negros. Estoy en un enclave ruso. Hasta los niños con los que me cruzo van hablando en ruso. Veo un gran Zaim o Zis con una mujer en el asiento trasero y un soldado al volante, unas palabras que no puedo leer, más oficiales con valijas diplomáticas. Pronto abandonarán esas tranquilas y cómodas avenidas, se alejarán de las casas de su antiguo amigo y, antes de eso, de su antiguo enemigo. En el lugar al que se dirigen también se está pasando página, y ellos no saben qué es lo que habrá escrito en esas páginas. Pero de momento todavía están aquí, nadie los quiere, una comunidad cerrada en el país que está pagando ocho mil millones para que se vayan.

Al final de la calle está el museo que conmemora su llegada, hace cuarenta y seis años. Ondeantes banderas rojas y, al otro lado del bien cuidado césped, camiones, un carro de combate, un *Stalinorgel*. Recuerdo esa palabra de entonces, ‘órgano de Stalin’, un lanzacohetes múltiple. Una placa de bronce anuncia el nombre completo del edificio: Museum der bedingungslosen Kapitulation des faschistischen Deutschland im Grossen Vaterländischen Krieg 1941-1945 (Museo de la Rendición Incondicional de la Alemania fascista en la Gran Guerra Patria de 1941-1945). Entro. No hay nadie por allí. Luego veo un joven soldado ruso. Me dirige una sonrisa de bienvenida e intercambiamos un saludo. Las ruedas del tiempo empiezan a dar vueltas de nuevo: en una mesa baja hay folletos sobre la *perestroika* y la *glasnost*, mientras un Lenin gigantesco se yergue en el extremo de la sala con las

manos en los bolsillos. Mira por encima de mi cabeza y muy a lo lejos, en la dirección de la que vengo. Siempre hay algo portentoso en las estatuas soviéticas.

El término *kitsch* no lo cubre. Es más la sensación de algo que uno mismo no es: no es el campesino con el niño en brazos, ni el héroe con la espada a las puertas del enemigo, ni el propietario de la mandíbula cuadrada, esas enormes manos, esa evidente voluntad de morir por la patria. Son ídolos que representan virtudes demasiado exigentes, fantasmas platónicos de bronce y granito.

En las paredes y en las vitrinas, polémicas y panfletos de Marx y de Engels, periódicos de la época del exilio de Lenin en Suiza, una visita a Rosa Luxemburgo, una carta a Gorky, un retrato de su hermana: un vía crucis iconográfico cuyo significado está todavía en su devenir, palabras e imágenes que no pueden borrarse nunca y que hoy parecen tan diferentes, aunque sigan siendo iguales. Me precipito a través del tiempo, no hay ningún pacto entre Hitler y Stalin que me detenga en mi camino, un pacto firmado por el mismo Von Ribbentrop al que luego veo tumbado de espaldas, pálido y digno con su traje de raya diplomática, un lazo atávico alrededor del cuello, una cuerda nueva. Ese pacto nunca existió; en este *museion* todos los alemanes son fascistas para siempre. Voy directamente a la sala de la Rendición. Estoy solo y oigo esa soledad. Mis pasos sobre el parquet brillantado. Los muebles de la Reichskanzlei (‘cancillería del Reich’) de Hitler. Las botellas de agua vacías con sus largos cuellos. Las sillas silenciosas. Las banderas, las arañas, las hojas de papel en blanco delante de cada asiento ante el tapete verde, la colocación exacta de las mesas.

También hay fotografías: Zhúkov, Tedder, Spaatz, De Lattre de Tassigny, que perderá su batalla ocho años después en Dien Bien Phu. Un mariscal de campo, un jefe de las fuerzas aéreas aliadas, un general, otro general, todos entraron en esta habitación el 8 de mayo a las doce de la noche. Miro una fotografía de la delegación alemana en el aeródromo: acaban de salir del pequeño Dakota. Es el penúltimo mayo de Keitel, pero por supuesto él no lo sabe. Va a la cabeza del grupo: alto, con botas, una cierta belleza codificada, la Cruz de Hierro al cuello; detrás de él, Von Friedeburg, Stumpff: mariscales de campo, general almirante, general en jefe, tierra, mar, aire. Los llaman a entrar: Keitel con su bastón de mariscal, los otros dos con sus condecoraciones. Les dicen que se sienten «a la mesa destinada a ellos, que estaba cerca de la puerta». A las doce y cuarenta y tres minutos (hora de Moscú) todo ha concluido. Alemania se ha rendido incondicionalmente; la Segunda Guerra Mundial ha terminado en esta parte del mundo. La declaración es redactada y firmada en inglés, ruso y alemán. De acuerdo con el punto 6, solamente las versiones inglesa y rusa son «auténticas»; la alemana no cuenta.

El resto del museo conmemora la guerra, que fue una guerra entre el pueblo ruso y los fascistas. Los letreros están habitualmente en ruso, de manera ocasional en alemán. Es un extraño panóptico. Estatuas de héroes de color aluminio, una vitrina

que muestra nieve artificial alrededor de cascos alemanes abollados y agujereados, con más de treinta Cruces de Hierro esparcidas en torno a esos cinco o seis cascos, oxidándose en la nieve de yeso desmenuzado. Residentes en Moscú escuchando la radio el día que estalló la guerra, fotos de la brutalidad alemana, ejecuciones en masa, una muchacha ahorcada, con el cuello roto y pelo rubio, y a su lado un joven partisano ya con la soga al cuello, la gorra todavía en la cabeza y la cara como si aún tuviera las manos metidas en los bolsillos, un actor de una obra de Brecht.

Otras escaleras, otras plantas. Armas, medallas, certificados. Una soldado que «tumbó» a treinta «fascistas» ella sola. Un bote de cenizas de Buchenwald. Una ampolla de veneno. El mapa que usó Hitler para seguir los movimientos de sus tropas. Otro mapa que muestra cómo las unidades rusas cerraron el círculo alrededor de Berlín. En un pasillo, abajo, los ahorcamientos en Núremberg: Göring, que escapó a esa muerte concreta, con un ojo obscenamente entreabierto; Keitel, el hombre del bastón de mariscal de campo, con la cara cubierta de sangre; y al lado el cadáver carbonizado de un siniestro saltamontes asado, con la chamuscada y ennegrecida cabeza levantada en un grito, el bigote y el pelo quemados. No puedo leer el rótulo. Nunca había visto esa fotografía y sin embargo sé que es Hitler.



Carros de combate soviéticos delante de la Puerta de Brandeburgo, artista desconocido, Museo de la Rendición Incondicional

Veinte millones de rusos murieron en esa guerra, civiles y soldados, 102.000 soldados solo durante la batalla de Berlín. El edificio planeado para conmemorar la guerra se encuentra en el corazón de la antigua Alemania, pero ¿para quién fue concebido? ¿Puede permanecer aquí? ¿Así? ¿Con todo lo que revela y todo lo que oculta? ¿Sin Katyn ni Molotov-Ribbentrop? ¿Proyectado para un solo Estado alemán en una época en la que había dos? El 10 de octubre de 1949, el jefe de la administración militar rusa puso la dirección del museo en manos del primer jefe de Gobierno de la República Democrática Alemana, Otto Grotewohl, pero ¿qué va a pasar con él ahora que ya no existe esa república y se está reescribiendo la historia en Moscú? Tal vez, como cree el columnista del *Tageszeitung*, debería quedarse como está, para conmemorar a los muertos reales y los sacrificios reales, para revelar el crimen real y congelar para siempre la mentira ideológica irreal como prueba de que es posible poner el bien al servicio del mal.

En el vestíbulo, Gorbachov y Bush se estrechan unas manos irreales en un barco, mientras en otra fotografía el Muro se abre para siempre: epílogos al azar tras un sombrío hiato. Fuera me encuentro con la primavera alemana, gente que pasa por allí, el mundo aminora la marcha hasta la conjugación en presente. Si uno no está de acuerdo con el ritmo, puede pegarle un tiro al presidente del Treuhand⁷¹. O lanzarle un tomate al canciller, una cosa bastante inofensiva. El canciller está en medio de «*Wir sind das Volk*»⁷², y *das Volk* le tira un huevo a las gafas. Así que ahora el canciller se la tiene jurada a *das Volk*. La sala de espera está llena de gente. El reloj no va más deprisa, pero los que están esperando tienen mucha prisa.

Mayo de 1991

Aviones y águilas muertos por todas partes

Primera imagen. Entro en una gran sala. En ella hay un avión que nunca volverá a volar. Miro al interior por las ventanillas. Dentro hay una piel de serpiente vacía, alas muertas. Los aviones no pueden vivir y por tanto no pueden morir. Así pues, ¿qué tiene este avión que me hace pensar que ha vivido, que ha muerto, que ha sido enterrado y de nuevo desenterrado? Está un poco deteriorado, a la manera en que se pudre la materia viva. A veces vemos una fotografía de un soldado exhumado, un trozo de uniforme desgarrado, todavía un poco de cabello en un cráneo sin ojos. Es un poco como eso. El avión muerto está retorcido de una manera que contradice la perfección técnica de un avión de verdad, pero también la de los restos de verdad cuando hay una catástrofe aérea: no es así como acaban los aviones. Contemplo el plomo retorcido, la blandura, la flexibilidad, la vulnerabilidad de ese material. Luego reparo en otro avión. Solo tiene una ventanilla, un agujero cuadrado alrededor de donde tendría que estar la cabina. El morro es puntiagudo, como un reactor supersónico, pero los arañazos y abolladuras hacen que su parte frontal se asemeje a la cabeza de un animal, convirtiendo esa ventanilla cuadrada y sin cristal en un ojo acongojado. La cabeza pertenece a una especie extinta de ave. Más alas muertas donde deberían estar las turbinas, flores marchitas, marrones de herrumbre. Naturaleza, pero seca, muerta. Encima de las alas hay libros en los que crecen hierbas. Esas hierbas también están muertas: ramitas de un pardo amarillento.



Anselm Kiefer, Mohn und Gedächtnis ('Adormidera y memoria'), 1989, Nationalgalerie im Hamburger, Berlín

Segunda imagen. El cielo está gris y nórdico; esta es una ciudad nórdica. Me encuentro en un parque. Coches estacionados a lo largo de las calles, en las aceras, anárquicos, glotones, como si de pronto una gran masa de gente se hubiera congregado en algún sitio dejando atrás sus pertenencias. Pasan las nubes, muy arriba, amenazadoras: se avecina una tormenta. En el parque, una colina con árboles, suaves pendientes de césped. No tengo ninguna prisa. Sé cuál es mi meta: una estatua de un ídolo que se eleva muy por encima de todo los demás, con el rostro de un hombre al que reconozco. Cuando empiezan los árboles, unos suaves peldaños conducen hacia arriba. Subo y miro la estatua por encima de mí; se va haciendo cada vez más vertical. Naturalmente, conforme se hace más grande yo me hago más pequeño. Se alza sobre una base circular que tiene las dimensiones de un pequeño prado comunal. Subo otros escalones hasta la primera galería. Hay unas figuras desnudas de hombres talladas en el granito. Miran fijamente y piensan; se puede ver lo concentrados que están. *Cavilar* es quizá una palabra mejor. Una tautología en piedra. A pesar del granito, sus cuerpos parecen simplemente cuerpos: músculos, curvas, fuerza. Su edad es una media de todas las edades, no se les permite tener nombres, se han quitado la ropa para pensar. Están ahí para

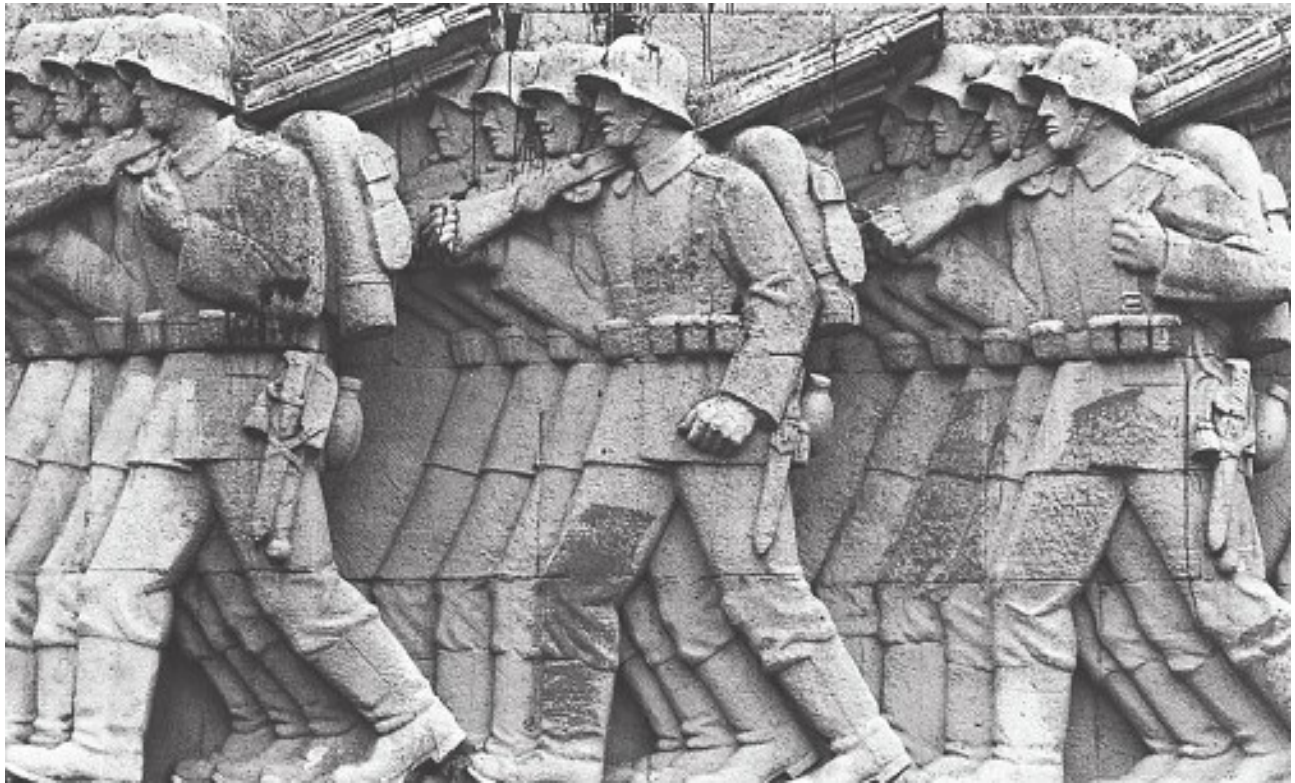
acrecentar la gloria del hombre calvo que se alza por encima de ellos, pero ellos nunca podrían haber sido calvos. No son viejos, no son calvos, no son gordos; sus cuerpos masculinos son los lejanos ecos alemanes de un ideal griego.

Subo más, haciéndome todavía más pequeño, pero nunca podré llegar a los pies de esa gran estatua. Las piernas del hombre están sostenidas por un peculiar baluarte de piedra, como si llevara una anacrónica armadura. Por supuesto tiene una espada (que nunca ha usado) y hay dos águilas posadas junto a sus piernas, con las alas como escudos protectores, la cabeza vuelta para mirar en torno suyo, como esas aves del zoo que parece que tienen dos cabezas, una delante y otra detrás. Su expresión es fiera, su pico ganchudo. De granito, pero uno puede imaginar el color de esos severos ojos. Cólera primigenia: así es como lo describiré una mujer más adelante cuando nos hable de estas águilas, diferente, la misma. Doy otra vuelta a la estatua. Justo debajo veo el manto de piedra como una pared de escamas; la parte posterior de la cabeza, se diría, pertenece a un estatua de Buda. Eso es algo que nunca ha dicho nadie de este hombre. De nuevo me encuentro frente a la estatua, sus mejillas son regordetas, pero no tan llenas como las del Iluminado. Bigote, papada, cuello de uniforme, poder. Se halla bajo un cielo plomizo, mirando hacia la ciudad que no lo amaba, pero su mirada no toca a nadie. En la distancia, un chillido repentino como el comienzo de una tempestad, el alarido de una gran muchedumbre. Estremecimiento de masas, placer de masas, una competición. El sonido se apresura en torno a las copas de los árboles y luego se desvanece.

Tercera imagen. Una mujer, rostro severo, desencajado. Está en un espacio vacío, iluminado por una luz blanca. No sé qué hora del día es; acaso ese tipo de medida no se aplica donde ella está. La hora de los sueños. A su lado, una jaula con un águila dentro. Esta ha vuelto la cabeza apartándose de todo, una silueta muerta en una rama muerta. Pero la mujer le está hablando al águila. La oigo claramente; su espacio está justo enfrente del mío. Daría la impresión de que quiere tentar al águila, seducirla, en una especial variación alemana sobre Leda y el cisne. Le recuerda al águila la mirada de amor que le dirigió aquella mañana con la cólera primigenia de sus ojos. Abre la jaula con el cortaalambré. Se ofrece, en realidad no para el apareamiento, aunque es a eso a lo que más se asemeja, sino para una forma de comunicación mucho más intensa: como sacrificio humano, como presa. Yo sé quién es (llevo ya un rato en este espacio): Anita von Schastorf, hija de un *junker* prusiano que supuestamente participó en el intento de asesinar a Hitler. Un padre al que apenas conoció, pero al que idealiza y cuyo diario publica después de haber eliminado las confesiones más desagradables, según la reciente acusación de un joven historiador. Este tiene de él una imagen distinta, infinitamente menos halagadora, y ella le ha hecho enfurecidos reproches, pero ahora está sola con su águila, ya no grita sino que se muestra seductora. Dice que está muy desnuda

debajo de la ropa. Un ave no puede tener ni idea, dice, de «lo mal que te sientes desnuda e indefensa, sin tu plumaje», y repite su ofrecimiento: sangre, intestinos, tendones, grasa, piel, glándulas. Este animal, el más germano de todos, puede tener todo lo que ese débil cuerpo humano ofrece; es todo para su pico y sus garras. El águila no se mueve y luego se oscurece y cuando vuelve la luz está posada, con las alas extendidas, sobre el cuerpo semidesnudo de la mujer, pero no es esta la que es devorada, ya que continúa allí sentada tras otro rato de oscuridad, ahora cubierta de sangre, histérica, rodeada de plumas y de grandes huesos de ave, gimiendo: «Wald... Wald... Wald... Wald...» como si todo el asunto no fuera ya bastante oscuro.

Cuarta imagen. He regresado a la ciudad nórdica junto al agua. El tiempo está más despejado esta vez, es otro día y las nubes de tormenta han pasado. En una calle ancha se levanta un monumento rectangular en el que se representan soldados. «Deutschland muss leben, und wenn wir sterben müssen», dice la inscripción: ‘Alemania debe vivir, aunque nosotros debamos morir’. Esa extraña formulación significa que la supervivencia de Alemania bien vale la pena de que mueran esos hombres de piedra que marchan, rígidos e inmóviles, en una fila continua alrededor de su rectángulo. Esta procesión no puede llegar nunca, no puede detenerse nunca, no tiene principio ni fin. Están esculpidos en relieve; sus costados derechos existen solamente como idea, enterrados en la piedra, con la familiar forma del casco que solapa el del hombre siguiente, una y otra vez. Como no hay principio ni fin y cada hombre tiene un hombre delante y un hombre detrás, todos tienen que seguir andando de ese modo para siempre, en su camino hacia la muerte.



Monumento en Hamburgo, detalle

Quinta imagen. Ahora vuelvo donde empecé. Dejo atrás los aviones muertos y llego a una biblioteca hecha de plomo. Los libros que hay en las estanterías son tan grandes que yo jamás sería capaz de levantarlos. ¿Qué podría haber escrito dentro de ellos? Son viejos, se comban, se deshacen; se apoyan unos en otros buscando sostén. Resulta obligado pensar en la biblioteca de Alejandría y en la de Borges, pero los libros de la primera sirvieron antaño de combustible para los *hammams* de la ciudad durante seis meses, mientras que la segunda evoca algo que no está hecho de plomo, una biblioteca interior, mental, donde los libros están siempre disponibles para su lectura, pero que en sí misma sigue siendo invisible. Los libros que hay aquí se parecen más a los volúmenes de una oficina del catastro, a catálogos de los vivos y de los muertos, algo de ese estilo.

Una vez visité el archivo nacional español en el castillo de Simancas; fue una experiencia escalofriante. Unos cuantos estudiosos en absoluto silencio, entre kilómetros de folios, pergaminos, un inacabable batallón de lomos encuadrados en piel. En alguna parte, en medio de aquello, tomé un volumen: el catastro del siglo XVII de la ciudad de Cuenca. Lo siguiente que se me ocurrió era inevitable: que toda España estaba descrita en aquel archivo, cada centímetro de tierra, cada acontecimiento, cada mensaje, como si el país y su historia estuvieran reproducidos allí, pero en papel. Sospecho que algo similar está sucediendo aquí, pero sin un método. Tiene que haber nombres de plomo dentro de esos libros, pero son los

nombres de la casualidad, al igual que las largas cintas de fotogramas de película que cuelgan de las cámaras de vídeo de plomo deformado, en los estantes superiores, muestran solamente personas al azar, extraños, contemporáneos, personas que fueron o que son y cuyos nombres dormirán en estos *colossi* de plomo sin que nadie los vea, porque nadie puede leerlos. En uno de esos estantes se lee la inscripción «Tigris y Éufrates», y parece como si los libros tuvieran que ver conmigo más de lo que yo puedo reconocer, como si mi transitoria presencia debiera ser puesta a la luz de la historia universal, pero quien afirme eso olvida que mis propios orígenes están en la tierra entre esos dos ríos y, por anónimo que yo sea, la historia de mi mundo vive más en mí que en esos cerrados libros de plomo.

Sexta imagen. La sala de la mujer y el águila, pero dos horas antes. Alguien acababa de gritar «DEUTSCHLAND» y me recordó otro sonido, el ruido de la muchedumbre en la ciudad nórdica. Esta voz única grita como toda una muchedumbre. Resulta un poco aterrador, y la palabra que grita no hace sino acrecentar ese efecto. No es una muchedumbre, y sin embargo esas quince personas, situadas a diferentes alturas pero muy juntas y con la cara vuelta en la misma dirección, hacen el efecto de una tribu, un pequeño *Volk*. «Wir sind der Chor», corean. Le están hablando al fotógrafo, pero los que están a mi alrededor y yo lo oímos también, y desde luego lo que quieren que oigamos en esas palabras es *Wir sind das Volk. Volk?* ¿Qué significa eso? ¿Este grupo de coristas que arman trifulcas, vitorean, espían y se pelean, en este momento, ese momento único en que los están fotografiando a todos juntos? ¿Es eso un *Volk*? ¿Un grupo aleatorio de personas que han llegado juntas a determinado instante tiene que ser *das Volk*, ese único e ineluctable *Volk* con mayúscula, el grupo que todo el mundo (un fotógrafo es, al fin y al cabo, todo el mundo) mira, que nosotros, los que no pertenecemos a ese *Volk*, miramos? El fotógrafo, un historiador rápido como el rayo, hace todo lo posible, y así debe ser, porque no le quitan ojo. Tiene que retratarlos en ese momento único, irrepetible, atraparlos exactamente con el aspecto que tienen justo entonces, capturar (así es como lo llaman los fotógrafos) al grupo antes de que se disgregue en individuos separados. Pero el fotógrafo hace algo mal; un sombrero bloquea un rostro, falta alguien, no está incluido el *Volk* entero, de modo que se venga del fotógrafo devorándolo. Su ropa se queda allí, en el suelo, pulcramente doblada, con las zapatillas deportivas encima del montón. A la fotógrafa que viene después de él no le irá mejor; esta muchedumbre es peligrosa.

Última imagen. De nuevo estoy de regreso en los aviones, en la biblioteca de plomo. Bajo una escalera y entro en una gran sala llena de cuadros. Si tuviera que nombrar primero un color sería el negro, el abrasado y chamuscado negro de las cosas que se han quemado. Solo más tarde me doy cuenta de que muchas de las

jóvenes que hay allí llevan el mismo negro: negro y el color siguiente, gris ceniza, gris de las piedras trituradas, marrón claro de la arena del desierto, la fría serpiente de madera muerta, hojas secas, nieve sucia. *Lilith, Jerusalem, Entfaltung der Sefiroth, Die Rheintöchter*: se ha asignado nombres de peso a estas escenas. Son imágenes melancólicas: la serpiente enroscada dentro del avión, una escalera solitaria que sube a un cielo vacío, dos alas negras de ángel sin ángel, paisajes de los cuales una clase peligrosa de luz ha expulsado a la gente, un mundo saturniano de materia muerta, pérdida y ausencia, vías de tren que acaban en la destrucción, como en Theresienstadt, piedras cuyos nombres inscritos evocan el mundo de la Cábala, como si, al término de nuestro paso por todos estos mundos muertos, fuese de algún modo posible escapar a la inmundicia de la historia, una redención. *Azila, Jezira, Asijjah*: como la tentación, como la esperanza, estas palabras vagan entre el plomo y los trajes muertos sin ninguna persona dentro, trajes de mujeres, de niños, quizás hasta de muñecas, manchados, aplastados entre el plomo retorcido y arrugado, como el helecho que antaño fue verde, como la hélice suelta, como la espeluznante masa de cabello muerto en el retrato de la mujer, que ya es casi invisible.

«C'est la vie et la mort», oigo decir a alguien detrás de mí, y por supuesto tengo que volver la mirada. El joven que acaba de pronunciar esas palabras mira expectante a una mujer igualmente joven a la que se dirige. Ella ni siquiera puede girar la cabeza para mirarlo a él, ya que están demasiado cerca el uno del otro y la visera de la gorra negra que lleva es demasiado grande: podría hasta decapitarlo. Sobresale como una especie de arma.

«C'est ni la vie ni la mort», dice ella, y creo que tiene razón. No es ni la vida ni la muerte. Permanece allí muy quieta con sus puntiagudos zapatos plateados; sigue mirando un rato y luego añade: «C'est la souffrance». Una vez más estoy de acuerdo con ella. Es el sufrimiento que viene antes de la limpieza, antes de la catarsis, antes del anhelo de verse liberado de una era contaminada, del blasfemo relato de la historia. Cuando me giro para salir de la opresiva habitación, veo que un guarda la para en la siguiente puerta. Señala la visera de su gorra, pero ella se ríe y le da la vuelta, de modo que ahora la enorme visera le cuelga sobre la nuca como un velo almidonado. De una u otra forma, ese sencillo gesto da a la tarde una sensación de liberación: cuando salgo al exterior me siento más ligero, liberado de aquellas imágenes.

Pero ¿dónde he estado, y cuándo? Quizá son ya demasiados acertijos por ahora.

¿Dónde hay damas prusianas devorando águilas alemanas? Sería en *Schlusschor* de Botho Strauss, que veo en el Deutsches Theater, en lo que antes se llamaba Berlín Este. Y es también allí donde canta el coro que no canta, y donde alguien grita «Deutschland», al igual que *Die Rheintöchter*, de Anselm Kiefer, en la Nationalgalerie, hace pensar de inmediato en Alemania, al igual que los soldados en

su eterno rectángulo llevan cascos alemanes, al igual que el gigantesco hombre de piedra de la ciudad norteña de Hamburgo fue el fundador de la Alemania de 1871, al igual que las águilas que hay a sus pies son las mismas águilas que la que se posa en los desnudos hombros de la mujer, que es por supuesto la misma águila que veo más adelante, esa misma semana (vi todas estas imágenes es una sola semana) en un muro de Charlottenburg, con la negra mugre de la contaminación atmosférica goteándole del pico como sangre.

Pero ¿no estarás mezclando tus imágenes? Hablas de la realidad en una imagen y luego pasas a la siguiente y empiezas a hablar de arte, que es un reflejo, una representación, imaginación, sublimación de la realidad. Eso es cierto, pero yo he visto esas imágenes –águila, coro, libros de plomo– con mis ojos reales, en un espacio real, como he visto a los soldados del 76.º regimiento hanseático en ese monumento rectangular de Hamburgo, y la estatua de Bismarck. ¿Quién determina la jerarquía de tales imágenes? Lo imaginario forma igualmente parte de este mundo, aun cuando soy bien consciente de que el águila estaba disecada y nadie se la comió de verdad, lo mismo que sé que esos libros están hechos de plomo macizo y no contienen ni un solo nombre, dijera yo lo que dijera, lo mismo que esos aviones no se están pudriendo, sino que simplemente están hechos así, lo mismo que los helechos muertos están pegados al plomo y el coro se quita el maquillaje después de la función. El arte se nutre de la realidad y, si todo va bien, vuelve a la realidad. Arte alemán, realidad alemana, aquí es imposible eludirlo. Pesado, cargado, turbio, romántico, a veces toma un desvío por los suburbios del *kitsch*, pero aun entonces es un reflejo de la realidad: el *kitsch* de Bismarck se eleva a gran altura desde el *Gründerzeit* ('la época de los fundadores: del Imperio alemán'), el *kitsch* de las catedrales de luz y las procesiones con antorchas de medio siglo después, el *kitsch* del águila plateada que tan aterradora me pareció de niño cuando la vi danzado por encima de la procesión de hombres grises en marcha hacia La Haya.

A mis amigos alemanes no les impresiona que me meta en semejantes honduras. Tú vas buscando cosas, dicen; pero eso es verdad solo en parte. Bismarck en Hamburgo era inevitable, como lo era el monumento de los soldados desfilando. Es que esas cosas están ahí, en las calles y en los parques, digo, puede ser que yo, simplemente, sea más rápido en descubrirlas. Entonces, ¿viste el contra-monumento conmemorativo de Hrdlicka cerca de los soldados desfilando, preguntan, las esculturas que no terminó porque se peleó con el ayuntamiento? Sí, también lo vi, un monumento dialéctico, concebido para contradecir al otro. Para Hrdlicka, la guerra no tiene que ver con soldados desfilando sino con víctimas, mujeres y niños en los bombardeos, cadáveres de soldados en las trincheras, con ejecuciones, tortura, resistencia. La ciudad ha colocado amablemente un cartel para decir que el monumento está aún en construcción, pero está abierto, remite

solamente a sí mismo, está inacabado, todavía no ha dado su opinión, se cierne en torno al otro como un lamento, en torno a esos hombres que desfilan con sus rostros cerrados y que parecen estar pensando todos en lo mismo.

«¿Y Bismarck? ¿Qué pasa con él?». Yo diría que cualquier político que esté convencido de que no está haciendo historia sino que, como todos los demás, debe esperar a ver cómo se desarrolla está intentando corregir el grandioso monumento a Bismarck (que, por supuesto, no levantó él mismo). El retrato que traza Golo Mann de Bismarck –Fausto y Mefistófeles, piadoso y cínico, monárquico y despreciador de príncipes, melancólico, político del poder, gran orador, desdeñoso de toda forma de ideología está en todo caso más matizado que la imagen que mis amigos alemanes parecen tener de él.

«Bueno, de acuerdo, pero ¿y Kiefer?». ¿No me doy cuenta de que está completamente *passé*? Puede que así sea, pero a mí ¿por qué me iba a importar? Veo perfectamente que su arte es tan pesado como el plomo que usa para hacerlo, pero ¿no es el país mismo el que durante siglos ha impuesto este peso, esta didáctica pesadez de corazón, a sus artistas? Hablan de *Bildungsbürgertum*, las clases educadas, de Kiefer en su papel de *praeceptor Germaniae*, de autoproclamado profeta que en realidad no ha digerido las imágenes que toma del misticismo judío, sino que las usa como meros tópicos cosméticos, al igual que durante un anterior periodo provocador se apropió del mito alemán para sus propios fines. Puede que así sea, pero a mí nunca me preocupa gran cosa cómo surge una obra de arte o lo que dice el barómetro del mundo del arte, lo que piensan otros de ella y qué motivos ocultos y manipulaciones políticas o financieras sospechan; lo único que importa es el objeto real que tengo delante, apresándome dentro de su apocalíptico campo de fuerza, como dice alguien a mis espaldas: «C'est la souffrance».

Está claro que no se me puede decir nada. Estoy visiblemente decidido a observar lo alemán en todo lo que es alemán. Pero ¿veo al menos que Strauss no es más que un sensacionalista que entreteje profundidad política sin ninguna claridad en sus piezas teatrales, que no ha producido más que palabras huerae e insinuaciones sobre el tema de la unificación? Y ¿no oí los abucheos durante la escena con el águila, demencialmente *kitsch*? Sí, los oí, y tal vez incluso los comprendí, porque donde encaja esa escena es en una película de Spielberg y no en el teatro, y no me puedo imaginar una obra inglesa en la que se invitase a un león a llevarse al huerto a la primera actriz, y sin embargo también vi algunas escenas magníficas esa noche y no dejan de venirme a la cabeza recuerdos de la representación. Y, lo que posiblemente es aún peor, sigo viendo águilas dondequiera que mire: prusianas y de Hesse, el águila de Weimar, que es de nuevo el águila actual; domesticadas, coronadas, águilas de correos y águilas de la policía, hasta que alguien me enseña el águila más bella de todas, la que tiene las alas rectas

y horizontales que recuerdo de mi infancia, la de las banderas, solo que ahora ya no danza por las calles, está suspendida en piedra sobre la entrada de la oficina tributaria que hay cerca de mi casa. Se le ha permitido quedarse, pero han quitado la esvástica del aro que tiene entre las garras y en su lugar hay un 48, el número del edificio. Me reservo para mí que esto presta al 48 un significado cabalístico que se aproxima a la redención.

Junio de 1991

Una aldea dentro del Muro

Antes del Muro, después del Muro, esta es la manera en que se divide ahora el tiempo, aun cuando desearías que no fuese así. No lo percibes todos los días –a veces no es más que una punzada– pero luego te vuelve a atacar, a menudo los domingos. Ahora es inconcebible, pero esta ciudad fue cautiva antaño y el poco verdor que había acababa siempre en un muro que no podías dejar de ver. Querías salir, pero allá donde fueses los otros estaban allí también; nunca conseguías escapar.

«Eso lo sabe todo el mundo».

«Sí, pero yo voy a contarlo de todos modos».

Íbamos con frecuencia a visitar Lübars, una pequeña aldea con iglesia, bomba de agua y taberna, la ilusión del campo, como si de algún modo fuera posible salir de la ciudad. Por la plaza empedrada iban muchachas a caballo. Pasábamos por la granja con gansos y pollos, donde vendían hortalizas y pepinillos en vinagre; en la bifurcación donde la Blankenfelder Chaussee se encuentra con el Schildower Weg escogíamos el segundo porque estaba sin pavimentar, un simple sendero. Un paisaje suavemente ondulado, con tilos solitarios dispersos aquí y allá. Como todos los demás, habíamos desarrollado técnicas para evitar a los caminantes que venían en dirección contraria, para hacer como si no estuvieran, así que teníamos la sensación de estar casi solos. El sendero torcía a la izquierda al cabo de un rato, y en la distancia se elevaba la lóbrega sombra del Muro. A veces, la luz brumosa lo hacía parecer casi bello, un monumento antiguo. Habitualmente dejábamos allí el sendero y cruzábamos por la hierba hasta un riachuelo que solo más adelante identifiqué como el Tegeler Fliess, y nos quedábamos allí un rato. Y se acabó. El agua era pardusca, pero clara y bastante profunda. La fuerte corriente arrastraba toda clase de cosas: ramitas, hojas, cañas de color pajizo. Justo en medio del río se alzaba un poste con un letrero que decía que la frontera pasaba por ese punto exacto y que tratar de cruzar a la orilla opuesta, que se encontraba tan cerca, estaba prohibido y era peligroso. La tierra de la otra ribera parecía igual que la tierra de nuestro lado. Más cañas, y cuervos, y tilos, tierra de nadie como una imagen de espejo, y el espejo estaba vacío. Aún a lo lejos, las luces altas, la barrera de verdad, el hormigón. Desnudo, sin nada escrito sobre él.

Luego dábamos la vuelta, girábamos a la derecha, subíamos una pequeña colina, y allí donde el Schildower Weg fluía hacia el mundo prohibido –y era por tanto un callejón sin salida– llegábamos a un nuevo camino asfaltado que discurría en paralelo a una estrecha hilera de arbustos. Más allá de ella había una cerca de acero;

si te parabas allí, los hombres de la torre cercana te apuntaban con sus prismáticos. Casi podías notar tu cara cómicamente ampliada; ya no te pertenecía por completo, ya que tiraban de ella hacia allí, como si de uno u otro modo estuviera también arriba, en la torre, en aquella habitación cuadrada con grandes ventanas en la que estaban sentados aquellos hombres, aburridos. Yo podía oler sus botas y oír sin oír lo que estaban diciendo de las mujeres de nuestro lado que pasaban a caballo. Pero quizá sus botas no olieran y quizá no estuvieran mirando. En ocasiones, un cochecillo bobo con los colores del ejército recorría el estrecho camino de una torre a otra. Así era. Una pared de acero, una franja de arena de cincuenta metros, un camino, una torre. Y después, Muro, paisaje, iglesia. Blankenfelde, puede que aquellos hombres incluso vivieran allí.

El domingo volví a Lübars. Tomé el autobús 222 y me apeé en la última parada. La tumba del hacendado local seguía estando allí, en la verde hierba que rodeaba la iglesia. Yace en el cementerio desde 1899, con dos guerras mundiales por medio, sin que nadie lo despierte. Hay muy pocos paseantes y el camino está húmedo y enfangado. Cuervos, hojas en descomposición, un faisán que emprende el vuelo entre la maleza. Aún se alza el poste en medio del río, pero el cartel ha desaparecido. El agua fluye velozmente, pero ¿adónde va con tanta prisa? Hojas, ramitas: me quedo mirándolas y luego, igual que entonces, tomamos colina arriba, pero allí donde el sendero asfaltado discurría en paralelo a la cerca de acero ya no hay sendero. Veo las huellas de un escarificador en la tierra blanda: el sendero se ha convertido en un campo. La torre ya no existe y miro, a través del acero ausente, una torre ausente con hombres ausentes, un muro ausente. Por donde antaño iba el cochecillo bobo va ahora la gente andando a Blankenfelde. Después de la guerra, el poeta J. C. Bloem escribió: «En niet één van de ongeborenen zal de vrijheid ooit zo beseffen» ('y ni uno de los no nacidos comprenderá jamás así la libertad'). En este lugar siento el impacto de sus palabras. Mi sendero se ha convertido en un campo y el camino prohibido es ahora mi sendero. Cruzó un espacio en el que, en otro tiempo, unos hombres habrían tenido que disparar contra mí y siento un escalofrío que pronto nadie sentirá. La historia borra sus huellas y así es como deviene historia. (Huellas invisibles, realidad visible).

Febrero de 1993

Rheinsberg, un intermedio

¿Rheinsberg?

Mis amigos alemanes hacen un gesto de asentimiento. Por supuesto, *Rheinsberg*, la palabra, el nombre, fluye, con naturalidad de sus labios; tal vez hasta sienten un poco de simpatía por este extranjero curioso y sus preguntas. *Rheinsberg!* E inmediatamente esa palabra se ve rodeada de otros sonidos más familiares: Federico el Grande, Tucholsky, Von Katte, Fontane... Él percibe el leve reproche en sus voces, pero no sabe muy bien cómo relacionar todos esos nombres familiares con la palabra que nunca ha oído con anterioridad.

Desde luego, la culpa es suya. ¿Cómo tiene esta peculiar y oscura laguna en sus conocimientos del país? ¿Cómo es que no lo han pillado antes? Y ahora se le vienen encima desde todas partes: Federico, el gran rey de los prusianos, y Voltaire, a quien el joven e ilustrado príncipe envió innumerables cartas desde Rheinsberg, su residencia de verano en la Marca de Brandeburgo, sobre la que Theodor Fontane escribiría después tan maravillosos relatos de viajes. Y Claire, naturalmente, la anticonvencional Claire del clásico *Rheinsberg: Ein Bilderbuch für Verliebte*, de Tucholsky (su ‘libro de imágenes para enamorados’), con su lenguaje confuso y extraño, paseando y flirteando con su Wolfgang en los bosques que rodean el castillo; el joven príncipe heredero mirando hacia esos mismos bosques desde su habitación en la torre mientras escribe su *Antimaquiavelo* («¡Cómo! ¿No lo has leído nunca? Pero supongo que habrás leído las cartas a Voltaire. Eso sí, ¿verdad?»). Y luego está el otro príncipe, Enrique, hermano de Federico, que hubiera preferido llamarse Henri mejor que Heinrich. Vivió cincuenta años en Rheinsberg, pero mis amigos alemanes parecen dispuestos a perdonar al extranjero curioso que no sepa nada de esto, y él percibe una cierta ironía en sus risas.

Un aire de misterio rodea a este olvidado noble prusiano: sugerencias, sospechas, contradicciones, como si todavía nos llegaran vagos rumores salidos de la historia, rumores de soledad, odio fraterno, valentía, un hombre bajito y feo que amaba a los hombres altos y hermosos; de poemas franceses, conversaciones, discursos que se perdieron en los paisajes arquetípicamente alemanes de Brandeburgo, de los matrimonios sin hijos de este príncipe y de su hermano, y de esposas que se desvanecieron en el aire y de las que no queda nada más que sus fantasmas silenciosos en insignificantes pinturas.

Ahora le dedican libros, mapas, folletos. Fuera lo que fuese lo que había imaginado, no era eso. *Rhein* tal vez sugería la idea del río que está mucho más cerca de su propia casa, de castillos de nobles en lo alto de colinas cubiertas de

pinos, del dulce y funesto canto de Lorelei. Lo que ve en las fotografías se parece a dos mansiones contiguas con tejados rojos. Están unidas por una columnata y forman ángulos rectos con el agua. En el punto en el que casi la tocan, cada una tiene una torre redonda y achaparrada con un tejado cónico rojo cereza. Los edificios son del color del helado de vainilla, que se refleja bellamente en el agua oscura como la de un estanque. En otras fotografías tomadas desde el agua ve que los edificios, en realidad, no están tan cerca del lago como creía; hay mucho sitio para introducir figuras encantadoras, contemplativas, una guirnalda de flores, una mano elegante, pliegues de escayola que se abren para mostrar una rodilla atractiva y emblemática, un hombro redondo y frío. Estas estatuas tienen pasaporte francés; tal vez sientan nostalgia del verano en Francia, muy lejos de estos bosques de Brandeburgo donde la oscuridad desciende tan peligrosamente al principio del invierno. Pero es verano en las fotografías: hayas, tilos, robles en traje de gala, un ejército victorioso.

El día que por fin va de visita, ese mismo ejército ha cambiado hasta resultar irreconocible, sus vestidos de fiesta yacen, convertidos en andrajos desteñidos, en el suelo mojado. Reina el silencio de una prolongada expectación, como si en cualquier momento pudiera empezar una fatal batalla. Los regimientos arbóreos se yerguen allí desnudos y sin protección, dueños de su propia memoria, hombres silenciosos que no revelan nada.

Pero él no está allí todavía. Él y su amigo el filósofo salen de la gran ciudad por la autopista de Hamburgo. Los dos pueden recordar aún los puntos por los que se cruzaba la frontera antes de 1989 y están asombrados de lo completamente que puede la historia barrer sus huellas cuando quiere. No hay nada que ver, únicamente grandes formaciones nubosas grises que parecen moverse en todas direcciones, pero de vez en cuando hay una repentina apertura en la oscuridad y el paisaje se ilumina con un extraño fulgor de cobre o de zinc.

Bosques, campos, lejanas torres de iglesia, el viajero extranjero recuerda lo misterioso que le parecía todo, los pueblos que a uno no le permitían visitar con su visado de tránsito, territorio prohibido donde la gente llevaba una vida oculta. Lee los nombres antaño inaccesibles en el mapa que lleva en su regazo y parece como si todos tuvieran un significado extra, codificado: Krähenberge, Karwe, Ludwigsau, Papstthum, Roofensee, y se da cuenta de que su mirada se desvía hacia el este, abarcando los cien kilómetros a Polonia, al este, en un solo movimiento que a él, que viene de la costa, le parece más distante, más exótico. Se detienen en Lindow, comen algo en el hotel Klosterblick, echan un vistazo al agua, que parece fría e invernal, y deciden que les gustaría quedarse allí o regresar para no hacer nada más que leer y dejar que el viento se lleve el mundo de sus mentes. El muro de un antiguo monasterio, unas pocas tumbas. ¿Qué era lo que había dicho su amigo cuando traspasaron la frontera, ahora invisible? «El alemán que hablaban los

guardias fronterizos... a veces era casi tan desconcertante como si, en Nueva Guinea, un papuano se hubiese puesto a hablarte en alemán». Aquí, en estas tumbas, la lengua sigue siendo la de siempre; no ha sido deformada: «Como para el caminante en un día de bochorno, a menudo ha pesado en tu bastón la carga de la vida, oh difunto. Tus postreras horas fueron para ti un amargo cáliz, pero marchaste a la paz de Dios»⁷³. Nombres, años, pero los muertos se han llevado sus secretos y no revelan nada.

En el aparcamiento no hay más que un automóvil, abandonado; no es un día para visitantes. Bosque, parque, castillo, pero él tiene la sensación de estar acercándose a la casa de una forma indebida, como si ella todavía no quisiera ser vista, o solamente de lejos. Bosques y parque: ¿cómo se comparan? ¿Perro de aguas y perro pastor? ¿O más bien como perro pastor y lobo? Los parques son la naturaleza domesticada, el instinto entrenado: puedes crecer hasta aquí y no más, hierba como un corte militar, arbustos en línea, jardineros como peluqueros y especialistas en belleza; cuando cruza Fontane-Allee ve un equipo de jóvenes jardineros recogiendo hojas caídas como si fuesen una apreciada cosecha. El siglo XVIII no toleraba el crecimiento rampante ni reconocía fuerzas ingobernables; exigía sumisión: meticulosos cuadros de rosas podadas, geometría vegetal, enramadas y pabellones con puertas que se abrían hacia fuera y a través de los cuales, de acuerdo con las rígidas leyes de la perspectiva, un príncipe podía observar a un joven conde que se aproximaba en la distancia, ensayando su táctica para entablar conversación en francés. Relaciones, tanto literales como figurativas, la ilustración de la *Encyclopédie* en contraposición a la tiniebla del posible caos que siempre está al acecho: de esto es de lo que los dos amigos hablan mientras caminan siguiendo la orilla orlada de cañas, antes de pasar a la correlación entre realidad y arte, porque cuando abandonan el reglamentado parque para entrar en la oscura masa del Boberow-Wald los árboles desnudos se transforman de improviso en los robles de Caspar David Friedrich, amenazadoramente pelados, arañando el cielo de hierro con sus dedos artríticos, codiciosos. Todo está callado, uno de esos cargados silencios que convocan nieve o lluvia fuerte, con el ajetreado resoplar de un pequeño tractor como contrapunto. Acuden a la mente palabras pasadas de moda, orla de cañas, hojas de ninfea, todo acompañado del ruido sordo de un hacha; este lugar no desea sumarse al presente.

Un letrero señala a Poetensteig, la ‘vereda de los poetas’, y los dos amigos ascienden lentamente una cuesta poco empinada hasta el obelisco, allí encaramado como un dedo admonitorio convertido en piedra. Este símbolo tiene algo que decir. Y si los monumentos permanecen en pie el suficiente tiempo, siempre se salen con la suya. Un hermano fue rey, los otros tres no. Este monumento, incluso más de doscientos años después, es una carta en piedra de hermano a hermano, escrita por el tercero al primero por las injusticias causadas al segundo. El hecho de

que el primero y el segundo ya hubieran muerto para entonces es irrelevante; se trata de justicia, de una cuenta que hay que saldar.

No fue hasta después de la muerte del rey cuando su hermano Enrique, que heredó Rheinsberg de él y vivió cincuenta años en este lugar, pudo escribirle esta carta en piedra, una venganza codificada destinada a las generaciones futuras, que como tienen por costumbre suelen pasar por delante sin ver. ¿Es así porque los vientos del tiempo se han llevado parte del código o porque la ignorancia o la indiferencia han vuelto confuso el mensaje? ¿Quién puede decirlo? ¿Por qué proceso suceden estas cosas? La vida jerárquica en la corte del rey soldado y sus cuatro hijos, constreñida por el ritual prusiano, puede parecernos tan ajena como una escena del teatro noh. Pero los atavismos dramáticos pueden ayudarnos a viajar hacia atrás en el tiempo. En una esquina tenemos al férreo padre, el cual se identifica con el Estado que aún se estaba esforzando por expandir, odiaba la extravagancia y la ostentación de su propio padre e impuso implacablemente sus propios ideales de deber, frugalidad y disciplina a una nueva casta de soldados y oficiales, proclamando: «Estoy acabando con la autoridad de los *junkers*: lograré mi objetivo y estableceré mi soberanía como una roca de bronce». En la otra esquina está el hijo del rey, el sucesor que a su vez tendrá que encarnar el Estado un día, pero que intenta escapar del padre, destino y Estado huyendo a Polonia con un amigo.

La venganza del padre fue como algo sacado del Antiguo Testamento, una advertencia escrita con sangre en el suelo prusiano del patio de una fortaleza, una lección que el futuro rey nunca olvidaría: una tenebrosa mañana de noviembre, el príncipe de alma de poeta, cuyo corazón era atraído por la luz de Francia, fue obligado a presenciar la decapitación de su amigo más querido, Hans von Katte.

La historia se ha contado mil veces, pero eso no hace que sea menos cierta, y debe de haber tenido el efecto de un tratamiento de *electroshock*: el mismo príncipe de dieciocho años con quien simpatizamos esa triste mañana, un día, cuando sea rey, tratará a su segundo y a su tercer hermano exactamente de la misma manera que su padre lo había tratado a él. Tras una derrota, el segundo hermano, Augusto Guillermo, fue reprendido por cobardía delante de todo el Estado Mayor y humillantemente relevado de su mando. Murió al cabo de un año, deshonorado, en Oranienburg. Al tercer hermano, Enrique, a pesar de su valor y sus aptitudes como general, se le exigió que antes de cada viaje pidiese un permiso, que le era sistemáticamente denegado. El resultado fue, durante toda la vida, una relación palpitante de emociones contrapuestas de atracción y repulsión, y un trasfondo de odio que se deja sentir en las amargas cartas y se cierne en torno a este monumento, un eco de vidas olvidadas. El obelisco no está dedicado al soberano muerto sino al segundo hermano, el mismo hombre del que renegó, y a los demás héroes de guerra prusianos cuyos méritos Enrique pensaba que el gran rey no había

reconocido suficientemente. El príncipe immortalizó sus nombres en letras de bronce dentro de veintiocho medallones.

Fontane los enumera a todos con sus hazañas heroicas: Von Hülsen, Von Wedell, Leopold Fürst von Anhalt Dessau, Von Seydlitz, Von Kleist, hasta incluir al otro hijo, el cuarto, Ferdinand. Pero, por una ironía de la historia, las palabras del escritor tienen que ocupar ahora el lugar del bronce porque, durante una guerra muy distinta, la guerra de Corea, todos los monumentos de la RDA fueron saqueados. Las letras de bronce con las que Enrique se proponía honrar a los olvidados héroes de la guerra de los Siete Años fueron utilizadas para perpetuar el canallesco régimen de Kim Il-Sung, algo que tal vez hubiera hecho sonreír amargamente al joven autor del *Antimaquiavelo*.

Un tanto perplejos, los dos viajeros contemplan los medallones vacíos, las armaduras y cascos sin ningún ser humano dentro que simbolizan el botín de guerra, el medallón, rodeado por una corona de laurel, del vilipendiado general cuya gloria alemana se loa en francés: «A l'éternelle mémoire d'Auguste Guillaume, Prince de Prusse, second fils du roi Frédéric Guillaume».

Al otro lado del agua silenciosa se alza el castillo donde el solitario Hohenzollern pasó sus últimos años en una rutina que funcionaba como el mecanismo de un reloj, como si él mismo hubiera pasado a formar parte integrante del tiempo: leer, escribir poesía mala, pintar acuarelas, comer, cenar, pasear, conversar. Primero fue su hermano el que frustró sus sueños franceses; después fue una revolución que él admiraba en secreto, pero que le impidió irse a vivir al país en el que se sentía tan a gusto y en el que, durante sus dos prolongadas visitas, pudo por fin celebrar sus triunfos, a pesar de su estatura de solamente metro y medio, su estrabismo y su cara picada de viruelas. Pero si no podía irse a Francia, Francia tendría que venir a él, de modo que la poesía mala se escribió en francés. Y se engatusó a diversos actores franceses para que acudieran a aquellas lejanas provincias orientales: Suin de Boutemars, Marie-Louise Thérèse Toussaint (hija del escritor exiliado), una tal Demoiselle Aurore, que tuvo que arreglárselas sin apellido, y un tal Monsieur Blainville, que tuvo que pasarse sin nombre.



Trato de imaginar esas horas en Rheinsberg, las voces, las actitudes, los papeles, las comedias, pero, de todas las artes, la interpretación es quizá la más transitoria. Con sus medios nombres, estos actores fueron lanzados a una limitada eternidad como notas a pie de página de un príncipe prusiano que ha caído él mismo en el olvido. Nadie ha dejado constancia de qué comedias se representaron en el pequeño teatro, posteriormente destruido. Estos actores de segunda y tercera fila debieron de revolotear por el provinciano Rheinsberg dieciochesco como raras aves del paraíso francesas, *rarae aves*; alguien debería escribir una comedia sobre ellos. Blainville fue el favorito del príncipe. Según los rumores, se suicidó cuando la camarilla de cortesanos conspiró para hacer que su mecenas pusiera fin a su relación, que quizá se extendió más allá de lo profesional, pero nadie puede decirlo con certeza, pues esto ha permanecido igualmente oculto en esos lejanos e insinuantes cuchicheos que también han quedado ligados a otros nombres mejor conservados: Von Tauentzien, Von Kaphengst, palabras sugerentes y que incluso ahora siguen teniendo eco, ayudas de cámara, pajes, portaestandartes cuyos nombres se han perdido en la noche de los tiempos, miembros de una casa que giraba como un pequeño sistema solar en torno a este príncipe de pequeña estatura, un príncipe que una vez, enarbolando el sable, decidió una batalla cruzando un río a la cabeza de sus hombres, mucho más altos que él; que había sido recibido por Catalina la Grande con tanto respeto y que, en los últimos años del reinado de su hermano, había conducido negociaciones vitales relacionadas con la división de Polonia, eterna manzana de la discordia entre Alemania y Rusia.

Ahora había llegado otro rey, un rey que ya no necesitaba sus consejos, de modo que pasaron los años, llenos de lecturas, cenas, visitas obligadas y funciones teatrales, y el sol principesco empezó a oscurecerse poco a poco. Otros heredarían el castillo, que iría deteriorándose y, bajo un régimen que la corte dieciochesca jamás hubiera imaginado, se convierte en una clínica para diabéticos y es enterrado bajo nuevas capas de historia que resultarían mucho más apasionantes simplemente por ser nuevas. Y después todo volvería a cambiar otra vez y, ya sea por nostalgia o por beneficio, se desenterraría el pasado, se retocarían los estucos, se volverían a colgar los retratos –los que todavía estaban allí–, se restaurarían los dorados rococó.



Ya es hora de que los viajeros hagan lo que han venido a hacer, pero no antes de caer en la trampa de un brillante anacronismo: para sacar las entradas que permiten recorrer el castillo de los príncipes prusianos hay que visitar a Tucholsky, porque la taquilla para las visitas guiadas se encuentra en el monumento conmemorativo de Tucholsky, que está dentro del castillo. Por un momento se preguntan qué habrían pensado los hijos del rey soldado de un escritor judío realquilado cuyas palabras «*Soldaten sind Mörder*»⁷⁴ desencadenaron un pleito dos siglos después de la época en la que ellos vivieron, pero los visitantes son genuinos miembros de la era posmoderna de la apatía histórica, y por tanto forman cola dócilmente en la desierta escalera para la visita, junto con un matrimonio pálido y atemorizado que va vestido para tomar el té con el príncipe.

A las tres en punto (virtudes prusianas) aparece la guía, una simpática señora de edad indeterminada que habla a sus cuatro visitantes dándoles ánimos como si estuvieran a punto de escalar una montaña. Con el paso del tiempo, la guía asume las características de los propietarios, de modo que parece como si no solamente el castillo sino también sus antiguos habitantes, y en realidad todo el pasado, ahora desaparecido para siempre, se hubiesen convertido en propiedad privada suya. Los príncipes y su entorno son gentilmente reducidos a la condición de niños, sus peculiaridades se transforman en un entretenimiento, con un guiño cómplice a los visitantes (adultos los cuatro), que permiten que se les arrastre, acaso un poco demasiado deprisa, ante lo que queda de ese pretérito esplendor: el retrato de un marqués francés exiliado; las efigies de las esposas de los príncipes, de las que ellos no hacían ningún caso y cuyas vidas nunca se harán constar en papel; los jóvenes encantadores en ceñido uniforme; el mármol pintado que sigue pareciendo barato aun después de dos siglos; el pequeño estudio donde escribía sus cartas al gran filósofo; los numerosos espejos, que hacen que las caras modernas de los viajeros resulten extrañamente anticuadas; las florituras de la ornamentación rococó; el flamante oro que rodea las pinturas de techo de Pesne, con sus cuerpos desnudos y radiantes en una alegoría de claro y oscuro, noche y día; la biblioteca (*merde, mon Prince, où sont les livres!?*), donde uno de los viajeros toma nota de los nombres de los grandes pensadores (Descartes, Tácito, Lucrecio, Buffon, Leibniz, Epicuro, Cicerón, Molière) pintados en el techo, y la pareja atemorizada lo mira como si estuviera loco; y todo ese tiempo pueden contemplar, a través de las ventanas sin cortinas, el agua, el parque, el bosque y el obelisco en la distancia. Las vanguardias de la noche están ya aferrándose a las ventanas. Una hora y media más y habrá oscurecido, y entonces vendrán los príncipes, los condes, los ayudantes y los viejos generales, los favoritos, las actrices y las marquesas, a reconquistar su territorio

perdido. Los rojos cordones de seda que deben mantener a los visitantes en su sitio se quitarán, y se desterrará el recuerdo de todos esos vulgares intrusos que han pagado para meterse en sus vidas de antaño y robar los secretos que tan bien esconden.

Las primeras notas musicales vibran desde la Spiegelsaal cuando los advenedizos del siglo XX, somnolientos, bajan a trompicones las escaleras de madera. Se detienen brevemente ante la máquina de escribir de Tucholsky, pero el contraste es demasiado extremo; Tucholsky pertenece a su propio siglo feroz y rebelde y, por el momento, ellos están todavía envueltos en esa otra época, anterior, en la que todo parecía mucho más sencillo y sin embargo no lo era.

Regreso a Berlín

Fue en mayo, y fue en Los Ángeles. El presidente de la Loyola Marymount University, el reverendo Thomas P. O'Malley, de la Compañía de Jesús, me había invitado a la ceremonia de inauguración de una sección del Muro de Berlín, regalo de la ciudad de Berlín a la universidad. Iban a hablar diversas personas, entre ellas el cónsul general de Alemania, Hans-Alard von Rohr. Era un día soleado; el océano templaba el calor del cercano desierto. Yo me sentía un poco extraño cuando me dirigía hacia allí por las interminables *freeways*. Ya solo la palabra *freeway*, con todas sus asociaciones, hacía que la idea del Muro y los recuerdos que evoca resultaran grotescos. Las dos ciudades forman parte de mi propia historia personal: he vivido en Berlín y en Los Ángeles, y algo dice de la misteriosa estructura de nuestro cerebro el hecho de que dos conceptos tan incompatibles puedan coexistir dentro del limitado espacio de nuestro cráneo, aunque quizá no sin algún elemento de hostilidad.

Fue una ceremonia peculiar. ¿Cómo no iba a serlo? El *rector magnificus* era un irlandés alegre y orondo que tenía aspecto de no hacer ascos a uno o dos traguitos y que no se disfrazaba de paisano como es lo habitual hoy en día, de modo que mantenía el aspecto que ofrecían los sacerdotes en mi juventud, lo cual al menos significaba que uno sabía inmediatamente que estaba tratando con un hombre de Dios. El cónsul general era tan alto como requerían su nombre y su título y encima le sobraban cincuenta centímetros; no era difícil imaginarlo en una película. Había también una mujer bastante atractiva del servicio aduanero americano que resplandecía cuando nos hablaba de todos los obstáculos burocráticos que había tenido que allanar para meter en el puerto aquel trozo de hormigón pintado y, por supuesto, un profesor holandés del departamento de Ciencias Políticas que había urdido todo el plan. Por su parte, el objeto histórico estaba allí como una niña huérfana sin orfelinato, tímida y tal vez un tanto desdichada. Lo hacía lo mejor que podía, pero ya no representaba ninguna amenaza real. Había en él una declaración de amor a alguien que se llamaba Kristin, y alrededor el tipo de pintura que se ve hoy en día en todas las galerías del primer mundo, del segundo y del tercero: colores alegres e infantiles en un dibujo que no carecía totalmente de estructura.

Los estudiantes, que formaban un amplio círculo en torno al Muro y vestían ropa de la misma paleta de colores que el arte, escuchaban atentamente el sacrosanto torrente de palabras que fluían sobre el verde césped: *Opresión y Libertad*, *Conflicto* e *Historia*, ideas platónicas ataviadas con mayúsculas, su traje de los domingos, abstracciones que, en aquel contexto, parecían tener tanta

relación con aquel bloque de hormigón como los dos gorrones que se posaron por un momento en él, con toda la inocencia de unos seres que son su propia repetición eterna fuera de la historia humana. Tuve la sensación de que aquellas jóvenes mentes que estaban a mi alrededor trataban con todas sus fuerzas de pensar en algo, pero dudé que lo logaran.

¿Y yo? Cuando cerré los ojos, el tiempo cambió. Se hizo invierno, porque era invierno cuando vi aquel muro por primera vez, el invierno de 1963. Ahora, con el fin de imaginar de nuevo aquel día, tuve que figurarme que el cónsul y el rector y los estudiantes no estaban allí. Tuve que negar la existencia de las hojas verdes en el árbol debajo del cual nos encontrábamos. Tuve que hacer que el tiempo se tornase glacial, invocar a la nieve de Europa central y, utilizando únicamente el poder de mi mente, encajar de nuevo el solitario hormigón entre los demás fragmentos rotos. Solo entonces volvería a hallarme delante de un muro, solo entonces volvería a tener veintinueve años, a pasar frío, congelado en mi sitio dentro de la historia como historia, y no en aquel curioso, irónico, posmoderno vástago, que –y aquí está la ironía– forma igualmente parte de la historia, una de las páginas en blanco de Hegel. Uno casi podía morirse de risa.

Pero yo no estaba de humor para reírme. ¿Qué había pensado yo entonces, en aquella época? Pensé que parecía el tipo de situación que podría haberse dado en la Antigüedad griega, o de hecho en cualquier otra antigüedad: una ciudad dividida en dos por un muro. Envuelto en leyendas y narraciones, un proverbio casi obsoleto, una comedia de Tirso de Molina, descubierta en un rincón de la biblioteca de Salamanca, una adaptación de Molière, una ópera de Salieri, y después, naturalmente, un par de horas de banalidad intelectualoide en vídeo, una anécdota con símbolos que brotaban por todas partes como champiñones, patrimonio cultural. Pero el tipo de antigüedades que encontramos habitualmente no tienen más que unos pocos miles de años, los mismos que llevamos nosotros en toda la serie entrelazada de civilizaciones a la que seguimos perteneciendo. Tal vez es por eso por lo que, pese al arsenal nuclear que forma parte de este mundo tanto como la capa de ozono, un aire de antigüedad se aferra desesperadamente a todo lo que hacemos, una atmósfera arcaica que ningún viaje a Marte o a Júpiter disipará jamás. Y eso es lo que parecía: lo único que tenías que hacer era ponerte delante de aquel muro y entrecerrar los ojos, y veías el torpe ajeteo de los soldados de infantería medievales guardando la muralla de una ciudad en el País de los Otros. La misma especie que es capaz de recorrer miles de kilómetros en un día, que puede visitar planetas sin salir de casa y romper átomos como un trozo de cuerda vieja también puede construir un muro de dos o tres metros de alto, un muro que no puede ser traspasado nunca.



Berlín, 1997

Un egipcio o un babilonio tampoco hubiera podido trepar a él, una persona de la Edad Media hubiera tenido que entregar sus armas en la puerta, un ateniense hubiera podido ahogarse en el río Spree, mientras que este holandés se golpeaba la cabeza contra el muro y despertaba décadas más tarde, al otro lado de la Tierra, para ver a un cura y a un diplomático retirando la tela que cubría un pedazo de hormigón con dibujos pueriles, un resto que debería haberse quedado allí siempre como un recordatorio de algo que no es fácil de resumir y que nunca será resumido, aunque solo sea porque la historia tiene una cabeza como la de Jano y mira en dos direcciones, hacia el pasado y, paradójicamente, hacia el futuro. Creo que fue Schlegel quien dijo que los historiadores son profetas que miran hacia atrás; esto es cierto y falso al mismo tiempo. Mediante alguna inimitable maniobra alquímica, el futuro de ayer ha transformado la amenaza y la fuerza inherentes a ese pedazo de hormigón en un inocuo lugar de interés turístico; este monumento me está engañando aunque me encuentre allí, delante de él. Mi temor, o mi furia, o mi aborrecimiento, han quedado inválidos. Tengo que evocar imágenes de hombres y fusiles, de torres de vigilancia y reflectores, para tener algún sentido de la realidad, imágenes que los demás circunstantes no poseen en sus archivos internos.

Y sin embargo, en lo que concierne a ese muro yo fui siempre uno de fuera, así que ¿cómo les iba en este lugar a los de dentro? ¿Cómo se podía soportar la negación del pasado de uno en un monumento concebido para perpetuarlo? ¿Cómo se tomaba uno que se minimizara algo que fue siempre mucho más que el hormigón del que estaba hecho, un símbolo, en exhibición permanente, que para uno no era solamente un símbolo sino una realidad cotidiana que dominaba su vida, en muchos casos hasta la muerte?

Hace dos semanas, de regreso en Berlín, tuve la oportunidad de volver a pensar en esto. Quería hacer otra visita al hotel Esplanade porque tengo recuerdos sentimentales de ese lugar, pero no conseguí encontrarlo. Bajé del tren de cercanías en Potsdamer Platz y me encontré metido en un pandemónium. Estaba en lo que parecía ser un puente provisional que se sacudía al paso de los pesados camiones y no sabía adónde mirar primero. Mucho más abajo se veían enjambres de trabajadores poniendo los cimientos de la torre de Babel o, tal vez, incluso cavando un túnel gigantesco a Moscú; aquí todo era posible. Apoyado en la barandilla, contemplé el caos de cascos amarillos y blancos, vi hombres *in profundis* instalando hormigón y volví la mirada al bosque de grúas, con sus luces oscilantes, que transportaban negras placas de mármol por el aire y las bajaban lentamente, todo con el acompañamiento del antiguo sonido del hierro y la piedra. Traté de seguir los laberínticos movimientos de los centenares de personas que había debajo de mí y me pregunté quién coreografiaba aquel movimiento, cómo sabían con tanta exactitud todos aquellos hombres lo que tenían que hacer, cómo podía encontrar alguien el camino a través de todos aquellos tubos, cables y tuberías. Aquellos hombres metían toda suerte de cosas en el suelo, pero la impresión era más como si una ciudad gigantesca estuviera surgiendo de la tierra, como si una ciudad deseara existir allí y estuviese creando un camino para sí misma usando fuerza natural. Tuve una sensación de euforia ante toda aquella actividad pero también, lo admito, algo más similar a un escalofrío de desasosiego, por las implicaciones, por el poder que estaba allí de manifiesto, que parecía contrastar tanto con los recientes lamentos de Alemania, como si todo aquello fuese algún tipo de mascarada, un truco teatral para adormecer al resto del mundo. Si lo que estaba presenciando allí no era una especie de fantasma, un pueblo Potemkin⁷⁵, entonces tenía que ser exactamente lo que veían mis ojos: una visión de poder futuro.



Potsdamer Platz, 1997

En aquel lugar, con la fuerza estruendosa del martinete, se estaba pasando una página. No menos de tres pasados estaban siendo enterrados en aquel lugar; estaban metiendo la historia en el suelo de aquel mágico paisaje de trabajo orgiástico al ritmo de millones de imágenes por segundo: tranvías, modas, ejércitos, búnkeres, barreras, muros, la Policía Popular, todas ellas desapareciendo bajo los cimientos de los templos a los nuevos poderes. Una vez más me hallaba en aquella plaza en medio de algo que significaba mucho más de lo que se veía en aquel momento. En algún rincón había unos cuantos míseros trozos del muro, como un decorado que han dejado a un lado tras una función fracasada. ¿Qué se había representado? ¿Una opereta? ¿Wagner con vestuario moderno? ¿Un drama de Heiner Müller? ¿O simplemente la realidad al fin y al cabo, su perdurable sombra tratando de unirse al otro fragmento solitario que yo había visto en California en mayo?



Construcción de la nueva cúpula del Reichstag, 1997

De nuevo me estremecí, pero esta vez fue de frío. A lo lejos vi la cimbra de la

nueva cúpula del Reichstag, un modelo de teatro renacentista, y de repente allí estaba, el empequeñecido hotel Esplanade, que parecía un poco ridículo en medio de toda aquella violencia, y en el mismo instante el recuerdo que había dentro de mí también se encogió. ¿Qué aspecto tenía entonces? ¿Cómo podía haberse vuelto tan pequeño de repente? Allí estaba, extrañamente encerrado, rodeado por la fuerza oval, brillante y ascendente de Sony. Traté de imaginar los futuros Mercedes y BMW entrando a hurtadillas en los aparcamientos, nuevos ricos desde Varsovia hasta Novosibirsk agasajándose a sí mismos detrás de las ventanas de los nuevos apartamentos, siguiendo los rituales de la nueva era, mimados por sirvientas filipinas y con el leve zumbido de fondo del Dow Jones, el DAX o el Nikkei. Era igual de difícil que imaginar mi propia realidad de antaño, en la que, durante varios inviernos, había pasado días enteros en aquel edificio con una amante desaparecida hace mucho. Era cantante y sus grabaciones se habían hecho allí, en aquel edificio desierto y vaciado. Su productor era de Colonia y había estado en la Luftwaffe. En cierto modo está de nuevo en el aire, porque sus pies ya no caminan por este mundo. Las ventanas del hotel tenían una vista panorámica; el productor señaló una vez a una dirección, hacia el Führerhauptquartier (‘cuartel general del *Führer*’), donde había tenido que entregar un mensaje como correo de Burdeos. Cuando estaba a punto de deslizar el sobre sellado en el buzón, sintió una mano en su hombro y, al darse la vuelta, se encontró cara a cara con Hitler: «Diese Augen, nein, das kannst du dir nicht vorstellen». No, yo no me podía imaginar esos ojos; estaba demasiado ocupado con lo que sucedía en la plaza vacía y cubierta de nieve, debajo de nosotros, el aguafuerte móvil de hombres y perros entre aquellas extrañas y angulosas piezas de metal que recuerdan un Mondrian temprano, la playa de Domburg.

Pero también el interior del edificio resultaba excitante. Yo pasaba horas con su único residente, Otto Redlin. Esto fue a comienzos de la década de 1970, y Otto tenía ya setenta y seis años, de modo que supongo que también está bajo tierra. El hotel tenía 418 habitaciones, pero ahora parece tan pequeño que no puedo imaginar cómo era posible tal cosa. «Ich bin der älteste Bundesangestellte», decía él siempre: ‘soy el empleado federal más antiguo’. Su mujer había muerto y él, como todavía recuerdo, vivía en la habitación 31. Tengo una fotografía suya sentado a una de las vacías mesas, sobre las que había manteles pulcramente puestos, en un salón vacío. Sofás, montones de sillas y taburetes de bar en los que ya no se sentaba nadie. Habíamos encendido las arañas para la fotografía y nos iluminaban multiplicadas en un enorme espejo en el que soy apenas visible detrás de algo que parece un monstruoso jarrón chino. Abajo, en alguna parte, había una plataforma de madera a la que podían subirse los turistas para ver todo el camino hasta Vladivostok. No muy lejos estaban las ruinas del Bayerischer Hof, recientemente demolido. En aquellos días anoté en mi diario: «... Unos pocos obreros trabajan en la

demolición, mosaicos dorados germánicos caen ruidosamente al barro. Limpio algunos con un poco de agua de lluvia y leo: “Deutsche Frauen, Deutsche Treue, Deutscher Wein, Deutscher Sang Sollen In Der Welt Behalten Ihren Alten Schönen Klang”»⁷⁶. No en este lugar, ya no, pienso. Las cosas que hay en el suelo estuvieron en tiempos unidas a algo, pero ahora no están unidas a nada. Inodoros solitarios, bañeras sin grifos, grifos sin bañera, copas de las que no fluirán ya los licores de Breslavia, Nordhäuser o Cottbus; de todo, botas, faldas con peto, bandejas, menús, ceniceros, trompetas, todo triturado, pulverizado y llevado al cielo, desaparecido para siempre.

El café de al lado, pequeño y bastante modesto, tiene dos menús en la ventana, quizá como recuerdo. Arriba se lee «1940», y a continuación una lista de lo que tal vez comiera aquel día algún piloto de Messerschmitt o poseedor de la Cruz de Caballero, muerto en acción hace mucho tiempo: Geschmortes Kalbsherz, Westmoreland, mit Spinat und Schwenkkartoffeln (100 Gramm Fleischmarke und 10 Gramm Fettmarke, 1 Mark 65). ¿Bebió el Niersteiner Spiegelberg de 1938 con la comida, como se sugiere? El café está cerrado, las sillas están cubiertas de polvo y colocadas como si los últimos clientes acabasen de partir para el frente, «pero quizá», escribí entonces, «regresarán y todo volverá a empezar». Ahora, treinta años después, ya no pienso eso. He estado aquí con demasiada frecuencia y durante demasiado tiempo y sé que, sea lo que sea lo que empiece de nuevo en este lugar, nunca podrá ser lo mismo. Y sin embargo, incluso ahora, la fecha en ese menú, el desgraciado año 1940, me está obligando a volver a mi propio pasado. No deseo extenderme demasiado hablando de esto, pero, aunque mi vida empezó siete años antes de esa fecha, soy incapaz de explicarme a mí mismo sin pensar en 1940, aunque solamente sea porque el inicio de la guerra —que no terminará definitivamente hasta que todos los que recuerdan algo acerca de ella hayan muerto— parece haber borrado los primeros siete años de mi vida, con la ayuda de algo que descubrí recientemente.

Ahora voy a dar un par de rodeos diferentes al mismo tiempo, cosa imposible en la vida real pero posible sobre el papel, lo cual es probablemente la razón por la que me hice escritor.

El primero de estos rodeos tiene que ver con ser escritor. Hubo una famosa polémica entre el novelista Proust y el crítico y ensayista Sainte-Beuve; se puede resumir diciendo que el segundo creía que debemos saber todo lo posible de la vida de un escritor —sus actitudes y opiniones, su carácter, su relación y sus relaciones con las mujeres, el dinero, la política—, mientras que Proust pensaba que lo que importa son los libros y únicamente los libros, y nunca la biografía. Proust creía también que los escritores y los poetas jamás se expresan verdaderamente en la conversación, de modo que esta tampoco tiene importancia en comparación con lo que un autor *escribe*, porque aquí recurre a una capa totalmente distinta, mucho

más profunda, de su personalidad, un estrato que a menudo permanece oculto incluso para él mismo y por el cual vaga como un explorador que regresa con tesoros que no deben malgastarse en una conversación superficial. Esto implica un grado de misterio y quizá también de aislamiento que Proust, que pasó gran parte de su vida llevando la máscara del sofisticado mundano y que, a juzgar por su magnífico diálogo, debió de ser en realidad un conversador magistral, veía como requisito previo de una vida dedicada a escribir. Ahora bien, yo no puedo compararme con Proust, pero en este aspecto soy proustiano de la manera más categórica: en la desvergonzada cultura de escaparate en la que vivimos –tal vez menos en Alemania que en Holanda o en América– parece que la vida privada tiene que ser interpretada en público. Los escritores se convierten en su propia representación pública y se les exige que se mantengan en su papel. Conocemos sus personajes mejor que sus libros, porque su escritura no puede aprehenderlos tan bien como un entrevistador. El centro oculto de su ser ya no se transforma misteriosamente en las maravillosas y sagradas mentiras de la ficción, sino que mana sin fermentar desde la pantalla de cristal hasta miles de salones de personas que nunca leerían y nunca leerán sus libros. El sentido de todo este rodeo es decir que pienso que podemos hablar de nosotros mismos únicamente en cierta medida. Y sin embargo, en esa forma más elevada de conversación que es un discurso, no puedo evitar hacerlo.

Y esto me lleva al segundo rodeo, que tiene que ver con mi peculiar falta de memoria. Nabokov era capaz de mandar hablar a su memoria –*Habla, Memoria* es al fin y al cabo un imperativo, o al menos un ruego expresado en forma imperativa–, pero esa orden no tiene el menor efecto sobre mí: sencillamente, mi memoria no quiere responder. Agustín hablaba de palacios de la memoria por los cuales podíamos deambular y encontrar toda suerte de tesoros; para mí, ese palacio permanece cerrado. Ni siquiera puedo entrar en el edificio. Uno de los momentos clave de la gran novela de Proust se produce cuando moja cierto bizcocho en el té. En ese mismo momento, por seguir con la analogía de Agustín, se abre de golpe la puerta de una habitación de ese palacio. Nabokov escribe en su última gran novela, *Ada*, que está en contra de la idea de la *mémoire involontaire*, la ‘memoria involuntaria’: es preciso forzar las puertas del palacio para que se abran; recordar es un acto y tenemos que trabajar para lograrlo. Pero a mí tampoco me sirve esa sugerencia: retazos, sombras, fragmentos es todo lo que puedo distinguir por las sucias y rotas ventanas de mi palacio, que además parece estar situado en una parte del mundo en la que siempre es crepuscular.

En mi simplicidad, siempre he creído y mantenido que esto es el resultado del estrepitoso trueno del primer día de guerra, con su efecto ensordecedor extendiéndose hacia delante y hacia atrás, creando un agujero al que han sido anónimamente absorbidos libros infantiles, amigos y maestros. Sin embargo,

recientemente descubrí que tal vez los Heinkels y los Stukas de aquellos días primeros y la visión de Rotterdam ardiendo en el lejano horizonte no fueron las únicas causas. A finales de octubre se inauguró en La Haya, la ciudad en la que nací, una exposición sobre mi vida y mi obra. Supuso también, muy en contra de mi voluntad, una indagación de mi pasado, acometida por un investigador muy concienzudo que pronto descubrió que durante los años de la crisis antes de la guerra –yo nací en el treinta y tres– mudamos dentro de la ciudad no menos de siete veces. Mi madre, que aún vive –tiene ochenta y siete años–, lo negó con vehemencia, pero tuvo que ceder cuando vio las copias de los registros oficiales. A esto siguieron los años de guerra, el caos, el divorcio de mis padres, la evacuación, el invierno del hambre, la muerte de mi padre en un bombardeo británico: así fue, en pocas palabras, como se cerraron las puertas de un palacio. Más tarde, cuando obtuve un grado de control sobre mi vida, añadí un ala nueva a la que tenía acceso –la vida, y por tanto la escritura, de otro modo hubiera sido imposible–, pero lo principal del edificio permanece cerrado. Nunca podré decir, como Borges, qué libros leí de niño en la biblioteca de mi padre, ni escribir, como Proust, relatando mis largas conversaciones con mi abuela ni, como Nabokov, revelar de forma cómica las excentricidades de mi gobernanta suiza-francesa. No es solamente porque mi padre no tuviera biblioteca, porque mis dos abuelas murieran antes de tener ocasión de conocerlas ni porque la mujer, que solo si uno era excepcionalmente caritativo la hubiera podido describir como gobernanta, se había escapado con mi padre en medio de la guerra, sino también, radical y permanentemente, por una fuerza destructiva externa, que me dejó sin nada.

No cuento esto porque quiera despertar ni siquiera una pizca de simpatía, ya que no tengo necesidad alguna de simpatía. Me dio la oportunidad de inventarme una vida para mí mismo viajando y pensando. Más que eso, me dejó una fascinación por el pasado, por la desaparición, por la fugacidad, por los recuerdos y las ruinas, por la antigüedad, por todo lo que se puede resumir bajo el título de «historia». Y he contado esta historia –porque hasta esas historias personales que no componen más que una parte muy pequeña de la historia tienen derecho a ser denominadas historia– a fin de explicar, no tanto para ustedes como para mí mismo, por qué esta ciudad me ha fascinado de una manera tan desmesurada durante tanto tiempo. Percibo que aquí, a una escala infinitamente mayor y con espantosas consecuencias para el destino de tantas personas, en cierto modo ha ocurrido lo mismo que me sucedió a mí, que las ruinas y las lagunas que yo encontré aquí por primera vez tenían algo que decirme, algo que yo aún no entendía de verdad. Ese algo no era, al principio, nada. Todas esas lagunas, esos vacíos, esas ausencias querían hablarme de la nada, de la destrucción, que en alemán (*Vernichtung*) y en neerlandés (*vernietiging*) se basa en la idea de convertir algo en nada, lo negativo, negación, *nicht*, *niet*, no, una ciudad convertida en nada. Este vacío y esta ausencia resultaron

de las acciones de un hombre que, allá en los años veinte, escribió un libro que proclamaba alto y claro un programa: la *Vernichtung* de un *Volk*.

De todas las *Berliner Lektionen* que he leído –y esto no tiene que ver con la estética, sino con la esencia histórica–, la de Daniel Libeskind me pareció la más efectiva y la más afectiva, si puedo usar estas dos palabras, que no siempre van bien juntas. Libeskind construyó sus pensamientos y su museo en torno al lugar de esa nada, de ese algo que falta, de esa ausencia presente. Un lugar para construir nada es algo que solamente el arte puede crear, pero el poder de la nada construida reside precisamente en lo que no está ahí, y lo que no está ahí es lo que *estuvo* ahí. Lo que estuvo antaño presente es conmemorado en la ausencia intangible. Esto es algo de lo que solamente podemos hablar de manera dubitativa, porque es todo muy misterioso.

Durante mi primera visita a Berlín yo aún no era capaz de pensar de esta forma. La realidad había continuado escribiendo el libro de ese hombre y se asemejaba a una orgía de destrucción, la mañana después de la danza de la muerte. Aún se percibía un cierto sabor a guerra; parecía una continuación de lo que yo había visto y oído de niño. Sin embargo, al mismo tiempo se había agregado un nuevo elemento, un crujido que recorría el mundo y que era más visible aquí que en ninguna otra parte, como un ataque cardíaco hecho piedra, como si una vez más Berlín tuviese la tarea de demostrar algo al mundo, la conclusión lógica de Yalta, que era en sí misma la conclusión lógica del deseo de destrucción que había comenzado en este lugar. Hice mi viaje con dos amigos de más edad que habían estado en Dachau, lo cual aumentaba el efecto apocalíptico de estas primeras experiencias, junto con la amenaza nuclear –la cual parece ahora tan despreocupadamente olvidada que se cernía sobre nuestras cabezas como una nube de langostas.



No, puede que los años cincuenta y comienzos de los sesenta no fueran la mejor época para ser joven. Yo había visto Budapest en 1956, de modo que ya sabía la impotencia y la traición que hubo. Ahora estaba viendo, en su forma alemana, la práctica de esa doctrina a la que tantos de mis amigos aún se aferraban, llenos de esperanza. Por tanto me sentí inmerso en un caos de emociones y experiencias que por fortuna se vio aliviado por el cínico humor de campo de concentración y por la asombrosa manera de lidiar con sus recuerdos que habían encontrado mis compañeros de viaje. Tal vez nunca vuelva a suceder que dos filosofías sociales y políticas tan diferentes se pongan en práctica en una sola lengua, no solamente en la forma que siempre han adoptado –panfleto, ensayo, artículo periodístico–, sino también en la redacción de leyes, regulaciones, veredictos, declaraciones de política gubernamental, órdenes de disparar, avisos, editoriales en los periódicos del partido, informes secretos. La lengua compartida y heredada se convirtió en una lengua dividida, en otra lengua desarrollada a partir de la misma lengua, la lengua hecha bilingüe, que deja al descubierto su fundamental ambigüedad, una lección para eras posteriores. La filosofía que permitió a las personas resistirse a una dictadura, arriesgando la vida, las condujo despiadadamente hacia otra dictadura. Los héroes de una época devinieron los culpables de otra, y con el fin de justificarse inventaron una plausibilidad que no era válida en ningún otro lugar. Dos países que no podían distanciarse físicamente se atrincheraron, y después hizo falta un enorme esfuerzo mental para reconquistar cada milímetro intelectual que habían cedido.

En aquel entonces yo pude quizá percibir todo esto, pero contemplarlo todavía no; estaba demasiado ocupado pensando en el resto del mundo. Mis primeros viajes, cuando tenía unos dieciocho años, me llevaron al norte, a países de gran luminosidad pero también de duda y melancolía, esa monstruosa alianza de claridad y *Angst* ('miedo, angustia') que domina las películas de Ingmar Bergman y que me preocupaba en aquella época. Pero mi terreno propio era el sur, el Mediterráneo, Provenza, la teatralidad de Italia, el resplandor deslumbrante de la meseta española, donde la luz hace aparecer por arte de magia fatamorganas que permiten dar rienda suelta a la imaginación, y que parecían capaces de ahuyentar las tinieblas de aquellos años de posguerra. Holanda era entonces, como Alemania, un lugar sin color; recuerdo aquellos años en gris. A la vuelta de aquel primer viaje en autoestop al lejano norte atravesé Alemania por primera vez. Los retazos que me arroja mi defectuosa memoria revelan calles destrozadas, barrios enteros hundidos, la uniformidad desvergonzada y poco imaginativa de la reconstrucción, y cuando enfoco una imagen más nítida veo y oigo locomotoras que cambian de

vía y una estación de ferrocarril desierta, de noche; yo me estoy despidiendo de alguien con dramatismo y una voz procedente de un altavoz hace incomprensibles anuncios en esa lengua a la que aún no me he acostumbrado, una lengua que se niega a parecerse a sí misma, que no quiere ser la misma lengua de los poemas de Goethe y Rilke que estudié en el colegio.

Mi primera novela se publicó en Holanda no mucho después de eso, probablemente demasiado pronto. Su fantasía estaba muy alejada del realismo afilado que era la norma en aquellos años de posguerra. Pero en ese libro había dicho todo lo que tenía que decir. De repente era escritor porque había publicado un libro, pero me había convertido en escritor como nace un cisne, o un murciélago, sin expresar ningún deseo explícito. Los cisnes y los murciélagos tienen en ese sentido una vida más fácil, pero yo no tenía otra opción que salir nuevamente de viaje con el objetivo de obtener los conocimientos requeridos por aquella peculiar carrera que me había elegido a mí, una carrera que intenté quitarme de encima en mi nueva novela haciendo que el protagonista, que por supuesto era un escritor, se suicidara, aunque solo fuese, pienso mirando hacia atrás, para que no tuviera que hacerlo yo mismo.

Y así viajé, *Doppelgänger* superviviente de mi propio yo, a Bolivia y Mali, a Colombia e Irán y a todos esos países del llamado Tercer Mundo, donde encontré una imagen especular deformada de mi propio mundo, en dictaduras militares y pseudodemocracias y todas esas variantes que, de un modo u otro formaban parte de la misma familia que el vasto cisma que dividió Europa y Alemania. Ese cisma encontró su perfecta expresión metafórica en la fisión de la bomba atómica, ideada por la iconografía de la ciencia para mantener vivo el miedo y así confirmar los sistemas que hicieron de todos nosotros, cada uno con sus propios lemas y mentiras, su propia retórica escolástica y su exorcismo, meros intérpretes en un teatro del absurdo, unos intérpretes que creían que no eran más que actores, hasta el año en que explotó la violenta ficción y se barajaron de nuevo las cartas de la apariencia y la realidad, y con ella cambiaron nuestros mapas. *Faites vos jeux! Rien ne va plus!* (‘¡Hagan juego! ¡No va más!’). Una de las patas de la mesa en la que se jugaba el gran juego estaba en Berlín, donde yo vivía en aquella época porque el DAAD (‘Servicio Alemán de Intercambio Académico’) me había invitado a pasar un año allí.

Aquel año fue 1989; experimenté todo lo que ocurrió aquel año no como un simple visitante ocasional, sino como un residente en Berlín. Aunque no fuera alemán, desde luego era europeo, y no era solamente un país lo que se estaba soldando de nuevo sino, si todo iba bien, un continente entero. Una vez, en 1962, cuando Alemania era otra vez responsable del cuarenta y cinco por ciento de la producción europea anual, vi a Adenauer y a De Gaulle en un balcón en Stuttgart, una extraña pareja, más vieja que el siglo mismo. De Gaulle levantó en el aire

aquellos largos brazos que tenía y proclamó con fuerte acento su declaración de amistad francoalemana: «EZ LEBBE DOIZLANT! EZ LEBBE DIE DOITZFRANZÖZISCHE VROINDZAVT! (‘¡Viva Alemania! ¡Viva la amistad francoalemana!’)». Había empezado a trabajar en aquella gran construcción del Atlántico a los Urales: Willy Brandt se pondría de rodillas en Varsovia, en una de las etapas del viaje, y más tarde Mitterrand y Kohl se mostrarían con las manos unidas en el campo de batalla de Verdún, en un intento de enterrar la guerra para siempre. Pero los viejos temores no se dejan enterrar tan fácilmente, ni en Moscú, ni en París, ni en Londres, y mucho menos en esos otros países más pequeños que están a la sombra de ese gran imperio del centro. Puede que la historia ejecute unas cuantas piruetas a la velocidad del rayo y se saque del sombrero un *fait accompli*, pero el antiguo espectro del *Gleichgewicht* (‘equilibrio’) sigue inquietando a la secular familia europea.

El imperativo histórico es aceptado como por una clase de marxistas obedientes sentados en sus pupitres escolares, pero el viejo desastre titila en la memoria de Mitterrand y de Thatcher. Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia están sentadas en sus palcos de teatro como viejas actrices celosas y no se quitan el ojo unas a otras: ¿quién se está abanicando con demasiada fuerza? ¿Quién pasa demasiado tiempo con quién? ¿A quién le han dado más flores? ¿Quién va a hacer la protagonista? ¿Por qué es tan amable con ese insignificante actor de reparto? ¿Por qué no he sido invitada? Intriga y recelo en el Teatro Europa. Tras una aparente ausencia, la memoria de las naciones es una masa antigua y viscosa; una pregunta estaba en la mente de todos en aquella época, y al decir todos quizá quiero decir los alemanes más que nadie: ¿en qué clase de país nos estamos convirtiendo? Ante mis lecturas, los estudiantes se podrían preguntar «¿no nos tiene usted miedo?». No, no se lo tenía, pero me preocupaba que ellos creyeran que debería tenérselo, como si aún no se fiaran de su propio país.

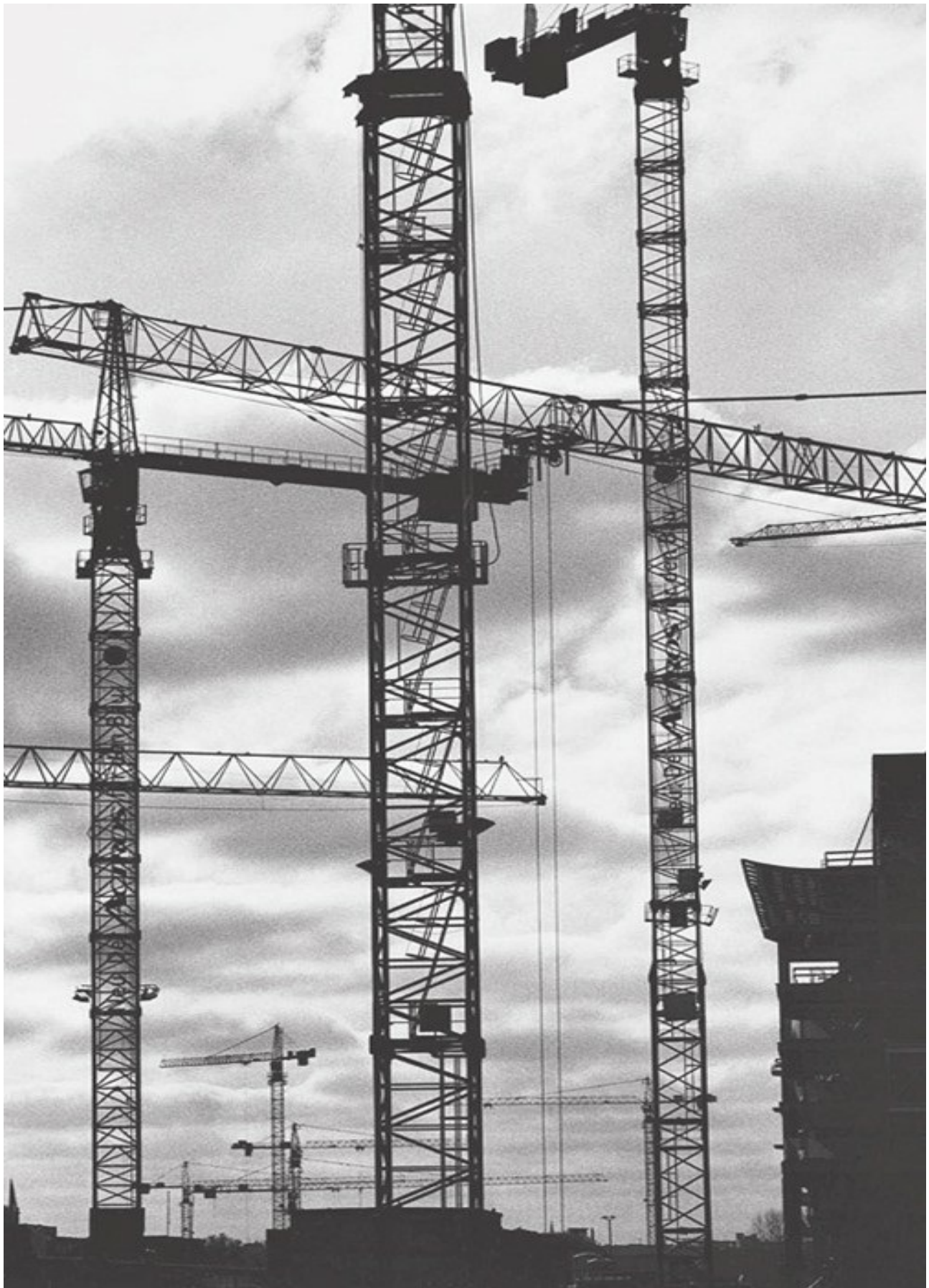
El imperativo histórico es una idea religiosa en la que soy incapaz de creer. Hay siempre demasiados imponderables, demasiadas irracionalidades, demasiados fanáticos, idealistas ingenuos, perros rabiosos que salen repentinamente de sus perreras. Operan dentro de un territorio concreto, pero nadie puede estar seguro de nada en un mundo que, intelectual y materialmente, ya no está en sintonía, donde el poder de destrucción está ya casi al alcance de los individuos y la muerte del mayor número posible de personas ha pasado a ser una de las mercancías más baratas que hay. Al término de un *saeculum horribilis*, el estado de ánimo imperante es de desasosiego, no muy diferente del que dominó al final del primer milenio, como se describe en los textos del monje benedictino Raoul Glaber, una historia de peste y hambre y canibalismo a cuyo lado los cuadros del Bosco parecen alegres fantasías. Cuando uno lee sus palabras se siente inclinado a pensar que hemos hecho progresos durante los últimos mil años, y eso desde luego es

verdad. Y sin embargo hay gas venenoso escondido en Irak, degüellan a gente en Argelia, hay matanzas en masa en Ruanda y en Europa (es decir, mucho más cerca de casa), y minas antipersonas en Camboya. Nada de esto se parece a un mundo que hubiera aprendido la lección de las guerras que empezaron en este continente a lo largo de este siglo y que, según el cálculo que recientemente nos hizo Václav Havel, han costado más de doscientos millones de vidas. Son esos ausentes los que rondan el espacio que nos rodea. Sus nombres, al menos los que conocemos, se hallan en los monumentos desde Sicilia hasta Stavanger, desde Atenas hasta Kaliningrado, pero el mundo parece capaz de vivir con su ausencia. Tal vez sea esta la única manera, pero significa también que el mundo podría arreglárselas igual de bien sin nosotros.

Una vez más, no, dos veces más, a Berlín. Después de 1989 me fui y regresé de nuevo. Amplié mis notas sobre Berlín y viajé por el Este y por el Oeste, con lo que acabaron pareciendo notas sobre Alemania más que solamente sobre Berlín. Leí mucha historia, lo que supuso leer infinidad de cosas que antes desconocía, e hice nuevos amigos, cosa que a mi edad no es tan fácil. En suma, me sentí cómodo en Berlín y durante los años siguientes volví con frecuencia. Y con todo aún había cosas que me sorprendían. Aunque no crea en el imperativo histórico, sí creo en una vaga idea de la relativa densidad de los países y de una cierta manera natural del mundo. Parecía «natural», por ejemplo, que Alemania volviera a ser de nuevo un único país, al igual que parecía natural que esto requiriese un gran esfuerzo. Parecía asimismo natural que Berlín se convirtiera en la capital de ese único país, y que la Alemania unida, que se había transformado en una democracia europea moderna en el transcurso de los últimos cincuenta años y que, como pone de manifiesto el inacabable torrente de publicaciones, se había concentrado en su malhadado pasado mediante conmemoraciones de intensidad creciente, ocupase ahora su lugar entre los demás países de Europa. Pero en la propia Alemania oí voces distintas, voces que ridiculizaban a los nuevos ciudadanos alemanes, quienes desde luego tenían algo que decir en respuesta, y voces que intentaban resistirse a la relativa densidad de su propio país negándose a enviar soldados a misiones de paz en Europa o fuera de ella. Esta renuencia provocó el siguiente comentario de uno de mis compatriotas más enconados: «Con ellos siempre pasa lo mismo: cuando no los invitas vienen de todos modos, pero cuando les pides que participen, no aparecen».



Entretanto, en Alemania se me hizo responsable del cultivo de tomates en Holanda, del comportamiento de nuestros hinchas del fútbol, que, como es bien sabido, representan en todas las naciones el elemento más inteligente, y de cualquier estudio en el que unos sociólogos todavía más lelos se aseguraban sus cargos por unos años más preguntando a unos cuantos adolescentes qué pensaban de los alemanes, mientras que en mi propio país –que nunca se ha reconciliado del todo con su pasado colonial– de repente me nombraban experto en Alemania. Eso significaba que me llamaban para algún debate en televisión cada vez que en Alemania pasaba algo que igualmente pasa en otros países europeos, pero que allí tiene un impacto diferente a causa del difícil pasado del país y también de la pereza de los medios de comunicación.



Fue un amigo holandés –Willem Leonard Brugsma– quien me llevó a Alemania por primera vez. Brugsma fue detenido por la Gestapo siendo un joven miembro de la Resistencia en París y estuvo varios años internado en Natzweiler y en Dachau. Murió hace unas semanas y en su funeral rememore muchas cosas del pasado, de aquel primer viaje a Alemania tan lleno de emociones, que fue tan sorprendente para mí porque él no albergaba ningún resentimiento. El mismo hombre que podía contar espantosas historias de los campos, un hombre alto que solo pesaba cuarenta y cinco kilos cuando fue liberado, era un apasionado defensor de la Unidad Alemana, no, como se dice a veces cínicamente, para hacer inofensiva a Alemania atándola a Europa, sino porque creía que el sitio de una Alemania única era una Europa única. Menciono esto ahora porque esas voces parecen ser cada vez más raras en Alemania. Recientemente, todo lo que al parecer hemos oído venir de ese país son sonidos de infinita fatiga, lamentación y quejas derrotistas que emanan de las profundidades de la sagrada hucha.

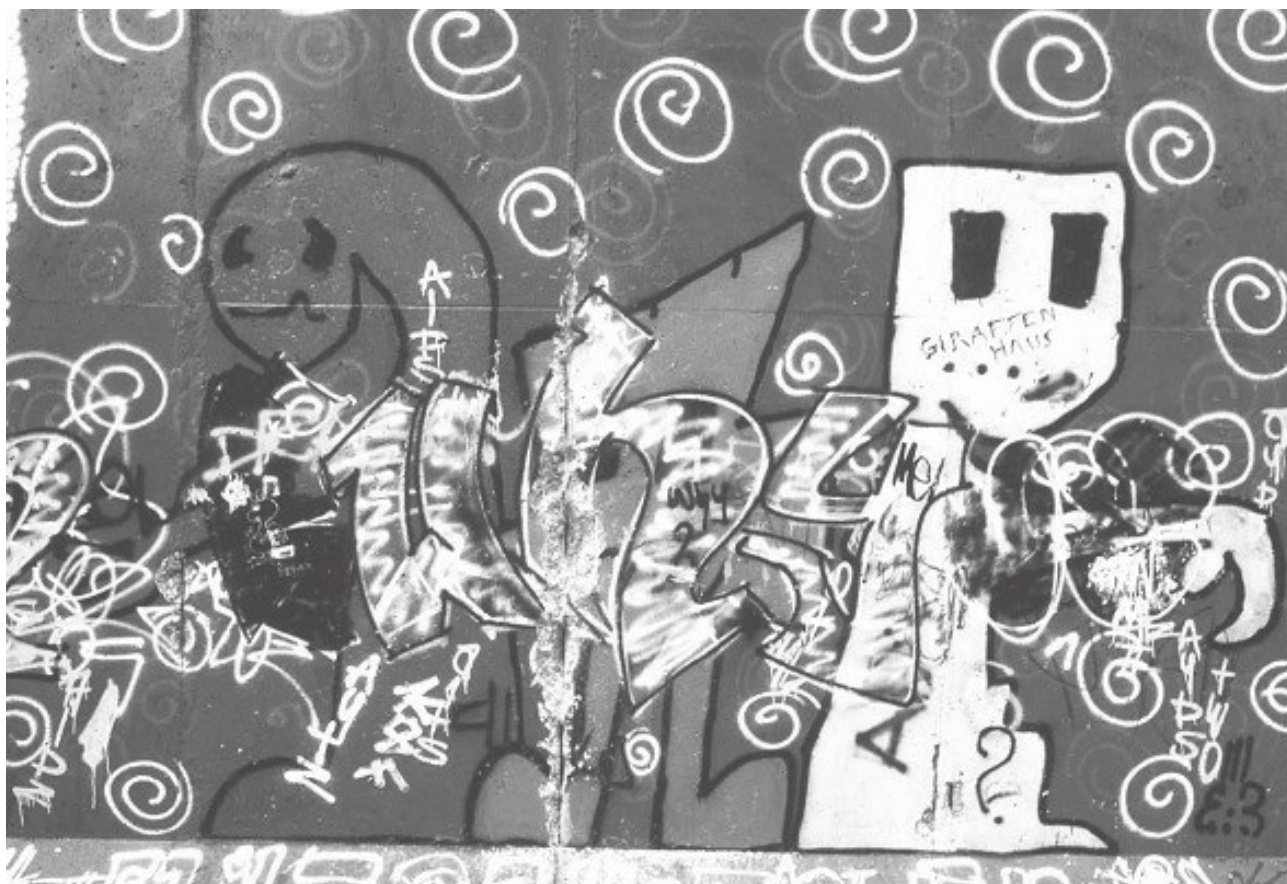
De pronto ya no se trata de ideas sino de dinero; no de una de las aventuras más grandes de la historia europea sino de miedo a los vecinos que han estado comprando cosas a crédito al tendero; no de la Europa de Erasmo y Voltaire, de Tolstói y Thomas Mann, de Rembrandt y Botticelli, de Hegel y Hume. No, se trata de cifras anónimas, mucho más grandes, como 3,0, 3,1, y el satánico 3,2, que los políticos esconden, ya que por razones que ellos sabrán no quieren Europa, o aún no, o nunca. Cualquier niño puede entender –y desde luego en esta ciudad *todos* los niños entienden– que tiene que haber unos criterios, pero tomando la idea completa de Europa –un tema con el que muchos de esos mismos individuos han estado años poniéndose líricos– reducirla a abstracciones detrás de la coma de un decimal ha significado emplear la demagogia del sentido común para enterrar bajo cenizas el entusiasmo de los ciudadanos. La ceniza no es un principio vital, pero encaja muy bien con la lamentación a la que acabo de aludir.

Este ha sido siempre un continente peligroso. Ha estado durante mucho tiempo atentando contra su propia vida, por la tierra, por las dinastías, por la religión y por las colonias. Él solito se descolgó con las dos ideologías que han hecho de este siglo el más desastroso de la historia, una catástrofe ideológica gemela de aquella de la que América nos rescató no una vez sino dos. Quizá no debemos contar con una tercera. Sé que la Europa de la moneda única es una maniobra política y económica inmensa y extremadamente compleja que asusta a mucha gente. También sé que la unificación política va renqueando como un niño desdichado, obstaculizada por lenguas múltiples, arraigadas ambiciones nacionales y un parlamento mimado, impotente y a menudo invisible. Pero este es precisamente el desafío. Antaño, para

bien o para mal, este continente descubrió el resto del mundo. Si los europeos de entonces se hubieran pasado cavilando tanto tiempo como estos europeos de ahora parecen necesitar, todo el mundo se habría quedado en casa. Pero entonces tampoco habría un trozo del Muro en Los Ángeles.

Diciembre de 1997

PARTE III



Septiembre. Berlín, hace veinte años; Berlín, hace diez años; Berlín, ahora. La primera vez fui invitado por el DAAD, la segunda vez, por mi cuenta, y la tercera, por invitación de las autoridades de Renania del Norte-Westfalia. En aquella primera ocasión empecé con la mayor inocencia mis crónicas alemanas: un escritor vive en una ciudad extranjera, escribe lo que le pasa, lo que ve, lo que lee. Un concierto de Mauricio Kagel, un paseo por los jardines del Charlottenburg, una visita a Lübars, que por aquel entonces todavía estaba justo dentro del Muro. Todo normal, salvo que Berlín no era una ciudad normal, y para alguien que viviera allí en aquel movido año de 1989 nunca podrá serlo. No consigo borrarlo de mi memoria: la doble línea divisoria, entre los dos sistemas políticos, entre las dos épocas. Desde las ventanas del hotel Esplanade, mucho antes de 1989, había visto el espacio escueto y nevado de la Potsdamer Platz, con la obscena tumefacción del búnker del Führer en la lejanía y, en primer plano, esas filas tan gráficas de los caballos de Frisia, pedazos oscuros de metal apuntando al cielo en diagonal, diseñados para impedir cualquier intento de fuga.

En realidad, mejor no hablar más de ello. Es tiempo pasado, al igual que lo eran esas fotos de la misma plaza en 1929, llena de coches antiguos y de gentes apresurándose de un lado a otro o paseando. Luego, cuando volví por primera vez, pude ver cómo echaban los cimientos de edificios aparentemente enormes en el terreno arenoso, aquello parecía una descomunal fosa común. Y ahora están esos edificios que para poder ver del todo tienes que estirar el cuello: templos de Babel bajo los cuales ha quedado aplastado el pasado. Busco el hotel Esplanade, pero cuando finalmente lo encuentro, ni lo reconozco. Tras un cristal quedan restos de la Kaisersaal, el salón imperial, pero es como la doble muerte de las mariposas expuestas en una vitrina: ya no deberían estar, pero ahí siguen. Eso sí, ya no podrán volar nunca más. Me paseo entre esas grandes edificaciones, un homúnculo dentro de una enorme maqueta arquitectónica, salvo que no se trata de una maqueta; es de verdad.

¿Echo algo en falta? ¿Echo de menos el Berlín de entonces? No. Lo único es que en ese tipo de lugares no sé cómo sacudirme el pasado, la única posibilidad sería volver a vivir allí. En ese sentido, mis tres meses en Westfalia son un ejercicio perfecto. Volveré a entregarme a la ciudad: visitante procedente de un pequeño país europeo en la capital de un gran país europeo con el que el pequeño país comparte un pedazo de su historia. En mi libro dejé constancia del dramatismo de la primera despedida, quería saber qué sería de Alemania «cuando fuera mayor». Volviendo a leer esas líneas, descubro un cierto patetismo que nunca llegará a desaparecer de las

inmediaciones del Reichstag o de la Puerta de Brandeburgo. Esos edificios no acaban de casar con la modestia de Bach o la intelectualidad de Schönberg; si pudieran cantar sonarían diferentes, con pesadumbre y dramatismo.



Potsdamer Platz, Centro Sony, detalle

Wagner es el más alemán de todos los compositores; los generales alrededor de la plaza de la Grosser Stern recuerdan con sus poses a los héroes de sus óperas, y para alguien como yo, que procede de una pequeña ciudad de callejuelas y silenciosos canales, esos espacios abiertos y esas amplias avenidas de Berlín, con sus edificios pomposos, o majestuosos en todo caso, y sus estatuas flanqueadas por águilas y leones heráldicos no son más que una muestra de poder. Recuerdos prusianos, imágenes de desfiles nunca del todo olvidadas, música heroica flotando en el aire frente al otro *pathos* de las dos estatuas vivientes rusas que clavan la bandera de la victoria, o sea, de la derrota, sobre el Reichstag, desgarró y destrucción, división y reunificación, un muro y un puente aéreo, la ciudad como una pieza de ajedrez movida de un lado a otro en el tablero de la historia. Y después, a hacer como que aquí no ha pasado. He ahí el milagro: lo han conseguido.

Dentro de lo posible, Alemania ha logrado superar ese primer pasado a fuerza de luto, de reflexión y de la conciencia de que nunca desaparecerá del todo, y con ello, también dentro de lo posible, asimilar, sin suprimirlo –el pasado nunca puede suprimirse–, ese otro pasado y transformarlo, a fuerza de rendir de cuentas, de habituarse y de desgaste natural, en un presente con la apariencia del día de hoy.

Pero ¿estoy en lo cierto con mi hipótesis de Wagner y Schönberg? Si quisieras traducir a Schinkel en música, ¿no se parecería más a...? Vete tú a saber... ¿Qué música escuchaba Goethe? Dejémoslo, todo esto me supera. Las gigantescas columnas helénicas del museo junto a la catedral invocan la exaltación del triunfo, un aire apolíneo, pero no ha pasado ni media hora y me topo con una estatua junto a la iglesia de San Nicolás en la que caballo y dragón están enzarzados en furioso combate, o sea, volvemos a Wagner.

Cómo es posible que nunca antes me hubiera fijado en esa estatua que está muy cerca del Zum Nussbaum, un café que solía visitar por aquel entonces cuando iba a Berlín Este. No me queda más remedio que volver a conocer Berlín. Comienzo con la más humilde de las lecciones y me disfrazo de turista de Phoenix, Arizona, y me subo a un barco turístico. Es un día glorioso de octubre, todavía no hace ese tiempo de tundra parduzco que prevalecerá al mes siguiente y puedes sentarte fuera, en la cubierta de la embarcación. No hay demasiada gente, el viento da ligeros tirones y estirones a las palabras que salen de los altavoces, nombres y fechas, pero me parece bien así, dejo que la ciudad se deslice ante mí. Casi cada rincón guardan un recuerdo, pero no quiero ocuparme de eso ahora, quiero ver la ciudad como un forastero, nunca antes he estado aquí.



Der Löwenkämpfer ('El luchador con el león'), de Albert Wolff, 1861, detalle

La Bundeskanzleramt, la Cancillería Federal, se me antoja modesta, bella incluso. ¿Es esta la sede de los gobernantes de la tercera potencia económica mundial? ¿Es desde aquí desde donde, con cierta renuencia, por aquello de no defraudar a los aliados, se envía a desiertos hostiles, en la otra punta del planeta, a soldados que parecían haber vuelto por fin a casa para quedarse allí para siempre? El poder se ejerce desde aquí sin pompa; detrás de alguna de esas ventanas hay alguien que considera que los ahorros alemanes no deben darse a otros europeos que han vivido del cuento, alguien que tiene apego a las viejas costumbres y que no quiere que, en ningún caso, se le obligue a avivar la inflación hasta que el dólar esté tan barato que los americanos puedan pagar su inconmensurable deuda a China para que el juego empiece de nuevo.



El mundo como ruleta no es una imagen seductora; el proteccionismo ya no es una opción; el Estado como propietario de los medios de producción, tampoco, y Lafontaine como reencarnación de Marx, menos aún; corren tiempos revueltos, el pueblo gruñe, por ahora en voz baja, luego quizá con más fuerza; van y vienen los dignatarios extranjeros, el chino, el ruso; puede que ese edificio no sea el centro del mundo, pero sí un nexo que nadie puede obviar; el Obama que vive aquí es una mujer, pero la oposición se sienta con ella en el Gobierno; la cacofonía mediática no hace más que crecer, todos saben lo que hay que hacer, gráficos, números, pronósticos entran y salen del edificio; conferencias de prensa, portavoces, artículos de fondo... Todo gira en torno a este edificio que no existía hace veinte años, cuando era otro el torbellino que recorría esta ciudad.

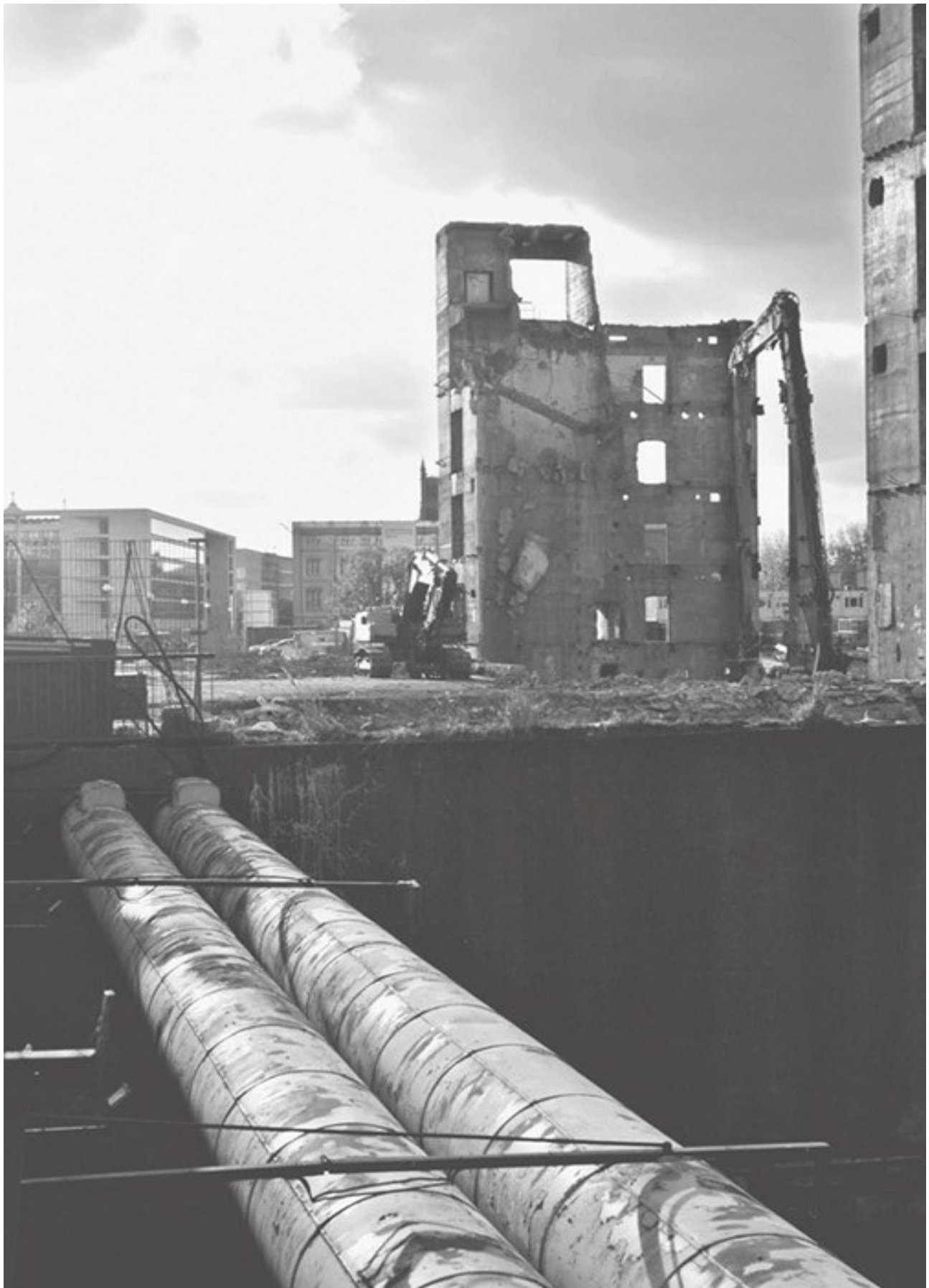
Pero a las aguas del Spree no les importa. Así son los ríos, como las aves que se mecen en las ondas producidas por el barco. La agitación es para los humanos. Visto así, desde el barco, el edificio rechaza el drama, como si él mismo fuese un río. No tiene ninguna agitación propia; tranquiliza el pasado, como una píldora sedante larga y rosada. Cuando paso por debajo del Moltkebrücke tengo la sensación de regresar al siglo XIX. Míticos animales alados de piedra rojiza guardan su pérdida era con un celo anacrónico. Garras, picos feroces... están preparados para lo peor, pero su vigor se ve desviado por el inocente comedimiento de este edificio, que se niega a expresar el poder que reside en su interior. Los grifos no tienen sitio en el siglo XXI, y tampoco las espadas y trompetas de los seres tocados con yelmo que se suceden a lo largo del puente, ni la corona hexagonal y atávica sobre el águila de lengua larguísima, ahorquillada y curva, que hay en el otro puente, al lado de la estación de la Friedrichstrasse. El hierro de este pájaro gigantesco está oxidado. Con los prismáticos llego a distinguir más o menos las alas extendidas a los lados del pecho, que lleva el escudo prusiano (el cual contiene otro pájaro y otra cimera). Debajo están el orbe y el cetro, los símbolos del poder regio. Ridículamente, alguien ha colgado una cadena moderna de bicicleta alrededor de la pata del ave, como si esperase aparcar el imperio en el puente hasta que vengan tiempos mejores.



Puente de Weidendammer, Berlín Mitte

En el barco, la voz sigue parloteando. A la derecha está la estación donde tantas veces tuve que pasar por el control fronterizo, y luego veo las ruinas del Palast der Republik. Ahora que ya no está allí me parece mucho más grande de como lo recuerdo. Las cajas de las escaleras aún están en pie, en este día otoñal, torres de peldaños rodeadas de grúas y excavadoras, la iglesia demolida de una religión olvidada, ridiculizada por la sombra poderosa de la catedral, que está detrás, con su triunfante gorro dorado. Hay algo inefablemente triste en los edificios que todavía no han sido completamente demolidos. Barras de hierro oxidado sobresalen del desnudo cemento de los muros; hay escombros en los escalones por los que nadie volverá a subir jamás. Veo la lejana cuadriga de la Puerta de Brandeburgo entre dos de las imponentes cajas de escaleras. A veces pienso que esta ciudad lo hace adrede, esa mezcla constante del ahora y del entonces, con sus correspondientes estratos del recuerdo, porque, al volverme, veo la torre de televisión de la Alexanderplatz con esa extraña tumefacción de cristal en la parte superior y su absurdo pirulí rojiblanco apuntando al cielo. ¿Qué pensará alguien que en su momento se casara en este edificio ahora derruido? ¿O alguien que gobernara desde él? Dentro de poco, las torres habrán desaparecido y con ellas los recuerdos, succionados primero

por la demolición y enterrados luego bajo esa otra forma de nostalgia que desearía volver a construir la fortaleza de los Hohenzollern de esa era que se ha esfumado para siempre.



Escribí lo anterior en otoño del año pasado, pero 2008 no era 1988. El torrente y empuje de aquellos días habían dejado paso al suave fluir de la democracia, a las páginas en blanco que Hegel quería arrancar del libro de la historia. Por supuesto, aquí se sigue haciendo historia, pero de repente me di cuenta de que soy un forastero, mucho más que entonces. La unificación de Alemania, como la guerra, que pertenece a un remoto pasado, y la ocupación de mi país, formaba parte de mi propia historia. Los dramáticos acontecimientos de 1989, mucho más recientes, también tuvieron un importante impacto emocional sobre todo aquel que los experimentó, al igual que la lucha de los años inmediatamente posteriores y la mutua atracción y repulsión que las dos Alemanias continúan mostrando. Sin embargo, la práctica de la democracia, con sus danzas rituales de apareamiento, la conducta de cortejo de los líderes, las mascaradas del toma y daca, las poses de los programas de entrevistas y los debates parlamentarios, eso era algo que uno podía observar con fascinación, pero siempre desde fuera. Uno tiene su propio país, su propio hogar, en aquellas distantes tierras bajas, su propio gobierno y su propio parlamento, que la gente de aquí conoce poco y entiende todavía menos. Tu interés es el de un extraño. Y en realidad es como un extraño como he mirado a ese coro de diosas del destino que controlan buena parte del debate público en Alemania. Su representante en los noticiarios de televisión es Marietta Slomka, quien, con su comportamiento de Reina de las Nieves, sabe de verdad cómo sulfurar a un ministro. Ojos como carámbanos de hielo, atemorizadamente simétricos, en una cara ultracongelada y encerrada dentro de un casco de pelo rubio. Su dicción es suave pero extremadamente eficaz, y disecciona las contestaciones de los políticos con la precisión de un instrumento quirúrgico. Es un placer verla, en especial cuando pone fin a su conversación y se vuelve hacia su oponente, más masculino, con el aspecto de un jeroglífico egipcio, una sección transversal de una mujer que ahora se compone de una sola dimensión, una sombra chinesca. Las otras tres son las amas de los programas de entrevistas; reúnen a su alrededor a los poderosos de la república con el fin de azuzarlos unos contra otros. Izquierda y derecha, sindicalista y patrono, banquero y ministro: son casi siempre debates de elevada calidad a los cuales también contribuye el *Volke*, en forma de víctimas u otras partes interesadas de palabra fácil y cuidadosamente seleccionadas, que recuerdan a los políticos sus promesas o les plantean sus dilemas cara a cara. Anne Will, Maybrit Illner, Sandra Maischberger: a veces tienen que agitar en el aire la palmeta para mantener el orden en su animada clase de poderosos, todos los cuales aspiran a romper el récord mundial de charla, respaldados por su propia convicción de que tienen razón. Lo que estoy presenciando es el juego de salón de la *polis*, un juego al

que la gente está deseando jugar cuando está prohibido. Este es el lujo de la libertad. La política como entretenimiento.

El filósofo Giorgio Agamben alude en su *Kindheit und Geschichte*, de forma un tanto enigmática, a la pobreza de experiencia, distinguiendo entre *Erfahrung* y *Erlebnis*, las dos palabras que aprehenden diferentes conceptos de ‘experiencia’ en alemán: «El individuo moderno vuelve a casa por la tarde, totalmente agotado por un revoltijo de *Erlebnisse* –divertidas o aburridas, inusitadas o cotidianas, terribles o placenteras– sin que uno solo de esos acontecimientos se convierta en una *Erfahrung*». El programa de entrevistas es una simple extensión de un día así, un drama que asume la forma de una batalla y por consiguiente de un acontecimiento, aun cuando en lo fundamental no lo es. ¿Es eso malo? La banalidad de lo cotidiano de la que habla Heidegger ¿es un desastre o una fórmula con arreglo a la cual vivir? Si la paz es aburrimiento, ¿por qué la anhelamos cuando no la tenemos? ¿Es la verdadera experiencia algo que solamente puede venir de fuera? Yo, aquí, vivo ahora en los escenarios de mi anterior entusiasmo y, junto con la ciudad, me ajusto a la norma, me convierto en un nómada urbano, en un transeúnte, en un consumidor. También en Agamben encuentro una frase relacionada con esta experiencia: «Son como esos personajes de los tebeos de nuestra infancia, que pueden seguir corriendo en el aire hasta que se dan cuenta de ello: cuando son conscientes, cuando lo experimentan, caen sin remedio en el abismo».

En el café de Stuttgarter Platz al que voy por la mañana a tomar café y leer los periódicos observo a mis contemporáneos haciendo lo mismo que yo. Leen las noticias de sitios donde no es posible eludir el destino y la historia: Afganistán, Gaza, Irak, Darfur, Kosovo. No puedo averiguar lo que están pensando. Cuando de nuevo salimos al nublado día otoñal, no pensamos en bombas y atentados. El abismo en el que hemos caído sin remedio no puede leerse en nuestras caras. ¿O hemos descubierto el secreto de que se nos ahorre la banalidad tolerándola? Agamben se refiere a Walter Benjamin cuando asevera que lo que experimentamos son solamente *Erlebnisse*, experiencias en el sentido de breves acontecimientos y sensaciones, y no de sabiduría acumulada. El ejemplo de Benjamin implica la *Armut der Erfahrung*, ‘la pobreza de experiencia’, y se ocupa en concreto de los soldados que regresaron a casa después de la Primera Guerra Mundial: «Una generación que iba a la escuela en tranvía de mulas se hallaba a la intemperie en un paisaje en el que nada había permanecido invariable salvo las nubes y, debajo de ellas, en un campo de fuerza de destructivas corrientes y explosiones, el diminuto y frágil cuerpo humano». Podríamos pensar que de hecho eran experiencias existenciales; conforme leo me siento metido en un juego semántico, ya que el filósofo presenta como prueba el hecho de que esta época es incapaz de idear nuevos proverbios porque han sido reemplazados por eslóganes. Pero ¿cuánto tiempo tarda un proverbio en convertirse en un eslogan?

Apenas he llegado aquí cuando ya tengo que volver; es a causa de una paradoja, ya que adonde me dirijo es al lugar en el que estoy. El Museo Cobra de Ámsterdam ha organizado una exposición de obras de la Leipziger Schule, que me ha invitado a la inauguración. Así pues, viajaré a Ámsterdam para ir a Leipzig. Y por supuesto mi discurso en Ámsterdam empieza con una remembranza:

Fue en tiempos de la RDA. Yo vivía en Berlín e hice, en compañía de dos embajadores holandeses, una breve excursión a Leipzig, en lo que entonces llamábamos Alemania Oriental. Nuestro objetivo era reunirnos con unos cuantos estudiantes de neerlandés. Pero cuando estaba a punto de dirigirme a ellos, la profesora, que se suicidó después del *Wende*, me dijo que no esperase preguntas porque, según dijo, los estudiantes no estaban acostumbrados a preguntar. Veinte años después resulta extraño que se dijera aquello, pero fue exactamente así como ocurrió. A pesar de todo acabamos teniendo luego una charla en una vieja y encantadora taberna. Los estudiantes habían leído mucho, estaban bastante bien informados sobre nuestra literatura y cuando, tras el *Wende*, volví al mismo lugar, el clima ya había cambiado.

¿Por qué cuento esta historia? Para dar una impresión de la atmósfera que existía en la época, una atmósfera que apenas podemos imaginar en la actualidad. Ya ha devenido historia; uno puede leer acerca de aquello pero no puede sentirlo, al igual que ya no puede sentir la sensación de amenaza que le invadía cuando tenía que cruzar la frontera en Checkpoint Charlie o en la estación de Friedrichstrasse, o cuando trataba de imaginar la vida de la gente que vivía allí y que no podía marcharse a menos que diera la casualidad de ser, por ejemplo, escritor o artista y estar en tan buenas relaciones con el régimen que se confiara en su regreso.

Historia, pasado, hace veinte años, la edad de un adulto que nunca ha experimentado ninguna de esas cosas. En realidad me resulta un poco embarazoso estar todavía hablando de ello.

Los que habían enseñado a los pintores y fotógrafos cuyas obras se exponían allí vivían dentro de ese sistema; algunos de ellos incluso estaban ideológicamente ligados a él. Me acuerdo de las grandes escenas de la revuelta de los campesinos realizadas por Werner Tübke, quien, junto con Arno Rink y Bernhard Heisig, era uno de los grandes de aquellos tiempos. Siguen siendo los maestros de muchos otros, más jóvenes, cuyas pinturas se exhiben en estas paredes y que a su vez han pasado a ser los maestros de artistas más jóvenes. Los enormes frescos de Tübke me parecieron extraños y sin embargo impresionantes. No guardaban relación alguna con lo que estaba ocurriendo en nuestro lado del telón, pero desde luego eran grandes, con figuras de tamaño muy superior al natural y una increíble cantidad de cosas que ver, y todo estaba pintado de la manera más categórica. Era un arte creado para servir a una visión de la historia y de este modo, por definición, un arte que se protegía del arte que servía a otra ideología o incluso a ninguna ideología en absoluto.

¿Y qué vemos en esta exposición? Antes que nada, pintores. Lo que tienen en común es su relación con Leipzig. A veces habían compartido los mismos profesores en la famosa institución en la que se formaron o en la que, como el propio Neo Rauch, siguen trabajando como tutores.

Lo que no tienen en común es un estilo. Por tanto no me aventuraré a usar el término *escuela*. La palabra *escuela* se refiere a un origen común; el estilo y el tema de las obras aquí expuestas son tan heterogéneos que parece como si la Leipziger Hochschule hubiera tenido veinte salidas distintas y los alumnos, pintores y fotógrafos, hubieran encontrado cada uno la suya. Esto no me molesta porque significa que hay mucho que mirar. Contemplación contenida, exuberancia y placer expresivo en pintura, fotografía realista al estilo de un documental, junto con fotografía extravagante y muy planificada, como en el caso de Neo Rauch y Matthias Weischer, estilísticamente diferentes, un amor casi desvergonzado por lo absurdo, que se aleja mucho del realismo socialista sin renunciar nunca a las lecciones de la pintura como oficio, al contrario. Es llamativo que las obras varíen considerablemente incluso dentro de la producción de un artista concreto. A primera vista, los *Innenräume* ('espacios interiores') de Weischer, demencialmente abarrotados, con su lógica absurda y sus ideas surrealistas,

parecen tener poco que ver con sus guaches de automóviles, que con su precisión fotográfica más parecen folletos publicitarios.

Los cuadros de Rauch de 1993 podrían ser, por lo que a mí respecta, de un artista muy diferente del autor de *Kommen wir zum Nächsten*, realizada en 2005 por ese mismísimo Rauch. Esta obra es un cuadro de un solo artista, pero en el lienzo parecen plasmarse los sueños de varias personas distintas y, como pasa siempre con los sueños, estas imágenes nos presentan enigmas. ¿Qué está haciendo ese joven, vestido con el clásico atavío del romanticismo alemán, los ojos bajos, la expresión triste, en lo que parece un entorno contemporáneo? Está sentado, anacrónicamente, en una silla de plástico de jardín y, en el lugar en el que deberían encontrarse sus pantalones y sus medias de seda, brota formando remolinos una especie de desagradable chorro negro o mancha de aceite. El joven tiene la mano derecha metida en una gran cartera de documentos de aspecto moderno que se halla a su lado en el suelo, en tanto que apoya la izquierda en unos papeles junto a una gruesa vela apagada, colocada sobre el mantel color tomate, ligeramente lustroso, que podría estar hecho de plástico o de linóleo. Una mujer se inclina hacia delante con ambos puños sobre la mesa y mira al joven, que no ha reparado en ella. Detrás de los dos hay una especie de artesano con un delantal manchado y las muñecas atadas con una cuerda. Otros dos artesanos sostienen grandes vigas de madera y se hallan de pie en una especie de andamio decorado con guirnaldas verdes, al lado de un artefacto que podría ser una guillotina pero probablemente no lo sea. ¿Es eso todo? No, nada de eso. Dos casas con árboles detrás, un cielo azul con unas pocas nubes ligeras y quizás una bandada de pájaros, todo colocado en fila y preparado para servir, pero también hay algo mucho más difícil de describir: unos crasos y relucientes bultos o cuajarones que no tienen ningún nombre y probablemente ninguna función, pero que rezuman la amenaza de lo desconocido con su mera presencia, tan despegados y autónomos entre estas imágenes absurdas pero familiares. Un objeto peculiar, irregular y de color verde mar, en el primer plano a la izquierda, desempeña el mismo papel. Su función no está clara, como tampoco la del aceitoso y bilioso borrón verde de origen ignoto que hay encima de la mesa.

Si he sido aquí demasiado prolijo –y al mismo tiempo estoy lejos de haberlo sido lo suficiente– es porque este cuadro expresa algo del largo camino que estos artistas han recorrido, como hacen varios de los otros cuadros de esta muestra, aunque, una vez más, sus estilos son muy diferentes. Mientras que sus maestros estaban vinculados a una ideología que habría considerado la opacidad como un lujo personal, aquí la doctrina ha cedido el paso al éxtasis, al caos y a la problemática cuestión de la libertad, que cada uno resuelve a su manera. Y de este modo un búnker puede ser fotografiado a una luz antinatural, apocalíptica, como en la fotografía manierista de Erasmus Schröter, que parece tan alejada de Rauch como los sutiles *Netzwerkprobleme* de Henriette Grahnert, o el delicado simbolismo de Christian Brandl, pintado al estilo tradicional. Siendo un forastero, uno solo puede hacer conjeturas sobre las batallas y disputas ideológicas que se han librado en Leipzig en el transcurso de los últimos treinta años; no he podido hacer otra cosa que mencionar el alcance y la variedad del arte que se ha hecho aquí.

Hans-Werner Schmidt, director del Museum der Bildenden Künste de Leipzig, escribe sobre este tema en su introducción 1a un libro que leo sobre la colección Essl. Cierta día, en 2000, recibió una invitación para ver una exposición de un grupo que se autodenominaba LIGA. Explica que fue a ver la muestra sin verdaderas expectativas, solo por salir un rato de casa. Pero a continuación dice que no olvidará aquella tarde así como así.

Con lo que se encontró fue con unos lienzos pintados con una enorme seguridad, con unas obras de un calibre totalmente distinto de lo que se esperaba. Lo que en realidad le impactó fue la diferencia entre este arte y el arte del periodo inmediatamente posterior a la caída del muro. Aún había ecos tardíos de Cobra y Joseph Beuys, pero también, en palabras suyas, recuerdos del «arte del verismo y del expresionismo tardío», sombríos en su tono, oscuros en su paleta. LIGA era ligero, inventado, centrado en la ciudad y en su arquitectura, y en cierto modo había dicho adiós a los profesores de la Hochschule für Grafik und Buchkunst (‘Escuela Superior de Artes Gráficas y del Libro’). Tres años después, Schmidt organizó en su propio museo una nueva exposición, «*Sieben mal malerei* (‘siete veces pintura’)». El resto es historia: aquella tarde acudieron a montones propietarios de galerías del mundo entero, nació el fenómeno de la Leipziger Schule y, para abreviar, porque de lo

contrario me extendería demasiado por esta vez, una nueva escuela necesita un cerebro que colecciona su producción y los nuevos artistas lo encontraron en Karlheinz Essl. Essl procede del mundo de la construcción, pero es también un apasionado coleccionista que trató de interesar a un museo vienés en la colección antes de que los pintores hubiesen alcanzado la fama que ahora disfrutan, o padecen: son posibles tanto el disfrute como el padecimiento. Viena rehusó –no todos ven la luz–, y por lo tanto Essl construyó su propio museo en Klosterneuburg, a diez kilómetros o así de la capital. El Museo Cobra pudo recurrir a esta colección y a los fondos de las galerías de Leipzig para crear esta exposición, ofreciendo así una vislumbre de un mundo no hace tanto tiempo cerrado para nosotros y que ha producido nuevos nombres que pronto serán bien conocidos también aquí, si no lo son ya, nombres como Tim Eitel, Tobias Lehner, el revoltoso *Wunderkind* ('niño prodigio') Sebastian Gögel y el fotógrafo Matthias Hoch, de quien figuran en la muestra dos soberbias fotos arquitectónicas de Ámsterdam, maravilloso contrapunto a las pinturas arquitectónicas de Ulf Puder, asimismo llenas de luz y sin gente. La perfecta colocación de estas obras en los espacios abiertos y luminosos del Museo Cobra consigue unir piezas que en lo esencial quizá no están hechas para estar juntas, y el efecto es el que debe ser: una maravillosa sorpresa de Leipzig.

Octubre de 2008

Correo. Una vigorosa y adornada letra barroca que reconozco. El profesor emérito Franz Rudolf Knubel me ha enviado una especie de catálogo de exposición. El libro, estrecho y alargado, tiene no tanto un título como una nota escrita en letra pequeña, precedida de puntos: «... zur kleinsten Schar/... with a chosen few», seguida de las palabras «In memoriam Mildred HarnackFish». En la cubierta del libro hay un retrato de una mujer de rasgos fuertes que mira al espectador. Su cabello, peinado con esmero y bien pegado a la cabeza, brilla; los ojos alerta, es una mujer que emana seriedad. Dentro del catálogo encuentro poemas, fotografías. Fue publicado por el Gedenkstätte Deutscher Widerstand, el Centro Conmemorativo de la Resistencia Alemana, y cuando empiezo a leer comprendo por qué.

Esta mujer cuyo rostro acabo de ver por primera vez nació en Milwaukee, Wisconsin, en 1902. Estudió literatura en la Universidad de Wisconsin, donde conoció a Arvid Harnack, con quien se casó en el verano de 1926. Después de trasladarse a Alemania con él, dio clases en la Universidad de Berlín hasta que fue despedida de su puesto docente en 1932. Entonces se dedicó a dar clases nocturnas y, junto con varios de sus alumnos, participó en un grupo de debate dirigido por su esposo y centrado en cuestiones sociales y políticas. Hasta 1942 siguió en contacto con la embajada de Estados Unidos, lo cual le permitió conocer los discursos de Roosevelt, las noticias de la Guerra Civil española y también los comentarios sobre las políticas de Hitler, que no eran accesibles en Alemania. Pasó este material a un pequeño grupo de personas críticas con el régimen nazi, apoyando de este modo el movimiento clandestino de su marido. Existe una fotografía del matrimonio en su retiro campestre: una sonriente Mildred con cuello de piel, Arvid con la pipa en la boca, más pensativo, un rayo de sol entre los oscuros pinos. No progresé lo suficiente en la lectura del libro de Agamben para entender con exactitud qué

quiere decir cuando habla de experiencia y ausencia de experiencia, pero me siento atraído por estas dos vidas de una manera que parece contradecir sus palabras: «Nadie reconocería una autoridad cuya única legitimación se fundase en la *Erfahrung*... Esto no significa que las *Erfahrungen* ya no existan en la actualidad. Sin embargo, suceden fuera del ser humano».



De un modo u otro, debo de estar siguiendo una pista falsa. ¿Cuándo una experiencia es algo que se desarrolla dentro de una persona? A finales de 1941, Mildred Harnack obtuvo el doctorado por la Universidad de Wisconsin. El 7 de septiembre fue detenida junto con su marido en Preila, en la Kurische Nehrung, el 'istmo o «la Punta» de Curlandia', un nombre misterioso para un sitio. El Reichskriegsgericht la sentenció a seis años de prisión el 19 de diciembre, pero Hitler no aceptó esa sentencia. Quería un nuevo juicio y lo hubo, como era de esperar: culminó el 16 de enero de 1943 con pena de muerte. Pasó un mes hasta que Mildred Harnack fue decapitada en Berlín-Plötzensee. Durante ese mes estuvo trabajando en su traducción del poema «Vermächtnis ('Testamento')» de Goethe, y continuó haciéndolo hasta las últimas horas antes de su ejecución. Sus palabras postreras fueron: «... und ich habe Deutschland so geliebt»: '... y he amado tanto a Alemania'.

*Kein Wesen kann zu nichts zerfallen!
Das Ew'ge regt sich fort in allen,
Am Sein erhalte dich beglückt!
Das Sein ist ewig; denn Gesetze
Bewahren die lebend'gen Schätze
Aus welchem sich das All geschmückt*⁷⁷.

Y en la traducción de Mildred:

No being can to nothing fall.
The Everlasting lives in all.
Sustain yourself in joy with life.
Life is eternal; there are laws
To keep the leaving treasure's cause
With which the worlds are rife.

¿Cómo pudieron ser esos momentos en los que una mujer americana aguarda en una celda alemana a ser ejecutada y sigue trabajando en su traducción del más clásico de todos los poetas alemanes? La banalidad de la vida cotidiana se halla aquí infinitamente lejos, una abstracción intelectual se evapora cuando se pone frente al peso de la historia y con el destino de la gente que hay dentro de ella. Pero ¿no hay siempre, a lo largo de todos los siglos de la historia, momentos así de intensa experiencia dentro del océano de banalidad en el que transcurre la vida de la mayoría de las personas? Y ¿cómo se relacionan eso y el destino del propio Walter Benjamin con la idea que postula Agamben de la pobreza de experiencia en la era moderna?

En su carta, Franz Rudolf Knubel se refiere no solamente al cómo sino también al dónde, proporcionándome datos del emplazamiento de la prisión: «Plötzensee liegt im Norden Charlottenburgs am Saatwinkler Damm am Hüttigpfad». La fotografía del catálogo muestra la inocencia del ladrillo rojo y la culpabilidad de los barrotes negros. Un edificio berlinés como tantos otros, probablemente no construido para el fin al que sirvió durante la guerra. Encima de las dos ventanas hay unos arcos de ladrillos verticales entre los ladrillos horizontales del muro. Los alrededores son neutros, pero toman el color de lo que se ha hecho allí. Tres mil personas fueron ejecutadas en este lugar. En la sala de ejecuciones, una barra metálica aún conserva ganchos para ahorcar personas; antaño hubo también un patíbulo con una guillotina. Después de estos acontecimientos, la mirada de la posteridad jamás podría volver a ser neutral, al igual que es imposible leer el poema de Goethe ni la traducción de Mildred Harnack sin pensar en cómo y dónde se hizo esta traducción. El homenaje de Knubel a Mildred Harnack, porque eso es lo que es, supuso visitar los lugares relacionados con ella y buscar sus huellas, pero tiene que admitir que raras veces las encuentra. Es, según sus palabras, «ein nicht gelingendes Unterfangen», ‘un empeño que no se logrará’, una causa perdida, como demuestra la pálida inocencia de algunas de las fotografías: direcciones en las que vivió, casas que no prueban nada porque podrían ser la casa de cualquiera, puertas de entrada, aceras, verjas de jardín. Aquí, la banalidad de nuestras vidas se torna visible, pero no las vidas mismas, ya no; eso ocurre únicamente en los lugares en los que sucedió la tragedia, en esa habitación de ladrillo detrás de esos barrotes, donde una mujer que acaba de cumplir los cuarenta años mira a los ojos a sus verdugos. El viejo profesor se llevó unas hojas de papel grandes al lugar de la ejecución y, arrodillándose en el duro suelo, las puso sobre el cemento y las frotó con tiza. La superficie era desigual, irregular, y la imagen obtenida se componía de vetas, listas, marcas granulosas, que forman ahora la cubierta del catálogo. Lo cuenta así:

Un cordón rojo divide la estancia. Por encima de las ventanas, la barra con los ganchos. Debajo de ella, una corona y flores secas en los alféizares de las ventanas. Paso por encima de la barrera y saco mis hojas de 70 x 100 y mi caja de lápices. Me pongo de rodillas y hago con calma el trabajo que tenía planeado como un acto de remembranza, trazando las marcas del desigual suelo de cemento, que tiene tantas cicatrices. En el tercio delantero de la zona separada hay un estrecho desagüe con siete barras de hierro, no mucho más grande que una hoja de A4. Cerca del desagüe estaba la máquina de matar: la guillotina. Todo el proceso es increíblemente plácido: me observo, me escucho, mientras traslado al papel las marcas de la reja de hierro, compruebo el resultado, lo repito en una hoja más pequeña de papel hecho a mano. Veo de inmediato que el segundo intento era superfluo... Cambié de materiales una vez, pero no era necesario. Tal como está, este trabajo solo se puede leer si se llama «Ejercicios Espirituales sobre lo Incomprensible».

La ventaja de la gran ciudad: cuando la gente ya es demasiado para uno, siempre hay animales y plantas que proporcionan una curación instantánea, el bálsamo de

unos seres sin culpa ni historia visibles, cuyo único objetivo es perpetuarse hasta la eternidad. El lobo y la lechuza eran ya lobo y lechuza hace mil años. Si existe la evolución, se produce en el transcurso de decenas de miles de años: una garra un poco más larga, un cambio en el color del plumaje, tres espinas más en una ramita, cosas así. Por la época del *Wende*, yo iba con frecuencia al zoo del Este. Los animales no pertenecían al Partido, ni a la oposición; no se denunciaban unos a otros; lo único que ocurría era que el león y el águila trataban de convencer a los visitantes de su naturaleza infinita, inmutable. Uno podría mirarlos a los ojos durante un minuto o una hora y, como siempre, no ver en ellos ninguna señal de comunicación; el único comunicado se compone de los animales mismos y de la manera en que nos miran sin ninguna forma de encuentro. Puedo pasarme horas allí, sin hacer otra cosa que maravillarme del hecho de que todos tengan ojos: el zorro, el ciervo, la serpiente, el cocodrilo, el elefante, el saltamontes, la foca, el mono, todos nuestros compañeros de viaje con sus uniformes obligatorios, pelaje, pelo, escamas, conchas, plumas, espinas, y todos y cada uno de ellos están provistos de ojos. Si miras esos ojos durante el suficiente tiempo empiezas a pensar que nunca puedes ver más allá de la pupila y la retina, el punto en el que empieza el otro, extraño e inaccesible. Esto me parece un pensamiento tranquilizador. Sigo paseando y dejo atrás las vacas, noto las hojas de otoño cayendo encima de mí, oigo mis pies métricos debajo de mí componiendo una oda a la pantera y a la garza real, siento la gradual curación fluyendo por mi interior. Estoy presto a hacer frente a la humanidad una vez más.

Las plantas dicen poco, por regla general, pero pueden susurrar o crepitar con la velocidad adecuada del viento. Hay un verso muy famoso en mi lengua del poeta-sacerdote flamenco Guido Gezelle (1830-1899), una especie de Olivier Messiaen de la poesía: «Mij spreekt de blomme een tale» ('A mí las flores me hablan'). Allá por el año 1989, paseando por el barrio de Nikolai-Viertel, me topé con el café Zum Nussbaum. La palabra *Nussbaum* ('nogal') en holandés se dice *nooteboom*, como mi apellido, así que es probable que fuese ese nombre lo que me llevara a entrar aquella primera vez. Parecía uno de esos típicos bares antiguos de Ámsterdam, pequeños, de color marrón, con tan solo un par de mesas de madera bien enceradas, un ambiente acogedor.

Era el Este, pero me recordaba a casa: la penumbra, la gente taciturna, el ligero murmullo; fuera, el frío, grandes montículos de nieve en las calles heladas, un viento canalla de Siberia peinaba a contrapelo el río Spree, pero dentro hacía un calor agradable y con el ponche te hacía arder la cara. Antes era un sitio singular, para ir tenías que pasar por todos esos puestos de control junto a la estación de la Friedrichstrasse, aquello tenía algo de aventura, llegabas por un momento a otro planeta, pese a tener la impresión de hallarte en un cuarto de estar ajeno. Llamabas

la atención por ser alguien que venía a ver, con lo que tú mismo te convertías en punto de mira, algo que ahora se ha perdido.

Fuera hace hoy un día otoñal, puede que se ponga a chispear, me he tomado algo, un tipo de cerveza que en Holanda no tenemos, vasos altos de culo estrecho que puedes tardar una hora en beberte: cerveza para meditar.

Quizá fuera por eso por lo que luego no sabía muy bien qué hacer con mi día, ya me lo había leído todo sobre la crisis en el periódico, había visto cómo Angela Merkel velaba por Alemania como una gallina clueca y cómo Gordon Brown todavía no había logrado seducirla para empezar a gastar el dinero a espuestas; Obama, de quien un par de meses después era impensable que no hubiese estado siempre, todavía tenía que salir elegido, pero a nosotros no nos dejaban votar; ataques suicidas en Afganistán y coches bomba acaparando las portadas, el mundo, un panóptico de crueldades indigestas –y quizá por ello, cuando vi pasar el autobús 48 con el cartel «Botanischer Garten», me monté sin pensarlo dos veces y me subí al piso de arriba para dejar que Berlín se deslizara ante mis ojos, toda una serie de barrios que no conocía, tiendas con comida exótica, ráfagas del Tercer Mundo entre grandes casas grises.

Quise conservar algo de ese día. En mi cuaderno de notas, un par de apuntes desalentadores: Hauptstrasse, Dominicusstrasse, Günlük Taze Ve Halâl Et, Rathaus Friedenau, Kaisereiche, UBahn Schreiberplatz, *Losgehen um anzukommen*, Halte Kielerstrasse, Malik. La mitad ya ni sé lo que significa. Parece un código secreto para espías, pero nadie controla mis papeles, nadie me arresta. Escucho los murmullos de conversación del autobús y la voz quejumbrosa de una mujer detrás de mí divulgando su vida amorosa a través de su teléfono móvil, un pasaje de una novela, escrito sin el refinamiento del arte. Soy un hombre envuelto en palabras. La libertad de una persona es el cautiverio de otra y cuando me bajo en la parada del Jardín Botánico, todavía llevo colgando su matrimonio fracasado como una telaraña y, en esas, me adentro en el reino del silencio multicolor a lo largo de las trompetas de ángel y las espiguillas rosas de la hierba del pastizal. Luz del sol cobriza, lluvia amenazante, recojo del suelo una hoja grande, curtida, que quiere contarme algo sobre el otoño, es púrpura como un obispo, con nervios como un sistema de vasos sanguíneos dorados. ¿Por qué la decrepitud de las plantas es bella y la del hombre no, por lo general? El verde comienza a decolorarse por doquier en dirección a la muerte, como paracaidistas suicidas van cayendo lentamente las hojas solitarias, flotando en círculos, como si de camino todavía tuvieran que cumplir alguna misión secreta.

Me maravillo viendo un helecho que aún no ha decidido lo que prefiere ser: un árbol semejante a un helecho o un helecho semejante a un árbol, poeta o novelista. Pronto me encuentro ante las poderosas hojas del *Peltiphyllum peltatum*, que cuelgan contemplativamente sobre un agua negra y brillante. Su silencio es

imponente y sin embargo, si me quedo callado el tiempo suficiente, oigo lo que están diciendo: se reduce a que saben que están allí; es un pensamiento acerca de la presencia aquí y ahora. Veredas, senderos, la ocasional ilusión de la jungla, luego las primeras gotas que me obligan a meterme en los grandes invernaderos donde residen los exiliados del trópico. Si tienen nostalgia de la sabana o de la selva, no la dejan ver. Apunto sus preciosos nombres, que pronto olvidaré, y pienso en lo extraño que resulta que ellos mismos no sepan cómo se llaman, aunque a algunas de estas plantas les van como anillo al dedo sus silvestres nombres. Guirnaldas velludas, hojas de cuero enrolladas para las que se ha inventado una nueva variación sobre el verde, doce dagas curvas en torno a un corazón rojo sangre, cactus de todas las formas del catálogo euclidiano. Qué asombroso puede ser un cactus, aunque solo sea durante un día y una noche, un ser silencioso y meditativo cubierto de todos esos pinchos que envían un único mensaje: Estoy pensando. No molesten. Déjenme en paz.

En la prensa leo que van a cerrar el aeropuerto de BerlínTempelhof. De inmediato me vienen a la mente las imágenes del puente aéreo y de las historias relacionadas con el mismo. En mi novela *Perdido el paraíso* aparece este aeropuerto en una corta escena, y es como ver ante mí la larga pasarela, las filas de neón en las aristas del techo y el planeador colgado del mismo. Hoy es el día de los últimos vuelos, del desmantelamiento inminente: «Wir dürfen uns das nicht gefallen lassen, es gibt hier nichts zu feiern» ('No tenemos por qué tolerarlo, aquí no hay nada que celebrar'), leo en una pancarta que sujeta un hombre con la cara de alguien que sabe que ya ha perdido.



Aeropuerto de Tempelhof, octubre de 2008

Los vuelos que hice saliendo de Tempelhof o llegando al mismo eran siempre con avionetas que, junto con la peculiar construcción de la pasarela que no había visto antes en ningún otro aeropuerto, convertían la experiencia de volar en algo anticuado, como si estuvieras en una película de espías de los años cincuenta. Pero había algo más con ese aeropuerto, algo que tenía que ver con un estrato más profundo de mi pasado. Veo y oigo por la televisión un avión despegando, y el sonido me recuerda al primer día de la Segunda Guerra Mundial.

Aquel 10 de mayo de 1940 me desperté con el ruido de las bombas y de la artillería antiaérea, y de los aviones bajando y subiendo a toda velocidad. El aeropuerto militar de Ypenburg, cerca de nuestra casa en los alrededores de La Haya, fue bombardeado al romper el día. Y no recuerdo si se trataba de Heinkels o Junkers, pero el sonido que oigo ahora es sin lugar a dudas el mismo de entonces, el de antes de los cazas supersónicos. Para mí está asociado con los cielos rojizos de Róterdam en la lejanía, con paracaidistas en lento descenso sobre los pastos verdes. Quiero volver a oír ese ruido una vez más, pero de verdad. Leo algo sobre los

Rosinenbomber (aviones de los aliados utilizados durante el bloqueo soviético que llevaban víveres, carbón y medicinas para los alemanes), un viaje a través del tiempo. Al parecer, se puede volar por última vez en los viejos aeroplanos del puente aéreo, pero eso no me atrae. Yo vengo en busca de un pasado anterior. A la entrada está la cabeza de un águila gigantesca, negra y radiante, el pico inclinado parece una daga afilada, pero una vez que entro en el vestíbulo, todo parece más bien de una normalidad engañosa.

Todavía hay gente haciendo cola delante de los mostradores de facturación, los suelos pulidos, en medio del vestíbulo hay expuesto un motor de avión a modo de monumento o de obra de arte extraviada de Beuys, las bujías con filamentos eléctricos sobresaliendo por doquier, como los pelos de una gorgona. En el mostrador de Air Service Berlin hay unas azafatas con uniformes color capuchino, y en el reloj colgado del gran muro oscuro las manillas azul claro marcan la hora tal como corresponde a las escenas de llegadas y salidas, y es por eso por lo que los relojes de los aeropuertos siempre tienen otro significado que los de una iglesia.

Die Rosinenbomber Zeitreise

Das erste **FLIEGENDE** Show-Event



Bordkarten: **+49 (030) 5321 5321**
und bei allen bekannten Vorverkaufsstellen

Berliner & Wittenberg



BRUNNEN



W. Müller

W. Müller

W. Müller

W. Müller

Air Service Berlin



www.air-service-berlin.de

Doy la vuelta al edificio a través de una galería de extrema austeridad que, en su momento, llegó a resultar tan moderna que las ideologías totalitarias se apropiaron sin más de esas formas sobrias, geométricas que, para mí, estaban inspiradas no solo en Adolf Loos, sino también en la arquitectura cisterciense. Una vez que estoy fuera, me dirijo hacia la Tempelhofer Damm con la esperanza de poder ver y oír, tras la valla, cómo despegaba el avión de mi juventud. Al ir caminando, me doy cuenta de lo grande que era Tempelhof, un enorme espacio abierto en medio de esta gran ciudad.

Al parecer, en alguna parte, hay una entrada por la que puedo acercarme más a las vallas de hierro trenzado. No soy el único, conmigo está todo un grupo de observadores de aviones, pegados a las mallas metálicas, y juntos vemos cómo la máquina prehistórica pasa a nuestro lado y despegaba con ese pequeño salto siempre inesperado, como si por un momento se burlara de la fuerza de la gravedad.

Cuando miro a mi alrededor, me doy cuenta de que ese recuerdo del sonido que oí, hace ahora casi setenta años, no puedo compartirlo con nadie de los que están aquí, aunque solo sea por el hecho de que los que están a mi alrededor son demasiado jóvenes. Quien escucha con el oído del recuerdo oye lo mismo y no oye lo mismo, así podría resumirse. Basta con que un relato histórico sea lo suficientemente antiguo para que acabe disfrazándose. Y entonces adquiere más bien un carácter mítico, de leyenda o de fábula. Alguien, en algún momento, en algún lugar de este u otro mundo, lee acerca de una ciudad que, en una prehistoria cubierta de neblina, en un tiempo inconcebiblemente lejano, fue salvada por los pájaros.

Octubre de 2008

Ein Punkt ist, was keine Teile hat. Een punt is wat geen deel heeft ('un punto es lo que no tiene partes'). ¿Por qué encuentro esta frase más fácil de entender en inglés? *A point is that which has no part*. Tal vez haya aquí alguna interferencia del neerlandés *deel haben aan* ('tomar parte en'). Pero ¿no sería mejor decir que un punto se compone únicamente de sí mismo? Aquí estoy en terreno peligroso, al haberme aventurado a venir a una exposición sobre matemáticas, yo, un estudiante suspendido, perversamente atraído por las trampas y señuelos de su anterior fracaso. Si hay algo que siento es estar perdiendo los misterios de las matemáticas. Yo fui, para seguir con la terminología, un cero a la izquierda, y para esconderme de esa inevitable verdad busco refugio en mi imaginación. Cuando hacía unos exámenes que, a decir verdad, no podían ser tan difíciles, me inventaba

unos teoremas que yo creía perfectamente verosímiles, pero que en realidad no tenían ningún sentido. Llegaba a unos resultados irrefutables, pero eran válidos solamente para mí, dentro de algún inventado sistema matemático en el que todo el mundo estaba borracho o internado en el manicomio. Mis profesores me dejaron por imposible. Lo cierto es que entonces no me importó, pero ahora sí me importa. Entre mi caos y el orden de las matemáticas había una barrera de falta de voluntad por mi parte que los profesores no fueron capaces de atravesar. No pretendo repartir la culpa, pero a veces pienso que si alguien se hubiera tomado la molestia de venir a buscarme dentro del laberinto de mi estupidez adolescente y me hubiera conducido al vasto y luminoso jardín de las cifras, las fórmulas y la lógica, no se habría apoderado de mí el funesto terror que me invade incluso ahora cuando estoy leyendo determinados libros, unos libros que comprendo hasta que el autor, de repente, empieza a soltar fórmulas mágicas que todo el mundo puede leer excepto yo. Esa es una de las razones por las que nunca hice la reválida de bachillerato. Mi pasado, aunque en aquella época era corto, estaba hecho de caos, y me ahuyentó.

Durante años, mi peor pesadilla era que tenía que hacer un examen de mates y suspendía sin remedio. En 1998, cuando la Universidad Católica de Bruselas me concedió un doctorado honoris causa, dije que consideraba aquel día como mi postrer día de escuela y que esperaba que mi pesadilla nunca se repitiera. Y así fue; las ilusiones desaparecieron. Esto es un milagro de autosugestión, pero sigo lamentándolo. Y por eso entro con cierta vacilación en el Deutsches Technikmuseum, el museo de la tecnología, donde hay una exposición titulada *Mathema*. Mi viejo deseo de participar en ese mundo de misterios transparentes del que me aislé yo mismo hace tanto tiempo sigue existiendo, al parecer. Colgado ante la fachada del edificio hay un avión que nunca volverá a volar a ninguna parte; cuando entro en el museo caigo directamente en brazos de una cita de Einstein: «Das, wobei unsere Berechnungen versagen, nennen wir Zufall»⁷⁸. Pronto Einstein exige de nuevo atención: alguien ha escrito en la pared que, a la luz de su teoría especial de la relatividad, debemos imaginar el mundo en cuatro dimensiones, con las tres dimensiones del espacio y la dimensión del tiempo formando un todo indivisible. El principio subyacente es la idea de que no existe un tiempo absoluto, lo cual es una idea agradable. Dalí debió de pensar algo similar cuando fundió sus relojes, y cualquiera que pase mucho tiempo recorriendo el mundo habrá visto a menudo que el tiempo se condensa, corre hacia atrás y actúa como si no existiera, lo que de hecho puede que sea verdad. Esta idea me produce una extraña sensación de libertad: el tiempo como un elemento fluido por el que uno puede nadar, incluso contra corriente si es necesario. Una vez escribí que el tiempo es el sistema que garantiza que no ocurra todo simultáneamente; aunque hay un extraño quiebro tautológico en ese pensamiento, me siento cómodo con él.

En la exposición hay mucho silencio y me paseo tranquilamente por el

prodigioso mundo de la geometría hiperbólica. Siento como si me curvara con este espacio; en algún lugar del mundo hago tic-tac inaudiblemente como un reloj y, cuando no hay nadie mirando, me dejo llevar por la tentación de volar por una ciudad virtual con un par de alas en los hombros. En pocas palabras, me meto en el juego que la exposición ha ideado para mí; me entrego a él. Me entero de que la ornamentación entrelazada de la Alhambra, al igual que los dibujos de un bolso de Gucci, entran en el capítulo de «Motivos con simetría tradicional» y que Gerhard Richter utilizó un generador aleatorio para determinar los colores que iba a tener su nueva ventana de la catedral de Colonia.

Qué distintos son ahora mis días en Berlín de aquellos en los que vi a Modrow corriendo por los pasillos del Palacio de Bellevue y a Krenz en la catedral, a la desesperada y a sabiendas de que era un error, tratando de cambiar las tornas del *Weltgeist* ('espíritu de los tiempos'). Reinan aquí el orden y el sosiego. En lugar del caos y la turbulencia de la historia cotidiana, esto es la teoría pitagórica de la armonía, la sección áurea, el relato de la mariposa que puede causar un huracán con su aleteo. Esto, por supuesto, también es agitación, pero se puede explicar lógicamente, lo cual ayuda. Dijo Kant que las matemáticas son el fundamento de todo conocimiento exacto, pero he leído en alguna parte que a veces es mejor dejarse guiar por la casualidad cuando se trabaja en determinados problemas científicos si uno no puede resolverlos por otros medios. Mi vida no era un problema científico y por lo tanto no precisaba ser resuelta, pero cuando miro hacia atrás veo que dependió de unas series variables de acontecimientos aleatorios, cada uno de los cuales tal vez tuviera una cierta lógica inevitable propia –al fin y al cabo uno nace en el momento y en el lugar en que casualmente se encuentra su madre–, pero que, con todo, depende del hecho de que mi padre viese una vez por casualidad a mi madre y la encontrase atractiva. Y eso hizo de mí un holandés del siglo XX, pero probablemente no tiene nada que ver con que no haya llegado a ser un matemático.

Frankfurt. Anselm Kiefer va a recibir un premio, el Friedenspreis des Deutschen Buchhandels ('Premio de la Paz de los Libreros Alemanes'). La Paulskirche está llena de caras conocidas. Todo el mundo se conoce; el rostro público de Alemania está aquí. Es una iglesia sin iglesia; ahora se alza un púlpito donde antes estuvo el altar. Conozco el lugar: una vez que estuve ahí yo mismo. Para llegar hay que subir unos escalones, y entonces uno se siente raro, como si no tuviese derecho a estar allí. Si eso resulta dramático no era mi intención, pero uno sigue teniendo esa breve y peculiar sensación de soledad; no hay nadie a tu lado. No importa cuántas veces hagas esas cosas, esa sensación nunca desaparece del todo. El leve murmullo de las voces, luego los discursos habituales, los elogios y, finalmente, el propio galardonado. Cuando empieza a hablar, la sala se queda en silencio. Viste de negro, una figura ascética, y puede que sea por la atmósfera eclesial, pero a lo que más se parece es a un monje benedictino.

En la concesión del premio no ha faltado la polémica; la preocupación de Kiefer por el pasado alemán, por sus aspectos teutónicos, no ha sido comprendida por todos, sobre todo al principio. Werner Spies trata de esto en su loa; dice que en el momento tuvo sus dudas, que lo que en realidad era una búsqueda fue percibido como identificación, en una época en la que nadie quería ni oír hablar del pasado. El artista salió en busca de él y lo que trajo, acentuado, enfatizado en su obra, fue visto como nostalgia empática, como un anhelo de la era equivocada. El hombre que está en el púlpito alude también a esa cuestión. Empieza hablando de su propio pasado, de su juventud, y una palabra se destaca. Cuando posteriormente leo el discurso, está impresa aparte, en una línea propia:

Langweile.

'Aburrimiento'. La fuente de tantas cosas. Una infancia sin televisión, sin Internet, sin cine y sin teatro. Vacío, tedio. Entonces, la poesía. Poemas como boyas en un océano de vacío: «Yo pienso en imágenes. Los poemas me ayudan a hacerlo. Son como boyas en el mar. Nado hasta ellas, de una a otra; entre ellas, sin ellas, estoy perdido». Mientras habla, considero lo peculiar de la situación. Imagino lo que habría sido oír a uno de los grandes pintores del pasado pronunciando un discurso: Zurbarán, Delacroix, De Chirico.

Más que los escritores, los pintores siempre han desaparecido detrás de sus imágenes; de pronto esto se convierte en una idea desconcertante. Puedo imaginar una de las pinturas monumentales de Kiefer detrás de él, que está allí de pie,

adoptando la pose de un orador y asemejándose a otros oradores en tales situaciones, unos oradores que no tienen detrás una imagen de plomo y paja, un paisaje color herrumbre de arena y arcilla y pintura seca, azul plomo, verde ceniza, negro carbón, acompañado de palabras que aluden a la historia, y no sé por qué tiene que ser ese cuadro en concreto, pero es una marina lo que veo allí. La delgada figura del púlpito queda empequeñecida por la anchura del cuadro que mi imaginación proyecta a sus espaldas, con espumosas olas de pintura agrietada, grandes trazos de movimiento y, dentro de ellos, siniestras formas de submarinos, anaranjadas y, en el cielo ominoso por encima de ellos, palabras sobre el horizonte, como un fenómeno natural, como si siempre hubiese palabras flotando en el cielo, palabras que solamente el artista ve: *Seeschlachten alle 317 Jahren oder deren Vielfachen* ('batallas navales cada 317 años o sus múltiplos').

Desconcertante: la palabra no es ninguna coincidencia. El hombre de negro que está ahí de pie concuerda con el entorno en el que ahora se encuentra, pero su arte no. El origen de ese arte está en el conocimiento de que bajo esa apariencia de orden que es la civilización reside siempre un caos indomable. Precisamente en este lugar, dentro de la civilizada conformidad del mundo de redactores jefes, ministros y embajadores en este espacio a modo de iglesia, esto es una ironía adicional. En cierta ocasión escribí las siguientes palabras: «¿Cuándo se liberan las pinturas de su pintor? ¿Cuándo se convierte el mismo material en un pensamiento distinto?». El *Guernica* ¿sigue perteneciendo a Picasso? Y si es así, ¿por cuánto tiempo? Cuando contemplo *El carro de heno* del Bosco en el Prado, ¿tiene todavía algo que ver con el pintor que creó ese cuadro, o las miradas posteriores, durante los largos siglos que ese objeto de madera y pintura ha seguido siendo su yo material, lo han transformado en algo totalmente distinto, como en lo esencial sostiene Borges en su famoso relato «Pierre Menard, autor del Quijote», que trata de un hombre que, siglos después, escribe el mismo libro que Cervantes, palabra por palabra, y sin embargo sigue siendo un libro totalmente distinto? ¿Arrebatarán futuros ojos las pinturas de Kiefer a su creador y las harán tan autónomas que el mismo pintor ya no las reconozca? Únicamente el gran arte nos hace reflexionar sobre esas cuestiones. El propio pintor tiene solo su limitada vida, las preocupaciones que lo han alimentado, una fascinación por la historia de su país y los pozos y precipicios que hay dentro de ella. Y su propia manera de afrontar esa historia, que la gente no le ha agradecido porque la *Unfähigkeit zum Treuern*, la 'incapacidad para el duelo', provocó el deseo de encubrir, ocultar, negar ese vergonzoso pasado.

Lo que queda es el cuchicheo en su biblioteca, la poesía de Bachmann y Celan, la idea de que una imagen mitológica puede ser más fuerte que la ciencia, la cual cambia constantemente, y que lo que falta en una obra de arte tiene que buscar una alianza con lo que falta en la historia y en la naturaleza, que también están incompletas. Todo esto ha penetrado inevitablemente en las pinturas de Kiefer, en

sus gigantescos libros de plomo, en su biblioteca sin palabras, escrita por todas las palabras que él ha leído y registrado mientras nadaba de una boya a otra: palabras de poetas, del Sephiroth, los ecos de las leyendas jasídicas, un legado protegido de la desaparición, visible e invisible, el pintor como escriba, que se convirtió en lo que leía y creó lo que era.

Cuando salgo de la sala después del evento, un hombre simpático me ofrece un panfleto, una protesta contra esta ceremonia de entrega del premio. Lo tomo y le doy las gracias. A veces la democracia deja claro que hay cosas que siguen siendo invisibles, incluso para los bienintencionados.

Octubre de 2008

Berlín, una tarde otoñal, un súbito apremio. Quiero volver a Falkplatz a ver qué ha pasado con los árboles que una vez planté, junto con otras personas, hace veinte años. Aún recuerdo la pintura desconchada de los edificios, la expresión de la gente en los balcones; probablemente pensaban que estábamos locos. Intento recordar algo de la atmósfera de aquel día, pero con escaso éxito. La presencia de la Policía Popular creaba una extraña sensación de repentina buena voluntad en todas partes. Éramos unos soñadores, pero no hay nada vergonzoso en ello. Así pues, ¿cómo es ahora este lugar? Hay plantas, arbustos. ¿Los que plantamos nosotros? Algunos de los árboles parecen demasiado altos; debían de estar ya allí. Al fondo hay un centro deportivo que reconozco. En aquella época tuve también una especie de visión, que «dentro de cincuenta o cien años, me gustaría refugiarme bajo las poderosas copas de este bosque en ciernes», y abrigaba la esperanza de que los plantadores no se vieran decepcionados. ¿Se han visto decepcionados? No lo sé. No se ha convertido en un bosque, y tal vez sea yo el único que todavía se acuerda de aquel día. Pero hay unos cuantos árboles pequeños. Puede que sean los mismos, puede que sean otros. Se mecen suavemente empujados por el viento, como hacen los árboles un día de otoño, y no revelan lo que piensan.

Noviembre de 2008. La Freie Universität de Berlín me otorga un doctorado honoris causa en filosofía y artes, y el niño de la guerra de aquel tiempo no puede hacer caso omiso de sus recuerdos porque, junto con todo lo que le sucedió aquí después, han determinado su relación con este país. Me siento honrado, pero vacilo durante largo tiempo en cuanto a qué decir ese día y a si es una buena idea empezar hablando del pasado otra vez, como he hecho recientemente contando lo de Tempelhof, pero sé también que en última instancia yo soy ese pasado y por lo tanto puede ser el punto de partida de mi narración, que comienza de la misma manera brusca que el acontecimiento, el cual ha permanecido siempre inolvidable dentro de mí. Una guerra no termina hasta que la última persona que la vivió ya no está en este mundo. Este es el relato que cuento:

Los primeros alemanes que vi en mi vida vinieron del cielo. Los siguientes vinieron del agua, con el desaliño que es típico de la muerte. Solamente después vinieron por tierra, en largas filas grises. Yo tenía seis años y estaba de pie junto a mi padre, cogido de su mano, al igual que estaba sentado a su lado en el balcón aquella mañana de mayo de 1940 en que los paracaidistas cayeron del cielo. Mi padre, que murió después en aquella guerra durante una incursión aérea inglesa, había instalado un sillón en el balcón para alcanzar con la vista hasta más allá de las praderas que se extendían detrás de nuestra casa. ¿Les cuento esto para poder empezar a hablar de la guerra otra vez? No, se lo cuento porque es una parte inevitable de mi historia, porque las historias tienen que tener un principio y porque mi edad ya no me permitirá olvidar el principio. No sufrí, no tengo la sensación de haber sufrido. Ni siquiera sé si estoy en lo cierto cuando digo que tal vez empecé a escribir aquel día, porque de ser así todo el mundo se habría convertido en escritor aquel día. No, mi única justificación para volver a contar esta historia es que creo que mi vida como escritor ha estado determinada por la idea del recuerdo, por esa forma especial de recuerdo que llamamos pasado o, mejor aún, historia, una historia que para mí no es una abstracción sino una forma de existencia, un relato escrito por el mundo y escrito por cada uno de nosotros al mismo tiempo, lo que a menudo significa que estamos inventando nuestra propia historia en medio de los inevitables acontecimientos que el mundo nos ofrece. Yo no había inventado la guerra; mis recuerdos de ella y mi manera de contarlos, repetirlos, formularlos, inventarlos e incluso falsearlos me pertenecen a mí, un relato que, cuando uno deja atrás una edad y pasa a la siguiente, requiere constantemente palabras nuevas.

La reencarnación no se produce después de la vida sino durante ella, escribí una vez en *Zelfportret van een ander* ('Autorretrato de otro'), en uno de esos momentos de posible clarividencia en los que ya sabemos algo antes de saberlo, uno de los inalienables privilegios de la poesía.

¿Qué clase de persona habría sido yo si no hubiera recordado aquel primer día? Los Stukas y los Heinkels, el ruido increíble que creo que borró de mi memoria todo lo que había precedido a aquel día, privándome de ese material básico que otros escritores, como Proust o Nabokov, utilizaron con tan gran efecto, con el resultado de que no tengo remembranzas de aquellos primeros años a las que recurrir; es como si no hubiera nacido hasta aquel día, aunque era un niño de seis años del todo formado, una imposibilidad y por tanto un milagro, pero no puedo librarme de la sensación asociada a ese milagro. Contemplo asombrado las fotografías que prueban que yo existía con tres años de edad y que realmente hice la primera comunión, pero mi archivo interno se niega a confirmar la verdad,

pues eso es lo que debe de ser. Y es esa sensación lo que me tienta a pensar que tal vez en efecto me haya inventado mi vida, completada con las verdaderas invenciones que forman parte de esa vida y que llamamos novelas y relatos, una doble capa de ficción que se halla inextricablemente unida a la persona real del ciudadano holandés que ahora se encuentra ante ustedes. ¿Quiere ese ciudadano algo de esa guerra? No, yo no fui una víctima ni un perpetrador, era un niño. Pero el hecho histórico de esa guerra quería algo de mí.

Los soldados que cayeron del cielo eran paracaidistas. Los que salieron del agua habían ido a parar al agua, con coche y todo, y los sacaron más tarde: una primera visión de la muerte. Agua goteando de sus largos abrigos de uniforme de cuero gris. El niño de seis años no olvidará aquello, ni el estruendo apocalíptico de los V-2 lanzados hacia Inglaterra desde un emplazamiento cercano a nuestra casa, un temprano precursor del viaje espacial.

La rima es un concepto de poesía, pero tiene para mí, probablemente por analogía, otro significado: unos acontecimientos que reflejan otros acontecimientos, a veces también formas de justicia histórica, confirmaciones de un presentimiento profético, un alivio casi metafísico de ver que la historia no solamente está cambiando de curso sino dando un viraje radical y buscando su opuesto, al tiempo que conserva toda la época intermedia –porque es imposible eliminarla; la historia está hecha de tiempo y de personas– y sin embargo la hace apócrifa. En 1956 estaba en un Budapest en llamas y vi los carros de combate rusos, y en 1989 estaba en Berlín y vi caer el Muro. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de rima: cuando la historia encuentra una relación consigo misma, sin el ínterin de crimen y destrucción, que también es historia, la cual a su vez es destruida. Tres ancianos en Yalta, partiendo Europa en dos con un hechizo malvado y luego el momento en que otro hechizo borra el primero, y las consecuencias que han tenido los dos hechizos para Alemania y para Europa. Eso también es rima. En inglés hay una expresión para esto: *full circle* ('círculo completo, –estar en el punto de partida'). Si uno vive lo suficiente para ver lo que pasa, produce una sensación de satisfacción saber que el mal gana muchas veces pero no siempre. En 1957 fui en autobús de Miami hasta Nueva York. Cruzamos los estados del sur, los blancos delante, los negros detrás, con áreas de descanso y restaurantes separados a lo largo de la ruta. Recuerdo un profundo sentimiento de vergüenza. Mientras escribo estas palabras, parece posible que un hombre que antaño hubiera tenido que sentarse en la parte de atrás del autobús sea el próximo presidente de Estados Unidos, y eso también es rima. La historia, una amalgama de sino y azar, el relato de todo lo que sucede.

La guerra es un caos que después, engañosamente, parece orden. Mi juventud fue un caos en busca de la claridad que, para mí, solamente se podía encontrar en la escritura. Esto es algo que se tarda mucho en descubrir. El caos crea forasteros. Los forasteros tienen que inventarse sus propios mundos para sobrevivir, el caos del yo en medio del ordenado mundo de los otros. Mi intención aquí no es trazar un retrato psicológico, es mostrar cómo ha surgido la obra que ustedes desean honrar hoy. El mundo inventado de mi primera novela y de mis primeras poesías era un mundo inexistente de anhelos románticos, una huida. Nadie lo ha visto más claramente que Rüdiger Safranski. Es una bendición conocer personas que descubran en tu obra algo que tú mismo no viste cuando la estabas escribiendo. Ya lo habías escrito, pero aún no lo sabías. Esta es, para mí, la paradoja de mi escritura. Me ha ocurrido en dos ocasiones, las dos en Alemania. Y esto me lleva a la siguiente rima. Hay una especie de línea que discurre desde ese momento en que aquellos hombres cayeron del cielo hasta el presente. Esta línea está compuesta por amigos, primero los amigos de mi propio país que sufrieron por este país, pero quisieron compartir conmigo su relación con ese pasado y por eso me trajeron aquí, al tiempo que daba comienzo mi fascinación. A ellos se unieron más tarde otros amigos, personas que conocí aquí y que han seguido siendo amigos míos hasta el día de hoy.

Después de la guerra, Alemania no era mi país. Estaba destruida y sombría, como mi propio país. Todo el que quiera conocer cómo estaba Holanda tras la contienda debe leer las dos grandes novelas de mi compatriota Willem Frederik Hermans: *De tranen der acacia's* ('Las lágrimas de las acacias') y *De donkere kamer van Damokles* ('El cuarto oscuro de Damocles'), obras maestras oscuras, magnífica literatura, a millas de distancia de mis comienzos poéticos, que no describían el mundo amargo y real de la sociedad de posguerra sino, por el contrario, la huida de un soñador a un paraíso imaginario donde brillaba la luz del sur, de la realidad visible de mis viajes y de ese otro mundo entretejido con

él, el mundo de la fantasía. Uno no quiere que sus sueños se desvanezcan, pero las discrepancias entre la fantasía y el mundo que lo rodea son demasiado fuertes y rechaza la vía del cinismo, el sarcasmo u otras formas de autoengaño. Su única solución es darse la vuelta y enfrentarse al mundo del caos con su imaginación como única arma. Así pues, se enrola en un barco y zarpa rumbo a los trópicos. Esa otra forma de luz, donde oscurece a la misma hora todos los días, una oscuridad en la que puede atacarnos un caos cruel. Uno intenta escapar del dilema de escribir o no escribir escribiendo un libro en el que un escritor fracasa ante ese mismo dilema. Y como si fuera uno mismo el que se suicida en ese libro, *De ridder is gestorven* ('El caballero ha muerto') deja que la ficción siga siendo ficción y se abre camino incesantemente por la epifanía del mundo.

Lo que ocurra en las capas ocultas de tu ser únicamente se puede expresar ahora en poemas, unos poemas que, como dijo esta semana Anselm Kiefer en su discurso de aceptación del Premio de la Paz, son boyas, boyas a las que él va nadando, desde una hasta otra, porque si no lo hace se pierde, un sentimiento que yo conozco. Poemas, pues. A uno le falta todavía suficiente conocimiento del mundo para los relatos y lo sabe, porque hasta la imaginación requiere un fundamento y aborrece el vacío anémico. Tiene que esperar y no sabe si esa espera es una perezosa mentira o el reconocimiento de un destino. Esta incertidumbre domina su vida durante mucho tiempo. Se la lleva consigo a América y a Austria, entre los musulmanes y entre los budistas, cuando intenta describir las cosas que percibe, hasta que llega el momento en el que puede desprenderse del mundo de las apariencias y escribir acerca de todo lo que ha dejado en uno mismo, y de este modo crear un relato con arreglo a sus propias leyes, una narración que era visible solamente en su imaginación. Después, la gente dirá que ese mundo es «ligero», con intención de reprochar o de halagar, y solo tú sabrás que la ligereza fue arrancada de una fuerza gravitatoria originada en la oscuridad del caos que te ha rodeado desde el principio, el caos dionisiaco que está debajo de la delgada piel de la civilización, esperándonos con un ansia que nunca decae.

Entonces llega de nuevo un momento de rima. El libro que tanto tiempo esperaste es traducido al alemán y publicado por Volk und Welt en Berlín. Junto con dos amigos que estuvieron en Natzweiler y en Buchenwald, viajas a esta ciudad, que sabe más de la historia del siglo XX que ninguna otra y vive en la nítida línea divisoria entre dos sistemas mutuamente hostiles. Tu otro yo, el de la no ficción, va a cubrir una conferencia del SED en la que hablará Jrushchov. Los amigos que te han traído consigo a la tierra de su antiguo sino te llevan al más alemán de todos los restaurantes, en una orgía de nostalgia catártica. Y hablan. Escribes tus primeras notas sobre Berlín, que dedicarás a uno de estos amigos, unas notas que, aunque no te des cuenta de ello, son bocetos para la novela que ya se agita en lo profundo de ti, una novela en la cual ellos tendrán un papel. Un año después estás viviendo en Berlín. Son los años inmediatamente anteriores a 1989. Te ha invitado el DAAD y esto cambia tu vida. Conoces a otras personas que se hacen amigos tuyos: un pintor, un filósofo, un poeta, todos los cuales serán entretejidos en tu red de apariencia y realidad, sin que ni tú ni ellos os deis cuenta. Viajas por su país, lees su historia, estás allí cuando se pasa otra página de bronce al caer un muro con un estrépito que retumba en el mundo entero. Eso fue ayer. Estamos en el punto de partida, o eso parece. En Tübinga conoces a un anciano de cabello blanco que tiempo atrás tuvo que huir de Austria, donde estudiaba filosofía y *Germanistik*, y que aprendía de memoria poesías alemanas en un tractor, en Nueva Zelanda. En la torre de Hölderlin reúne a jóvenes en torno suyo y leen poemas juntos.

Me invita a una de esas legendarias reuniones. Cuando muere, unos años después, escribo el poema que me gustaría leer ahora como conclusión. Se titula «De dichter van het lezen», el 'poeta del leer', un título que su viuda había grabado sobre su lápida en su amado latín: *Poeta legendi*. Su nombre es Paul Hoffmann.

DE DICHTER VAN HET LEZEN

In memoriam Paul Hoffman

*Kwam mij tegemoet
in mijn verduisterde onschuld een lichtspoor,*

*in een toren
van heilige waanzin, deze ene,*

*hoorde wat ik zei
toen ik het niet hoorde, hoorde mijn ander,*

*stemde mij,
met het fijnste oor voor verbulde gezangen, stemde mij toe,
in verbanning had hij,
in een leeg land van anderen woorden herhaald en geslepen*

*tot ze zich werden.
Gewapend kwam hij terug naar hun eerdere schande,*

*hun van leugens
geluidloos geworden, hun bedorven taal*

*die hij opneemt en koestert, geneest met gedichten,
teruggeeft aan zichzelf.*

*Licht groeit uit Zijn ziel sneeuwlaurier om zijn hoofd.
Schitterend ben jij het, de teraar,*

de dichter van het lezen.

EL POETA DEL LEER
para Paul Hoffmann

Me salió al paso,
en mi inocencia oscurecida, un rastro de luz,

en una torre
de sagrada locura, y este

oía lo que yo decía, cuando yo no lo oía, oía a mi otro,

me afinaba,
con el mejor oído para los himnos ocultos, me afirmaba.

Desterrado,
en una tierra vacía y ajena,
había repetido y pulido palabras

hasta hacerlas tuyas. Armado regresó
a la infamia de antes,

al idioma corrompido por las mentiras,
la lengua sin sonidos

que él recoge y mima, sana con poemas,
devuelve a sí misma.

La luz brota de su alma,
níveo laurel en su cabeza. Magnífico eres, el maestro,

el poeta del leer.

Octubre de 2008

Ya casi es hora de que me despida. Sin embargo, una vez más me voy de Berlín y tampoco esta me va a resultar fácil. Vuelvo a revisar el enorme montón de recortes de periódico, leo acerca de todas las cosas sobre las que no he escrito, me fijo en una página de proyectos para el *Schloss* que planean construir en el solar del antiguo Volkspalast. También en la vida real visité el Kronprinzenpalais un frío día de invierno para ver las maquetas basadas en esos proyectos. En días así soplan vientos árticos sobre los extensos espacios abiertos y Berlín nos recuerda que limita con Rusia. Los proyectos estaban expuestos en las paredes, numerosos perdedores junto al ganador. Había muchísimos. Traté de figurarme cómo sería Unter den Linden cuando se hubiera ejecutado el proyecto ganador, pero no pude imaginarlo, acaso porque en realidad no creía en él. Nostalgia en piedra, una anticuada gramática de la construcción, un desgastado intento de dar nueva vida a algo que había desaparecido para siempre: arqueología al revés.

¿Qué significa que una ciudad no desee dar el salto a los tiempos modernos y prefiera evocar un pasado desvanecido, que se enmascara luego con una pequeña pseudomodernidad? Algunos amigos dicen que, de un modo u otro, Berlín será «bello» dentro de cincuenta o cien años, pero he aprendido a desconfiar de esas predicciones, y además no tengo tiempo para esperar tanto. Veo diminutas figuras humanas que pueblan el gran patio del palacio en los proyectos e imagino que soy una de ellas. Estamos en 2089 y el hombrecillo que soy acaba de sacar su cuaderno para anotar algo acerca del gran día que se está celebrando por doquier. Pero no, no estaré allí; serán otras personas las que paseen por ese lugar con talante festivo para

conmemorar que han pasado cien años, aunque no estaban allí para presenciar el primero de esos años, el año en el que todo cambió, en que una ciudad y un país empezaron a curarse de las heridas que los habían desgarrado en dos.

Diciembre de 2008. El *Frankfurter Rundschau* me ha pedido que escriba un artículo navideño para el espacio en el que normalmente va el editorial y, como estoy realizando un viaje de libros por varias ciudades alemanas, decido recoger cosas que encuentro en ese largo viaje y colgarlas en mi árbol de Navidad. El artículo resultante se publicó en Nochebuena con el título de «Dunkle Tage», ‘días oscuros’.

Y de este modo sucedió que, en aquellos días, un autor holandés hizo una gira de lecturas por Alemania. Viajó de este a sur y de oeste a norte, visitando una ciudad distinta cada día y leyendo pasajes de su libro *Roter Regen*⁷⁹ y una vez más se dio cuenta de lo grande que es Alemania, de lo variados que son los paisajes y de lo diferentes que son las personas que viven allí, a quienes los extranjeros llaman alemanes, pero que suelen pensar en sí mismos como residentes en Baviera, Hessen o Brandeburgo, y que por lo general comen los alimentos de su propia parte del mundo.

Yo soy ese autor holandés y mi viaje se desarrolló durante lo que en Holanda llamamos los «días oscuros» antes de Navidad. Todos los periódicos que leí en mis viajes hablaban de la peor crisis desde 1945, como si no hubiera ido precedida de algo mucho peor. Las predicciones eran sombrías y el tiempo que hacía, según se veía por las ventanillas del tren, intentaba igualar la melancolía de la bolsa y el dinero. Y sin embargo, en el mercado de Berlín en el que compro la verdura, todo el mundo me deseaba un feliz primer día de Adviento, un deseo que no es habitual en Holanda, pero que me puso ligeramente eufórico.

Dondequiera que iba había mercados navideños con vino caliente y mucha luz, como si todos quisieran recoger toda la luz posible para los tiempos oscuros que pronto se echarían sobre nosotros, el Armagedón de los últimos días, la catástrofe final que barrería los cinco continentes en un diluvio tempestuoso, sin botes salvavidas.

Quizá fuera porque todo el mundo es muy amable con uno en las giras de lecturas, pero lo cierto es que me resultó imposible ponerme de un humor lúgubre. Una vez vi un vídeo del pintor inglés Francis Bacon. Estaba un poquitín achispado, la entrevista se produjo en un bar gay en Inglaterra y el entrevistador trataba por todos los medios de descubrir el credo vital de este pintor, que es famoso por los temas oscuros, en ocasiones canibalescos, de algunas de sus pinturas. Como admirador de su obra yo también estaba esperando, conteniendo la respiración, las palabras mágicas que nos aliviarían; la verdad es que uno desea saber qué tipo de mentalidad es la que empuja a alguien a producir unas obras tan extremas y brutales, pero también tan fantásticamente pintadas. El momento en el que, tras

mucha insistencia, Bacon respondió por fin a su entrevistador, cada vez más desesperado, fue inolvidable, o al menos lo fue para mí. Teatralmente, echó la cabeza hacia atrás para que la luz le diera en la cara –los pintores saben de esas cosas– y graznó (no se puede decir de otra manera) mirando a la cámara: «¡Yo no creo en nada! Soy un optimista».

Desde entonces, esta paradoja ha sido mi lema, un lema que me es muy útil en esta estación oscura. Niebla fría en Hamburgo, las primeras ráfagas de nieve en Berlín, bosques melancólicos alrededor de Frankfurt, escarcha en los campos de Idar-Oberstein, llovizna sobre el paisaje de color pajizo que bordea el Elba: almacené todas estas imágenes en mi archivo interior, pero al parecer yo estaba decidido a encontrarlo todo espléndido. El Deutsche Bahn se deslizó a través de bosques y montañas; leí mis obras y firmé libros, estuve en solitarias habitaciones de hotel viendo a Steinbrück y a Merkel y a los demás que estaban tejiendo una inmensa red de seguridad para atrapar a toda Alemania. Se lo estaban dificultando mucho un impetuoso juglar francés y un tendero inglés que había dirigido las finanzas de su reino insular durante años y sin embargo no había visto venir la crisis, una crisis que él mismo había contribuido a crear con sus políticas, mientras que un banquero de Baviera, que acababa de escapar por los pelos a la quiebra, pensaba que era el único que tenía mejores planes para evitar la ruina segura del país entero.

Si uno está viajando constantemente no puede llevar consigo su árbol de Navidad. Y por tanto decidí decorar mi propio árbol de Navidad virtual con las imágenes que había recogido en mi gira invernal, imágenes que me habían alegrado aquellos días oscuros. En primer lugar estaba aquel negro alto de Idar-Oberstein, un personaje de cuento de hadas. Estaba lloviendo en Idar-Oberstein. Los escritores en gira de lecturas son comparables a las almas del purgatorio. Están esperando que llegue el resto de la eternidad sin saber exactamente cómo llenar sus días hasta ese feliz momento. Haciendo penitencia, por supuesto, pero lo cierto es que los hoteles provincianos no están equipados para tales propósitos. La lectura del día anterior en Birkenfeld había terminado, el público había estado callado y atento, yo había hablado sin micrófono, nadie había tosido, y ahora era libre para recorrer la calle mayor de aquella ciudad de las piedras preciosas y examinar los ópalos y zafiros exhibidos en los escaparates como si todos aquellos tesoros me pertenecieran. De improviso oí voces hablando fuerte en una lengua que no reconocí; sonaba como un canto. Me acerqué y vi que aquellas voces pertenecían a tres reyes magos negros que habían llegado demasiado pronto a su cita, uno de ellos con una larga túnica del color litúrgico del adviento, la forma superlativa del morado. Proyectaba un fulgor deslumbrante en toda la lluviosa calle.



Puede que acabasen de vender un saco de piedras preciosas traídas de sus ensangrentadas patrias, pero estaban muy animados y sus voces resonaban en el frío viento invernal, y resolví colgarlos en mi árbol de Navidad como un punto de luz.

A la mañana siguiente, todavía en el purgatorio, me dirigí por la orilla del Main, en Frankfurt, al Städel, a ver una exposición sobre el Maestro de Flémalle y Rogier van der Weyden.

Hay algo peculiarmente conmovedor en estas pinturas. Retrocedemos más de cinco siglos y vemos a unas personas que visten los mismos vivos colores que el hombre de Idar-Oberstein y narran una historia que ha tenido al mundo pendiente durante unos dos mil años. Un hombre con alas y rasgos flamencos que probablemente, como todos en Flandes, habla la misma lengua que yo, ha aparecido de pronto en este pequeño aposento y está transmitiendo un mensaje a una mujer que, del susto o de la alegría, se ha quedado sentada en el suelo. La mujer también tiene cara flamenca, llena de radiante belleza. Él se inclina reverente y le comunica su misterioso mensaje: ella será la madre de Dios.

Hemos oído este relato tantas veces que, seamos religiosos o no, la inmensidad de lo que está diciendo ya no nos sorprende. El rumor de esas alas, la repentina presencia física del hombrepájaro en el luminoso y acogedor interior flamenco. No es de sorprender que la mujer, ante la visión de tanto cielo, haya busado la proximidad de la tierra y haya caído al suelo con su vestido de ricos colores y pliegues fantásticamente pintados. Cuelgo el ángel y todos esos otros seres pintorescos y mágicos en mi árbol de Navidad.



Esa tarde, en la Literaturhaus de Frankfurt, hay muchas toses escandalosas – puede que Birkenfeld sea un sitio más sano para vivir–, pero continúo a Gotinga y leo, en un gran ático lleno de caras serias, sobre mis primeros viajes, sobre la isla española en la que vivo en verano y sobre el asno de mis vecinos. A la mañana siguiente voy a ver una exposición sobre el brillante erudito Albrecht von Haller, que antaño estudió en Holanda, en Leiden, y ahondó más en el conocimiento del cuerpo humano que nadie antes de su época. Contemplo las flores que montó en su herbario hace casi trescientos años, unas flores que otrora se abrieron en una época sin automóviles, cuando el mundo aún era silencioso. Doy las gracias al viejo botánico y añado sus flores a mi árbol.

Al final de esa semana concluye mi gira alemana. Leo en Luneburgo, camino por el muelle de noche, junto al agua quieta y misteriosa. Alguien viene a recogerme a la mañana siguiente. Cerca de Gorleben veo unas figuras humanas inmóviles de pie en los campos y al borde de la carretera. Son engañosamente reales, como si alguien hubiese congelado ese instante cuando estaban trabajando en sus campos. Su finalidad es expresar el temor de la población local a los residuos radiactivos que van a almacenar bajo tierra y que ahora se ciernen como una amenaza sobre la vida cotidiana de estas gentes.

Esa misma tarde viajo a la Edad Media. Unos amigos míos viven cerca del castillo de la familia Von Bernstorff; el conde va a disfrazarse de Santa Claus y hablar a los niños del pueblo. Todo se asemeja a un cuadro de Bruegel. Las hogueras chisporrotean y las guirnaldas de luces iluminan la oscura noche. Refulgen velas en las ventanas del sencillo castillo de color rosa. Los niños se adelantan apretujados y el conde les habla primero desde el balcón, con un ángel a cada lado, figuras de luz venidas de otro mundo; no me sorprendería que de pronto echasen a volar sobre los puestos del mercado y la multitud expectante, que tiene que hacerse a un lado para que pase un tractor que trae otro regimiento de seres alados. En ese momento empieza la música: un grupo de muchachos y hombres de más edad con trompetas y trombones. Veo sus caras a la luz de las antorchas, rojas del frío, las mejillas hinchadas para soplar, y a cada rato, cuando toman aliento, nubecillas blancas entre los centelleantes instrumentos; cuelgo también esa imagen en mi árbol de Navidad imaginario, que me echo ahora al hombro para encaminarme entre otros árboles de Navidad a un tenderete donde dos hombres con caras de Rogier van der Weyden sirven un ponche caliente de limón con licor de miel. Mi gira de lecturas ha llegado a su fin y, junto con mi árbol invisible, puedo desaparecer en la alegre multitud que, como yo, ha buscado la luz en esta oscuridad y la ha encontrado.

19 de diciembre de 2008

PARTE IV



Una visita a la canciller

El ritmo del cambio es inconcebible. *Il tempo invecchia in fretta* (El tiempo envejece deprisa), el título del último libro de Antonio Tabucchi, expresa óptimamente lo que está ocurriendo a nuestro alrededor, pero quizá esa velocidad pueda medirse también por el cambio de color de las chaquetas que lleva la *Bundeskanzler* en una cumbre detrás de otra, entre los trajes oscuros de sus compañeros varones. Turbulencia cuidadosamente camuflada es la consigna política, ideada para aplacar la agitación en los mercados, las mentes y los partidos. Si, como yo, usted ha estado guardando recortes de la prensa europea durante el año pasado, puede hacer un intento retrospectivo de ponerse al día con esa velocidad y turbulencia, pero seguramente le producirá vértigo. «Pensando lo impensable», escribe el clarividente Martin Wolf en el *Financial Times*, que predijo la extensión de la presente crisis hace algunos años. «Barroso teme abiertamente el fin del euro», dice *De Volkskrant* del 17 de noviembre de 2011. «Mario Monti presenta un gabinete de profesores». «Choque entre Merkel y Sarkozy por las revisiones del tratado». Y luego otra vez el *Financial Times*: «La gobernanta de acero tiene a Europa en un puño (*in her thrall*)». Según mi diccionario, *thrall* significa ‘servidumbre, esclavitud, cautiverio’, y esta valoración de los poderes de Merkel es cortés en comparación con lo que se oye a veces en Grecia, España o Italia. Estas opiniones no carecen de cierto encanto malicioso y teatral.

La portada de *El País* del 12 de noviembre de 2011 («Italia finaliza la era Berlusconi con revisiones dictadas por la Unión Europea») muestra una fotografía peculiar: tres hombres vestidos de negro, uno de ellos Venizelos, el corpulento ministro de Hacienda griego. Los tres estiran los dedos de la mano derecha para apoyarlos en una mesa entre dos velas; al parecer están haciendo un juramento. Frente a ellos hay otros tres hombres, todos con barba, ataviados de oro y con extraños tocados en la cabeza. En la misma portada hay una información que se podría pensar que no guarda ninguna relación con esto, pero sería un error. Explica que la comunidad autónoma española de La Rioja se niega a tratar a ningún paciente vasco más, ya que las «naciones» autónomas españolas están poco menos que en quiebra e, incapaces de pedir ayuda al Gobierno español, cada región tiene que ponerse primero, aunque los vascos siguen siendo españoles, al igual que los habitantes de La Rioja, y son unos vecinos a los que se puede echar a patadas. La atmósfera se está recrudeciendo, porque la crisis es real y su presencia se puede percibir por todas partes, no solamente en esas pesimistas predicciones sino también en todos los ámbitos de la vida cotidiana, en unos de forma más visible

que en otros. Resulta que el sufrimiento de algunas familias de los niveles más bajos de la sociedad no es menos evidente que la eliminación del francés y el alemán en la Universidad de Leiden o la sentencia de muerte de una biblioteca o un coro de cámara.

Un cosa es segura: esta crisis tiene su propia iconografía, tanto en las fotografías como en las caricaturas: Merkel con casco prusiano y la Cruz de Hierro, bigote hitleriano y otros viles símbolos que Alemania preferiría olvidar; Merkel con un enorme toro europeo sobre los hombros; Merkel al lado de los taimados caballeros de su difícil coalición, para mostrar que está librando no solo una batalla externa sino también otra interna; Merkel con políticos de los otros partidos, de pie alrededor de Gauck, que todavía no era presidente y parece el prisionero de Zenda, un cuerpo extraño, fuera de lugar en medio del grupo; Merkel volando por el aire con Sarkozy; y luego otra vez Merkel sola, de negro, disculpándose con las familias de los ciudadanos turcoalemanes asesinados por neonazis.

Es asombroso lo deprisa que caen en desuso algunos iconos, sellos que ya no sirven para nada: el borrado Berlusconi, el suprimido Zapatero, el disuelto Papandreu, tres reyes que no pueden encontrar el camino de regreso al establo, con todo el encanto de los actores que tenían un papelito y ya no salen en el siguiente acto. Y Merkel aparece de nuevo, casi clavando el dedo en el estómago de Cameron, y Sarkozy, adoptando el vocabulario de la airada derecha en su intento de derrotar a Hollande, y volviéndose cada vez más galo y parecido a un gallo en sus caricaturas, el contratenor de *La Grande Nation*, pavoneándose por un gran escenario vacío en el que sopla una desagradable corriente.

Hace más de veinte años, cuando el euro se hallaba todavía en las tinieblas prenatales y no nos podíamos ni imaginar que fuera a ocurrir todo esto, me despedí de Berlín y de Alemania por un tiempo. El Getty Institute for the Humanities me había invitado a Los Ángeles; me daba un año para escribir mi libro *El día de todas las almas*⁸⁰, una novela sobre personas de Berlín que, como yo, habían presenciado el *Wende*, el enorme cambio que inclinaría dramáticamente el equilibrio tan dolorosamente impuesto a Europa en Yalta. Muy lejos de esos acontecimientos, en la luminosa y lejana California, escribí un libro sobre un crudo invierno berlinés en la nieve, un libro que aún existe en Alemania pero que se hundió como una piedra en Inglaterra. Mi despedida fue nostálgica y no careció de retórica. Había llegado a amar a aquel país, había hecho amigos allí y había seguido de cerca los turbulentos acontecimientos, creando mi propia crónica diaria.

Uno de aquellos últimos días antes de mi partida fui a dar un largo paseo por los sombríos jardines de Sanssouci en Potsdam, en medio del desvaído esplendor de Federico el Grande, que ahora había pasado a ser también la desvaída gloria de la RDA, tenía muchas cosas en que pensar. Los rusos se estaban llevando sus tropas a

casa, Europa se enfrentaba a una realidad nueva y, como yo, gente de muchas capitales distintas estaba probablemente preguntándose qué iba a hacer Alemania cuando estuviera reunificada. Era una pregunta legítima, la consecuencia de tres guerras y millones de víctimas. Sin embargo, otra vez en ese funesto siglo, los europeos se veían obligados a reflexionar sobre la historia y sobre el papel que una Alemania grande había desempeñado en ella y sería capaz de desempeñar ahora. En aquel entonces formulé mis pensamientos como sigue: «Pero ¿conocemos a Alemania? ¿Se conoce Alemania a sí misma? ¿Sabe este país lo que quiere ser cuando sea grande?».

¿Y ahora, veintidós años después? ¿Hay una respuesta satisfactoria a esa pregunta? Sí, dirán algunos griegos, italianos y portugueses. Pero ¿qué piensan los finlandeses, los polacos y los checos?

¿Y saben exactamente los líderes de los partidos populistas de derechas de Finlandia y Holanda qué significará para ellos esta nueva Alemania? ¿Ayudarán a su causa o serán un obstáculo para ella? Y, lo que es más importante, ¿lo saben los propios alemanes? Si hay una palabra que haya circulado últimamente es *Steuerzahler*, ‘contribuyente’, una figura ya mítica que sin duda merece la mayúscula, ese apurado ciudadano que va a tener que pagar la cuenta de todo lo que los políticos se han inventado hasta ahora y todas las ideas que se les ocurran en el futuro. La palabra resuena en los medios de comunicación; nadie conoce a ese Contribuyente, pero todo el mundo le tiene miedo. ¿Entiende realmente lo que significa la unidad europea para Alemania? ¿Es consciente de que, en la medida en que tal cosa sea posible, significa que un pasado perverso puede ahora ser enterrado en una forma de olvido? ¿Que eso también sugiere paz? ¿Y sabe el Contribuyente que si no aprecia plenamente el valor de esos altos ideales europeos puede estar debilitando sus mejores intereses? Para hacer entender este mensaje abundan los escenarios catastróficos. De una cumbre a otra, se aplaza la hora de la verdad. ¿Cuándo será lo bastante alto el cortafuego financiero? ¿Y en qué momento se negará el Contribuyente, con el temor de Versalles y la humillante devaluación guardados en lo hondo de su amarga memoria pero nunca del todo olvidados, a seguir colaborando en la construcción de ese muro? ¿Qué ocurrirá entonces? ¿Es esto simplemente una forma de póquer más elevada y Schäuble y Merkel saben exactamente lo que están haciendo, incluso si Obama y Lagarde tienen sus propias ideas acerca del tema? Los amos de Alemania, cuando imponen su dictado financiero al caótico e indisciplinado sur, ¿continúan volviéndose a mirar para asegurarse de que sus regimientos aún les siguen? En el *Frankfurter Allgemeine* (28 de marzo de 2012) se alude a ese sur como «*die Europeriferie*» (‘la europeriferia’), no hace falta ser filólogo para percibir el desprecio que hay en semejante expresión.

He pasado estos tres últimos meses en lo que los franceses, de manera encantadora, describen como *l'Allemagne profonde*, en una finca aislada entre bosques y praderas al sur de BadenWürttemberg. Durante mi estancia en Alemania he pasado una semana en Múnich y otra en Berlín, y siempre que volvía a ese silencio me sorprendía ver cuántos países diferentes componen Alemania. Diferentes acentos, diferentes ritmos, diferentes caracteres. Desde ese lugar dentro del silencio era más capaz de captar la conmoción lejana. Por un momento parecía como si la tormenta europea hubiese amainado, como si el dinero estuviese durmiendo, como si hubiera llegado la primavera a las bolsas; el gran depredador parecía haber retraído las garras, al menos temporalmente, y tal vez se encontrase, se encontrará, una solución, pero nadie puede estar seguro. En casa, dentro de las fronteras del país, se estaban desarrollando enormes dramas que al menos han entretenido de momento al Contribuyente. Durante un rato, el imprevisible mundo de fuera de Alemania, con su deuda en aumento, en permanente expansión, una deuda que el Contribuyente tendría que liquidar, cesó de existir.

Ese país grande, donde la desigualdad ha crecido constantemente en el transcurso de los últimos diez años, ahora centrado en sí mismo con el propósito de llevar a cabo un grandioso ritual de culpa y expiación y demostrar lo que significa la integridad a esos países corruptos que están al otro lado de sus fronteras. A un presidente que, en sus quinientos días, había pronunciado unas palabras inesperadas pero bien recibidas («el islam forma parte de Alemania») se le hizo desaparecer por unas razones que en otros países, como mucho, serían dañinas para el presidente, pero contra este hombre se lanzó una caza de brujas mediática, que dio la impresión de que una nación entera había estallado en indignación moral. Al parecer, se esperaba un milagro al estilo de la Inmaculada Concepción que el presidente y su joven esposa fueron incapaces de proporcionar. Entrevistas en televisión, columnas, editoriales, todo el arsenal de la santidad y la hipocresía orquestadas de Todos contra Uno se repitió una y otra vez, hasta que finalmente el hombre y su esposa fueron expulsados de su palacio. Apenas unos días antes, junto con su homólogo italiano, un antiguo comunista, se le había permitido pasar revista a la guardia de honor en Roma, donde recientemente habían echado a Berlusconi y por razones infinitamente más poderosas.

Así pues, ¿era inocente? Sabe Dios, pero puede que sus actos no fuesen del todo legítimos. Hubo una investigación judicial que aún no había llegado a una conclusión, pero la sola sospecha fue motivo suficiente para privar a este hombre sin poder de su inservible cargo. Hasta aquí está claro: cuando se trata de los presidentes alemanes, la cuestión no es el poder sino otra cosa, algo que el nuevo presidente tiene que estar seguro de ofrecer. Se trata de predicar la Palabra. Esto es una tarea que un pastor luterano que se mantuvo firme bajo la dictadura

germanooriental debería ser capaz de manejar. No obstante, queda por ver si los mismos políticos estarán igual de satisfechos con la situación dentro de un año.

¿Qué aspecto tiene este Contribuyente que pronto determinará el destino de Europa y desempeñará un papel en las respuestas que se den a las preguntas que formulé en 1991? Es un misterio, pues es invisible. Precisamente ahora está en huelga. El sindicato exige un seis con cinco por ciento y la patronal ofrece el tres con tres por ciento. No hay nada nuevo en esto. Si cobra más, también pagará más impuestos, pero también todo eso forma parte de la normalidad; el gran secreto en tiempo de paz es la normalidad, un estado que anhelamos cuando la paz brilla por su ausencia.

Cuando cayó el Muro y cuando las tropas rusas se retiraron de Alemania Oriental, pocos años después, parecía Historia. Los nombres siempre se escriben con mayúscula en alemán, pero me siento en la necesidad de usarla también en otras lenguas, como para dar más peso a mi segunda pregunta: ¿por qué esas negociaciones salariales no parecen Historia? ¿Significa eso que no lo sean? ¿Es que no son igual de importantes que los acontecimientos históricos «de verdad»?

¿No tendrán influencia en las próximas elecciones, que quizá arrojen como resultado una nueva coalición que determinará el destino de Europa como ahora lo hace Merkel? ¿O quizá no lo hace porque todo, lo realizado y lo no realizado, lleva el sello de la falta de lo efímero, mientras ella baila su complicado dúo con Christine Lagarde? ¿Forma todo esto parte de la partida de póquer, con el subsiguiente colapso financiero de Grecia y el caos ya incluido en el cálculo? ¿O es que simplemente están jugando a ganar tiempo, a dejarse ir flotando en la corriente del tiempo «que envejece deprisa» a la cual se dará más tarde el nombre de historia? En el pasado tuvimos filosofías como el marxismo o el conservadurismo de Edmund Burke, que nos proporcionaban respuestas, pero ahora lo único que tenemos es la política.

«El reacio Goliat de Europa está ocultando su verdadera fuerza», escribió *The Guardian* el sábado 18 de marzo; ese mismo sábado el *Neue Zürcher Zeitung* daba a su artículo de fondo el siguiente titular: «Zahlmeister in Zugzwang», ‘pagador en apuros’. La palabra *Zahlmeister* esconde el mismo verbo que pone tan nervioso al *Steuerzahler*, al Contribuyente: *zahlen*, ‘pagar’, porque es quien tendrá que hacer precisamente eso. ¿Cómo se espera que lo haga uno cuando pertenece al amplio sector de la población que tiene que arreglárselas por debajo del nivel de pobreza, o justo por encima? ¿Y cómo deben reaccionar unas autoridades locales empobrecidas cuando ya no pueden llegar a fin de mes y tampoco pueden acudir al Estado para pedir ayuda, ya que el Estado tiene que reservar su dinero para el cortafuego?

Y sin embargo, según el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 21 de marzo de 2012, el ciudadano alemán sigue siendo devoto de la idea de Europa: el sesenta y uno por ciento de los alemanes creen que los europeos deben continuar juntos, a pesar de todos sus problemas, y el cincuenta y siete por ciento piensan que Europa es «nuestro futuro».

Es poco probable que se encuentren estas cifras entre quienes votan por el PVV, el partido de Geert Wilders en Holanda, ni desde luego en Gran Bretaña, lo cual es probablemente la razón de que muchos europeos piensen que ese país no forma realmente parte de Europa, ya que Gran Bretaña, hasta cierto punto, ha dejado la producción de cosas en manos de los alemanes y está viviendo de la alquimia que transforma la espuma de los mercados en oro. En el último número de *Lettre*, Marcel Hénaff alude a los hechiceros que dedican su vida a esta búsqueda como los «dandis del apocalipsis».

Todo el que haya viajado a lo largo y ancho de los tres países «grandes» de Europa durante los últimos cincuenta años no puede por menos de darse cuenta de que en realidad no se conocen entre sí. Esto, por supuesto, no se aplica a la minoría que viaja, lee periódicos extranjeros y habla distintas lenguas, pero sin duda es un misterio para la mayoría de los británicos cómo «hace tictac» la gente de la zona de Alemania en la que vivo actualmente, y viceversa. Para hacerse una idea de esto no hay más que leer lo que la prensa popular británica tiene que decir de los franceses y los alemanes: antiguos prejuicios, insultos tradicionales deseando que los repitan, ignorancia deliberada o fingida y una fundamental aversión a Europa que se extiende a las más altas esferas, en parte basada en la transparente e imaginaria relación especial con una América que mira cada vez más hacia el Pacífico.

¿Y Francia? Cuando suena en esos discursos electorales la fanfarria de trompetas de *La Grande Nation*, es más que un simple ardid retórico, por debajo de ella está siempre el mismo temor, un temor que prevalece no solamente en Francia. Es el temor a perder soberanía, que de hecho es la causa de la crisis que se está abriendo paso ahora por toda Europa. Cuando realmente importaba, nadie quiso someterse a una potencia extranjera que tenía como objetivo unir el destino fiscal y financiero de Europa bajo un mismo techo. ¿Quiénes serían esos políticos nacionales si entregaran no solo la *apariencia* de su poder sino también el control *real* de las arcas nacionales a una entidad como Bruselas? La respuesta puede verse incluso en un país pequeño como Holanda; la gente tiene desde luego muchas ganas de discutir la cuestión, pero no quiere ni pensar que vaya a suceder. Si yo fuera el líder infinitamente paciente de más de mil quinientos millones de chinos y practicase una política encaminada a crear hegemonía, ¿cómo vería la fragmentación en una Europa que tiene una población extensa y cada vez más envejecida y que, en un futuro previsible, ya no será capaz de sostenerse a sí misma? Mientras Europa se concentra en Europa y cada uno de los países se vuelve hacia dentro y América se

desgasta en guerras lejanas e incontrolables, China recorre la Tierra en busca de materias primas.

Hace dieciocho meses, la canciller Merkel hizo un viaje a China y posteriormente a Rusia y Kazajistán. La vi en televisión con Hu Jintao y luego con Medvédev y el presidente de Kazajistán, enriquecido gracias al petróleo. Al día siguiente de su regreso de este agotador periplo fui invitado junto con otras personas, en su mayoría escritores y agentes literarios alemanes, al Bundeskanzleramt, un edificio que hasta entonces solo había visto como un espejismo en la distancia, con una excepción, cuando el canciller Schröder invitó a una serie de escritores y ensayistas de Europa del Este para preguntarnos por la actitud hacia la reunificación alemana en los distintos países. Sabía que yo pasaba parte del año en España y quería que le contara cómo estaban reaccionando los españoles al repentino cambio del centro de Europa hacia el este. Pero esta vez era Merkel, y lo que me sorprendió fue lo fresca que parecía tras su fatigoso viaje y lo distinta que es la impresión que tienes cuando alguien a quien solo has visto en televisión está de pronto a un metro de ti. Hacía buen tiempo y charlamos en el balcón antes de entrar a comer. Estaba claro desde el principio que nuestra conversación no versaría sobre política. Ella quería hablar de agentes, de precios fijos de libros, de IVA, de libros electrónicos, de derechos en el extranjero; en suma, de todo lo que debería interesar a los escritores... a menos que crean que tienen la oportunidad de echar de cerca una mirada curiosa al centro del poder.

Pero ella ya había hecho los deberes y estaba extremadamente bien informada, una académica, casi una sindicalista literaria, y no paró de hacer preguntas. Yo estaba sentado a su derecha e inquirí tímidamente cómo habían ido las cosas en China, con lo cual quiero decir que empecé preguntándole por los intérpretes y qué pasa cuando los idiomas son intrínsecamente incompatibles, de modo que las conversaciones no pueden ser nunca directas sino que siempre tienen que discurrir a través de uno o más intérpretes. Recuerdo su respuesta, que naturalmente no reveló nada de la esencia de aquellas conversaciones; mencionó un «murmullo» en chino y luego en alemán a sus espaldas, a menudo fuera de la vista, un zumbido de sonidos incomprensibles que de repente se convierten en tu propio idioma y te transmiten una verdad política, o al menos un mensaje. Lo que ha permanecido en mi memoria en relación con Merkel es una especie de sosiego, su persistencia en atenerse al tema literario, una aproximación académica que se centraba en los problemas de otras personas; en pocas palabras, profesionalidad genuina. Pero seguimos teniendo que plantear esta cuestión: esos cambios de política ¿suponen movimientos calculados o simplemente van y vienen según sopla el viento en cada momento político?

¿Y ahora? Una vez más me voy de Alemania. En los veinte años transcurridos desde aquella primera partida han cambiado muchas cosas. Este país, cuya relativa densidad tanto pesa en vecinos cercanos y lejanos, tiene frontera con otros nueve países. Es rico y poderoso, e incluso ahora continúa llevando a cabo su política con una gran cautela provocada por su confuso y cada vez más lejano pasado, pero cuando todo el mundo está intentando adivinar tu próximo paso ¿qué cuidado no pondrás a la hora de ceder el poder que tienes en tus manos?

En la zona de Alemania en la que me encuentro ahora la gente es tranquila y cauta. Baviera, Austria y Suiza están cerca. El gobierno regional está en manos de los Verdes y el tranquilo paisaje es verde y ondulado; está lleno de extensas granjas. Al borde de la carretera hay crucifijos y capillas dedicadas a la Virgen María, mientras que en las pequeñas tabernas de los pueblos hay hombres tranquilos bebiendo calmamente grandes vasos de cerveza. Escucho las conversaciones que mantienen en su dialecto suabo; raras veces aparece en ellas la crisis financiera. ¿Hasta qué punto entiende Gran Bretaña un lugar así? ¿Qué saben Francia, España y las demás naciones europeas de este país, que desempeñará un importante papel en la determinación del destino que van a tener ellos mismos? El problema de Europa es la ignorancia mutua de los países; tampoco ayuda la falta de competencias lingüísticas.

Escribí este texto el 16 de abril. Desde entonces, las cartas se han vuelto a barajar: Sarkozy se dirige al purgatorio del olvido político, el Gobierno griego se ha evaporado, el Gobierno holandés está medio vivo medio muerto, un nuevo juglar francés se ha sumado a la partida y todo el mundo está calculando las apuestas. Los antieuropeos están afilando los cuchillos mientras Europa aguarda a ver si los griegos van a ser capaces de volver a meter el genio en la botella o van a suicidarse en el ágora pública.

Cuando me despedí por primera vez, hace ya tanto tiempo, no sabía lo que iba a pasar, y sigo sin saberlo. A ambos lados del cortafuego prosigue la gran partida de póquer, unas veces a la vista de todos, otras entre bastidores, y el tiempo envejece deprisa y despacio al mismo tiempo, y con él la historia.

16 de abril de 2012

Epílogo

Todo el que escribe un libro en una situación política fluida está escribiendo encima de un témpano de hielo. Cuando el libro va a la imprenta, el escritor está yendo lentamente a la deriva, consciente de que, por doquier, el frenesí de políticos, agencias de calificación, protestas, populistas, programas de austeridad y manipulaciones maquiavélicas marcha a toda velocidad. Cavilando en su témpano de hielo, arrastrado lejos de la realidad por la lenta corriente de la memoria, recuerda un momento en 1993, cuando le pidieron que leyera un texto sobre Europa en la Philharmonie de Múnich, con la orquesta del Concertgebouw bajo la batuta de Riccardo Chailly, que tocaría «Zaratustra» después de su lectura. Eligió la forma de tres pequeñas fábulas. Eran tiempos previos al euro, el embrión estaba ya allí y se llamaba ecu. Al cabo de veinte años, se dirían que tiene un matiz bastante melancólico y, quién sabe, profético.

En la isla española en la que vivo, todos los pueblos tienen en verano una fiesta dedicada a su santo patrono. Los jóvenes y las muchachas, el cura del pueblo y el marqués recorren las calles montados en caballos negros. Llevan bicornios y pantalones blancos, y parecen figuras de otra época. Estas fiestas tienen sin duda su origen en antiguos rituales paganos. Significan el adiós al verano y anuncian la llegada de un invierno que con frecuencia era largo y duro en estas islas. El barco que iba al continente zarpaba solamente una vez a la semana y tardaba lo menos catorce horas en hacer la travesía. La mayoría de los habitantes nunca salía de la isla; en el carácter de la gente y en el desenfreno de sus celebraciones sigue habiendo un poso de aquel aislamiento. Los caballos marchan al ritmo de una melodía estimulante, siempre igual. Los jóvenes del pueblo ejecutan una temeraria danza con los caballos, que se encabritan y andan sobre las patas traseras; los jinetes tienen que eludir a los bailarines humanos cuando los caballos bajan las patas al suelo. Este pandemónium dura tres días hasta que la fiesta concluye con una gran exhibición de fuegos artificiales. Viene gente de todos los demás pueblos, y en el cielo estalla una orgía de centelleo y ruido suficiente para expulsar a los malos espíritus por un año más.

Todos coincidieron en que la exhibición de fuegos artificiales no había sido tan buena esta vez, lo cual juzgaban consecuencia de la crisis económica y del tiempo, considerando la crisis como una especie de fenómeno natural. El tiempo seguía siendo seco, pero había mucho viento y por eso, justo cuando los fuegos artificiales estaban trazando el círculo de estrellas de Europa en el firmamento nocturno, una ráfaga destrozó las doce estrellas esparciéndolas por el cielo, donde, como pasa siempre con los fuegos artificiales, brillaron por poco tiempo hasta sumirse en la oscuridad de la noche, en un gesto retórico de coincidencia climática.

«Así va Europa», oí decir a alguien detrás de mí, y fue como si esa pequeña frase

y aquellas pocas estrellas, que ahora descendían en una lluvia de ceniza, hubieran pretendido decir algo similar, expresar algo acerca de la desilusión, el temor, la amargura, la impotencia, la indiferencia, la aversión que, nos guste o no, han venido a acompañar a la sagrada palabra *Europa*.

¿Adónde se ha ido Europa? ¿Por dónde ha desaparecido? ¿Quién se la ha llevado?

Permítanme contarles tres fábulas. No corresponden a la realidad, eso nunca ocurre con las fábulas, pero expresan mejor lo que quiero decir que las disertaciones políticas ex cátedra, que por lo demás no son de mi estilo ni de mi competencia.

En un gran club elegante pero algo deteriorado, como los que se ven en Londres, estaban reunidas las monedas europeas. Cada día, en una sala vecina, se les tomaba la temperatura, que luego se anuncia fuera, en un cartel, a la atención de los mercados bursátiles, los bancos y los especuladores. No les extrañará si les digo que, a pesar de su nombre, todas ellas eran hombres. No sé si alguna vez se han figurado físicamente el marco o el florín, pero comparados con el dracma y el escudo, sin hablar del dinar, del leu y el zloty, exhibían una salud floreciente, por no decir provocadora. «Menudos chulos, esos dos», dijo la libra esterlina al franco francés, quien desde hace ya un tiempo intenta llamar la atención del marco. El franco no respondió y se levantó al ver llegar al rublo. «Siempre he dicho que esto no llevaría a ninguna parte», masculló la libra. Pero el florín, que la había oído, dijo: «¡Pues te has esforzado lo tuyo, para ponernos en este trance!». La peseta también estaba descontenta. «Primero nos dicen que podemos participar», se quejó a la libra, «y luego, de repente, ya no estamos a la altura. Una hace lo que puede durante años, se cree lo que le dicen y luego van y te salen con que no has ahorrado lo suficiente, que no ganas bastante y que, quizá, si te portas bien, podrás volver dentro de unos años...». «El más influyente debe tener más peso en la balanza», comentó la lira con aire ausente mientras se esfuerza en mantener a distancia el lek albanés y, al mismo tiempo, en imaginar algo inteligente que decir al marco. En ese momento, la puerta se abrió bruscamente, y un joven con chándal entró al trote. «¡Dios mío, lo que faltaba!», suspiró la libra dirigiéndose al franco suizo. «¡Y pensar que vamos a tener que encanallarnos con este intruso, este advenedizo!»

El ecu, pues de él se trataba, pareció no haber oído el comentario, ya que dio una estrepitosa palmada al hombro de la esterlina, lanzando un «¿Qué tal, hombre? ¿Mejor? ¿Y la señora Thatcher?», y siguió directamente hacia el marco y el florín, que parecían esperárselo más o menos. «¿Puedo hablaros en privado?», preguntó. «Acabo de ver al dólar y al yen en McDonald's y me han dicho...» El resto, no lo pudo oír la asamblea ya que, en ese momento, el florín, reuniendo todo su valor, se

acercó al ecu. «¿Me puede dedicar unos instantes?», inquirió. El ecu miró al marco, consultó su reloj y dijo: «Lo siento, amigo mío, de momento no. Deje un mensaje a mi secretaria».

Aproximadamente en el mismo instante, pero en el arsenal de Viena, donde se encuentra el museo del ejército, las viejas batallas europeas celebraban su reunión anual. Todo el mundo estaba allí, desde la batalla de las Termópilas hasta la de Lepanto, el sitio de Leyde y la batalla del Somme, Estalingrado y la ofensiva de las Ardenas. La atmósfera era cordial. Los señores (los campos de batalla también pertenecen al sexo masculino) estaban sentados, inclinados sobre un mapa de la ex Yugoslavia, y parecían muy atareados con banderines de distintos colores. «Ya te lo dije», dijo Monte Casino a Austerlitz, «Europa sigue siendo Europa y, si deja actuar a esta gente, lo seguirá siendo por mucho tiempo». «Lo que es una locura», dijo Waterloo a Arnhem, «es que sea otra vez Sarajevo. ¿Tú te lo esperabas? Mira el mapa que están planeando, ¡Balfour y Palestina no son nada, comparados con esto!». «¡Esto es cosa de los ingleses!», dijo Trafalgar, muy ufano. «No hay que minimizar la parte alemana», dijo Verdún. «Si no hubieran reconocido tan rápidamente Croacia, no se habría armado nunca este estropicio». «Ya se veían allí», dijo Troya a Hastings. «Siempre se comete el mismo error: no se tiene en cuenta el factor humano.» «Exactamente», dijeron Poitiers y Sagunto. «Lo que hace falta es una consciencia histórica, el que desee vivir sin memoria siempre acabará entre nosotros. ¿A alguien le apetece un oporto?»

Hace unos cincuenta años, vivía en Francia un joven compositor. Una noche, soñó que le pedían que escribiera el himno de la nueva Europa. La felicidad que sintió entonces no existe sino en los sueños, como no podemos volar más que en sueños... Y volaba, planeaba sobre las blancas extensiones de nieve de Finlandia, las altas cimas de los Tatras, a lo largo de los fiordos de Noruega y por encima de las planicies de Holanda. Vio la dulce Umbría y la laguna de Venecia, se cernió sobre el foro romano, sobre la Acrópolis, pasó por los muros rojos del Kremlin, siguió las riberas del Tajo por España y Portugal, y durante todo ese trayecto estuvo oyendo la melodía de su himno, que iba cantando sin letra. Y, con esa lucidez que se tiene en los sueños, sabía que en su himno todas las oposiciones se conciliarían y que, al mismo tiempo, nada de la grandeza ni de la amargura del pasado quedaría borrado de la melodía, que abarcaría los descubrimientos y las batallas, las palabras de Sócrates y los poemas de Ovidio, los escritos de Rousseau y los cantos de Mahler, el pintor de La ronda nocturna y el organista de Leipzig, la biblioteca de Erasmo y el recuerdo de Goethe, las abadías y las catedrales estarían presentes en ella, y también los martillazos de Wittenberg, la sinagoga de Ámsterdam y el peregrinaje a Santiago de Compostela, el fuego de la hoguera de los herejes y los gritos del dictador, el susurro de Romeo y la conversación con Sancho Panza, los salmos de Cluny y la guitarra de Sevilla, el infierno y el cielo de un pasado que

aparecería sin fin teniendo como fondo sonoro el murmullo de los millones de conversaciones que un día tuvieron lugar en esta parte del mundo, las entonaciones de lenguas venidas de los cuatro puntos cardinales, las palabras diseminadas, olvidadas para siempre y memorizadas para siempre, los lamentos de los campos de concentración, las aclamaciones de la liberación, el restallido del látigo de la sentencia, el canto del vagabundo solitario en la carretera campestre. Y, mientras oía todos esos sonidos por separado, cantó en sueños el himno que los reuniría, escribió las notas para los instrumentos, que serían treinta y uno, uno por cada país de su región del mundo, ya que no le gustaba la dodecafonía en política. Llegó el día en que su himno debía ser tocado por primera vez. La sala de su sueño se parecía quizá a esta, y la orquesta, a la de aquí. Lentamente y en medio de un gran silencio, se dirigió hacia su atril, miró a los músicos y alzó su batuta. Dio la señal del primer compás, pero por lo que oyó entonces, debió de pegar un grito espantoso en su sueño, ya que una lamentable cacofonía se elevó para dar paso, al cabo de unos cuantos compases, a un silencio estupefacto... Y, con la lógica implacable de los sueños, supo lo que se había producido: cada uno de los músicos, en lugar de tocar la nueva melodía, había acometido los primeros compases de su antiguo himno nacional: el *Deutschland über alles* con *La Marsellesa*, el *God save the Queen* con *La Brabançonne*, y eso multiplicado por treinta y uno.

Lo repito, las fábulas son sencillas, no expresan la verdad, sino un sentimiento. ¿Dónde está la Europa con la que hemos soñado durante tantos años? ¿Dónde ha desaparecido? ¿Quién se la ha llevado? ¿Los serbios? ¿Los especuladores? ¿Los decidores de no daneses? ¿Los agricultores franceses? ¿Los obreros de las acerías polacas? ¿Los pescadores españoles? ¿Los políticos impotentes con sus palabras vacías? ¿Los muertos de Sarajevo? ¿Las minorías? ¿Los neofascistas? ¿Los parados de Alemania del Este? ¿La Bundesbank? ¿Los euroescépticos ingleses? ¿Dónde está? ¿En Bruselas o en Londres? ¿En Atenas o en Kosovo? ¿O quizá, a pesar de todo, en Maastricht? Si sigue en vida en alguna parte, nos gustaría recuperarla, no la Europa del Mercado y de los muros, sino la Europa de los países de Europa, de todos los países europeos. Un día, un erudito alemán, Helmuth Plessner, escribió un libro titulado *Die Verspätete Nation* (*La nación retrasada*). Fue en los años treinta, y nadie lo escuchó. Deberían devolvernos nuestra Europa antes de que realmente sea demasiado tarde.

Glosario

Incluye datos biográficos y otras notas explicativas

ADENAUER, KONRAD (1876-1967). Primer canciller de la República Federal de Alemania, o Alemania Occidental. Adenauer tenía excelentes credenciales democráticas, pues había sido alcalde de Colonia de 1917 a 1933, año en que los nazis lo destituyeron del cargo. Presidente de la Unión Demócrata Cristiana de centro derecha (CDU), fue canciller durante catorce años, hasta la edad de ochenta y siete.

ADORNO, THEODOR (1903-1969). Una de las grandes figuras de la Escuela de Frankfurt de teoría crítica, que incluye también a Walter Benjamin.

BAADER, ANDREAS (1943-1977). Miembro de la Fracción del Ejército Rojo (habitualmente conocida como banda Baader-Meinhof), una organización militante de izquierda activa principalmente en los años setenta en Alemania Occidental y responsable de una serie de atentados y asesinatos de gran repercusión. Baader fue detenido en 1972 y murió en su celda cinco años después, la versión oficial fue que se había pegado un tiro.

BAHR, EGON (1922). Político alemán del SPD y, junto con el canciller Willy Brandt, uno de los arquitectos de la *Ostpolitik*, la política que aspiraba a normalizar las relaciones entre la República Federal y los Estados del bloque del Este, en especial la Unión Soviética y Alemania Oriental.

BARSCHEL, UWE (1944-1987). Político alemán de la CDU y ministro presidente del *Land* de Schleswig-Holstein; dimitió a raíz de un escándalo político interno. Pocas semanas después fue hallado muerto en la bañera, en Ginebra. Las posteriores investigaciones no pudieron probar ni refutar el suicidio.

BENN, GOTTFRIED (1886-1956). Poeta alemán que apoyó inicialmente el nacionalsocialismo pero abandonó pronto esas simpatías.

BISMARCK, OTTO VON (1815-1898). Hombre de Estado prusiano y primer canciller

- del Imperio alemán, recordado principalmente por su contribución a la unificación alemana en 1870-1871, tras la victoria en la Guerra Francoprusiana.
- BÖHME, IBRAHIM (1944-1999). Cofundador y presidente del Partido Socialdemócrata de Alemania Oriental en octubre de 1989. Böhme dimitió de su cargo pasados solo unos meses, cuando surgieron acusaciones relativas a su papel como informador de la Stasi en el pasado.
- BRANT, WILLY (1913-1992). Político germanooccidental del SPD, alcalde de Berlín y canciller de 1969 a 1974. Trató de mejorar las relaciones con Alemania Oriental y otros Estados del bloque del Este (*Ostpolitik*). En 1972, sus esfuerzos tuvieron como resultado el Tratado Básico, por el cual las dos Alemanias se reconocieron mutuamente por primera vez como Estados soberanos.
- BRAUN, VOLKER (1939). Escritor que defendió una «tercera vía» independiente para su Alemania del Este natal tras la caída del Muro.
- BRUGSMA, WILLEN LEONARD (1922-1997). Periodista holandés y autor de *Europa, Europa*; miembro de la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial y superviviente de los campos de concentración. Posteriormente se convirtió en corresponsal de guerra e informó desde el Congo y Argelia.
- DE BRUYN, GÜNTER (1926). Escritor que rechazó el premio de literatura de Alemania Oriental en 1989, criticando al gobierno de la RDA por su «rigidez, intolerancia y negativa al debate político».
- CLAUS, UGO (1929-2008). Destacado poeta y novelista flamenco que es además autor de más de cuarenta comedias, director de cine, artista y traductor de buena parte de las obras de Shakespeare al neerlandés. Sus novelas más conocidas son *De verwondering* ('El asombro') y *Het verdriet van België* ('La tristeza de Bélgica').
- CLAUSEWITZ, CARL VON (1780-1831). General y destacado teórico militar prusiano.
- EBERT, FRIEDRICH (1871-1925). Político del SPD, uno de los fundadores de la República de Weimar y primer presidente de Alemania.
- ERHARD, LUDWIG (1897-1977). Político germanooccidental de la CDU, ministro de Economía (1949-1963) con Konrad Adenauer y canciller de 1963 a 1966. Se le atribuye un importante papel en la recuperación económica de Alemania

Occidental después de la guerra, el denominado como «milagro económico alemán».

FICHTE, JOHANN GOTTLIEB (1762-1814). Filósofo y, junto con Hegel (véase más abajo), una de las figuras principales del idealismo alemán.

DE GAULLE, CHARLES (1890-1970). Su buena relación con Konrad Adenauer ayudó a desarrollar una aproximación entre Francia y Alemania (Occidental) que culminó en el Tratado del Elíseo entre los dos países en 1963.

GENSCHER, HANS-DIETRICH (1927). Político germanooccidental del FDP (liberal), ministro de Exteriores y vicescanciller de 1974 a 1992; se le recuerda sobre todo por sus esfuerzos por poner fin a la Guerra Fría y producir la reunificación de las dos Alemanias.

GLOBKE, HANS (1898-1973). Consejero de seguridad nacional del canciller Adenauer; fue siempre un personaje polémico por su actividad nazi antes de la Segunda Guerra Mundial.

GOMBROWICZ, WITOLD (1904-1969). Uno de los escritores polacos más importantes del siglo XX.

GORBACHOV, MIJAÍL (1931). Hombre de Estado soviético cuyas políticas reformistas fueron fundamentales en la final disolución del comunismo en Europa central y oriental. Cuando el régimen de Alemania Oriental no logró poner freno al impulso revolucionario de los ciudadanos en octubre de 1989, Gorbachov rechazó toda intervención soviética, insistiendo después en que la reunificación era un asunto entre la dos Alemanias. Mantenía una relación tensa con el líder germanooriental, Erich Honecker (véase más abajo), a quien consideraba inflexible.

GROTEWOHL, OTTO (1894-1964). Primer ministro de Alemania Oriental desde 1946 hasta su muerte; desarrolló actividades políticas en el SPD en la época de entreguerras.

GUILLERMO I (1797-1888). Rey de Prusia; contribuyó a la unificación de Alemania junto con su canciller, Otto von Bismarck. Fue emperador de Alemania entre 1871 y 1888.

GUILLERMO II (1859-1941). Nieto de la reina Victoria y emperador de Alemania (1888-1918); fue obligado a abdicar al término de la Primera Guerra Mundial.

GYSI, GREGOR (1948). Abogado y político alemán que desempeñó un destacado

papel en el final del régimen comunista en Alemania Oriental, supervisando la transición del SED al PDS. En la actualidad es una figura clave del partido de izquierda Die Linke.

HABERMAS, JÜNGER (1929). Filósofo y teórico crítico de fama mundial y un importante voz de la izquierda en Alemania.

HAMANN, JOHANN GEORG (1730-1788). Escritor y filósofo alemán, representante del movimiento *Sturm und Drang*.

HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH (1770-1831). Uno de los grandes filósofos y el principal representante del idealismo alemán.

HEIDEGGER, MARTIN (1889-1976). Filósofo alemán cuyo principal interés era la ontología, o estudio de la existencia, pero que hizo importantes aportaciones a diversos campos de la filosofía. Es una figura controvertida por sus tempranas simpatías con el nazismo.

HEIN, CHRISTOPH (1944). Escritor y traductor alemán que fue asimismo un destacado comentarista de los acontecimientos de 1989 y el posterior proceso de reunificación.

HERDER, JOHANN GOTTFRIED (1744-1803). Escritor y filósofo alemán, uno de los pensadores clave de la Ilustración.

HERMANS, WILLEM FREDERICK (1921-1995). Escritor holandés, autor de *De donkere kamer van Damokles* ('El cuarto oscuro de Damocles') y *Nooit meer slapen* ('No dormir nunca más').

HEYM, STEFAN (1913-2001). Escritor judío alemán que abandonó la Alemania nazi en 1933 y en 1953 regresó a la RDA, donde entró en conflicto con las autoridades en una serie de ocasiones.

HILDESHEIMER, WOLFGANG (1916-1991). Escritor alemán conocido principalmente por sus obras dramáticas.

HIRSCH, RALF (1960). Defensor de los derechos civiles en la RDA; fue detenido y expulsado de Alemania Oriental en 1988.

HONECKER, ERICH (1912-1994). Primer ministro de Alemania Oriental entre 1976 y 1989, año en que fue destituido de su cargo por su partido, el SED. Bajo su dominio mejoraron las condiciones de vida de los ciudadanos germanoorientales, pero hubo ninguna tolerancia con la disidencia política: unas 125 personas fueron abatidas durante aquellos años cuando intentaban huir a Occidente.

Honecker rechazó el reformismo de Gorbachov, pero a causa de su rígida visión política no pudo hacer nada ante el creciente movimiento de protesta en su país. Gravemente enfermo, se libró de ser procesado por abusos de poder y se le permitió emigrar a Chile, donde murió.

HOORNIK, EDDY (1910-1970). Poeta y periodista holandés, superviviente de los campos de concentración.

JANKA, WALTER (1914-1994). Editor germanooriental condenado a cinco años de prisión por su supuesta implicación en un conspiración contrarrevolucionaria. Ante las protestas internacionales fue liberado después de tres años y medio y posteriormente rehabilitado.

JARUZELSKI, WOJCIECH (1923-2014). General polaco y último dirigente comunista de Polonia.

JRUSHCHOV, NIKITA (1894-1971). De resultados de la lucha por el poder en la Unión Soviética que siguió a la muerte de Stalin en 1953, Jrushchov se convirtió en el líder del partido. Le costó pocos años consolidar su posición y permaneció en el poder hasta 1964. Aunque había participado en las purgas de Stalin de los años treinta, denunció al antiguo dirigente e introdujo una política reformista de «desestalinización». Tuvo éxito en sus intentos de llegar a un acuerdo con los Aliados occidentales sobre el estatus de Berlín.

JÜNGER, ERNST (1895-1998). Escritor alemán conocido sobre todo quizá por su obra *Tempestades de acero*, que documenta su experiencia de la Primera Guerra Mundial.

KIEFER, ANSELM (1945). Pintor y escultor; uno de los artistas alemanes de mayor éxito y renombre desde la Segunda Guerra Mundial.

KIRSCH, SARAH (1935-2013). Escritora alemana que se trasladó de la Alemania Oriental a la Occidental en 1977 tras ser expulsada del SED por protestar contra la expatriación de un colega.

KOHL, HELMUT (1930). Político renano de la CDU; fue canciller de Alemania Occidental y luego de la Alemania unida entre 1982 y 1998. En noviembre de 1989 presentó un plan de diez puntos para la reunificación alemana que contemplaba una fusión política gradual de los dos Estados. Al final el proceso de reunificación se desarrolló más deprisa de lo esperado. Kohl fue asimismo un elemento clave en la creación de la Unión Europea.

- KÖNIGSDORF, HELGA (1938-2014). Escritora y matemática que empezó su carrera en la antigua RDA; documentó el fin del Estado germanooriental en su libro *Adieu RDA*.
- KRENZ, EGON (1937). El último dirigente comunista de Alemania Oriental; reemplazó a Erich Honecker, con el que fue viceprimer ministro desde 1984. Permaneció en el cargo menos de tres meses y luego pasó casi cuatro años en la cárcel por el homicidio de cuatro alemanes del Este que habían intentado escapar saltando el muro.
- KUNERT, GÜNTER (1929). Escritor que, como Sarah Kirsch, abandonó Alemania Oriental a la Occidental en 1979 tras protestar contra la expatriación de Wolf Bierman, con la consecuencia de su expulsión del SED.
- LAFONTAINE, OSKAR (1943). Político del SPD y ministro de Hacienda (1998-1999).
- LEOPOLD, JAN HENDRIK (1865-1925). Poeta holandés y estudioso de las lenguas clásicas.
- LIEBKNECHT, KARL (1871-1919). Revolucionario y cofundador del Partido Comunista de Alemania (KPD). Fue asesinado por miembros de los derechistas *Freikorps* tras el levantamiento espartaquista de enero de 1919.
- LUXEMBURGO, ROSA (1870-1919). Cofundadora del Partido Comunista de Alemania con Karl Liebknecht. Como él, fue asesinada tras el levantamiento espartaquista.
- MANN, GOLO (1909-1994). Escritor e historiador alemán, hijo del novelista Thomas Mann. Partidario del acercamiento de Willy Brandt a Alemania Oriental, tuvo sin embargo una actitud ambigua hacia la reunificación alemana.
- MANN, KLAUS (1906-1949). Escritor alemán, hijo del novelista Thomas Mann. Abandonó Alemania cuando Hitler subió al poder y pasó a ser un vehemente crítico del régimen nazi.
- MARON, MONIKA (1941). Escritora que se trasladó a Alemania Oriental con su padrastro, un político, en 1951.
- MEINHOF, ULRIKE (1934-1976). Junto con Andreas Baader (véase más arriba) miembro destacado de la Fracción del Ejército Rojo (RAF); detenida en 1971 por diversas acusaciones, entre ellas la de asesinato, fue encontrada ahorcada en su celda en 1976.
- MIELKE, ERICH (1907-2000). Político germanooriental y jefe de la Stasi entre 1957 y

1989. Tras la reunificación fue juzgado por el asesinato en 1931 de dos policías en Berlín. Pasó menos de dos años en la cárcel.
- MITTAG, GÜNTHER (1926-1994). Político germanooriental y miembro del Politburó, fue una figura clave en la dirección de la economía planificada de la RDA.
- MDROW, HANS (1928). Líder de facto de Alemania Oriental tras el breve periodo de Egon Krenz en 1989; permaneció en el poder hasta las elecciones de marzo de 1990.
- MOLOTOV, VYACHESLAV (1890-1986). Político y diplomático soviético; firmó el pacto de no agresión con la Alemania nazi en 1939, conocido también como pacto Molotov-Ribbentrop.
- MOLTKE, HELMUTH VON (1800-1891). Jefe de estado mayor del ejército prusiano durante más de treinta años; planeó las campañas y condujo a las tropas en las guerras contra Austria (1866) y Francia (1870), obteniendo unas victorias que prepararon el camino para la unificación alemana.
- MULISCH, HARRY (1927-2010). Importante autor holandés, quizá conocido sobre todo por sus novelas *De ontdekking van de hemel* ('El descubrimiento del cielo') y *De aanslag* ('El atentado').
- MÜLLER, GERHARD LUDWIG (1947). Político germanooriental, miembro del comité central del SED.
- MÜLLER, HEINER (1929-1995). Escritor y dramaturgo germanooriental.
- NOSKE, GUSTAV (1868-1946). Político del SPD y ministro de Defensa en 1919-1902; conocido principalmente por aplastar los levantamientos revolucionarios en Alemania en el periodo de la inmediata posguerra.
- OHNESORG, ENNO (1940-1967). Estudiante al que mató un policía durante una manifestación en Berlín Oeste que protestaba contra una visita del sha de Irán. Su muerte fue uno de los acontecimientos que radicalizaron a la izquierda en Alemania Occidental.
- PIECK, WILHELM (1876-1960). Primer presidente de la República Democrática Alemana (Alemania Oriental), cargo que fue abolido tras su muerte.
- RIBBENTROP, JOACHIM VON (1893-1946). Comerciante de champán convertido en político nazi; ministro de Exteriores en 1938 y cosignatario del pacto de no

agresión nazi-soviético al año siguiente. Fue juzgado y ahorcado en Núremberg después de la guerra.

SALAZAR, ANTONIO DE OLIVEIRA (1889-1970). Primer ministro de Portugal de 1932 a 1968; el suyo fue un régimen autoritario de derechas con una política económica intervencionista.

SCHALCK-GOLODKOWSKI, ALEXANDER (1932). Político germanooriental; creó el departamento del ministerio de Exteriores que fue responsable por breve tiempo de conseguir divisas.

SCHEIDEMANN, PHILIPP (1865-1939). Político del SPD y segundo canciller de la República de Weimar.

SCHINKEL, KARL FRIEDRICH (1781-1841). Arquitecto prusiano que trabajó sobre todo en el estilo neoclásico; sus edificios más famosos se encuentran en Berlín y sus alrededores.

SCHMIDT, HELMUT (1918). Canciller de Alemania Occidental (1974-1982); como hombre de Estado se ganó el respeto internacional.

SCHNUR, WOLFGANG (1944). Abogado alemán que defendió a muchos disidentes en la RDA; se hizo político en la etapa revolucionaria 1989-1990.

SCHOLL, HANS (1918-1943) y Sophie (1921-1943). Hermanos, cofundadores de *Die weiße Rose*, un movimiento de resistencia antinazi no violento. Apresados mientras repartían panfletos, fueron guillotinado en febrero de 1943.

STEINBRÜCK, PETER (1947). Político socialdemócrata alemán que fue ministro de Hacienda con Angela Merkel (2005-2009).

STOPH, WILLI (1914-1999). Importante político de Alemania Oriental; fue jefe de Estado y primer ministro. Detenido por corrupción en diciembre de 1989, su mala salud le evitó la cárcel.

TOLLER, ERNST (1893-1939). Comediógrafo de izquierda y destacada figura en la República Soviética de Baviera, que duró menos de un mes en la primavera de 1919. Afectado por una depresión, se quitó la vida en 1939.

ULBRICHT, WALTER (1893-1973). Destacada figura del Partido Comunista de Alemania (KPD) en la época de entreguerras; era un estalinista que llegó a la dirección del partido en Alemania Oriental después de la guerra. Se mantuvo en el cargo hasta 1971.

VESTDIJK, SIMON (1898-1971). Novelista y ensayista holandés, autor de *Aktaion*

onder de sterren ('Acteón bajo las estrellas') y *De verminkte Apollo* ('El Apolo mutilado').

WEIZSÄCKER, RICHARD VON (1920). Presidente (CDU) de Alemania Oriental (1984-1990) y de Alemania (1990-1994).

WOLF, CHRISTA (1929-2011). Escritora alemana que vivió en la RDA y era conocida en su país como una «disidente leal». Tras la caída del muro de Berlín se opuso a los pasos hacia la reunificación, una postura que le valió numerosas críticas.

WOLF, MARKUS (1923-2006). Cofundador y jefe del servicio de inteligencia exterior de Alemania Oriental.

CDU/CHRISTLICH DEMOKRATISCHE UNION – UNIÓN DEMÓCRATA CRISTIANA – La CDU fue fundada en 1945 como un partido político conservador guiado por los principios de la democracia cristiana. Fue el principal socio de coalición y de ella salió el canciller en las dos primeras décadas de existencia de Alemania Occidental. La CDU regresó al poder en 1982 con Helmut Kohl; ha gobernado en coalición con el FDP (liberales) y tras las elecciones de septiembre de 2013 lo hace con el SPD (socialdemócratas).

FDJ/FREIE DEUTSCHE JUGEND – JUVENTUD ALEMANA LIBRE – Movimiento juvenil oficial de Alemania Oriental; promovía la ideología comunista y organizaba actividades de ocio y vacaciones para jóvenes.

PDS/PARTEI DES DEMOKRATISCHEN SOZIALISMUS – PARTIDO DEL SOCIALISMO DEMOCRÁTICO – Partido sucesor del SED; se fusionó en 2007 con un partido germanooccidental para formar Die Linke (La Izquierda).

REPUBLIKANER – Los Republicanos son un partido de derechas fundado en Munich en 1983. Su plataforma es euroescéptica y antiinmigración. Nunca han tenido representación en el Parlamento alemán, aunque en 1989 obtuvieron varios escaños al Parlamento Europeo. Sus apoyos ha ido en constante disminución desde ese momento culminante electoral.

SED/SOZIALISTISCHE INHEITSPARTEI DEUTSCHLANDS – PARTIDO SOCIALISTA DE LA UNIDAD – Partido gobernante en Alemania Oriental, fue resultado de la fusión forzada en 1946 del Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata en la zona de ocupación soviética. Tras la revolución de 1989, el SED perdió su papel protagonista y tomó la nueva denominación de Partido del Socialismo Democrático (PDS).

SPD/SOZIALDEMOKRATISCHE PARTEI DEUTSCHLANDS –PARTIDO SOCIALDEMÓCRATA – Activo ya en el último cuarto del siglo XIX, participó en el Gobierno durante breves periodos en los años de Weimar. Prohibido por Hitler en 1933, pasó a la clandestinidad y resurgió después de la Segunda Guerra Mundial. En Alemania Occidental fue un partido de coalición entre 1966 y 1982 y posteriormente gobernó con los Verdes entre 1998 y 2005, con Gerhard Schröder.

BRD-RFA/BUNDESREPUBLIK DEUTSCHLANDS – República Federal de Alemania o, informalmente, Alemania Occidental. Creada en mayo de 1949 con las zonas de ocupación británica, estadounidense y francesa. Su capital administrativa era Bonn. Oficialmente sigue existiendo, ya que la reunificación supuso la disolución del Estado germanooriental y la absorción de sus elementos consituyentes (los *Länder* o estados) por Alemania Occidental en octubre de 1990.

RDA-DDR/DEUTSCHE DEMOKRATISCHE REPUBLIK – República Democrática Alemana o, informalmente, Alemania Oriental. Creada en octubre de 1949 con la zona de ocupación soviética, después de que las zonas de ocupación británica, estadounidense y francesa hubiesen sido amalgamadas en mayo de ese año para formar Alemania Occidental. Su capital administrativa era Berlín Oeste. El Estado fue liquidado al producirse la reunificación en octubre de 1990.

Apéndice de la PARTE I

Desde principios de 1989 hasta finales de mayo de 1990, a excepción de mis acostumbrados meses estivales en España, permanecí en Berlín por invitación del DAAD, el Servicio Alemán de Intercambio Universitario. Las crónicas de ese periodo, primero tranquilo y luego extremadamente movido, aparecieron publicadas en la revista *Elsevier* (capítulos I al IX) y en el periódico *De Volkskrant* (capítulos X al XV).

A finales de mayo de 1990 me marché, y en ese momento arbitrario se acaba mi libro. Lo que ha ocurrido entretanto en Alemania y en Berlín lo sigo a diario, pero desde lejos. En el momento de escribir estas líneas estamos a finales de agosto. Quizá, retrospectivamente, diría algunas cosas de otro modo, pero me parece que no debo irrumpir en mi crónica de entonces. Además, en la mayoría de los casos sigo estando de acuerdo conmigo mismo, e incluso mi eventual falta de razón debe permanecer. La fecha que aparece al final de cada apartado es la fecha de publicación.

Quisiera expresar mi agradecimiento en primer lugar a Barbara Richter y al doctor Joachim Sartorius del DAAD; también a los demás colaboradores de esta institución que me ayudaron durante mi estancia en Berlín. Además, a W. L. Brugsma, todavía por ese primer viaje a Berlín, entonces, en otro tiempo, y a Armando y Tony por su amistad y por desvelarme los secretos berlineses del tiempo y del espacio; al doctor Rüdiger Safranski. Al doctor Roland Wiegenstein y al doctor Amo Widmann, por sus respuestas a preguntas imposibles; a Egbert Jacobs, nuestro último embajador en la RDA, y por último a Simone Sassen, con quien compartí esta aventura. Sin su presencia, hubiera sido otro año.

CEES NOOTEBOOM

Es Consell, Sant Lluís, 28 de agosto de 1990

Notas a esta edición

La edición en castellano se basa en la inglesa *Roads to Berlin. Detours and riddles in the lands and history of Germany*, MacLehose Press, Londres 2012.

La Parte I fue publicada por primera vez como *Berlijnse notities* en 1990 por Uitgeverij De Arbeiderspers, Ámsterdam. Se ha añadido el prólogo «Grensoverschrijding» ('Paso fronterizo'), publicado con anterioridad en *Waar je gevallen bent, blijf je* (Uitgeverij De Arbeiderspers, Ámsterdam, 1983); los *intermezzos* «Vestigia pedis» y «Oeroude tijden» ('Tiempos inmemoriales'), anteriormente publicados en *De wereld een reiziger* (Uitgeverij De Arbeiderspers, Ámsterdam, 1989), fueron entonces añadidos a una edición neerlandesa.

En castellano se publicó como *La desaparición del muro. Crónicas alemanas*, en traducción del neerlandés de Carmen Bartolomé Corrochano y Pieter J. van de Paver (Península, Barcelona 1992).

La Parte II incluye tres textos de *De filosoof zonder ogen* (Uitgeverij De Arbeiderspers, Ámsterdam, 1997): «Berlijnse suite» ('Suite de Berlín'), «Dode vliegtuigen en overal adelaars» ('Aviones muertos y águilas por todas partes', título anterior: «Hamburg») y «Dorp binnen de Muur» ('Una aldea dentro del muro', título anterior: «De verdwenen muur»).

«Rheinsberg, een intermezzo» ('Rheinsberg, un *intermezzo*') se publicó en *De Volkskrant* el 1 de enero de 1997. «Terugkeer naar Berlijn» ('Regreso a Berlín') es un discurso pronunciado por Cees Nooteboom el 7 de diciembre de 1997 en Berlín, por invitación de Bertelsmann AG («Berliner Lektionen»). Ha sido publicado anteriormente en forma de libro por Uitgeverij De Arbeiderspers, Ámsterdam, 1998.

La Parte III se publicó en neerlandés por primera vez en 2009 con excepción de unos pocos textos: el discurso inaugural para la exposición en el Museo Cobra apareció en *Vrij Nederland* el 18 de octubre de 2008; el discurso de aceptación del doctorado honoris causa de la Freie Universität de Berlín se ha publicado antes en *Vrij Nederland* (31 de enero de 2009); «Dunkle Tage» ('Días oscuros') apareció en el *Frankfurter Rundschau* (24 de diciembre de 2008) y «Orgel Feldberg» ('El órgano de Feldberg') en *Preludium* (mayo de 2009). Los textos de las págs. 303-308 fueron publicados en *El País Semanal* el 18 de octubre de 2009 y traducidos del neerlandés por Carmen Bartolomé Corrochano.

La Parte IV (págs. 353) se escribió para la edición inglesa (*Roads to Berlin. Detours and riddles in the lands and history of Germany*, MacLehose Press, Londres 2012).

Las fábulas que forman el «Epílogo» se publicaron por primera vez en NCR Handelbald, Ámsterdam, en 1993, y fueron leídas por el autor en la Philharmonie de Múnich el 16 de septiembre de 1993 con ocasión de un concierto en el que la orquesta del Royal Concertgebouw interpretó *Así habló Zaratustra* de Richard Strauss. En castellano se publicaron por primera vez en *Cómo ser europeos*, Siruela, Madrid 1995, y fueron posteriormente recogidas en *Tenía mil vidas y tomé una sola*, Siruela, Madrid 2012.

¹ En el original en alemán: «Lasst euch nicht für Provokation gegen die DDR missbrauchen. Die DDR hat den Frieden in Deutschland gerettet». (*N. de los T.*)

² En el original en alemán: «Ganz zu Ehren des sechsten Parteitags dem Wissenschaftlichen-Technischen Hochstand». (*N. de los T.*)

³ Simone Sassen, fotógrafa profesional, compañera del autor. (*N. de los T.*)

⁴ *Revolution und Fotografie. Berlin 1918. Neue Gesellschaft für Bildende Kunst*, Verlag Dirk Nishen, Berlín, 1989. (N. del A.)

5 Willem Frederik Hermans, novelista contemporáneo neerlandés. (*N*.

⁶ En el original en danés: «Los soldados han llegado hasta las afueras de Pekín»; «La actitud de Thatcher en relación a la CE puede salirle cara. Alfonsín se retira antes de tiempo». (*N. de los T.*)

7* Que grites y corras de un lado a otro/ con cadenas herrumbrosas eso es/ de antaño eso es sabido/
Ahora tenemos que descargar el corazón/ eres hábil en tu trato/ y muy insular en el trajín/ Pero lo que te
enerva y confunde/ no ser nadie y en ninguna parte/ y sin embargo ser alguien y aquí. (*N. de los T.*)

⁸ En el original en alemán: «Er erinnerte sich an seine Kindheit; er dachte an den Herzog, sein bester Freund; wieder sanner über die Wechselbeziehung van Natur und Abenteuer nach». (*N. de los T.*)

⁹ Cita del *Goethes Harzreisen* de Rolf Denecke, Verlag August Lax, Hildesheim, 1980. En alemán en el original. (*N. de los T.*)

¹⁰ En el original en alemán: «Auf diesem Platz vernichtete nazistischer Ungeist die besten Werke der deutschen und der Weltliteratur»; «LENIN arbeitete im Jahre 1898 in diesem Gebäude». (*N. de los T.*)

[11](#) Wandlitz: lujosa residencia para altos funcionarios del partido. (*N. de los T.*)

¹² En el original en alemán: «Einigkeit und Recht und Freiheit», las primeras palabras del himno alemán. (*N. de los T.*)

¹³ En el original en alemán: «Über meine eigenen ,Gedanken und Empfindungen bitte ich schweigen zu dürfen». (*N. de los T.*)

14 En el original en alemán: «er bildete sich die Meinung, dass die Bewohner Menschew seien, die ausser der Stimme nichts von Menschen an sich hätten». (*N. de los T.*)

¹⁵ ‘Senador del Interior’. Berlín Oeste posee un gobierno autónomo, su ayuntamiento recibe el nombre de *Senado*. (*N. de los T.*)

¹⁶ En el original en alemán: «für Berlin mit niederländischer Staatsangehörigkeit gemeldet». (*N. de los T.*)

17 La cervecería más famosa de Múnich. (*N. de los T.*)

¹⁸ J. H. Leopold y P. C. Boutens, traductores y poetas helenistas neerlandeses de principios de siglo. (*N. de los T.*)

[19](#) Simon Vestdijk (1898-1971), gran novelista neerlandés. También fue médico. (*N. de los T.*)

²⁰ Cita libre del poema de Hölderlin «El Archipiélago». (*N. de los T.*)

21 En neerlandés, la palabra *loden* es también un adjetivo que significa ‘de plomo’. (*N. de los T.*)

[22](#) Arthur Schnitzler (1862-1931), dramaturgo y novelista austríaco. (*N. de*

[23](#) Jean Anouilh (1910), dramaturgo francés. (*N. de los T.*)

24 Robert Musil (1880-1942), novelista austríaco. (*N. de los T.*)

25 *Blut und Boden*, ‘sangre y suelo’, eslogan nacionalsocialista. (*N. de los T.*)

²⁶ Multatuli (seudónimo de E. Douwes Dekker, 1820-1887) y Louis Couperus (1868-1923) son los más destacados prosistas neerlandeses del siglo XIX. (*N. de los T.*)

²⁷ Harry Mulisch, escritor neerlandés contemporáneo. La historia aquí referida es la titulada *Oude Lucht* ('Aire viejo') de 1977. (*N. de los T.*)

²⁸ Poema de Rainer Maria Rilke titulado «Herbsttag» ('Día de otoño'), perteneciente al libro *Das Buch der Bilder*, I, 2, París, 21 de septiembre de 1902. (*N. de los T.*)

[29](#) Ernst Toller (1893-1939), dramaturgo alemán. (*N. de los T.*)

³⁰ Campaña llevada a cabo por un grupo de jóvenes actores e intelectuales que, en los años sesenta, interrumpían a «tomatazos» las representaciones teatrales «burguesas». (*N. de los T.*)

³¹ En el original en alemán: «Am 22.11.44 kurz nach 13.00 Uhr wurde die St. Michaelskirche von mehreren Sprengbomben eines Amerikanischen Fliegerverbandes getroffen». (*N. de los T.*)

32 Luis I no sube al trono hasta 1825. Su arquitecto fue Leo von Klenze. (N.

³³ En el original en alemán: «*nicht nur kolossal im Raum -Grösse muss in der Bauart sein, hohe Einfachkeit, verbunden mit Pracht...*». (N. de los T.)

³⁴ En el original en alemán: «*Walhallas Genosse werden kann, wer teutscher Zunge sey... rühmlich ausgezeichneten Teutschen...*». (N. de los T.)

35 Pintor y escritor neerlandés residente en Berlín. (*N. de los T.*)

³⁶ En el original en alemán: «Na ja, Sie werden schon sehen, da waren immer die grossen Leute, Honecker, Mielke, die haben das fast für sichselbst gehabt». (*N. de los T.*)

³⁷ En el original en alemán: «Liebe Rentner, gibt den Angstmachern keine Chance! Ja! Für Freiheit und Wohlstand!»; «Mit Optimismus in die Zukunft, 44% am Sonntag für die SPD». (*N. de los T.*)

³⁸ En el original en alemán: «UNGARN: Heimfahrt für Sowjetsoldaten. Mit der Rückführung eines Mot-Schützen-Bataillons hat am Montag der Abzug der sowjetischen Truppen aus Ungarn begonnen». (*N. de los T.*)

³⁹ *Bundis*, habitantes de la República Federal de Alemania (*Bundesrepublik Deutschland*), por oposición a los alemanes del Este, los llamados *Zonis*. (*N. de los T.*)

⁴⁰ En alemán en el original: «weil Du, wie mir mitgeteilt wurde, den Rahmen der familiären Thematik überschritten und mir verschiedene Grüsse ausgerichtet hättest». (*N. de los T.*)

41 Nombre que recibían los obispos de la iglesia luterana. (*N. de los T.*)

⁴² En alemán en el original: «Autoren als Vordenker und Wegbegleiter des revolutionären Aufbruchs». *(N. de los T.)*

⁴³ En alemán en el original: «Und doch wird dieser schlauer Judenjunge es nicht schaffen». (*N. de los T.*)

⁴⁴ En el original en alemán: «Dieses Grundgesetz verliert seine Gültigkeit an dem Tage, an dem eine Verfassung in Kraft tritt, die von dem deutschen Volke in freier Entscheidung beschlossen worden ist». (*N. de los T.*)

⁴⁵ En alemán en el original: «Liebe und Wahrheit sollen siegen über Lüge und Gewalt». (*N. de los T.*)

⁴⁶ PDS, Partido del Socialismo Democrático, nuevo nombre del SED, el antiguo partido comunista de la RDA. (*N. de los T.*)

⁴⁷ El 1 de julio de 1990 entró en vigor la unión monetaria. (*N. de los T.*)

⁴⁸ La publicación oficial del partido comunista de Alemania del Este. (*N. de los T.*)

⁴⁹ En el original en alemán: «Wer auf Deutsch etwas ver sprechen will, muss sich über das Was und das Wie seines Redens in dar Zukunft radikalere Gedanken machen als irgendwer irgendwo sonst». (*N. de los T.*)

⁵⁰ Johan van Oldenbarneveldt (1547-1619), político neerlandés colaborador de Guillermo de Orange.
(*N. de los T.*)

⁵¹ Nacionalsocialista neerlandés, responsable de la propaganda nazi y locutor de radio durante la ocupación alemana. Fue ejecutado en 1945. (*N. de los T.*)

⁵² *Hexentanzplatz* (literalmente, ‘lugar de la danza de las brujas’) y *Rosstrappe* (literalmente, ‘huella de caballo’) son dos peñas que se alzan sobre el valle del río Bode, en el macizo del Harz. (*N. de los T.*)

53 Poetisa renacentista de Amberes perteneciente a la escuela de retórica. (*N. de los T.*)

54 Reino nórdico del frío, de la niebla y de la oscuridad. (*N. de los T.*)

55 La radio de la época nazi. (*N. del A.*)

⁵⁶ En el original en alemán: «Der Geist aus dem wir handeln / ist das höchste. Zum 200sten Geburtstag. Kulturband Thale». (*N. de los T.*)

⁵⁷ Obra de Harry Mulisch en la que profundiza en la historia alemana y se imagina lo que hubiese sido una Europa dominada por el nazismo. Publicada en Ámsterdam en 1972. (*N. de los T.*)

⁵⁸ Asociaciones estudiantiles fundadas en Jena en 1815 con objeto de avivar el sentimiento nacionalista.
(*N. de los T.*)

⁵⁹ Literalmente, ‘armarito del amor’, bargueño decorado con marquetería o con figuras en relieve. (*N. de los T.*)

⁶⁰ Adriaan Roland Holst, poeta neerlandés (1888-1976). (*N. de los T.*)

61 En castellano en el original. (*N. de los T.*)

62 En alemán en el original: «Es ist gewiss von keinem sterblichen Menschen kein grösseres Wort noch gesprochen worden, als dieses kantsche, was zugleich der Inhalt seiner ganzen Philosophie ist: Bestimme dich aus dir selbst!». (*N. de los T.*)

63 En alemán en el original: «Dieser Mensch, dieser Goethe ist mir einmal im Wege, und er erinnert mich so oft, dass das Schicksal mich hart behandel hat. Wie leicht ward sein Genie von seinem Schicksal getragen...». (*N. de los T.*)

⁶⁴ En alemán en el original: «Ofters um Goethe su sein, würde mich unglücklich machen». (*N. de los T.*)

65 En alemán en el original: «Die preussische Geschichte ist eine interessante Geschichte, auch heute noch und gerade heute, da wir ihr Ende kennen. Sie läuft langsam an, mit einem langen Werden, und sie hört langsam auf, mit einem langen Sterben. Dazwischen aber liegt ein grosses Drama; wenn man will, eine grosse Tragödie - die Tragödie der reinen Staatsvernunft». (*N. de los T.*)

66 En alemán en el original: «Die Regierung der DDR hat mich, in hoher Anerkennung meiner hervorragenden politischen, kulturellen und wirtschaftlichen Verdienste um den Aufbau des Sozialismus gebeten, den Karl Marx Orden als Erster anzulegen. Ich habe mich nach Überprüfung der Empfehlung der Regierung der DDR entschlossen, den Karl Marx Orden anzunehmen am 135sten Geburtstag Karl Marx, 5-5-53. Wilhelm Pieck». (*N. de los T.*)

67 En alemán en el original: «Im Krieger selber ist das Letzte nicht der Krieg». (*N. de los T.*)

⁶⁸ En alemán en el original: «Fürsten des Grabens mit der harten, entschlossenen Gesichtern»; «reinere, Kühnere kriegertum». (*N. de los T.*)

⁶⁹ En el original en alemán: «Denn die Macht des geheimen Deutschland ist gross, und die Sorge der Welt hat dies nach dem grossen Kriege weit eher erkannt als der Deutsche selbst». (*N. de los T.*)

⁷⁰ Los alemanes del Este y del Oeste se daban respectivamente la denominación de *Ossis* y *Wessis*. Véase pág. 247. (*N. de los T.*)

⁷¹ En la época de la reunificación, en 1990, el Treuhandanstalt supervisaba la privatización de las antiguas propiedades estatales. (*N. de los T.*)

72 ‘Nosotros somos el pueblo’, lema coreado en las manifestaciones de 1989 en la RDA. (*N. de la T.*)

73 «Gleich dem Wanderer am schwülen Tage drückte dich Erblassten oft die Last des Lebens am Stabe. Noch deine letzten Stunden waren dir ein bitterer Kelch, aber du gingst dem Frieden Gottes entgegen». (*N. de los T.*)

74 ‘Los soldados son asesinos’. (*N. de los T.*)

75 Se cuenta que Potemkin, mariscal y favorito de Catalina la Grande, hizo colocar decorados pintados que representaban prósperas aldeas a lo largo del río Dniéper cuando la emperatriz visitó la zona, devastada por la guerra, en 1787, tras la conquista rusa de Crimea. (*N. de la T.*)

76 ‘Las mujeres alemanas, la lealtad alemana, el vino alemán, la canción alemana deben conservar en el mundo su antiguo y hermoso renombre’, segunda estrofa del himno alemán; letra de August Heinrich Hoffmann (1841). (*N. de la T.*)

77 '¡Ningún ser puede disolverse en la nada!/ La Eternidad vive en todo./ ¡Persevera dichoso en el Ser!/ El Ser es eterno, pues leyes hay/ que conservan los tesoros vivos/ de los que el Todo se engalana.' (*N. de la T.*)

78 ‘Allí donde nuestros cálculos fracasan, lo llamamos casualidad’. (*N. de los T.*)

⁷⁹ *Lluvia roja*, traducción del neerlandés de Isabel-Clara Lorda Vidal, Siruela, Madrid 2009. (*N. de la T.*)

80 Traducción del neerlandés de Julio Grande, Siruela, Madrid 2000. (*N. de los T.*)

Título original: *Berlijnse Notities / Roads to Berlin*

Edición en formato digital: octubre de 2014

©De sus fotografías del interior y cubierta, Simone Sassen

© Cees Nooteboom, 2014

© De la traducción del Prólogo, Parte I y fragmentos de la Parte III, M. C. Bartolomé Corrochano y P. J. van de Paverd

© De la traducción de las Partes II-IV, Epílogo y Glosario, María Condor

© De la traducción del poema «El poeta del leer», Fernando García de la Banda, incluida en *Tumbas de poetas y pensadores*, de Cees Nooteboom, Siruela, 2007

© De la traducción de «Tres fábulas europeas», Anne-Hélène Suárez Girard, incluida en *Cómo ser europeos*, de Cees Nooteboom, Siruela, 1995

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-55-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Noticias de Berlín	5
Parte I	8
Prólogo	9
I	18
II	27
III	37
IV	46
V	55
VI	59
VII	77
VIII	88
Intermezzo I	98
Intermezzo II	113
IX	127
X	139
XI	156
XII	169
XIII	180
XIV	191
XV	201
Parte II	215
Suite de Berlín	216
Aviones y águilas muertos por todas partes	226
Una aldea dentro del Muro	236
Rheinsberg, un intermedio	238
Regreso a Berlín	248
Parte III	269
Parte IV	313
Una visita a la canciller	316
Epílogo	324
Glosario	328

Apéndice de la Parte I	338
Notas a esta edición	339
Notas	341
Créditos	421